

Cuentos para filosofar

Mirar hacia nosotros mismos

2

Nohora E. Calderón Aráoz
Javier Zuñiga Buitrago
Víctor Eligio Espinosa Galán
Editores literarios

Lectura crítica



Instituto Nacional
de Investigación e
Innovación Social

Cuentos para filosofar 2

Mirando hacia nosotros mismos

Autores(as)

Diego Solera, Camila Murillo, Mariano Suárez Burgo,
Melina Armenta Salazar, Sebastián Mejía-Rendón,
Cristian Camilo López Lerma, Ariel Sánchez,
Edgar Cuéllar Pabón, Julián Hernández,
Tirso Troncoso Saavedra, Daniel Augusto Duarte Arias,
Germán Bula, Maria-Jose Rivera, Patricia Pérez Rocha,
Iván Ulchur, Luis Miguel Gutiérrez, Luis Alberto Triana Llano.



Instituto Nacional
de Investigación e
Innovación Social

Nohora E. Calderón Aráoz, Javier Zuñiga Buitrago y Víctor E. Espinosa G. (editores)

Cuentos para filosofar Mirando hacia nosotros mismos. Bogotá (Colombia Instituto Nacional de Investigación e Innovación Social, 2024, p. 251

ISBN: 978-628-95846-3-9

I. Filosofía, II, Narración, III, Literatura, IV, Cuento.

Centro recursos bibliográficos Instituto Nacional de Investigación e Innovación Social

©Instituto Nacional de Investigación e Innovación Social

NTT 901.100.889-8

www.inis.com.co

editorial@inis.com.co

©Diego Solera, Camila Murillo, Mariano Suárez Burgo, Melina Armenta Salazar, Sebastián Mejía-Rendón, Cristian Camilo López Lerma, Ariel Sánchez, Edgar Cuéllar Pabón, Julián Hernández, Tirso Troncoso Saavedra, Daniel Augusto Duarte Arias, Germán Bula, María-Jose Rivera, Patricia Pérez Rocha, Iván Ulchur, Luis Miguel Gutiérrez, Luis Alberto Triana Llano.

ISBN 978-628-95846-3-9

Primera edición, Bogotá (Colombia), 2024

Víctor Eligio Espinosa Galán

Director

Mauricio Suárez Barrera

Diseño de portada e interior

Javier Zuñiga B, Edward Sanclemente, Alejandra Zúñiga, Cristian Delgado, Margarita Villegas, Álvaro Bautista, Nelson Jair Cuchumbé, Pedro Posada Gómez, Luis Ernesto Valencia, Carlos Duque, Nohora Calderón, Ana Bolena, Karen Saavedra, Harold Mora, Mauricio Castaño, Víctor Hugo, Martha Isabel Muelas, Paola Ortiz, David Valencia, Rafael Silva, Martha Isabel Muelas, Jazmín Nieto, Mauricio Castaño, Mateo Moreno, Julio Cesar Vargas, Miguel Ángel Montenegro, Víctor E. Espinosa G.

Comité Académico

El presente texto fue evaluado en la modalidad de doble ciego y contó con una evaluación editorial.

Hecho el depósito legal que ordena la Ley 44 de 1993 y su decreto reglamentario 460 de 1995.

Contenido

Prólogo

Filosofía y Arte

Hernando López Grueso 7

¿Os podéis poner de acuerdo?

Diego Solera - España 17

El colador

Camila Murillo - Colombia 35

El mundo como representación

Mariano Suarez Burgos - Argentina 41

E-mail hallado en un disco duro

Melina Armenta Salazar - México 55

La Adriática o la ontología de los celos

Sebastián Mejía-Rendón - Argentina 67

La vida lograda

Cristian Camilo López Lerma - Colombia 75

Memorias de un servidor

Ariel Sánchez - Chile 95

Monasterio de Ras Maron

Edgar Cuéllar Pabón - Venezuela 105

Perro sucio

Julián Hernández - Colombia 127

Carne Picada

Tirso Troncoso Saavedra - Chile 137

El mito del octavo día

Daniel Augusto Duarte Arias - Colombia 147

El viento sobre el mar Caribe

Germán Bula - Colombia 157

Falta un cuarto para mi muerte	
Luis Miguel Gutiérrez (Asthénica) - Colombia	173
La Loca y Margarito	
Maria-Jose Rivera - Ecuador	181
La higuera	
Patricia Pérez Rocha - Chile	199
La escobificación	
Sebastián Mejía-Rendón - Argentina	213
Mi madre es un canguro	
Iván Ulchur - Ecuador	221
Nueve palabras	
Germán Bula - Colombia	231
SOFIA	
Luis Alberto Triana Llano - Colombia	241

Prólogo

Filosofía y Arte

Hernando López Grueso

*Más allá de donde
aún se esconde la vida, queda
un reino, queda cultivar
como un rey su agonía,
hacer florecer como un reino
la sucia flor de la agonía:
yo que todo lo prostituí, aún puedo
prostituir mi muerte y hacer
de mi cadáver el último poema.*

Leopoldo María Panero (1980).

En algún momento y lugar de la intrincada historia de nuestra especie, de cuya fecha nadie puede acordarse, filósofos y artistas se han entregado a la ardua tarea de comprender lo humano, ora llamada, condición humana; diferentes tradiciones, multitud de métodos, todos buscando dar cuenta de lo que somos, de nuestro drama como especie, de lograr consolidar algo más que esta nada que nos abarca, nos sitúa, nos desdibuja, perdiéndonos en la vastedad del tiempo y el espacio.

La delgada línea entre filosofía y literatura surge en el momento en que la búsqueda se da desde el lenguaje, y su fin último es el ser humano. Ambas disciplinas, intentos del humano por arrebatárselo al futuro en el que no estaremos, nuestra memoria. Todos los

hombres por naturaleza buscan saber, dijo otrora, Aristóteles. A esta excepcional frase del filósofo le agregaría: Todos los hombres por naturaleza temen al olvido. La búsqueda del saber, siempre va de la mano de la búsqueda del crear, ¿por qué? preguntará el lector. La respuesta no es sencilla, pero toda búsqueda supone una pérdida, y toda pérdida o ausencia, clama la construcción o creación de lo nuevo, de algo que llene ese vacío, que permita la articulación con lo que queda, la unidad de sentido y, para nuestra confusión, ambas disciplinas lo hacen. Son líneas paralelas que avanzan sin parecer tocarse, pero, realmente pasa, y muy de seguido, o así lo ha mostrado la historia:

Las relaciones del arte con la filosofía son relaciones muy estrechas y muy tensas. Nunca encontramos que se ignoren entre sí o que convivan en simple yuxtaposición. En la obra de Platón vemos como el arte es un verdadero problema; a veces lo exalta como solución secreta y oculta de todas las dificultades, a veces lo trata como una especie de seducción o de embriaguez del espíritu. (Zuleta, 2021, p. 195).

Ya desde la Grecia clásica existía una serie de encuentros problemáticos (o confusos) entre la filosofía y el arte; caso paradigmático y documentado es el de Platón, quien condena al exilio a los poetas, por hacer de tropo en el camino al conocimiento, en la *República*. Sin embargo, el mismo Platón fue un gran filósofo y la historia lo legó para su pena como un gran filósofo y literato. Su excelsa prosa, sus famosísimos diálogos, sus cartas son mecanismos propios de la literatura usados en la filosofía. Y si nos ponemos un poco más exigentes con la interpretación, al leer sus diálogos lo vemos ir constantemente hacia la poesía, ya sea para justificarse o lo contrario, adulando o repulsivo; muestra no solo la contradicción, sino la dificultad de saber en qué momento se pasa al otro terreno. No olvidemos que en la cosmovisión griega varios poetas propusieron en sus creaciones, una explicación del mundo, del ser entre muchos otros asuntos; por ejemplo, Parménides. A esto podemos agregar que los filósofos presocráticos, de los cuales Platón va a beber constantemente para justificarse, fueron muchos de ellos filósofos y poetas.

Ni siquiera en la historia está clara esta dicotomía entre filosofía y arte, pues la misma filosofía ha recibido grandes impulsos de este último y viceversa ¡cuántos filósofos artistas y artistas filósofos en su largo camino! Leyendo a Platón el lector puede verse envuelto en una nube que lo eleva hasta sacarlo de su realidad y ya no saber si se está leyendo filosofía o literatura, pues su fuerza expresiva rompe el frágil límite que hay entre las dos. Lo mismo en Nietzsche y Gómez Dávila donde fácilmente se desdibujan también los límites entre música y filosofía. O, ¿quién no ha sentido después de leer un cuento o poema Borgiano esa invitación a la reflexión filosófica, pero también a ese asombro poético?

Cabe resaltar esta importante distinción: en la Grecia clásica el concepto de arte es diferente al actual donde es difícil llegar a una posible definición de arte que pueda ser aceptada: “(*techne* y *ars*) conceptos que simbolizan lo que es posible rellenar, gracias al espíritu inventor de los hombres, los espacios vacíos que deja la naturaleza en sus formaciones, lo que eventualmente puede llevar a formaciones de mimesis elevadas”¹.

También el concepto de artista mutó en la antigüedad. Sólo el poeta —también músico... no había diferencia entre poesía y música— era verdaderamente artista, pues no trabajaba ni usaba sus manos para crear arte “la poesía es el hacer puro que no requiere ni materiales ni mano de obra”². Le bastaba tan solo pronunciar unas cuantas palabras con un tono elegido a conciencia, para que el poema, la oda, el ditirambo, se articulará al cosmos. Como lo dice Gadamer “Es esta espiritualidad de la poesía la que le confiere al poeta en la cultura antigua una posición tan especial frente a los demás artistas. Estos no dejan de ser aficionados, puesto que trabajan con las manos como cualquier artesano”³. El poeta clásico, era ante todo un aristócrata, se creía dios, fundaba al mundo, no solo

1 Gadamer, H. G. (2002). Acotaciones hermenéuticas. Madrid: Trotta.

2 Ibid.

3 Ibid.

inaugura conceptos, sino que devuelve al mundo su bruma mística. Esto le costaba pleitos con los filósofos, ya que estos aspiraban a ser no solo fundadores, también se creían dioses. Recordemos a Empédocles lanzándose al volcán para mostrar su poder, su magnificencia, un dios no tenía por qué temer al fuego.

Es clara la complejidad para establecer la distinción tanto teórica como existencial; pues, como hemos visto, en la historia aparecen entremezclados, artistas y filósofos. La filosofía como forma de vida la encontramos también en los poetas clásicos, en sus narrativas sobre el ser, sobre el conocimiento, y demás. No hay una gran diferencia entre el *conócete a ti mismo* y las conclusiones que se extraen del Poema del Ser. La búsqueda de sí mismo es también compartida, sea desde el análisis o el intento de unidad total.

Hoy esta discusión parece resolverse a favor de la filosofía, ya que cuenta con una definición mucho más clara y con un sitio; en cambio, como diría Ricardo Piglia, la literatura no está en ningún lugar, es *atopos*, pues ha estado siempre en todas partes, y la usamos siempre. ¿Qué se entiende entonces por literatura? “Para mí la literatura es un espacio fracturado, donde circulan distintas voces, que son sociales (la literatura no está puesta en ningún lugar como esencia, es un efecto)”. (Piglia, R, 2014, p. 11).

La literatura parece estar en todas partes, en nuestro interior más oscuro y en el exterior más social. Es parte constitutiva de nuestra identidad. Contamos, narramos y ficcionamos pasado, presente y futuro. Sartre lo señaló, en *¿Qué es la literatura?*: “El hombre tiende a contar su vida más que a vivirla. Lo ve todo a través de lo que cuenta, y pretende vivir su vida como si fuese una historia. Pero hemos de elegir entre vivir nuestra vida o contarla”.

Más allá de Sartre, me atrevería a decir que todos terminamos por hacer ambas cosas, vivir y contar, incluso él mismo lo hace. La única diferencia reside en lo que queda, lo que se niega al olvido, y la palabra escrita, es más longeva que la tradición oral.

Pero hasta Sartre nos legó una imagen de sí diferente de la que dejó Simón de Beauvoir. Todos, en lo que contamos de nosotros mismos, tendemos a exagerar.

Este proceso de contar nuestras historias es una forma no solo de relacionarnos con la alteridad, sino, también de mostrarnos, de estudiar lo que somos; mediante estas encontramos miedos, valores, sueños, deseos; contarlas es a la vez un intento de aclararlas, de parirlas, pero al unísono oscurecemos otras. Como lo vemos en ‘El gran Pez’ donde un hombre (Edward Bloom) relata a su hijo (Will Bloom) los sucesos que ha acumulado a lo largo de la vida, añadiendo otros ficcionales o, si se quiere, fantásticos. Will no cree en las historias que le cuenta su padre, o descrece que hayan sucedido tal cual las escucha. El día de su boda, su padre le cuenta una de sus tantas historias, Will se enoja con este y decide alejarse de él. Durante tres años no le dirige la palabra hasta que se da cuenta de que su padre está enfermo. Va en búsqueda de él, pero finalmente este muere. Will concluye las historias de su padre con una frase excepcional: “Un hombre cuenta sus historias tantas veces que al final él mismo se convierte en esas historias. Siguen viviendo cuando él ya no está. De esta forma, el hombre se hace inmortal.” Un hombre corriente —un hombre como todos nosotros— vive, y en esa vida obtiene experiencias comunes a la condición humana, estas vivencias van configurando su identidad, su pasado, y la forma en que habitará el mundo.

Cada hombre cuenta experiencias significativas, quitándoles o agregándoles, por más o menos inventiva que posea. Detrás de esas historias que contamos, que no son del todo ciertas, muchas veces somos los héroes o las víctimas que quizás nunca fuimos. En esas historias podemos crear lo que el mundo nos negó; lo que la condición humana, social o incluso económica, nos ha mutilado. Contamos tantas veces estas historias que terminamos creyéndonos, porque para contar algo y que sea creíble para los otros existe una condición previa, la de creer lo que contamos.

Estas historias que algunos cuentan y otros escriben, terminan siendo la obra de sus vidas, unas convertidas en literatura y otras en historias; sin embargo, ambas tienen un mismo fin, como lo dice Oscar Wilde en el prefacio a *El retrato de Dorian Grey*, el fin de la obra es ocultar al artista. La obra termina siendo más longeva y más digna que la verdadera vida del propio artista o individuo que la contó. No es solamente una manera de eternizarnos sino, también, de dejar una cara más amable, más digna, más humana.

La vida del artista, que es la vida de un hombre, está atravesada por muchas trivialidades que, en algún momento pudieran convertirse en insumo para su obra, pero que este no lega a la historia. En las autobiografías o en las biografías de todos los artistas, se cuentan sus proezas, sus logros, sus mejores anécdotas que, quizás, no fueron tan nobles como se recuerdan, o han sido endulzadas por alguna pluma sofisticada. Desde el artista que escribe sobre sí mismo, hasta el biógrafo que intenta reconstruir su vida, exagera momentos, frases, pequeñas iluminaciones, para crear literatura. Si leemos la obra de Kafka podemos deducir que su padre fue un pésimo padre, pero si leemos la biografía que dejó su albacea Max Brod, podemos poner en tela de juicio todo lo que Kafka contó o metaforiza sobre este. Sin embargo, era necesario que Kafka hiciera esto, pues necesita coherencia entre lo que narra y lo que cree vivir.

En 'Autopsicografía', poema que data de 1931, Pessoa, el más intrincado de los poetas de los últimos tiempos, también lo advertía; la figura del poeta, de nuestro gran artista, no es más que la de un fingidor, de alguien que finge lo que siente, así sea verdad que lo siente:

El poeta es un fingidor

Finge tan completamente

Que hasta finge que es dolor

El dolor que de veras siente.

El poeta debe fingir su dolor porque no se escribe sobre el presente, sobre el sentimiento, sino ya cuando este ha cesado. Se le trae nuevamente a la vida para poder auscultar, diseccionar, y convertirlo en letra. El lector también debe fingir que ese dolor es suyo, esa tristeza le une a la obra y al artista, quizás por recuerdos variopintos o temerosos del azar.

Pessoa lo resume en un solo verso:

La literatura existe, porque la vida no es suficiente.

La vida en sí es insulsa, predecible, aburrida y tortuosa, llena de menesteres, días que se suceden sin mayor novedad, cotidianidades abyectas, rituales que se repiten y pasan de mano en mano como una moneda gastada. La literatura —y quizás toda escritura— es un preciso escape de esta condición. Es huir del mundo, de su circuito, tanto para el que la lee como para el que la escribe. Para el primero es un acto menos tortuoso que para el segundo.

Qué nos queda después de esta convulsa reflexión, no mucho más que un vómito que se nos devuelve, dejando ese amargo sabor en el saber, el cansancio del pensamiento y muchas otras interpretaciones por hacer. Pero pareciera que algo hemos clarificado y demostrado, que no solo por medio de la reflexión filosófica podemos acceder al mundo y a la construcción de la realidad interior, sino que, el arte desde antaño ha fungido este papel; paralelamente en la historia también ha ido por los intrincados caminos del conocerse a sí mismo; pareciera ser el que permite el puente entre el desgarramiento del hombre y el mundo o, como lo han llamado diferentes autores: Vacío, el absurdo, la náusea, la nada. Cuando el humano ve que su realidad se rompe, solo le queda crear una nueva, y esta creación solo se puede dar desde la *poiesis*, desde la creación y autoafirmación de sí mismo, es una apuesta por no morir, por lograr una metamorfosis, una catarsis.

La potencia constructiva es nuestro ingreso en el lenguaje. En el ejemplo que veíamos del fort-da del juego del sobrino de Freud, se pasa de

padecer el mundo, que la mamá se vaya o venga, a tratar de construir un mundo. La pareja de palabras no designa simplemente lo que está sucediendo, es el juego de producir lo que hasta entonces solo se padecía, es una nueva potencia lo que con ello se introduce. Luego vendrán otras que no subrayo porque son conocidas desde Kant y otros anteriores, la de clasificar el mundo, la de introducir su permanencia. El objeto denominado es el que permanece. Al principio el mundo es un simple correlato de mi deseo, el mundo entonces no permite búsqueda porque las cosas que deseo aparecen y desaparecen, y si no están no hay manera de buscarlas porque no diferencio lo que existe de mi impresión, no hay todavía la permanencia que se encuentra con la denominación. (Zuleta, E., 2021, p. 202).

Hay grandes ejemplos en la historia de la humanidad, de personas que vieron en el arte ese principio de realidad, esa posibilidad de crear una en la que sus necesidades existenciales se vieran recogidas, en la que pudiera conocerse, encontrarse, enfrentarse a la nada, o como diría Nietzsche, de poder responder al nihilismo. Uno de estos grandes ejemplos es Kafka quien, en su individualidad, en su intento de crearse a sí mismo como hombre, se enfrenta solo, minúsculo, a la ingente modernidad —esa gran brocha que buscaba pintar todo de un mismo gris—, a la temida sombra de su padre.

Esto lo explica bien Hans Blumenberg para quien hay tres acepciones de nihilismo, que se pueden leer temporalmente, el nihilismo, el nihilismo básico, y el nihilismo moderno. El primero alude a una mera pérdida de la inteligibilidad de sí mismo, el sujeto ya no puede leerse a sí mismo, ni identificarse o auto referenciarse; el segundo a la desrealización del ser, al hundimiento del ser como proyecto, el ser fracasa en el momento que se confronta con el absoluto, es una constante paradoja; el tercero a la dicotomía de vacío y plenitud, el ser se debate entre las antípodas, y la verdad permanece oculta en la realidad que debe ser decantada en arte para poder interpretarse.

Una constante en los personajes principales de Kafka, sean de cuentos o novelas, es su carencia de referentes existenciales, su abandono total, su desarraigo, y su falta de pasado. El ser Kafkiano carece de identidad, pero, está en constante búsqueda de ella, una búsqueda feroz y titánica que desemboca casi siempre en la respuesta imposible, en la muerte. “El hombre está tan abandonado que ni siquiera puede reclamar su propia identidad”. (Blumenberg, 2016, p. 29).

En *El proceso* (año), Josef K intenta reclamar ante un tribunal que lo juzga, pero no lo conoce, él mismo no sabe quién es. Así levante la bandera, realice un grito de guerra, es aplacado por la máquina absurda del poder que, en este caso, es simbólico y no meramente judicial. Josef K intenta sin suerte autorrealizarse, auto concebirse, defender su ser, pero es inane, pareciera que toda acción suya está truncada, no tiene elección, para él sólo hay angustia.

El hombre que, habiéndose vuelto receloso del criterio de objetividad, empujado por la inquietud se lanza precisamente en esa dirección luchando por obtener una afirmación de su experiencia, ese hombre se entrega a la nada, se torna nihilista. Es decir, rompe con el mundo de lo sosegadamente objetivo, de la regularidad sistémica, y se vuelve anarquista, alterador de la moralidad. (Blumenberg, 2016, p. 34).

La realidad en Kafka no tiene un principio sustancial. No hay una realidad objetiva u objetivable como lo diría Nabokov, “En Gogol y Kafka, el absurdo personaje central pertenece al mundo absurdo que le rodea, pero entabla una lucha patética y trágica por salir de él, incorporarse al mundo de los seres humanos y mueren en la desesperación” (Nabokov, 2016, p. 16). Esta realidad absurda —cuyos principios no se rigen por nuestra realidad, ni mucho menos por convención— está en manos del autor y de los personajes mismos; configura lo paradójico del desenlace, ya que las historias no se rigen por una progresión dramática, sino que, en su desesperación, el personaje araña las paredes que se ciernen sobre él, intentando encontrar alguna respuesta o consuelo. Gregor Samsa

nunca supo por qué su transfiguración, ni Kafka explica al lector por qué y cómo un hombre normal deviene en otro animal de un día para otro, tampoco nos explica cómo pueden existir seres como Odradek o el híbrido de un cruzamiento. Las leyes lógicas, físicas y químicas se rompen, en rigor no hay un cumplimiento de estas, sin embargo, no se cae en la fantasía, se debería hablar aquí de una ficción simbólica o metafórica.

Con su vida y obra Kafka nos mostró lo inevitable, la muerte. El infinito kafkiano está truncado. Así como en *El proceso*, lo que hay tras esa puerta es infinito, su personaje muere a pocos pasos del infinito, sin nunca conocerle, sin hacer parte de él. A pesar de todos los esfuerzos de un hombre por evadir su destino cruel e implacable, la muerte lo espera, su lucha y valentía serán fútiles. Pero su obra hablara por él, llegará al mundo su grito de protesta, la forma que encontró de expresar que esa no era la vida que él quería, su vida estaba en el arte.

Referencias:

- Zuleta, E. (2021). *Arte y filosofía*. Medellín: Editorial Percepción.
- Gadamer, H. G. (2002). *Acotaciones hermenéuticas*. Madrid: Trotta.
- Piglia, R. (2014). *Crítica y ficción*. DEBOLSILLO.
- Briones, P. L. (2006). *La frágil frontera de las palabras: ensayo sobre los (débiles) márgenes entre filosofía y literatura*. Universidad Iberoamericana.
- Blumenberg, H y Fragio, A. (2016). *Literatura, estética y nihilismo*. Editorial Trotta.

Filmografía:

- Burton, T. (director). (2003). 'El gran Pez' (film). Columbia Pictures.

¿Os podéis poner de acuerdo?

Diego Solera¹ - España

—Otra vez —le comentó a su madre nada más subirse al coche.

—¿Qué ha pasado, cariño?

—Roberto no para de meterse con Julián, y todo porque le gusta participar en las clases. Es verdad que a veces puede resultar algo pesado, pero no creo que sea para meterse con él.

—Entiendo lo que dices, pero ¿y Julián no tratará de despistar a la profesora para que no os deis clase? No todo es blanco o negro, es algo que tienes que ir aprendiendo, sobre todo para saber distinguirlo.

—Vale, mamá. ¿Y cómo se supone que se hace eso? Es decir, ¿cómo puedo saber yo cuál es la intención de Julián? Y, en el caso de que pudiera saberlo, ¿quién soy yo para juzgar que una intención es buena o es mala? ¿No será, acaso, lo que yo crea? ¿Y si otro cree que la intención de Julián es, precisamente, la contraria? No sé, pero es que a veces me da la sensación de que los adultos comentáis muchas veces qué es lo que quieren hacer otros cuando, en realidad, no lo podemos saber. ¿O sí?

—En parte puedes tener razón. En verdad es muy difícil, sino imposible, tratar de averiguar cuáles son las intenciones que se esconden detrás de los actos de los demás. ¿Qué te parece si jugamos a tratar de adivinar lo que intentan hacer las personas que vemos ahora por la calle?

¹ Estudió Filosofía y el Máster de Ciencias de las Religiones en la UCM. Actualmente es profesor de Filosofía en Bachillerato. Ha publicado *Memorias de Idhún y la Filosofía. Filosofía para idhunitas exiliados* (Senderos) y coordinado *La diversidad de la experiencia en las religiones. Experiencias, ritos y pensamiento* (Teseo). Contacto: dsoler01@ucm.es

—¿Como si estuviésemos jugando al veo veo, mamá?

—Exacto, hijo. Solo que en lugar de adivinar qué cosas está viendo el otro, tenemos que tratar de adivinar qué intenciones está teniendo. Ojo, que no es lo mismo. ¿Puedes «ver» las intenciones de otra persona?

—No, mamá. Es lo que trataba de explicarte antes: que yo puedo creer lo que está intentando conseguir una persona, pero no puedo verlo.

—Ah, ¿y en qué se diferencian «ver» y «creer»?

—Mmmmm, a ver, a ver... Yo cuando «veo» algo es precisamente eso: lo estoy viendo con mis ojos; pero cuando digo que «creo» algo es porque no estoy del todo seguro de lo que estoy diciendo. Pero por eso precisamente me parece un poco mal criticar a alguien cuando simplemente «crees» y no «ves». No sé si me explico, mamá.

—Sí, perfectamente. Pero... ¿y solo hablas de cosas que ves? ¿O también de cosas que crees? Ojo, que a veces el lenguaje nos puede engañar y decimos que sabemos cosas cuando solo las creemos.

—Yo creo que solo hablo de las cosas cuando las sé, o al menos lo intento. Aunque ahora me haces dudar.

—Bien, ¿entonces me puedes decir por qué no le has dicho a Laura de ir a tomar un helado o de ir a dar un paseo si es lo que quieres?

—Jo, mamá, porque ya sabes que yo a ella no le gusto y me da mucha vergüenza.

—Ah, ¿sí? ¿Lo sabes? Pues te aseguro que yo no he visto que no le gustes, ni tampoco que le gustes. ¿Tú sí lo has visto?

—Pero, mamá, esas cosas se saben.

—¿Y cómo lo sabes?

—Pues... no sé. Pero se saben.

—Inténtalo. ¿Por qué lo sabes?

—Yo qué sé, mamá. No me mira y se ríe mucho con Sergio. Pero cuando yo digo alguna broma, no se ríe tanto. Y mira que intento ser amable con ella, pero incluso hay veces que parece que le incomoda.

—Vayamos por partes, hijo. Lo único que has visto es que con Sergio se ríe y contigo no. El resto, son interpretaciones tuyas, ¿o no es así? ¿O acaso ves que se sienta incómoda? ¿Y siempre la estás mirando como para poder decir que ella a ti no te mira?

—Hombre, siempre siempre no. Eso sería un poco extraño. ¡No voy a estar todo el día girado en clase como un panoli! Eso sí que sería raro, ¿no crees?

—Sí, sí que me parecería raro. Pero no me cambies de tema. ¿Qué intención crees que tiene Laura cuando se ríe con Sergio?

—Pues creo que él a ella sí que le gusta, porque no solo es que se ría más con él, sino por la forma en que le mira y en cómo sonrío cuando él habla.

—¿Y eso lo ves o lo crees?

—A ver... no puedo decir que lo veo. Pero sí es verdad que veo esas cosas que me hacen creer que Sergio sí le gusta y yo no.

—¡Anda! Ya hemos cambiado «sé» por «creer». Bien, «crees» que no le gustas a Laura. Y actúas en consonancia con ello, ¿verdad?

—De verdad, mamá, a veces utilizas unas palabras un poco raras y no te entiendo. ¿En conso... qué?

—Perdona, hijo. En consonancia, es decir, que como crees que no le gustas, actúas como si no le gustaras. Actúas de forma coherente con lo que crees, de acuerdo con ello. ¡Y eso es maravilloso!

—¡Pues claro, mamá! ¿Cómo no voy a actuar de acuerdo con lo que creo? ¡Sería idiota! ¿No crees?

—Sí, hijo. Sí creo que sería de idiota. Pero también sé que hay gente que no siempre actúa así. ¿Entonces crees que es mejor actuar de acuerdo con lo que crees a no hacerlo?

—Claro, mamá.

—Pero antes has dicho, cariño, que solo hablabas de lo que ves; y, ahora, hemos descubierto que no solo hablas de cosas que crees y no ves, sino que también actúas en función de lo que crees.

—De verdad, mamá, me estás haciendo un lío... Y al final no hemos jugado al veo veo de las intenciones, y la verdad es que tenía muy buena pinta. Pero hace un rato que hemos llegado, y al final no llego al entrenamiento. ¿Luego seguimos con la conversación?

—Estaré encantada, cariño. ¡Mucho ánimo y disfruta! Dame un beso, anda.

*

—¡Hola, papá!

—¿Qué tal, hijo? ¿Cómo ha ido el entrenamiento?

—Bien, bien. Aunque estoy un poco cansado.

—Bueno, para eso vienes aquí, ¿no?

—Sí, sí. Aunque ahora pienso en madrugar mañana para volver al colegio y me da una pereza... Uf. Ojalá pudiera quedarme mañana tranquilito en casa, jugando a la play, la verdad. Por cierto, ¿cómo que has venido tú y no mamá?

—Porque hoy tu madre me ha dado el día libre de hacer la cena: ¡la hará ella!

—Ah... Bien.

—¿Pasa algo, hijo? ¿No te gusta que venga a recogerte tu padre? ¿O es que no te gusta que cocine tu madre?

—No, no. No es nada de eso, papá. El caso es que, cuando hemos venido al entrenamiento, hemos tenido una conversación superinteresante entre mamá y yo y me gustaría seguir hablando con ella.

—¿Ah, sí? ¿Alguna chica que te gusta, tal vez?

—¡No! Bueno, un poco sí hemos hablado de chicas, pero eso no era lo importante.

—¿Y qué era lo importante?

—Pues que si podemos «saber» las intenciones que tienen los demás a pesar de que no las podamos «ver».

—Uf... Ya está tu madre con esas conversaciones... A ver, hijo. Los pensamientos y las intenciones de las personas no las podemos saber. Es verdad que pensamos en lo que pretendía una u otra persona, si ha hecho bien, si ha hecho mal, si ha pretendido hacernos daño o si, por el contrario, quería ayudarnos, pero se ha acabado equivocando... Hay miles y miles de preguntas similares. Y hay tantas respuestas como personas hay en el mundo. Pero nunca, jamás, podemos saber, a ciencia cierta, lo que piensan o sienten los demás. E, incluso, me atrevería a decir que, en muchas ocasiones, ni siquiera nosotros mismos sabemos si nuestras propias intenciones son buenas o malas. ¿O no te ha pasado alguna vez que has tratado de convencerte de que aquello que habías hecho estaba bien cuando una vocecilla te decía que, en realidad, no?

—Jopé, papá. ¡Cada uno decís una cosa distinta! Primero, mamá me intenta convencer de que podemos creer lo que piensan los demás. Y, ahora, tú me dices que ni siquiera puedo saber lo que yo mismo pienso sobre mí y lo que hago. ¡Poneos de acuerdo, por favor! Porque me estáis haciendo un lío.

—Se trata de que pienses, hijo. No se trata de que nosotros te digamos lo que tienes que pensar. Piensa por ti mismo y deduce: ¿te ha pasado alguna vez lo que te he comentado?, ¿has intentado, algún día, convencerte de que has hecho algo con alguna intención cuando, en realidad, tenías otra?

—Es una pregunta un poco difícil y un poco extraña, papá. ¿Por qué iba yo a intentar engañarme a mí mismo?

—Piensa, hijo. No hace falta que me contestes a mí, lo importante es que tú tengas clara la respuesta. Al final, es lógico que tengas secretos y cosas que no quieras compartir con nadie. ¡Y mucho menos con tu padre! Pero sí quiero que lo pienses.

*

—¡Hola, mamá! Necesito que me aclaréis por qué papá y tú os lleváis la contraria sobre si podemos conocer o no las intenciones de los demás... Porque ambos decís cosas completamente diferentes, pero, a la vez, me parece que los dos tenéis razón. ¡Estoy hecho un lío! Por un lado, tú me has estado diciendo que, de alguna manera, puedo intentar conocer las intenciones que tienen las personas a la hora de actuar. Pero, por otro lado, papá me ha hecho pensar que hay ocasiones en las que incluso me miento a mí mismo sobre cuáles eran mis motivos a la hora de decidir actuar de alguna manera.

—Dinos, a ver, en qué cosas has estado pensando.

—Pues durante el entrenamiento he ido pensando en todo esto. Y me he dado cuenta de que, por ejemplo, hay veces que sí puedo tener una idea sobre la intención que tienen algunos compañeros. Por ejemplo, ha habido una jugada en la que Pablo ha dado un pelotazo a Hugo, y ha pedido perdón diciendo que no era su intención. Ahí sí me ha dado la sensación de que era sincero y que le ha dado sin querer. Pero, en otro momento del entrenamiento, me he cabreado mucho con Luis, y le he lanzado la pelota; pero no sé, de verdad, si mi intención era pasársela o, directamente, darle. Porque, de verdad, me ha enfadado mucho. Evidentemente, le he dicho que yo quería pasársela, pero que me he pasado de fuerza; pero la duda se me ha quedado por dentro y ya no sé si me he convencido a mí mismo de que esa era la verdad o si, en el fondo, no tenía intención de darle, aunque por un momento se me haya pasado por la cabeza intentar darle con el balón.

—Ay, cariño. Si es que hay tantos problemas aquí que no los vamos a poder resolver, en realidad —comenzó respondiendo su padre—. Por un lado, estamos hablando sobre la posibilidad de conocer o no cosas que no podemos percibir por los sentidos. Ahí, tu madre y yo te hemos dejado ya bastante clara nuestra opinión: ella piensa que sí; yo, que no. Pero, por otro lado, también acaba de surgir otro debate: ¿es posible hacer el mal sabiendo que está mal? ¿Tú qué opinas?

—¿Perdona? ¿Cómo no voy a ser capaz de hacer algo que sé que está mal? Evidentemente, sí, ¿no? Es decir, hay muchas veces que, aunque sabemos que algo está mal, lo hacemos. Por ejemplo, yo sé que debería estudiar, pero, sin embargo, me pongo a jugar al ordenador porque es lo que me apetece hacer, aunque mi deber sea estudiar.

—¿Ah, sí? ¿Y no tratas de engañarte?

—¿A qué te refieres, mamá?

—Por ejemplo, justo en el momento en el que estás pensando si enciendes el ordenador o abres el libro, ¿qué es lo que piensas?

—Uffff. No sé, mamá. ¿Tal vez que puedo jugar un rato antes de estudiar?

—Seguramente esa sea una opción. Posiblemente otras veces pienses cosas similares como, por ejemplo, «Bueno, no es necesario que haga los deberes hoy, los puedo dejar para mañana». ¿Me equivoco?

—No... No te equivocas.

—¿Y en el fondo qué es lo que estás haciendo?

—¿Cómo que qué estoy haciendo? Poniendo excusas para poder jugar en lugar de estudiar, ¿no?

—¿Y de qué otra forma llamarías a ese «poner excusas»?

—Joé, no sé. ¿Justificarme?

—Eso es. Y justificar no es sino intentar convertir algo en admisible, o, al menos, intentar que deje de parecer inadmisibile o inadecuado.

—No he entendido nada de lo que has dicho, mamá.

—A ver, tú intentas justificar una acción tuya cuando hay alguna posibilidad de que sea mala o errónea, ¿no? ¿O alguna vez te has intentado justificar cuando sabes de sobra que algo está bien, como ayudar a otra persona?

—No, me parecería un poco ridículo tener que ir dando explicaciones de por qué he ayudado a otra persona. Sería un poco raro, ¿no? En plan: «Mira, he ayudado a cruzar la calle a esta persona invidente porque...» Guau, no se me ocurre qué podría decir. ¿Porque qué? ¿Porque quiero ser buena persona? ¿Porque quiero ir al cielo? ¿Porque quiero sentirme bien conmigo mismo?

—Efectivamente, sería un poco raro. Sin embargo, cuando puede parecer que algo está mal, te explicas, ¿no? Como, por ejemplo, si cuentas un chiste y te parece que a alguien le ha molestado, le explicas que era un chiste y que no lo piensas de verdad, ¿no?

—Sí, claro. Hay veces que algunos comentarios pueden herir a la gente, aunque no haya intención de hacer daño.

—Claro, y en ese momento te explicas, ¿no? Es decir, te justificas.

—Vale, vale. Ahora lo entiendo. Lo que no sé es a dónde quieres ir a parar.

—El caso es, hijo, que cuando nos justificamos es porque, en realidad, queremos disfrazar de bueno aquello que no lo es o, al menos, no lo parece. Por lo tanto...

—¡Claro! Por lo tanto, o hacemos lo que creemos que es bueno, o al menos intentamos engañarnos para creer que lo que vamos a hacer está bien, ¿no? ¿Eso querías decir?

—Efectivamente, hijo. Pero ojo con tu madre, que a veces puede liarte un poco la cabeza... ¿Crees, realmente, que solo haces aquellas cosas que crees que están bien?

—Hombre, papá... El argumento de mamá me ha parecido bastante bueno. En el fondo, siempre tratamos de justificarnos, ¿no? Es decir, aun cuando alguien nos ha dicho que algo que hemos hecho está mal, no paramos de poner excusas, ¿no?

—En parte tienes razón, pero no creo que siempre sea así. Ahora, si te parece, piensa si no ha habido alguna ocasión en que hayas pensado algo como «me van a echar la bronca si me pillan».

—Sí, claro que sí. Alguna vez que no he hecho los deberes, a pesar de saber que debería, he preferido no hacerlos, aunque estuviese pensando en ese momento «ojalá mañana no me pregunte la profesora». E, incluso, durante la clase, que no me pidiese a mí que los corrigiese en voz alta.

—Y, en esos casos, ¿buscabas alguna excusa? ¿O simplemente no hacías los deberes y punto?

—Pues no los hacía. ¿Por qué, papá?

—Porque, en esas situaciones, e imagino que en muchas más a lo largo de tu vida, harás cosas que no están bien o, al menos, que sepas que no son la mejor opción y, a pesar de ello, acabarás decidiéndote por hacerlas. Por lo tanto, creo que tu madre no tiene razón. O, al menos, no de un modo tan radical de «si sabes lo que es el bien, no harás el mal».

—Vale, papá... Pero tengo una pregunta que hacerte, porque hay una cosa que no termino de entender.

—Cuéntame, hijo. A ver si te sé responder.

—¿Cómo puedo conocer lo que está bien y lo que está mal? Me parece casi tan complicado como saber cuáles son las intenciones de otras personas, o incluso, a veces, las propias, como has dicho antes, en el coche. ¿El bien no es lo que me habéis enseñado vosotros lo que es? ¿Y si me hubieseis enseñado otra cosa?

—Ufff. Es una pregunta maravillosa, hijo. Pero creo que tu madre sabrá responderte mucho mejor que yo.

—Sí, es verdad que es bastante difícil. ¿Cómo es posible distinguir lo que está bien y lo que está mal? No creo que haya una respuesta completamente satisfactoria. Empieza contándome lo que tú crees.

—Pues... A ver. No lo sé. Hasta ahora pensaba que sabía qué era lo bueno y qué era lo malo. Pero es verdad que, si me lo preguntas, no sabría dar una respuesta concreta.

—Bueno, pues vayamos poco a poco. ¿Sabes cuándo una acción es buena?

—Normalmente, sí, ¿no? A ver, hay veces que tengo dudas, pero normalmente sé cuándo actúo bien y cuándo mal; al igual que, creo, también sé cuándo otra persona está actuando bien o mal.

—¿Y cómo lo sabes, cariño? ¿Nosotros te hemos enseñado un listado exhaustivo de todas las acciones buenas y de todas las malas?

—No, claro que no. ¡Eso es imposible! ¿No? Supongo que nadie se habrá dedicado a hacer un listado de las cosas que están bien y de las que están mal. Pero creo que sí hay algo que me puede ayudar a diferenciar lo que está bien y lo que no.

—¿Ah, sí? ¿El qué?

—A lo mejor es una tontería. Pero sí que hay veces que, por ejemplo, cuando Julián habla en clase y, aunque me haga gracia lo que dice, me siento un poco mal por la profe, y no sabría explicar exactamente por qué. Pero hay otras veces que habla en clase y no me da esa sensación de... No sé, no sabría explicarla. Pero sí es verdad que me siento como triste.

—¡Ajá! Ahí tienes una posible respuesta. Las cosas buenas, por lo general, nos hacen sentir bien, las hagamos nosotros, las hagan otros o nos las hagan a nosotros. Sin embargo, las cosas malas nos producen un sentimiento de tristeza o de vacío, ¿no?

—Entonces... ¿Aquello que me parece bien es bueno y lo que me parece malo es malo? ¿Y si algo que a mí me parece malo a ti te parece bueno? ¿Entonces qué pasa? ¿Es bueno o malo? ¿O las dos?

—Ay, ese es un problema muy grande, porque, incluso, hay veces que una misma cosa nos puede parecer buena o mala dependiendo de quien la haga, ¿no crees? Seguro que si Roberto te gasta una broma no te hace la misma gracia que si te la gasta Laura, por ejemplo, ¿verdad?

—Pues sí, mamá. Entonces... ¿lo bueno y lo malo dependen de otras cosas?

—Bueno, son muchas preguntas y no hay respuestas fijas para ellas. Pero creo que podríamos decir, a ver qué te parece, que, en primer lugar, hay que pensar sobre las sensaciones que nos producen esas cosas.

—¿Y qué se supone que debo pensar? Algo me gusta o no me gusta, ¿no?

—Bueno, en primer lugar, tienes que pensar en qué circunstancias estás tú. Por ejemplo, seguro que la misma broma te puede sentar bien o mal dependiendo del día que hayas tenido, ¿no?

—Mmm, sí, creo que sí. Hay veces que, no sé muy bien por qué, estoy como más enfadado o más triste, y noto que me cabreo por verdaderas tonterías.

—Bueno, pues lo primero que tenemos que hacer, por lo tanto, es pensar sobre cómo estamos nosotros, y, si hay algo que no nos gusta nada de nada, pensar, en primer lugar, si nosotros estamos más o menos normal, si estamos bien; en el caso de que no sea así, hacer el esfuerzo por imaginar si eso mismo nos sentaría igual en el caso de estar bien.

—Vale, creo que lo voy pillando, pero, ¿seré capaz de eso? Es decir, no sé si podré, un día que estoy triste o enfadado, imaginar si algo que me ha molestado, me enfadaría o no un día que no lo esté.

—Claro que es complicado. Es algo que vas aprendiendo con la edad y siendo consciente de tus emociones. Para eso tienes que empezar por conocerte bien y ser capaz de sobreponerte a tu estado anímico.

—Mmmm, sí, lo he entendido. Suponiendo que lo pueda hacer, ¿después qué hay que hacer?

—Yo creo que lo siguiente es analizar y reflexionar sobre tus sentimientos hacia la persona que lo ha hecho. Muchas veces tendemos a juzgar las acciones, no por sí mismas, sino en función de quién las ha hecho. Y eso es un poco injusto, ¿no crees?

—Pero... ¿Y no hay veces que influye quién lo haya hecho? Muchas veces la profe nos dice que hay cosas que ella no puede hacer precisamente por ser la profe. Por ejemplo, ayer nos pidió perdón por gritarnos y nos dijo que, a pesar de estar muy cabreada, ella no debería hacerlo, aunque antes a ella le haya gritado uno de nosotros.

—Tienes toda la razón, cariño. Pero en este caso hay que diferenciar entre si es adulto o no. O, en el caso de papá y mío, si es el jefe o es un empleado. Cuanta más responsabilidad tengas, mejor tienes que actuar, ¿no crees?

—¿Y en vuestro caso también como padres?

—Claro, hijo. Nosotros como padres tenemos que actuar, o al menos intentarlo, siempre dándote el mejor ejemplo posible. Aunque a veces nos equivoquemos. Pero, incluso en ese caso, tenemos que sobreponernos y pedirte perdón cuando no lo hagamos bien, porque rectificar y pedir disculpas también es algo que hay que aprender a hacer, y el mejor aprendizaje de la conducta es, sobre todo, el ejemplo. Por mucho que yo te diga que no puedes jugar a la play sin antes haber hecho los deberes, si tú ves que yo o papá empezamos a ver la tele sin antes haber recogido la casa, lo que tú vas a acabar aprendiendo es lo que nosotros hacemos, y no tanto lo que decimos.

—Vale, creo que lo he entendido. Entonces, para saber lo que está bien y lo que está mal, primero, tengo que ver qué es lo que siento cuando lo veo, ¿no? Y después pensar sobre mi estado de ánimo y luego sobre la persona que lo ha realizado. ¿Y ya estaría?

—Falta un último paso. Tras reflexionar sobre si algo te ha parecido bien solo porque lo haya hecho una persona, o mal solo por quién lo ha realizado, tienes que pararte a pensar también en las circunstancias que rodean a la acción y a la otra persona. Es decir, no es lo mismo que alguien pierda la paciencia un día normal a que la pierda un día que ha tenido un mal día. Y también las circunstancias influyen mucho a la hora de actuar, ¿no crees? Por ejemplo, empujar a alguien, en principio, diríamos que está mal, ¿no?

—Sí, supongo que sí. O al menos eso me habéis dicho desde pequeño, ¿no?

—Sí, en principio está mal, pero ahora imagínate que empujas a alguien por la calle porque ves que le va a caer una maceta encima. ¿Seguirías diciendo que está mal?

—¡Pues claro que no! Joé, encima quiero que no se haga daño...

—Pues eso es lo que estoy tratando de decirte, que, dependiendo de las circunstancias, una acción puede ser buena o mala.

—Vale. Pero... y una pregunta: ¿y la intención de la persona?, ¿no cuenta para nada?

—Por supuesto que sí, la intención es fundamental para juzgar si una acción es buena o mala, pero...

—¡Ojo, cuidado! ¿Cómo podemos conocer las intenciones de otra persona o, incluso, las nuestras? —La interrumpió su marido, guiñando el ojo a su hijo.

—¡Claro, es que eso es justamente lo que iba a decir! Que antes papá dijo que no podemos conocer ni siquiera nuestras intenciones, o no siempre.

—E, incluso, iría más allá, hijo. ¿Qué pasaría si, después de todo ese largo y tortuoso proceso que ha explicado tu madre, dos personas siguen sin coincidir en su opinión sobre la moralidad de una persona?

—Bueno, supongo que se podría discutir, de buenas, ¿eh? Y tratar de llegar a un acuerdo, creo.

—Entonces, ¿la moralidad consiste en llegar a acuerdos? ¿Si la mayoría de la población llega al acuerdo de que robar está bien, robar pasaría a estar bien?

—Pero, ¿quién podría decir que robar está bien?

—Uf, muchísima gente. Seguro que si haces esta pregunta directamente la inmensa mayoría te diría que robar está mal. Pero si contextualizan las acciones, es muy probable que muchos de ellos maten su opinión.

—No lo entiendo, papá.

—Bien, vayamos por partes. ¿Tú crees que robar está mal?

—Sí, claro.

—De acuerdo. ¿Y si el que roba es Robin Hood? Es decir, ¿si el que roba es una persona que le quita al rico para darle al pobre y él no se queda nada?

—Bueno... Ahí creo que sigo pensando que está mal. Aunque es injusto que haya gente que tenga mucho dinero mientras que otra tiene menos, creo que también es injusto robárselo.

—¿Y si ese dinero se ha ganado injustamente?

—Mmmmm. Eso ya empieza a complicarse un poco más. Ahí ya no sé qué pensar.

—¿Y si la persona que lo roba lo necesita para vivir? Es decir, si roba comida o agua y lleva varios días sin comer.

—Pfff. No sé, papá. De verdad.

—Lo importante, cariño, lo que quiero transmitirte es que a mucha gente le parecerá mal todo esto, mientras que a otros les parecerán mal unos casos, pero al resto, bien. Y te puedo asegurar que nunca llegarán a un acuerdo.

—Vale, y, entonces, ¿qué es lo que está bien?

—¿De verdad crees que eso es importante?

—¡Pues claro!

—Yo no lo tengo tan claro. ¿Qué más da lo que esté bien o mal? ¿No crees que muchas veces optamos por actuar de manera que evitemos problemas, aunque creamos que no es lo mejor «moralmente»?

—¿Puedes poner un ejemplo, papá?

—Imagínate que alguien ha hecho algo malo en clase y, como no sale el culpable, os castigan a todos. Si tú sabes quién ha sido, ¿lo dirías delante de todo el mundo?

—Pues yo creo que no, porque, primero, quedaría como el chivato de la clase y, segundo, me buscaría tener problemas con el compañero que ha hecho eso.

—¿Y no te parece injusto que estéis todos castigados por culpa de uno solo?

—¡Pues claro! Pero me parecería de tontos buscarte problemas tú solo.

—¿Y qué es mejor, la justicia o la injusticia?

—Jopé, papá. De verdad, a veces me haces unas preguntas que no entiendo. ¿Cómo va a ser mejor la injusticia que la justicia?

—¿Y entonces por qué dejas que haya una injusticia cuando tú podrías evitarlo?

—Ya te lo he dicho: porque no quiero buscarte problemas con nadie.

—¿Entonces me das la razón? ¿Entiendes, por tanto, que muchas veces preferimos actuar moralmente mal para no meternos en problemas?

—Bueno, supongo que en ese caso sí. Es decir, depende de las circunstancias y demás, ¿no?

—Entonces, vuelvo a la pregunta que te planteé antes: ¿qué más da lo que sea el bien? Al final, nuestra guía de conducta muchas veces es evitar tener problemas.

—De verdad te lo digo. Me estáis haciendo un lío mamá y tú. Primero, mamá me empieza a explicar cómo podemos conocer lo que está bien y lo que está mal para intentar actuar siempre de la mejor manera posible. Cuando me ha convencido, vienes tú y me dices que el bien y el mal dan igual, que, al final, lo importante es no meterse en problemas. ¡Me estáis haciendo un lío! De verdad os lo digo: ¡ya no sé qué pensar!

—Bueno, lo importante es que pienses —respondieron al unísono, mientras esbozaban una sonrisa de complicidad durante unos segundos.



Pensemos

¿Es posible conocer las intenciones de otras personas?

¿Es posible conocer el bien o el mal?

¿Es posible actuar mal conscientemente?



Filosofemos

Es un relato en el que los protagonistas no tienen nombre, pues se busca que cualquiera se pueda sentir identificado con los tres o alguno de ellos. Los personajes forman una familia: padre, madre e hijo. Salvo alguna excepción que busca ayudar a contextualizar la situación, todo está narrado en forma de diálogo, buscando el ritmo y la fluidez de los pensamientos y de las reflexiones de los tres personajes.

En la primera escena encontramos al hijo, quien da comienzo al diálogo con su madre al contarle una anécdota que ha sucedido en clase, lo cual le lleva a mantener con ella una discusión sobre la posibilidad de conocer o no las intenciones de las personas. La madre adopta una postura «racionalista», defiende que estas se pueden intuir. En la segunda escena, se repite el mismo diálogo, pero con

el padre, a quien podríamos definir como «pragmatista». Y, en la tercera escena, ya en casa, los tres discuten sobre la posibilidad de conocer el bien y el mal. Por lo tanto, el cuento busca suscitar en los jóvenes lectores —a través de razonamientos de diversas corrientes filosóficas— la reflexión, la duda y la inquietud; más que la profundidad o el desarrollo de las corrientes filosóficas.

El colador

Camila Murillo¹ - Colombia

¿Quién podría recordar todos los momentos de su infancia? No lo sé, dudo que exista alguien capaz de descender hacia esas primeras etapas en las cuales se confunden los sueños con la materia del presente. A mí que no me pidan tal proeza, soy tan solo una cosa sensible, una cosa útil para otros, a mí que me pidan tan solo algunos recuerdos, para así avanzar con mi historia. Yo recuerdo que cuando era pequeña solía dormir en la misma cama con mis hermanos; todos estábamos sobre una misma superficie café y dura, cubiertos por una gran cobija de plástico que nos permitía conservar algo de calor. Yo recuerdo que nos quedábamos a oscuras durante varias horas, casi impávidos, sin movernos, acumulando algunas veces polvo sobre nuestros poros. Solíamos hablar acerca de lo que seríamos una vez creciéramos, la típica conversación de hermanos entre cobijas antes de conciliar el sueño. Nuestras voces hacían un eco por toda la caja, eran unas voces tenues que viajaban de extremo a extremo, y que nos envolvían a todos en un sonido aurático, a pesar de que no pudiéramos ver nuestros rostros.

Después de las noches en compañía, vinieron tiempos de distanciamiento cuando alguien decidió sacarnos a todos de nuestra casa, así es, fuimos expulsados del paraíso en el cual vivíamos y éramos felices. Un día, una pareja de hombres abrió la caja, yo sentí

¹ Docente en formación de la Licenciatura en Filosofía de la Universidad Pedagógica Nacional. Mis intereses académicos son la filosofía de la educación, el ecofeminismo y la estética contemporánea.
Contacto: cmurilloj@upn.edu.co

que los ojos se me cerraron inmediatamente ante el contacto con esa luz intensa que provenía desde afuera, fue una sensación parecida a cuando se cierran los ojos al contacto con el agua, para resistir ese líquido que amenaza con hundirse en las pupilas. Mis hermanas también lo sintieron, se preguntaron por lo que estaba pasando, por qué sentían como un ardor en los ojos; yo no encontraba la forma de responder a sus gemidos, quejas y dolencias, yo también sentía esa profunda incertidumbre, se hizo la luz y nadie nos preguntó acaso si eso era lo que deseábamos. No tuvimos más opción que aceptar esos rostros que nos miraban, que comenzaron a tomar nuestros cuerpos, uno a uno; nos sacaron a todos de la caja, primero a Carolina, después a Manuel, y así, hasta que ya no quedó ninguno.

Al principio nos veíamos seguido, los hombres de rojo nos pusieron a todos en la sección del hogar. Permanecíamos allí durante horas, tan solo de pie, como esperando algo, los hombres de rojo caminaban, cargaban cajas, hablaban con otras personas, iguales a ellos. Nosotros solo estábamos allí, sostenidos por un alambre que nos atravesaba los pies. Seguimos juntos durante algún tiempo, hasta que pronto comenzaron a separarnos. La primera en irse fue Laura, era la más vanidosa de todos; cuando éramos pequeños, ella solía hablar sobre que quería casarse con otro colador, más grande que ella, e incluso tener hijos. Recuerdo que Laura antes de dormir solía aplicarse una crema que resplandecía sobre su piel roja, siento que quizá por eso fue la primera en ser elegida desde el estante, seguramente alguien reconoció en su cuerpo los signos del cuidado de los años anteriores y seguramente también pensaron en las posibilidades que tendría de mantenerse fuerte a futuro, para realizar las tareas que le esperaban en ese nuevo mundo que era el hogar de la gente.

Después de que Laura nos abandonara, siguió el resto, cada uno de nosotros fue tomado de a poco. Estábamos dormidos y cuando nos levantábamos otro se había ido, seguramente al mundo de las personas, seguramente al mundo de los hombres de rojo, se-

guramente a otros mundos que les depararían nuevos futuros, nunca sabremos si mejores o peores, hasta que llegó un punto en el que yo ya no reconocía a ninguna de mis hermanas y hermanos, todos los coladores que permanecían en fila detrás de mí eran unos completos extraños. De a poco me fui adaptando a los rostros nuevos, cada colador tenía una historia diferente de cómo había llegado hasta allí, algunos me contaban que habían sido llevados en carro, otros que creían haber viajado en avión, y todos tenían una historia familiar muy distinta, algunos recordaban haber estado solos desde el comienzo de los tiempos, otros haber experimentado también el extrañamiento de perder a su familia. Yo sentía que cada vez tenía más compañeros, aunque continuaba triste por los recuerdos de mis hermanos y la posibilidad lejana de volverlos a ver.

En todo caso, ya me había acostumbrado a la rutina del estante, era fácil estar allí colgado, simplemente mirando a la gente, a algunos compañeros que se iban, a otros nuevos que llegaban; la conversación siempre arrancaba desde el mismo punto: ¿cómo te llamas?, ¿de dónde vienes?, y así, de a poco, uno se iba haciendo nuevos amigos, con la espontaneidad que caracteriza a los seres sociales, siempre dispuestos a construir un refugio en la amistad para combatir lo desconocido. Habían pasado algunos meses, todo seguía con normalidad, hasta que llegó mi momento de partir, como había llegado antes el momento para los otros. Ella era una señora baja y gorda, tenía un blusón rosado pastel y un carro de compras repleto de objetos para el hogar: unos sartenes, una lámpara de escritorio, un papel tapiz. Ella me miró y me tomó en sus manos, me ojeó primero de perfil y luego de espalda, pero algo la hizo desistir y me regresó nuevamente al estante. Siguió su camino y cuando yo sentí que me había librado de irme con ella, su rostro, con un lunar en el cachete, apareció de nuevo; me tomó otra vez con sus manos y me llevó hacia el carrito de compras.

Esa fue la primera vez que abandoné la tienda y el estante, a partir de ese momento nunca más volvería a estar acompañada

con mis hermanos o con mis amigos, ahora la única compañía que tendría sería la mujer gorda con el lunar en el cachete, quien, una vez llegados a su mundo, comenzó a usarme indiscriminadamente. Me puso en un hábitat metálico y allí pude conocer a otros seres: el cuchillo, la tabla de picar, la licuadora. Pero todos estaban siempre tan cansados que no solían conversar mucho, creo que todos habíamos pasado por una experiencia similar: abandonar nuestras casas y a nuestras familias para después habitar un nuevo mundo de labores inacabables. Una vez, la señora me dejó repleto de agua durante varios minutos, sin ayudarme a secar, tras lo cual agarré una bronquitis, como si el frío se hubiera cristalizado en mi cuerpo. Con el tiempo me acostumbré a ceder, a no hablar, a obedecer sin chistar los deseos de la señora gorda. En ese hábitat todos dormíamos más bien poco y teníamos que estar siempre disponibles para cuando la señora quisiera usarnos.

Con el paso del tiempo comencé a sentir cambios en mi cuerpo, algunos líquidos pasaban directamente a través de mi piel, pero había otros que se estancaban en mis poros, y la señora tenía que hacer unos movimientos bruscos para limpiarme completamente. No me gustaba sentirme tocado a toda hora por la señora, tampoco me gustaba que otros seres pasaran a través de mí: el maracuyá, la mora, el banano, la guanábana. Sentía que mi cuerpo no tenía ningún límite, que cualquiera podía venir y posarse sobre él, sin propósito, sin consecuencias; me sentía algunas veces profundamente herido y pensaba si acaso mis hermanos y hermanas también se habían sentido de esa forma cuando abandonaron la tienda. Me dolía mi cuerpo, pequeña red abierta y agujereada por el tiempo, me dolía que fuera usado por la señora gorda, me dolía que no pudiera hablar, ni cantar, ni soñar, me dolía que los dioses me hubieran creado de esa forma, con un cuerpo que hacía las veces de médium, de vaso comunicante, siempre disponible para dejar pasar a los otros, a pesar de desgarrarse la piel.



Pensemos

¿Cómo nos relacionamos con nuestro cuerpo? ¿A través de cuáles prácticas?

¿Cómo nos relacionamos con los cuerpos de otros? ¿A través de cuáles prácticas?

¿Cómo podríamos construir una ética del eros, fundada en el contacto, el cuidado y la afección?

¿Cómo podríamos resistir a las fuerzas instrumentales y alienantes que recaen sobre nosotras(os)?



Filosofemos

Spinoza afirmaba que “no sabemos de qué es capaz un cuerpo” (Deleuze, 2006, p. 22), es decir, el cuerpo como campo inmanente siempre excede nuestra capacidad de proyección e incluso de comprensión. Cada cuerpo posee la fuerza activa del deseo, del movimiento y de la producción del ser, cada cuerpo se configura como una constelación que aunada con otras conforma un medio social y político. Sin embargo, la contemporaneidad se ha encargado de cosificar el cuerpo, ya Marx (2008) situaba durante la industrialización el fenómeno de la alienación del trabajador asalariado, que puede relacionarse con el mundo como si fuera una mercancía, solamente en la medida en que él se ha convertido en una mercancía para sí mismo. Han (2014) sitúa la pérdida de eros en este contexto postindustrial, en el cual los cuerpos son despojados de todo sentido humano y se transforman en mercancías disponibles para el consumo, cada cuerpo está expuesto de forma casi pornográfica para ser apropiado, utilizado e incluso desechado. Esta agonía de eros (Han, 2014) nos afecta de forma vital porque somos seres en el mundo que, para poder desarrollarse y madurar, necesitamos contactar con la alteridad a través del cuidado, el amor y el respeto; valores comple-

tamente antagónicos que promueve nuestra sociedad del consumo. En este sentido, el problema de este cuento es el *cuerpo-cosa* que habitamos como seres contemporáneos, cuerpos que pueden ser tomados, despojados, desterrados y utilizados arbitrariamente por otros, cuyo poder excede nuestras posibilidades de agenciamiento. El cuento toma como personaje a un objeto inmaterial para poner en evidencia la tensión que se presenta alrededor del cuerpo y la materialidad; por una parte, existe una relación instrumental con esa instancia material que somos, pero a la vez, esa materia es siempre lo afectivo y lo incontenible plasmado en recuerdos, sentires y expectativas, y, en esa medida, el cuerpo nunca se pierde, siempre está allí como fuga y posibilidad para ver lo que hemos estado haciendo mal y tomar decisiones respecto de mejores formas de habitar lo real.

Referencias

- Deleuze, G. (2006). *Nietzsche y la filosofía*. Editorial Anagrama.
- Han, B-C. (2014). *La agonía de eros*. Herder.
- Marx, K. (2008). *El capital: Crítica de la economía política, el proceso de producción de capital I*. Siglo Veintiuno Editores.

El mundo como representación

Mariano Suarez Burgos¹ - Argentina

Aél le hubiese gustado presentarse como periodista, pero apenas era un empleado en la sección “Nacionales” de un pequeño diario de pueblo. Estaba encargado de seleccionar las noticias que se publicarían allí, tomándolas de otros periódicos y cambiando, de vez en cuando, algunas líneas. No, nunca había entrevistado a nadie y jamás había escrito un artículo completo. No era un periodista; pero le hubiera gustado presentarse así.

Antonio Castillo miraba distraído por el gran ventanal del humilde bar en el que desayunaba todas las mañanas, cuando Luis Marcelo llegó en su descapotable para estacionarlo en la plaza central. Tres niños se acercaron ofreciéndose a cuidar el auto; Luis Marcelo los recibió con una sonrisa que expresaba a la vez conmiseración y desprecio, y lanzó al aire algunas monedas que ya tenía preparadas para la ocasión. Los tres niños se sentaron en el cordón de la vereda, cerca del auto, mientras seguían con su cháchara. El mayorcito le hizo, disimulando, un rayoncito al auto con la moneda que había cogido.

—¿Pero este Ahumada quién se cree que es? —musitó Antonio, más que nada como para no dejar pasar la oportunidad de hablar mal de Luis Marcelo en público. No es que él haya sentido antipatía por Ahumada, pero era como una vocecita que sentía adentro suyo; algo

¹ Nació en Santiago del Estero, República Argentina. Realizó sus estudios y obtuvo sus títulos como profesor y licenciado en Filosofía. Actualmente se desempeña como profesor en el Instituto Superior “Santiago el Mayor”, y ejerce labores de docencia e investigación en la Universidad Nacional de Santiago del Estero.
Contacto: marianoasb@gmail.com

así como una “conciencia de clase”, se había dicho alguna vez, que lo obligaba secretamente a rezongar contra Luis Marcelo Ahumada cuando había alguien cerca que pudiera escucharlo.

—¡Es obsceno! —continuó diciendo, sorprendiéndose a sí mismo de que siguiera con las diatribas contra Ahumada.

—Pero, che, si Ahumada es un buen tipo; ¡dejate de joder! —le contestó Rearte girando bruscamente la cabeza hacia un lado, como haciendo ademán de cabecear un *corner* justo cuando terminaba su frase—. Además —agregó—, lo obsceno es lo que pasa “detrás de escena”, lo que se oculta tras bambalinas, lo que no se debe mostrar al público. Y este Ahumada es un hombre honesto y transparente, no tiene nada que ocultar; si toda la vida se mostró sin máscaras. Rearte tenía esa peculiaridad de relacionarlo todo con lo que amaba: el teatro. Decían que había disfrutado del aplauso lisonjero de los mejores públicos, y que su éxito había sido fugaz al quedarse en bancarrota tras el incendio de una sala de teatro en la que había invertido todos sus sueños. Acosado por pesadillas recurrentes y acreedores no menos implacables, había vuelto al pueblo natal medio en secreto. Allí vivía del recuerdo de su fama pretérita, y de unos pesos que ganaba con una modesta compañía teatral que había organizado.

—Hablando de escenas y obscenas, je, je, ¿te conté lo de la Tana Biancarelli? —le preguntó Rearte a Castillo, con un brillo picaresco y repentino en la cara; y sin esperar respuesta se largó:

—La semana pasada recibió una amenaza después de la obra. En el camerino le dejaron un anónimo.

—¿Qué decía la nota?

—“No te hagas la pícara”.

—¡Pero, che, eso no es ni una amenaza como la gente! ¡Mirá si se va a asustar con eso!

—¡Y bueno, che, ella sabrá! Además, la policía lo tomó como una amenaza y hasta se inició una investigación.

Antonio ya casi no escuchaba a Rearte. En su mente intentaba trazar un mapa imaginario de la vida de Luis Marcelo y de la suya propia. Sus padres habían sido amigos en la infancia. Después, Ahumada padre había iniciado una ascendente carrera política: de puntero barrial pasó a ocupar un puestito servil en la municipalidad, se hizo amigo de la gente correcta, lo eligieron concejal, intendente, varias veces diputado y ahora ocupaba una banca en el Senado de la Nación. Castillo padre había instalado un tallerito en el fondo de la casa en la que todavía vivía, y se dedicaba a arreglar bicicletas, tomar mates y cuidar con ahínco desmedido unos geranios horribles.

Luis Marcelo había estudiado en el “Colegio Santa Filomena”; Antonio en la Escuela N.º 72 “Bertulio Galindez”. Luis Marcelo se fue a vivir al barrio nuevo que hicieron cuando su padre era concejal, y Antonio se quedó con su padre en el barrio de siempre. Ahumada hijo estudió para abogado, y aunque nunca terminó la carrera, la gente solía llamarlo “Doctor”. Castillo hijo intentó estudiar idiomas, pero los arreglos de bicicletas nunca dejaban tanto dinero como para eso; y se conformó con unas lecciones de portugués que tomaba de noche, escuchando un programa radial que no duró mucho tiempo al aire. Después lo contrataron en el pequeño diario en el que trabajaba desde hacía más de quince años..., y se sentía cada vez más infeliz, pensó, justo cuando el mozo lo interrumpía:

—O pide algo, muchacho, o se me va a meditar al baño de su casa.

—Otro cafecito nomás...

—¿Me estás escuchando, Antonio? —lo inquirió Rearte para luego continuar con el chisme—. Al bajarse el telón, es decir, al correrse un viejo cortinado que habíamos improvisado al efecto, Ángela Biancarelli saludó al público genuinamente emocionada. Recibió un ramillete de flores, unos besos que volaron por el aire desde la platea y la sonrisa de una niña que estaba sentada en la primera fila. Al entrar a su camerino se encontró con la nota; alguien la había deslizado bajo la puerta. El papelito tenía escrito con tinta roja

“No te hagas la pícara”, sin remitente ni destinatario. Ángela asumió que era una amenaza, y asumió también que iba dirigida a ella. Me la mostró y los dos fuimos a la comisaría para denunciar el delito.

Por consejo del inspector de policía suspendimos la obra unos días, “Hasta que se investigue el caso”, nos dijo.

—¡Porquería de papelucho! —se enojó Rearte, pensando más en el alquiler que se le vencía, que en la seguridad de Ángela— ¡Con lo bien que nos iba, che! —añadió ya con un tono más paternal y comprensivo mientras agachaba la cabeza como queriendo mostrar resignación.

Ángela había pasado un par de días en su casa pensando qué significaba aquello de “No te hagas la pícara”. Su pareja no era celosa, y no había un pretendiente despechado que la acose. No tenía acreedores más que el kiosquero al que cada tanto le fiaba unas revistas que pagaba puntualmente a fin de mes. No había parientes enconados ni vecinos con enemistad manifiesta. Descartó uno a uno a todos sus conocidos por falta de motivos para amenazarla, y al cabo de dos días de elucubraciones —lógicas, algunas; descabelladas, otras— al fin tomó una decisión.

Para sorpresa de Antonio y Rearte, Ángela entró al bar tomada del brazo de Ahumada. Se saludaron los cuatro, más por compromiso que por afecto, y la pareja se sentó en una mesa alejada, a espaldas de Rearte, y ordenaron una limonada y dos vasos con hielo.

Antonio Castillo siempre se había interesado en Ángela; incluso hubo un tiempo en que llegó a pensar que la amaba en silencio, a la distancia, pues nunca cruzaron más que un par de palabras cuando Rearte los presentó. Sin embargo, había bastado ese momento fugaz para que Antonio se jurara que nunca iba a olvidar esos ojos hechiceros y esa sonrisa infantil con que Ángela iluminaba su cara. Pero era por todos sabido que Ángela Biancarelli y Luis Marcelo Ahumada mantenían un tórrido romance, que servía de comidilla a las viejas arpías que suelen apiñarse en las peluquerías más encumbradas y en las confiterías de moda.

El deseo de lo irrealizable, el deseo ante lo imposible, el hambre insaciable que despierta lo prohibido, había sido un fuego abrazador que supo consumir lentamente el alma de Antonio, y todas estas pasiones se le presentaban siempre con el rostro y la figura de Ángela. En noches de insomnio pergeñó encuentros “casuales” en los que de modo romántico y decidido le declaraba su amor. Improvisó los diálogos y agotó las posibles variaciones a que podrían conducirlos las respuestas hipotéticas de Ángela. Urdió planes descabellados en los que al final quedaban ellos dos solos atrapados en algún ascensor, u olvidados en alguna oscura oficina hasta la mañana siguiente. Se repetían en su mente situaciones de ese tipo, de obligada cercanía y prolongada duración, que le permitirían a él desplegar las astucias de un cortejo sigiloso; y en las que ella iría descubriendo, no sin sorpresa, las virtudes varoniles de él. El final era siempre el mismo: Ángela terminaba fatalmente enamorada de Antonio, y él podía al fin gozar el merecido premio a sus desvelos. Pero de modo inapelable la claridad de las mañanas espantaba siempre sus ilusiones y deshacía en hilachas esas ensoñaciones febriles que las noches le ofrecían pródigas.

Cierta lógica serena solía acompañar los pensamientos de Castillo durante las horas del día, y lo ayudaba a mitigar su enamoramiento. Quiso convencerse de que lo mejor para el reposo de su corazón era no pensar en Ángela, pero nunca pudo olvidarla del todo. La imagen de la Tana, como le decían en el ambiente artístico, se resistía al desalojo, porfiada, en lo recóndito de su alma. La mente de Castillo alojaba una lucecita pequeña de secreta esperanza, vestigio modesto de aquella otra mítica que se quedara rezagada en el ánfora de Pandora. Y fue tal vez esa chispita que se mantenía tercamente encendida, o fue quizás la urgente necesidad de dar un vuelco a su vida monótona, prosaica y vacía; o acaso ambas cosas a la vez, nadie sabría decirlo, lo que hizo que Antonio se resolviera a actuar. Caviló una nueva escena de un encuentro prometedor, preludeo inequívoco de un amor inmortal que debía nacer entre los dos, y se dispuso a darle concreción.

—¿Qué hacen? —preguntó Rearte.

—Hablan —contestó Antonio—. Ella llora.

—O finge llorar —agregó Rearte.

—Él la toma de la mano y la consuela.

—O finge consolarla.

—Se están levantando, creo que se van.

Justo cuando pasaban cerca de su mesa, Antonio se paró de un salto y abordó a la Tana.

—Disculpe, señorita Biancarelli, ahora que la veo aprovecho para pedirle me conceda una entrevista para el diario. Usted sabe que yo trabajo como periodista, y andamos buscando una nota por lo de la vil amenaza que sufrió.

Visiblemente sorprendida, Ángela atinó a responder:

—Bueno... sí, lo visitaré en su oficina.

—Justo la están refaccionando. Pero al frente de la redacción hay un parque, si le parece bien, la espero mañana a las siete de la tarde.

—Bueno, nos vemos a esa hora. Adiós.

—Adiós —respondió Antonio mirando nerviosamente a los dos.

Cuando volvieron a quedar solos con Rearte, el director le preguntó azorado:

—Pero, ¿qué fue todo eso?

—Me la quiero jugar Rearte, estoy cansado de amarla en silencio.

—¡Pero será tonto, mi amigo! Si vos sos un hombre casado. ¿Qué vas a hacer?, ¿divorciarte?

—Sí, si es necesario, sí.

—¡Irma te mata a vos!

—Con Irma estamos cada vez peor. Me cansó. Por cualquier tontería se enoja, rezonga, insulta, me hiere de los modos más descarnados; parece que busca en su cabeza las palabras más punzantes y me las arroja con puntería circense, justo al centro del alma. Después,

cuando me ve desarmado, deshecho, herido, ¡se pone a llorar! Me mira con ojos compungidos, como acusándome de haberla obligado a convertirse en ese monstruo lanza cuchillos. Y entonces yo me siento culpable. De alguna manera, en un rinconcito de mi corazón, siento que *también* yo soy culpable. *También* digo, porque ella no es inocente, su actuación es meticulosamente premeditada. Ella no siempre fue así, pero últimamente sí; y yo siento que nos alejamos cada vez más.

—¡No te arriesgues, mi hermano! Es mejor dejar las cosas así.

—¡¿Otra vez me vas a salir con eso del guion y no sé qué?!

—Pero claro, Antonio, ¿no lo ves?

En la Escuela de Arte, en sus años de estudiante, Rearte había accedido a una breve noticia sobre un lúgubre filósofo alemán. Demasiado apasionado por Shakespeare, Cervantes, Gracián y Goethe, ese filósofo recurría a menudo a las analogías teatrales para ilustrar sus desoladoras ideas. Había dicho más de una vez que esta vida no es otra cosa que una gran representación ininteligible, protagonizada por marionetas cuyos hilos invisibles eran movidos por la *Voluntad*. Por otras cátedras, Rearte conocía de aquellas multitudinarias puestas en escena, en la que cientos o miles de actores más o menos improvisados representaban hechos peculiares del pasado, verbigracia, alguna batalla a campo abierto. A los participantes de estas escenificaciones se los llama “recreacionistas históricos”, ya que recrean hechos del pasado, representando al detalle cada episodio. Entonces Rearte se preguntó por qué habría que restringir la recreación histórica a las cruentas horas de la lucha cuerpo a cuerpo. ¿Por qué no recrear también los parlamentos previos al combate? Es más, ¿por qué no recrear aquellos momentos en que surgía el encono en los pechos de los generales enemigos? ¿Por qué detenerse allí, por qué no ir más atrás, a la infancia de esos antagonistas? Seguramente allí encontraríamos los motivos no menos suficientes para que esas batallas hayan tenido lugar

en esos lugares y en esos tiempos precisos. Entendió Rearte que podíamos retrotraernos aún más. Representar quizás el momento en que nacían los protagonistas, el momento en que sus padres se enamoraban y soñaban con un hijo que llegaría a ser héroe. Y más todavía, volver al momento en que los padres de sus padres se encontraban, y así, remontar miles de años de historia, únicamente para recrear en un futuro, indeterminado aún, el hecho capital que anima al libreto. Ese acto final quedaría oculto a generaciones enteras de actores, que intervendrían en un puñado de pasajes de la obra al cabo de su vida, ignorantes del desenlace. Esto no era un disparate, pensó Rearte, ya que algo similar ocurrió en algunas películas de *Hollywood*, en las que durante el rodaje muchos actores desconocían la trama completa y el desenlace de la historia. Que los actores no sepan cómo continuará o cómo terminará la historia no es obstáculo para que desempeñen un buen papel.

La obra máxima del mentado filósofo se titulaba *El mundo como voluntad y representación*, de lo cual no le costó demasiado trabajo a Rearte concluir que el mundo entero, con toda su complejidad desbordante, no era otra cosa más que una representación... ¡teatral! Identificó a esa voluntad señalada por el filósofo con algún director oculto, acaso trascendental, tal vez infinito. Pensó que todos nosotros somos actores que recreamos una parte de la historia de, digamos, unos seis o siete mil años. Pensó, creyó, sin temor a equívoco, que el Presidente, que hablaba la tarde anterior desde un balcón, era apenas un actor que representaba meticulosamente la vida de un verdadero Presidente que había vivido quizás hace millones de años, y que había dirigido desde un balcón idéntico, idénticas palabras a una misma multitud. Nada impedía considerar que la obra, una vez concluida, volviera a comenzar, con otros actores, pero con la misma trama. Igual que el apócrifo Presidente habrían actuado su maestro de quinto grado, y el de primero inferior, simulando ser aquellos verdaderos maestros ancestrales que la memoria colectiva de la humanidad había ya olvidado. Al cabo del tiempo,

ellos también iban a ser reemplazados por nuevos actores que enseñarían los primeros palotes y el silabeo a un nuevo actor que haría de Rearte niño, del mismo modo en que él había representado al verdadero Rearte niño, ya perdido en el tiempo pretérito.

Todos los hombres éramos, según discurría Rearte, actores inconscientes que representaban una parte, unas cuantas escenas, de una obra plurisecular. Toda nuestra vida era la puesta en escena de un papel ya asignado a cada uno de nosotros por ese misterioso director. El libreto era inalterable, nadie podía apartarse una coma del guion. Schopenhauer, que era el nombre del filósofo referido, había sentenciado también que el carácter personal era innato e inmodificable. La palabra “carácter” que indica el modo de ser, la condición, la idiosincrasia de una persona, comparte una similitud especial con el vocablo inglés “*character*”, que alude al actor, al que representa un papel en una obra. De ahí que Rearte haya supuesto que ese modo de ser particularísimo de cada quien, es también la parte del libreto que nos toca representar. La conclusión no podía ser otra: ¡El mundo es mi representación, es nuestra representación! Todos representamos o actuamos el papel que nos ha sido asignado.

Sin embargo, Rearte deploraba el papel secundario, casi de “extra”, que le había asignado el desconocido guionista. Alguna vez hizo la prueba de querer cambiar su modo de ser, su carácter, su personaje, pero era siempre en vano. Una y otra vez volvía a actuar de la forma en que se había propuesto modificar. Por ejemplo, si proyectaba ser más firme y vehemente ante un hecho que lo enojaba, indefectiblemente terminaba respondiendo con blanda condescendencia. O si apostaba a comportarse como tirano ante una mujer amada, siempre hacía cosas que lo dejaban pintado como servil adulator. Pensó también en rectificar su localización en el escenario; viajó lejos del lugar que se suponía que tenía que ocupar. Por un tiempo pensó que había burlado al omnipresente director, y hasta alcanzó un feliz éxito en tierras lejanas. Pero en aquel fatídico incendio, Rearte quiso ver la mano del director incógnito

que le daba una reprimenda paternal y lo obligaba a retornar a su sitio, un tanto humillado. Allí, de vuelta en su tierra natal, Rearte quiso echar al olvido esas cavilaciones, demasiado peligrosas para la mente de cualquier mortal. Se resignó a cumplir su papel.

Mas, en raras noches de traicionera calma y oscuridad, Rearte se deja arrastrar por una duda. Se pregunta si ese encuentro con ese filósofo de nombre difícil, si las inverosímiles hipótesis que conjeturó, si sus intentos de modificar su papel y el fracaso inexorable que le aguardaba, si el abandono definitivo de esas sospechas, en fin, si todo eso también se hizo con ineluctable necesidad, puesto que formaba parte del guion universal. Luego, abatido por las sombras de la noche y de su alma, vuelve al manso acatamiento de su destino.

Era el día de la cita, Antonio estaba ansioso, pero traba de disimularlo mientras desayunaba con Irma. Esa mañana Irma se había levantado particularmente irritada e inusualmente desaliñada. Al entrar en contacto, el nerviosismo de Antonio y la ira de Irma no tardaron en hacer explosión. Algún gesto descortés o alguna palabra de más o de menos desató la pelea. Ambos gesticulaban insultos y maldiciones a viva voz, hubo reproches y amenazas hasta que por fin Antonio anunció que se iría para no volver.

“¡Te vas a arrepentir!” fue lo último que escuchó gritar a Irma entre lágrimas, mientras cerraba la puerta sin despedirse.

El día pasaba lento en la redacción y de a poco Antonio se fue olvidando de la pelea con Irma y comenzó a prepararse para su anhelado encuentro con Ángela. A la hora acordada, cruzó hasta el parque, donde ella lo esperaba ya. Él quiso saludarla con un beso, pero ella adelantó su mano para que se la estrechase. Se sentaron en un banco a la sombra de un álamo y Antonio se sinceró:

—Ángela, me va a disculpar, le mentí. No la cité para una entrevista del diario, quería hablar con usted sobre algo personal —Ángela sonrió con aire maternal, sin atisbos de sorpresa, y esto calmó los

nervios de Castillo. Antonio nunca había podido resistirse a una bella sonrisa de mujer, y la de Ángela tenía más encanto que la lira de Orfeo.

—Ángela, yo la amo —lanzó Antonio en voz muy baja.

—Pero, ¿qué dice, Antonio?, si apenas nos conocemos.

—Déjeme que me explique —le pidió Antonio juntando las manos como en actitud de oración; y ante el silencio cómplice de Ángela, comenzó a exponerle sus sentimientos, sus sueños, sus fantasías, sus planes alocados y también sus miedos y frustraciones. Ángela lo escuchaba con atención, a pesar de que desviaba cada tanto la mirada, para ocultar de ese modo el rubor de sus mejillas. Hacía tiempo que ella había descubierto el poder de su atractivo sexual, lo sentía como una potencia sublime de la naturaleza, capaz de actuar a distancia con más fuerza que la gravitación universal. Esto la hacía sentir especial, como elevada por sobre el resto de la humanidad, en virtud de esta, su cualidad tan especial. Como la declaración de amor que estaba haciendo Antonio reforzaba la imagen que ella tenía de sí, era innegable que se sentía halagada por esas palabras, a pesar de que algunas le parecieran desmedidas, y hasta exageradamente patéticas. Cuando al fin Antonio Castillo terminó de hablar, Ángela le dijo que se sentía agradecida por la sinceridad y el respeto con los que él había desnudado sus sentimientos, y que iba a responderle con el mismo apego a la verdad.

—Agradezco sus palabras, agradezco el amor que dice sentir hacia mí; pero creo que está más bien confundido que enamorado. Usted cree que me ama, pero en realidad ama a la fantasía que yo represento, y que le permite esos momentos de fuga de una vida que usted deplora y que no se resuelve a mejorar. Vuelva a su casa Antonio, y llévele flores a su mujer. Dígale las cosas bonitas que hoy me dijo a mí y verá cómo todo comienza a cambiar. Además, debe saberlo, ayer en el bar le estaba avisando a Luis Marcelo que

aceptaba casarme con él. Me lo había pedido varias veces, pero me costaba decidirme. Lo de la amenaza me empujó por fin a aceptar. Luis Marcelo es bueno conmigo, me quiere y yo a él.

—¿Usted cree en el destino Ángela? —preguntó intempestivamente Antonio, para no perder la compostura al escuchar a Ángela hablar de Ahumada— ¿Cree que nuestras vidas están determinadas como dice Rearte? ¿O cree que somos libres para elegir quién queremos ser?

—Alguna vez le oí decir a Rearte que en la vida todos estamos como representando un papel, ¿a eso se refiere?

—Sí, a eso mismo.

—En parte, creo que sí, Antonio. Dígame, cuando era chico, ¿usted qué quería ser de grande?

—Qué sé yo, como todos, jugador de fútbol, astronauta, bombero... De más grande quería ser profesor de inglés, pero no pude estudiar la carrera por falta de dinero.

—¿Y ahora le gusta su trabajo?

—No me gusta, pero me da de comer.

—¿Vio?, en parte todos hacemos lo que no queremos, y lo que queríamos hacer no lo hicimos. Es como que de alguna manera las cosas se van acomodando así, para que desempeñemos un papel que no es el que hubiésemos elegido para nosotros. Usted quería ser profesor de inglés y aquí está de periodista.

—Y usted, Ángela, ¿usted qué quería ser?

—Yo siempre quise ser actriz o cantante, de eso no me puedo quejar, pero tal vez me hubiese gustado ser más conocida, famosa. Cuando estaba comenzando mi carrera soñaba con el momento en que algún productor descubriera mi talento y me diera una oportunidad de saltar a la fama. Me imaginaba amada por el público, protagonizando películas de cine, saliendo en las tapas de las revistas. Pero aquí me ve... De todas maneras, no me quejo, lo aprendí de mi abuela. Ella

era libanesa. Se vino cuando era chica y siempre añoró su tierra, pero nunca le escuché una queja o un reproche al destino. Recuerdo que cada vez que nos pasaba algo inusual, ya sea bueno o malo, ella siempre repetía *¡maktub!* Un día le pregunté qué significaba ese “*maktub*”, y me explicó que según piensan los árabes, el destino de las personas está escrito, que todo lo que nos sucede estaba ya destinado a que nos pase. Eso quiere decir *maktub*, que todo está escrito. Me dijo que los griegos creían lo mismo, y también los chinos, y los sirios y los turcos y hasta los japoneses. Solamente los cristianos creen que son libres, me dijo, porque necesitan sentirse culpables de lo que les pasa.

—¿Por qué alguien querría sentirse culpable? ¡Es absurdo! —interrumpió Antonio. Ángela hizo una pausa esperando a que Antonio volviera a concentrarse en ella y le prestara toda su atención. Entonces, con un tono reverencial que dejaba translucir por entre las palabras proferidas una sabiduría milenaria, sentenció:

—Porque sin culpa no hay redención.

Esa noche Antonio llegó con flores a su casa. Irma lo recibió con una desconfianza que prefirió luego dejar entre paréntesis mientras firmaban una tregua entre las sábanas del lecho marital. Después de la faena a Antonio le costó dormirse. Se quedó unas horas mirando un punto en la pared, pensando en Ángela y en Rearte, en Luis Marcelo y en Irma. Pero, sobre todo, pensaba en su propia vida, intentando esclarecer si era él o no una de esas marionetas a las que las mueve un hilo invisible, si era el actor de una comedia universal, si la libertad que sentía como tan suya no era más que una ilusión, si era el responsable de sus penas, y sus culpas... y su redención. Entonces fue cuando le ganó el sueño, y las imágenes febriles que pasaban por su mente se fueron fundiendo a negro, del mismo modo en que terminaban esas películas que Rearte anhelaba dirigir.



Pensemos

¿Somos libres para elegir nuestro destino?

¿Cuáles son los condicionamientos que se imponen a nuestra libertad?

¿Se puede escapar de la rutina de lo cotidiano?



Filosofemos

El cuento trata sobre la posibilidad de que nuestras acciones estén determinadas y que no sean el producto de un ejercicio libre de nuestra voluntad. Para eso se toma el aporte de Arthur Schopenhauer sobre la *Voluntad* y el libre albedrío, pero desde la perspectiva de un director de teatro que inocentemente confunde el significado del título de la obra magna de Schopenhauer, *El mundo como voluntad y representación*.

A partir de ahí se problematizan cuestiones tales como el destino, los condicionamientos sociales, económicos, culturales y biográficos de los personajes y de los seres humanos en general. Es decir, se presenta el viejo problema griego sobre nuestra existencia trágica y lo ineluctable del destino, pero bajo una nueva luz aportada por la filosofía de Schopenhauer.

Como temas subsidiarios aparecen las cuestiones del amor, de lo rutinario de la cotidianidad, del malestar y la resignación, y los límites entre la realidad y la fantasía.

E-mail hallado en un disco duro

Melina Armenta Salazar¹ - México

Te escribo en un momento de lucidez porque me abate la duda de si el arma apuntó en la dirección correcta. ¿Quién debía morir aquella tarde? Hugo y yo llevábamos varios años de convivencia mucho antes de conocerte, pero aun así tú eras la única que me entendía. Quizá fue ese el detonante del enojo de Hugo, pues tu presencia comenzaba a funcionar como una suerte de brújula, mientras él pasaba a segundo plano en la gestión de mi existencia. Por como terminaron las cosas entre los tres, resulta increíble pensar que nuestra historia se tejió por insistencia suya. Recuerdo claramente cómo se dieron las cosas. Llevaba varios meses quejándome de todo. De mi empleo aburrido y mal remunerado, de la comida insípida de los restaurantes de moda, de la música sin substancia retumbando en las casas vecinas, de la simpleza de las tramas de la sección de novedades, de la paradójica soledad en medio de las aglomeraciones, de todo. Todo me parecía atrapado en un torbellino de reducción. Por donde anduviera y hacia donde mirara, sin importar lo que se cruzara ante mis ojos, solo lograba distinguir el rastro moribundo de las grandes posibilidades. Al notar mi semblante de duda y desesperanza, Hugo se apresuró a ofrecerme su ayuda como de costumbre. Y yo me repetía, cuando su omnipresencia llegaba a irritarme, que si en alguien podía confiar era en él. Al fin y al cabo, solo nos teníamos el uno al otro. Además, ¿por

¹ Maestra en Letras Latinoamericanas por la Universidad Nacional Autónoma de México, donde actualmente cursa sus estudios de doctorado en Letras y se desempeña como asistente editorial en la revista Rúbrica de Radio UNAM. Contacto: melinaarmentasalazar@gmail.com

qué Hugo quería hacerle daño a una persona? En ese momento me era difícil imaginar un móvil, pero uno nunca sabe por dónde se hilará el destino. El nuestro se definió cuando me rendí ante él.

Durante varias semanas, Hugo me sugirió lo mismo una y otra vez hasta convencerme, desde adentro, de realizar el registro para formar parte del programa “S.O.S” del Dr. Fredric Merlo. Quisiera poder decirte que opuse resistencia y le fue difícil persuadirme; pero, para serte sincero, un día antes de presentarme en el lugar señalado en el instructivo, me sorprendí a mí mismo un poco entusiasmado. Llevaba un largo tiempo sin ocuparme de entrar en contacto con otras personas, y aunque estaba nervioso por reconectar con ese mundo de afectos, quería creer en la garantía de resultados satisfactorios. Según los anuncios publicitarios, el Dr. Merlo había inventado un aparato capaz de proyectar la vida entera de una pareja en cuestión de segundos, es decir, al final de una serie de pruebas, no solo se vincularían a las personas más compatibles, sino que cada evento a vivir con el otro se revelaría ante los ojos de las dos partes involucradas, haciéndoles posible elegir si esa era la vida que deseaban o no tener. De rechazarla, siempre podían reiniciar el proceso hasta hallar a la persona con la que tendrían la vida perfecta. En eso consistía la garantía: anticiparlo todo. “Olvídese de los problemas inesperados y tenga una vida feliz”, aseguraba el Dr. Merlo. Al principio, la idea me pareció práctica y conveniente. ¿Quién desaprovecharía la oportunidad de evadir las situaciones incómodas mucho antes de que estas se presenten? Nadie, pensé de inmediato. Pero ya me conoces, a cualquier atisbo de certeza y esperanza rondando por mi cabeza siempre le acompaña (o solía acompañar) una buena dosis de escepticismo y paranoia. Dejando de lado la interrogante sobre cómo el aparato podía saber la vida entera de dos personas que se acaban de ver por primera vez (eso quizá les corresponde a los científicos cuestionárselo), yo me preguntaba, por un lado, ¿qué sentido habría en una vida dictada de

antemano por la tecnología?; y, por otro, ¿se puede prescindir tan fácilmente de la experiencia del conflicto (o de cualquier otra) sin consecuencia alguna? Como te imaginarás, Hugo irrumpió de golpe en mis cavilaciones para salvarme de mí mismo, para hacerme entrar en razón antes de que pudiera esbozar una respuesta peligrosa por cuenta propia.

Desde luego, mi preocupación carecía de importancia, en tanto pasaba por alto lo que debía captar mi atención en su totalidad. Hugo me hizo ver a tiempo mi equivocación. En el avance tecnológico radicaba lo único trascendente, no en sus posibles consecuencias. ¿Puedes tú creer el alto grado de mi estupidez? ¡Lo valioso estaba precisamente en aquello que concebí como tarea de otros! Gracias a la oportuna asistencia de Hugo, no solo recuperé el debido rumbo de mi flujo mental, sino también los ánimos para acudir a la cita programada. Pero al día siguiente las cosas se descompusieron por nuestro afán de romper las reglas. Vaya error. Antes de coincidir contigo en el cuarto de vinculación artificial, yo había superado las dos primeras pruebas sin requerir mayor esfuerzo; de hecho, el Dr. Merlo me felicitaba por mi gran capacidad para seguir instrucciones cada vez que entraba a la habitación para darme de beber el suero especial que me protegería contra los efectos secundarios de su máquina. La verdad, no fue difícil darle gusto, mi relación con Hugo me preparó muy bien para manejar el tipo de circunstancia donde yo solo debía cumplir con el papel de recipiente.

Durante las dos primeras fases del proceso, tuve la sensación de estar dispuesto a revelar cualquier cosa sobre mí; eso siempre facilita el trabajo de otros. Sin embargo, algo pasó conmigo cuando entré en aquella habitación y te sorprendí tirando el suero. “¿Acaso no te dan miedo las secuelas de ese acto tuyo?”, te pregunté en seguida. Mas la inteligencia siempre presente en tu persona te llevó a darme una respuesta sin titubeos: “Temo más a los efectos de engullir. Y si a esas vamos, temo, sobre todo, a los tipos como tú. Por la cara que pusiste al verme romper las reglas, seguro andas

por la vida como todos los que he encontrado en este sitio. No eres más que un seguidor de instrucciones”, dijiste con decepción. No supe cómo defenderme ante tal ataque, muy en el fondo de mí te daba la razón. Quise enfadarme, no contigo, por supuesto, pero no pude, hasta eso me habían robado. ‘El hombre imperturbable’, así me identifiqué en aquel momento, porque de abrirse un abismo delante de mí, yo habría caminado hasta desplomarme en él sin necesidad de un empujón por la espalda. De algún modo, ya no me restaban muchos pasos para llegar a tal destino. Tú te diste cuenta de eso, una sola expresión facial te bastó para conocerme mejor de lo que yo mismo me conocía. Hasta el día de hoy, no logro comprender tus razones para querer salvarme. Quizá mentiste. Quizá sí notaste en mí algo diferente, un vestigio de inconformidad, de duda, de desesperación. Vaya a saber qué tanto descubriste en mi rostro cuando me quedé impactado ante tus motivos para desechar el suero. Seguro fue algo valioso para ti; de lo contrario, te habrías marchado. Sin embargo, no solo te quedaste cerca, sino que emprendiste desde ese primer momento una labor de rescate.

Hugo no pudo acompañarme en ninguna de las etapas. De acuerdo con mi noción de la realidad, pasaron al menos tres o cuatro semanas sin comunicarnos, aunque bien pudieron ser más. Casualmente, comencé a escuchar y entender mejor mis pensamientos y deseos como desde hace mucho no podía. Durante esos lapsos breves de claridad, mi intuición me indicaba que algo andaba muy mal y que debía abortar cuanto antes el programa; pero, justo cuando pasaban esas ideas por mi mente, llegaba el Dr. Merlo para administrarme la siguiente dosis. Atontado, justo como le convenía tenerme, ya no concebía el entorno como una trampa de la cual escapar. En ese estado, me era difícil también imaginar una vida alterna o fuera de lo establecido por Hugo o el Dr. Merlo o la voz de mando en turno (porque siempre hay alguien queriendo convencernos de algo). Presenciar aquel acto auténtico ahí donde los interruptores de la autonomía y la voluntad se encontraban apa-

gados produjo en mí el efecto de querer encender mi maquinaria interna a toda costa. Si al principio me habías dado la impresión de ser una chica insensata, de inmediato cambié de opinión, pues me di cuenta de que realmente sí sabías lo que estabas haciendo. Entonces te seguí. Caminé sobre tus pasos para así encontrar la misma libertad. Pero no fue eso lo que hallé.

Una vez fuera del programa, las dudas y la confusión me invadieron. Si el Dr. Merlo era en verdad el monstruo que me describías, ¿por qué no nos causó mayores problemas la decisión de desertar? Salimos por nuestro propio pie, nadie fue detrás de nosotros para detenernos a la fuerza, es más, ni siquiera hubo un intento por convencernos con palabras de que cometíamos un error. Simplemente nos dejaron ir. Un controlador mental no se permitiría perder a sus víctimas así de fácil, sobre todo cuando el proceso estaba casi finalizado; la máquina ya contaba con nuestros resultados de pareja, solo restaba que nos pusieran los famosos “electrodos Merlo” para ver la película completa de nuestra vida juntos y decidir si la tomábamos o no. Por otro lado, si, en efecto, todo lo relacionado con el programa constituía en el fondo un plan de control masivo perfecto, ¿cómo ayudaba a la causa emparejar a dos participantes cuyas características en común podían desembarcar en su retiro de la dinámica? Atribuir el evento a una falla de la máquina me pareció la más sencilla de las explicaciones, y aunque hasta hace unas semanas esa respuesta me habría dejado satisfecho, luego de conocerte me resultó casi imposible dejar de oír tu voz diciéndome que estas pseudo reflexiones no eran sino el rastro de una mente atrofiada. Ni hablar de cuando consideraba la posibilidad de que justo en nuestro emparejamiento radicaba la mayor prueba del nulo trasfondo conspirativo y de las buenas intenciones del Dr. Merlo; pues, debido a esta hipótesis, el diagnóstico del estado de mi mente transitaba de atrofia a pérdida total. Renuente a aceptar esa condición, mi flujo de consciencia continuó hasta llevarme a reconsiderar tu teoría. Este tipo de situaciones estaban

contempladas en su plan; de hecho, la resistencia constituía un elemento clave para cumplir con su objetivo. Válvulas de presión les llaman. Todo régimen recurre a ellas en algún momento. Administrar una pequeña dosis de esperanza para que el oprimido deje de sentirse de esa manera, aunque siga estándolo.

A unos metros de llegar a casa, me cuestioné si Hugo era indispensable en mi vida para ser feliz. ¿De verdad me seguía creyendo incapaz de arreglármelas sin él? Antes, el simple hecho de olvidar cargar su batería me perturbaba; pero ahora no estaba seguro de querer regresar a la misma rutina. Por primera vez en diez años, desconectarlo se me presentó como una posibilidad latente. Mi reciente acto de rebeldía y la conversación contigo me alentaban a optar por un cambio radical, pues retomar mi vida tal como la había dejado solo pondría en evidencia mi ineptitud para aprender. Entré entonces con la firme convicción de no dejarme tentar por mis inseguridades pasadas. La estrategia era simple: el cargador se mantendría intacto hasta las ocho de la mañana del día siguiente, hora en la que sonaría la campana del camión de la basura. Y listo, no más Hugo en mi vida. No más órdenes disfrazadas de sugerencias. Sin embargo, el umbral que me transportaría a otro modo de existencia falló, y en vez de eso me sitió donde siempre había estado. Desde la sala, Hugo me dio la bienvenida. Traté de contestarle con el mismo ímpetu, pero el desconcierto por no saber cómo había sobrevivido durante tanto tiempo con una sola carga se notó de inmediato en la expresión de mi rostro y en las palabras entrecortadas que salieron de mi boca. Carcajeándose, Hugo me puso al tanto de la nueva actualización para asistentes inteligentes, la cual los dotaba de una batería autorrecargable. “¿No te encanta? Desde ahora ya no tendrás que preocuparte ni siquiera por enchufarme al cargador”, me dijo. Desde luego se equivocaba. ¿Cómo iba a deshacerme de él? En eso consistía mi más grande preocupación.

No te culpo por decepcionarte de mí. Te prometí tantas veces una vida nueva. Pero siempre que me proponía liberarme de su

yugo, terminaba cediendo ante sus palabras. Una cosa era arrojarlo a la basura estando apagado, indefenso, sin el recurso de la labia; y otra muy distinta hacerlo mientras me envolvía con su discurso acerca de la importancia de los asistentes inteligentes en la existencia humana, debido a la actual configuración de las sociedades. “¿Cuánto tiempo crees que te dure la absurda sensación de haber conseguido algo trascendente? Te darás cuenta muy pronto de que lo único que has logrado con esta acción es expulsarte a ti mismo del mundo. ¿No fue la necesidad de pertenecer a algo más grande lo que te motivó a adquirirme en primer lugar? ¿Estás dispuesto a perder eso solo porque conociste a una chica alérgica a los avances tecnológicos? Renunciar a mí no implica lo mismo que cambiar de pareja. Cuando ella se vaya, y créeme que lo hará, tú tendrás la opción de reestablecer tu vida con otra persona sin problema alguno; no obstante, un humano solo se encuentra vinculado a un único asistente durante toda su vida. Una vez rota la conexión, no hay forma de recobrarla ni de sustituirla. ¿Quién llenará ese vacío entonces? De haber seguido el programa del Dr. Merlo a cabalidad, serías consciente de cuan mal terminarían las cosas para ti si continuas por este camino. Hasta aquí, tienes suerte. Todavía estoy para ser consciente por ti y hacerte cambiar de opinión”.

Después de seis meses de promesas rotas, de viajes fallidos al vertedero, me diste un *ultimátum*: Hugo o tú. A decir verdad, no fue una sorpresa para mí que optaras por esa alternativa, en cierto modo la veía venir. Debiste amarme mucho para aguantar la situación durante tanto tiempo. Con un carácter como el tuyo, fuerte en cuanto a convicciones, seis meses bien pudieron parecerse una eternidad. Prevista o no tu reacción, hasta ahora me doy cuenta de que estaba atrapado entre teorías y argumentos en contra o a favor de él o de ti. Mi mente era como un frasco vacío en el que cualquiera podía depositar sus ideas; mientras a mí solo se me asignaba la encomienda de elegir con cual quedarme, para luego creer que se trataba de una idea propia. En medio de aquel caos, no reparé en

que, sin importar la resolución final, esta, en realidad, nunca sería producto de una reflexión mía, sino de alguien más. Sin embargo, yo cargaría con las consecuencias.

Dos días antes de nuestra fuga, hubo un momento en el que me sentí ridículo. ¿Sacar a Hugo de en medio ameritaba tanta planeación y tantos cuidados para no ser descubiertos? Entiendo que mi historial de fracasos te causara desconfianza, sin embargo, huir me parecía una opción exagerada tratándose de una lucha contra un aparato tecnológico. Acepté reunirnos en secreto en tu casa para urdir el plan de escape solo porque presentí que ese era tu último intento de salvarme. Aguanté que todos los días, durante tres semanas, me reiteraras cómo debía actuar para no levantar sospechas; y lo hice porque no quería separarme de ti sin tener la certeza de haberlo dado todo. No te confundas, al decir esto no pretendo llevarme el crédito, tú siempre ibas un paso delante de mí. Si algo disfruté de nuestras últimas sesiones fue presenciar el despliegue de tu gran inteligencia. Con una lucidez envidiable, imaginaste los posibles escenarios con los que nos podíamos encontrar y, a su vez, generaste para cada uno de ellos la mejor solución conforme a nuestros intereses. Por esta razón, cuando me aseguraste que se trataba de un plan infalible, no tuve motivo para dudar de tus palabras. No obstante, pasó lo inesperado.

No me preguntes cómo y desde cuándo se enteró porque desconozco esa información. Hasta donde yo sabía, todo iba marchando según nuestro plan. Quizá Hugo detectó algo inusual en mi tono de voz, en las expresiones de mi rostro, en mi manera de deambular por la casa, en el tipo de charlas que sostuvimos durante esos días o en mis recurrentes salidas para verte. Ya sabes, cualquier cosa está sujeta a interpretación. Por mi parte, no noté algo extraño en él. De repente volvía al tema del Dr. Merlo, insistía en mi imprudencia por haber abandonado el programa y en el bien que me traería cortar mi relación contigo para buscar una pareja objetivamente adecuada. Pero eso no me alertó, pues durante

los últimos seis meses ese debate se mantenía vigente, pese a mi negativa a seguir conversándolo. En fin, sin importar el modo en que lo haya descubierto, el hecho fue que las luces se encendieron en cuanto me bajé de la cama, sin mencionar la activación de un cerrojo especial en la puerta principal y en todas las ventanas de la casa. Estaba doblemente atrapado. Al salir a la sala, Hugo me lanzó una mirada de reproche. Yo iba a confesarle que desde hacía tiempo nuestra conexión no funcionaba y había llegado la hora de ponerle fin. Mas antes de alcanzar a dirigirle la palabra, me invitó a sentarme. “Si después de oírme todavía te quieres marchar, prometo no interferir, me dijo. Y continuó: “Ella no es quien tú crees. Su discurso sobre libertad carece de solidez en el instante en que te dice cómo debes pensar, sentir y actuar. Dime, ¿a ti se te ocurrió lo de esta noche o fue ella quien te indujo a salir huyendo por la ventana como si tuvieras quince años? No te equivoques, querido amigo, esa chica no pretende salvarte, su único objetivo es usarte. ¿Acaso no te diste cuenta de que desde el inicio ejerció control sobre ti? Si hay una manipuladora entre nosotros, es ella. Piénsalo. Primero el suero, luego la deserción del programa, después la idea de apagarme y finalmente huir. Ninguna de esas acciones tuvo relación directa contigo, con tus deseos. Al menos yo elaboro sugerencias a partir de la base de datos que tengo acerca de ti, nada viene de mis intereses personales; para empezar, ni siquiera soy una persona, y eso debería darte alguna garantía. Con los humanos siempre media un doble fondo. Ahora ya lo sabes”.

Escuché el sonido de los cerrojos abriéndose, era hora de elegir mi siguiente paso. Me quedé inmóvil durante varios minutos, sinceramente no sabía qué hacer. Tanto su postura como la tuya me hacía sentido, pero faltaba la mía. Por fin, me levanté y caminé rumbo a la puerta. Hugo miró en otra dirección como en señal de respeto a su reciente promesa. Faltando un par de metros para la salida, irrumpiste en la habitación. Al no llegar puntual a nuestra cita, inferiste que Hugo me había detenido y estaba en curso su

táctica de implantación de ideas. Viéndome tan cerca de la puerta, procediste a jalar mi brazo con brusquedad para llevarme afuera. Al percatarse de tu intervención, Hugo volteó hacia nosotros de inmediato. “Lo ves, mientras yo dejo abierto para ti el mundo de las posibilidades, dando cauce a tu poder de elección; ella te arrastra hacia su propia percepción de las cosas. ¿Qué clase de libertad es esa?”, gritó. Por el movimiento de tus labios, sé que intentaste decirme algo también, pero había tanto ruido en mi cabeza que no logré entenderte. De pronto, todo se apagó a mi alrededor. Cuando volví en mí, la bala había perforado tu sien.

Hugo siempre iba varios pasos adelante. Él no solo tenía pleno conocimiento del plan, sino también de nuestra forma de ser a solas y en pareja; es decir, podía predecir fácilmente nuestras reacciones ante determinadas circunstancias. Durante los últimos meses, nos había vigilado y estudiado muy bien. Me di cuenta de esto cuando me detuve a analizar su discurso previo a tu llegada. Ahí dio ejemplos de la influencia que ejercías sobre mí, sin considerar que se estaba delatando al enlistar un par de eventos donde él no había estado presente. ¿Cómo sabía, por ejemplo, el detalle del suero si no lo presencié y yo nunca se lo comenté? De algún modo se las arregló para ver todo. Su actualización debió incluir otras cosas que omitió contarme. Por lo tanto, él siempre tuvo ventaja. Así, cuando me levanté del sillón y di unos cuantos pasos al frente, Hugo conocía mis verdaderas intenciones y solo fingió su acto de no interferencia. Yo no me dirigía a la puerta, sino a la gaveta donde estaba el arma. Huir no era ya una opción, había que destruir el aparato; de lo contrario, se las arreglaría de nuevo para seguirnos a donde fuera. Con el arma en mi mano, solo le hacía falta tu llegada a la escena para entonces tocar las fibras más sensibles de mi ser, sabiendo de antemano que la dirección de la bala cambiaría de rumbo. ¿Qué clase de libertad es esa? He ahí el detonante de mi desquicio.



Pensemos

¿Cuál es la situación de la subjetividad en las culturas digitales del siglo XXI?

¿Hasta qué punto el ser humano ha perdido el control sobre sus tecnologías?

¿Cómo experimenta la libertad el ser humano de nuestro tiempo?



Filosofemos

En el año 2001, el filósofo español Eduardo Subirats publica su libro *Culturas virtuales*, en el cual advierte un fenómeno inquietante que tiene lugar en las sociedades posmodernas: “la producción técnica de la realidad”. A partir de esta idea, Subirats deja ver que el individuo ha sido reemplazado como productor de sentidos o significados y en su lugar han quedado las industrias culturales y la distribución de sus contenidos a través de los medios de comunicación. En este contexto, el ser humano solo es visto y tratado como un mero consumidor que solo ha de engullir sin cuestionamiento todo cuanto le proveen las industrias, reduciendo considerablemente su aparato crítico.

El cuento “E-mail hallado en un disco duro” se sustenta en el debilitamiento de la subjetividad autónoma ante las tecnologías digitales utilizadas para reforzar los intereses del Mercado; en consecuencia, presenta un personaje cuya capacidad para pensar, sentir y actuar por cuenta propia se encuentra amenazada por la presencia de Hugo, su asistente inteligente. La historia constituye el gran esfuerzo del protagonista por entender qué sucedió realmente el día en que asesinó a su pareja. Conforme avanza en la secuencia de eventos, se da cuenta de que todo fue causado por el eficiente control mental que Hugo ejercía, gracias a la información que el propio protagonista le proporcionaba.

La Adriática o la ontología de los celos

Sebastián Mejía-Rendón¹ - Argentina

Spuria Adriática de Silus, mejor conocida como la Naevia, era la mujer de Cayo Albucius Silus y sería quien lo atormentaría con sus indomables celos hasta el fin de sus días. Al principio, ella era una buena mujer, pero después de ocho años de matrimonio, se convirtió en su peor enemiga. Los celos de Naevia comenzaron con pequeñas quejas por palabras amables que fueron desapareciendo con el flujo de los días y, con el tiempo, se volvieron cada vez más exigentes, llegando al punto de ser irreales: “¿Dónde estás? ¿Qué estás haciendo? ¿Puedes mostrarme un comprobante del lugar donde dices estar?”. Los celos, según las antiguas escrituras, son como abismos y brasas ardientes: “Porque el amor es fuerte como la muerte, el celo voraz como los abismos y sus brasas son llamas de fuego” (Génesis 3:6, versión del Rey Jacobo). Los celos se constituyen como el deseo irrefrenable del amante que, para asegurar su amor, comienza una serie de acciones compulsivas de posesión. Más tarde, termina por devorar al amado. El celoso no soporta que alguien sea superior o que se desvíe la atención hacia otro: padre, madre, parientes o amigos, todo representa un peligro porque la atención desviada representa una desviación del amor. Entonces surgen las astutas indelicadezas que buscan amablemente destruir

¹ Filósofo graduado de la Universidad de Antioquia (UdeA-Colombia) y actualmente se encuentra realizando su doctorado en filosofía en la Universidad Nacional de Córdoba (UNC-Argentina). Su investigación se centra en áreas como la filosofía de la mente y la filosofía de la técnica, y ha colaborado en diversos proyectos con diferentes grupos de investigación. Contacto: joan.mejia@mi.unc.edu.ar

al otro. Con su corazón lleno de una mezcla de buenos y malos sentimientos, el enamorado busca alejar al otro de su mundo y de todo lo que ama, aplicando una dosis de dependencia. El celoso no quiere que su amado tenga hijos ni hogar; lo único soportable es su compañía, que no tiene reparos en suministrarle todos los días y las noches. Pero, ante un pequeño cuestionamiento, el amado se ve sometido a espionajes perversamente diseñados que terminan por prohibirle cualquier estado de soledad emancipatoria. Al final de esta lucha de control, el amado no opone resistencia alguna y termina perdiendo la batalla, convirtiéndose en una cosa obtusa, ciega e indeseable, aplastado completamente por un discurso de amor que comenzó devorándolo por fuera y terminó devorándolo por dentro. El amado rebajado simplemente a ser el novio o esposa de X o Y es indeseable porque el amor lo ha inmiscuido en el cuerpo del amante; esto es, nadie lo imagina con una vida por fuera de una mujer o un hombre que ama. El amado es transfigurado y castrado, sobre todo reducido a un increíble mutismo, adornado con el amor y la entrega del otro. El ser amado acaba siendo solamente esa extensión del amante, mientras que el amante insospechadamente está siendo devorado por las cuatro llamas de los celos: primero porque es celoso, segundo porque es reprochable, tercero por temor a lastimar al otro, y, cuarto porque sabe que redujo al otro a su reflejo e inseguridades. En última instancia, el celoso sufre y hace sufrir la lenta combustión de una relación de pareja.

Naevia escuchó la puerta cerrarse a medianoche y sintió el frío y amplio espacio de la cama que revelaba que su amado, Cayo, había escapado del lecho. Sin titubear, tomó una frazada para cubrirse del viento del sur y decidió seguirlo. En cuestión de segundos, lo ve doblando la esquina. Cayo no sospecha que esta noche sería perseguido y descubierto en sus fechorías.

Rápidamente, Cayo se dirige hacia el fornix de los puentes bajos donde, según se dice, viven extrañas mujeres que ofrecen placeres indescriptibles a los hombres romanos. Las figuras se em-

piezan a asomar desde la penumbra, y Cayo tenía la costumbre de escapar por las noches en busca de algún encuentro sexual con los “Enares”. Estos eran niños escitas originarios de pueblos iraníes que vestían de mujeres para satisfacer los impulsos sexuales. Además de la brujería, los Enares practicaban la dominación del fuego. Desde niños, eran obligados a montar en caballos sin silla hasta que perdían sus testículos, lo que generaba cambios feminizantes que no alteraban, sin embargo, su virilidad. Su miembro era guardado con trapos detrás del pubis hasta que era requerido por algún hombre curioso. El secreto dejaba de serlo hasta que, por arte de caricias, un hombre se encontraba con la virilidad endurecida de otro hombre.

Cayo llega jadeando y temeroso. Dentro de él, las tripas se sacuden movidas por el miedo a ser descubierto, pero también enceguecido por descubrir el secreto que guardaba su futuro amante. Un silbido ante los arcos de piedra devuelve un eco que hace aparecer la figura ambigua de uno de estos niños. Un chico joven de cabeza grande con pelo azabache, labios rojos, nariz delgada y hombros masculinos lo suficientemente contorneados se asomó con una mirada seductora haciendo un gesto de invitación con los dedos. Cayo no titubeó y se abalanzó hacia él. Su encuentro se produce a escasos metros de la figura de Naevia que se acerca queriendo comprobar lo que ya es evidente. Como mujer celosa, Naevia quiere saberlo todo, cada detalle, cada pliegue, el mínimo y minúsculo deseo, incluso elevado a algún pensamiento que tiene cierto rasgo de perversidad. Así, los celos parecen abrir los ojos que el amor cierra.

Naevia traspasa los muros de piedra con su mirada para ver la escena: después de algunos giros asistidos con la mano, Cayo sienta a su amante nocturna en una piedra y le ayuda a quitarle la tela que cubre sus pechos. La clavícula varonil, con sus dos pechos puntiagudos, develan una sensación antagónica entre lo masculino y lo femenino. La espalda fornida que termina abajo con un culo redondo y femenino que acaban dividiendo la figura amada en dos partes: la primera, su cuerpo ataviado de adornos compuestos por

un largo cabello, aroma de frutas dulces y finas curvas que feminizan el encuentro. La segunda, su cuerpo, del cual asoma su pija dura, con unos testículos alargados y pálidos, que contradicen la anterior.

Cayo escruta el cuerpo de su amante nocturna. Explora cada pestaña, cada uña, la juntura del cuero cabelludo, las venas que sobresalen en la piel creando sinuosos relieves. El morbo fisgón de Cayo permite explorar al otro como un bicho raro próximo a ser disecado. Las manos curiosas alcanzan con el afán de un conquistador, pues cada parte conducen, no a Roma, sino, a su pelvis. El descubrimiento está motivado por ese deseo inocente que deviene en perverso, trascender de los límites de la sexualidad cuidadosamente vigilada por los estándares.

Cayo descubre el sexo del Eneira y se percata que es igual al suyo. Está dormido, acurrucado por vendas como lesionado. Cayo aprieta las vendas y descubre que algo allí adentro crece; el sexo de des-vela. Aprieta su pija entre las manos. La amante nocturna se resiente y se muerde los labios. No sabe de la presión adecuada; sus caricias son toscas o torpes, en últimas, varoniles. Ellos se miran y la pija se pone dura y no para de crecer. Este empieza a cubrir y descubrirlo. La Eneira se inclina sobre la roca, toma su túnica que está a punto de ser rasgada, con un movimiento sutil, quita las manos de Cayo y se agacha para tomar la virilidad con la boca. Arquea los ojos en señal de un intenso placer. Este suspira. La Eneira comienza a succionar el alma, mientras que Cayo toma su cabello sintiendo esa melena gruesa como el pelo de un burro. Hunde su cabeza entre la entrepierna justo antes del atosigamiento. La Eneira se frota el ano con dos dedos. Ambos saben que están listos. Cayo la levanta y la pone de espaldas contra las paredes de piedra. Con su virilidad dura y mojada busca sodomizar a su amante nocturna. Las primeras estocadas fallan. Pero, como flechazo de Cupido, una logra conectar directamente en el centro. Ambos suspiran ante el deleite gozoso de encontrarse. Siente que no resiste. La Eneira aprieta su cuerpo. Retado por las sensaciones,

Cayo soporta las embestidas que vienen del otro lado. Ambos se mueven lentamente con un aire confundido y pesado que mezcla el sabor de frutas con el desagüe que corre por sus pies. Forzando a que esto parezca amor, los gemidos rayan entre lo masculino y lo femenino. Siente que la atraviesa. Posa su mano en la virilidad dura en el lugar donde, en sus experiencias previas, había una vulva.

Naevia observa la escena y entra en un estado mental de efervescencia. La imagen corrompida de Cayo salta por los aires, detonada por el odio. Cayo es un extraño ahora, un otro, algo que no conoce. Desenamorarse implica desconocer al otro; darse cuenta de que estuvimos con un impostor durante años sin percatarnos siquiera. ¿Quién era Cayo Albucius Silus? Un escribano de la época de Augusto que transcribía los casos más insólitos jamás contados. Él fue famoso por relatar el caso de la mujer de Payas que, ante la ausencia de este, termina por entregarse al vecino. Pero, allí hay algo más. Naevia se siente culpable de esto y encuentra mil razones para hacerlo. Con las manos se arranca el cabello, se toma de los párpados queriendo arrancárselos, se golpea contra las paredes y se revuelca en el piso clamando por su muerte.

Naevia se levanta del suelo, respirando agitadamente. En un charco de lágrimas se ve reflejada con un rostro desencajado de angustia y la rabia. Sus manos temblorosas se aferran al piso tratando de encontrar estabilidad en su cuerpo y mente. Por su cabeza pasan imágenes de otra vida, remarcada históricamente por el duelo. En su mente, las imágenes del pasado se mezclan con el presente. Piensa, por ejemplo, que se alejará de la vida urbana, dejará a sus hijos y se retirará al campo para dedicarse a la oración. Siente miedo por lo desconocido, pero también una emoción y una esperanza que no había sentido en mucho tiempo. Se despedirá de sus hijos con lágrimas en los ojos, sabiendo que es lo mejor para ella y para ellos. Se dirige al campo, encontrando un lugar tranquilo donde puede dedicarse a la oración y la meditación. Allí, rodeada de la naturaleza, encontrará la paz y la serenidad que tanto buscaba.

Cuestión que solo ofrece el silencio del campo: “el perdido busca el monte”. Este es un viejo adagio que siempre resalta su abuelo, pero, que el día de hoy adquiere pleno sentido.

Pero, le parece que la destrucción de la vida misma deberá ser ajusticiada antes de que ella renuncie a todo. Cobrando gran valor, Naevia se levanta del suelo y salta por los aires, detonada por el odio. Busca herirlo. Los celos llevan a las llamas y los abismos, como dicen las escrituras. Esta levanta una pesada roca que estaba en el piso, se asoma dentro del puente y la lanza con fiereza hasta impactarla en la cabeza de Cayo. La pedrada fue tan fuerte que desenchufa la escena. La Eneira apenas pudo salir despavorida, pues los golpes continuaron con una explosividad que hacía correr hasta el guerrero más valiente. Frente a frente, Naevia es un abominable ser de mil cabezas gobernada por la furia que corre por sus venas. Entonces, sin mediar palabra, comienza una seguidilla de golpes con piedras cual lapidación islámica. “No me duele”, decía Cayo, recogiendo uno de sus brazos que justo había sido desencajado de su clavícula. Naevia golpea con todas sus fuerzas y ve cómo los huesos rotos saltan por encima de la piel. Cayo, con asombro, mira su cuerpo desencajado y solo puede proferir sorpresa: “Es real, no me duele morir”, dice, y una piedra dura como un hierro se hunde en su cara blanda que no se queja de dolor. “No me duele”, dice recogiendo sus hilachas de piel que empiezan a caer al río. Naevia se detiene por el cansancio. Es real, Cayo no muere. Parece de otra época; “asincopa”, “no-crónico” o “destiempado”. Ese es precisamente el tiempo de la muerte, los elementos que nos constituyen vuelven a lo profundo, a la tierra, a la remineralización, al humus. Naevia está cansada de tanto golpear, pero Cayo se niega a morir y con su cara esquelética le sonrío y le tiende una mano. ¿Vienes? Entonces, Cayo inicia una lenta caminata hacia el pequeño riachuelo en las profundidades del fornix. Adentro de las miasmas se ensancha la veta y da paso a un torrente fluvial: ¡Qué vitalidad no tendrá ese río-camaleón para responder a punto de caleidoscopio

de la luz de la luna! Casi liada con un par de clavos y tablas, una barcaza los espera. Naevia está cansada y mira a Cayo con cierta nostalgia. “¿Vamos?”, dice nuevamente extendiendo la mano.

Naevia zarpa en una barcaza junto a Cayo, para navegar en ese viejo río de la memoria que transcurre debajo de la ciudad. Ambos hombres se pierden en las aguas subterráneas que fluyen, al igual que la vida, el amor y la muerte.



Pensemos

¿Cuál es la naturaleza de los celos?

¿Qué se debería entender por una relación sana?



Filosofemos

La historia de Naevia y Cayo ilustra la dinámica de los celos y cómo pueden destruir una relación. Naevia comienza a experimentar celos después de ocho años de matrimonio y se convierte en una fuerza destructiva en la vida de Cayo. El texto sugiere que los celos de Naevia se vuelven cada vez más exigentes e irreales, lo que lleva a una serie de acciones compulsivas de posesión que finalmente terminan por destruir su relación. Desde una perspectiva filosófica, el texto plantea una reflexión sobre el papel de los celos en la experiencia humana y cómo pueden transformar la relación entre amantes en una lucha de poder y posesión.

El texto también explica cómo los celos pueden afectar la percepción que el amante tiene del amado, transformándolo en una extensión del amante y privándolo de su propia identidad y autonomía. Se argumenta que el amado es transfigurado y castrado en esta lucha de control, mientras que el amante es devorado por los celos.

En general, el texto plantea una reflexión sobre el papel de los celos en la experiencia humana y cómo pueden transformar la relación entre amantes en una lucha de poder y posesión. Además, sugiere que los celos pueden ser una fuerza destructiva que puede consumir al amante y al amado y que, en última instancia, puede llevar a la destrucción de la relación.

La vida lograda

Cristian Camilo López Lerma - Colombia

Preludio

- 1 In principio erat Verbum et Verbum erat apud Deum et Deus erat Verbum.
- 2 hoc erat in principio apud Deum.
- 3 omnia per ipsum facta sunt et sine ipso factum est nihil quod factum est.
- 4 in ipso vita erat et vita erat lux hominum.
- 5 et lux in tenebris lucet et tenebrae eam non comprehenderunt.
- 6 fuit homo missus a Deo cui nomen erat Iohannes.
- 7 hic venit in testimonium ut testimonium perhiberet de lumine ut omnes crederent per illum.
- 8 non erat ille lux sed ut testimonium perhiberet de lumine.
- 9 erat lux vera quae illuminat omnem hominem venientem in mundum.
- 10 in mundo erat et mundus per ipsum factus est *et mundus eum non cognovit.*

- 1 En el principio existía la Palabra, la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios.
- 2 Ella estaba en el principio junto a Dios.
- 3 Todo se hizo por ella, y sin ella nada se hizo.
- 4 Lo que se hizo en ella era la vida, y la vida era la luz de los hombres;
- 5 y la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la vencieron.
- 6 Hubo un hombre, enviado por Dios: se llamaba Juan.
- 7 Este vino para un testimonio, para dar testimonio de la luz, para que todos creyeran por él.
- 8 No era él la luz, sino quien debía dar testimonio de la luz.
- 9 La palabra era la luz verdadera que ilumina a todo hombre, cuando viene a este mundo.
- 10 En el mundo estaba, y el mundo fue hecho por ella, *pero el mundo no la conoció.*

A continuación, la versión revisada y corregida por los críticos y grandes místicos del Santo oficio:

- 1 En el principio existía la Unidad Simple Indivisa, la Unidad estaba junto a Dios, y la Unidad era Dios.
- 2 Ella estaba en el principio junto a Dios.
- 3 La multiplicidad devino por su Voluntad, pues ella deseaba ser Nada.
- 4 Su inmediata Agonía fue el comienzo de la vida, y la vida era la Maldición de los hombres.
- 5 y la maldición brilla en las tinieblas, y las tinieblas la recrudescieron.

- 6 Hubo un hombre consciente de la Maldición: se llama Jesús de Nazaret, también conocido como el Hijo del Hombre.
- 7 Este vino para un testimonio, para dar testimonio de la Oscuridad, para que todos se *rediman* por él.
- 8 No era él la Oscuridad, sino quien debía dar testimonio de la Oscuridad.
- 9 La Unidad, ahora fragmentada en Eterna Agonía, es la Oscuridad Verdadera que mortifica a todo hombre cuando viene a este mundo.
- 10 En el mundo estaba, el mundo es su Cuerpo Agonizante, *y el mundo será Agonía Eterna.*

Acto I

Una vez leído el manuscrito, las trémulas manos del Especialista lo arrugaron con tanta fuerza que las uñas penetraron las palmas de las manos. Súbitamente el pergamino se comenzó a teñir de rojo; la sangre manchaba tímidamente una Verdad tan inexorable, tan impepinable. Se quedó así, sentado sobre la silla carmesí y con los brazos sobre el escritorio que el Padre Euclides le regalara hace veinte años, cuando, tras ímprobos esfuerzos, se doctorara con una tesis sobre la Participación en Santo Tomás de Aquino. Poco a poco, lentamente, se fue oyendo un leve gemido; su intermitencia era cadenciosa y hartó molesta. Pero muy pronto el gemido se tornó un lastimero alarido, como jamás en la historia de la humanidad se haya escuchado. Su espalda comenzó a vibrar armoniosamente al compás de los alaridos; su cabeza se agachaba más y más, hasta golpear sus manos sangrantes. Sus mejillas pronto se vieron bañadas por dos arroyos de lágrimas; pero, cosa curiosa, estos arroyos se tornaron rojos. Descendieron, descendieron y descendieron hasta desembocar en el mar rojo de una Verdad incuestionable.

El Especialista: ¡Noooooooooooo, Dios mío! No puede ser. ¡No y mil veces no! ¡Maldita sea la Vida! Y yo que pensaba que mi vida era una vida lograda. Siempre al servicio de Dios, siempre haciendo su trabajo. Dedicándome durante más de veinte años a predicar su Palabra por medio de cursos tan edificantes como Filosofía y Cristianismo, Metafísica Teodicea, Principios Teológicos... Recuerdo que mi pregunta favorita era ¿qué es un principio? Ahí quedaban los pobres estudiantes... en jaque. ¡Ja! ¿Me oís? ¿Pero de qué me ha servido? ¿De qué me ha servido tanto fervor y tanta entrega? ¡No hay salvación! ¡No hay redención posible! ¿O sí la hay?

El Especialista rápidamente se levantó de la silla. Salió de su habitación y se dirigió ansiosamente a la cocina, donde esperaba encontrar un cuchillo bien afilado para cortarse las venas. Una vez allí, buscó en la caja del mesón. En su interior había cuchillos de todo tipo: para la mantequilla, para cortar el pan, para pelar papa, incluso para destapar una que otra BBC. Por pura nostalgia, el Especialista eligió este último. Para no cambiar de parecer, decidió hacerlo allí mismo, con premura, antes de que algún acontecimiento impidiese su redención...

Sonó el timbre tres veces seguidas.

El Especialista: ¡Maldita suerte la mía! ¡Maldito Estado de Israel! ¡Ni siquiera me puedo redimir en paz! Pero sea quien sea, alcanzaré la redención. ¡Y lo haré ahora mismo!

A punto estaba de cortarse la muñeca izquierda cuando, de repente, oyó una voz perfectamente reconocible del otro lado de la puerta.

Mary: George! Can you hear me? I know you are there. Come on! Don't be so stupid. You know you will regret it.

El Especialista: Let me be! Begone!

Mary: Please, don't be ridiculous! God loves you!

El Especialista: God is dead! For He committed suicide!

Mary: What the fuck?! Did you take cocaine? Are you cracked?

El Especialista: Please, my love, let me alone. Remember: I will always love you, for all eternity!

Concluido su último diálogo, el Especialista deslizó con moderada fuerza el cuchillo sobre su muñeca izquierda. Borbotones de sangre espesa hicieron acto de presencia inmediatamente. Caudales de sangre bañaron todo su antebrazo. Gota a gota el piso se fue tiñendo de rojo. Ahora le tocaba el turno a la muñeca derecha. Suavemente cogió el cuchillo con la mano izquierda, pero casi no lo logra, pues se alcanzó a dañar un poco los tendones. Justo cuando lo iba a deslizar sobre la muñeca sana, la puerta fue derribada por Mary.

Mary: Ooooh, my God! What are you doing? Are you crazy?

El Especialista: Stay away from me! Don't get any closer! I will find my redemption at any price!

Mary, en nombre de un amor que no conoce la derrota, corrió apresuradamente hacia su amado George. El Especialista, ni corto ni perezoso, arrojó el cuchillo al suelo y corrió hacia el balcón de su apartamento; un balcón por encima de trece balcones. Todo sucedió demasiado rápido, sin oportunidades ni arrepentimientos, sin declaraciones últimas ni estremecimientos. George, en menos de dos segundos, ya estaba sobre la baranda.

El Especialista: Remember, my dear Mary, I will always love you. For all eternity! For all eternity! For all eternity!

F
o
r
a
l
l
e
t
e
r
n
i
t
y

Acto II

Corría como alma que lleva el Diablo. Corría, corría y corría sin cesar. El Especialista corría desesperadamente. Se encontraba en la Ciudad Maldita. De sus callejones emanaba el dulzón aroma de la descomposición divina. Por doquier se podían ver ataúdes a medio cerrar, cochecitos con tiernos bebés en un precario estado de putrefacción, todo tipo de lámparas antiguas, las cuales proyectaban una luz mortecina sobre las sucias paredes y ventanas de las casas. Una bruma grisácea no permitía ver más allá de diez metros. Aparentemente no había un alma por allí, pero sí muchos ataúdes, cochecitos y cajas atravesadas, desordenadas, sucias y completamente olvidadas. Semejante desorden significaba un gran obstáculo para un torpe Especialista, quien, en medio de la angustia, seguía corriendo, corriendo como alma que lleva el Diablo. Dos feroces perros de ultratumba lo perseguían sin tregua. El más grande era el más oscuro, despiadado y sanguinario. De su hocico fluía un espeso espumarajo de sangre, y sus dientes lucían tan afilados como los de un tiburón. Su mirada era tan torva que cualquiera la compararía con la del mismísimo demonio. El otro perro, un poco más pequeño, estaba despellejado; no tenía ni un rastro de piel ni pelo. En su lugar, se le podía ver la carne al rojo vivo, con una que otra herida con bastante pus.

Los animales corrían sin menguar ni un instante. Simplemente no se cansaban. Pero el Especialista sí. Cuando ya no daba más de sí, alcanzó a divisar un portón gigantesco. Era el portón del cementerio. Por fortuna estaba a medio abrir. Rápidamente se deslizó por en medio, pero no lo logró cerrar, pues los endemoniados perros ya estaban a menos de un metro de distancia. El Especialista no tuvo otra opción que seguir corriendo. A los cinco metros de la puerta miró hacia atrás, por pura curiosidad y angustia, para saber si los perros todavía lo seguían. Fue una idea estúpida. Su mirada quedó bajo el influjo de la mirada salvaje y cruel del perro despelle-

jado. Cuando consiguió salir del trance óptico, miró hacia adelante. Pero era demasiado tarde: se tropezó con la rama de un árbol que había en el suelo y fue a parar a una fosa común, no muy profunda.

El pobre infeliz estaba servido en bandeja de plata. Los dos perros, a tan solo dos metros de distancia, frenaron en seco. Simplemente querían deleitarse asustando un poco más a su futura cena. No tendría ninguna gracia comérselo de un solo bocado, sin que apenas se diese cuenta. No. El mayor placer para estos dos animales infernales es el placer de la lentitud, una lentitud planeada, metódica, calculada. El mayor placer sería el dolor más consciente infligido sobre su víctima. Así que se lo comerían procurando no matarlo con las primeras mordidas. Harían todo lo posible por mantenerlo “vivo” el mayor tiempo de lo que durase la cena. Comenzarían por los brazos, luego las piernas, después el vientre, y finalmente el pecho.

El Especialista quedó petrificado de terror. Los dos animales se fueron acercando lentamente. Dos metros, un metro y medio, un metro, medio metro... Ya los perros iban a morder cada brazo de su víctima cuando, de repente, de la nada, sus cabezas fueron brutalmente separadas del resto de sus cuerpos. De los dos cuellos emanaban sendos chorros de sangre, con tal potencia que parecían fuentes sanguíneas inagotables. La casi-víctima quedó inmediatamente teñida de un rojo carmesí. El Especialista, sorprendido, buscó a su salvador. Este estaba al lado derecho de los perros recién decapitados. Lucía una toga púrpura a la moda romana. Suavemente sacudió la katana para limpiarla de la sangre residual y la envainó con suma maestría. Consumado el acto marcial protocolario, se dirigió al Especialista y le tendió la mano.

El Apóstol: Ven conmigo si quieres “vivir”.

Acto III

El Especialista: ¿Y vos quién eres?

El Apóstol: Soy el apóstol Pedro.

El Especialista: ¿El que negó tres veces a nuestro Señor?

El Apóstol: Así es. Y mi arrepentimiento ha sido en vano.

El Especialista: ¿Cómo así? ¿Vos qué me estás contando?

El Apóstol: Es una larga historia. Te la contaré, pero primero te ayudaré a salir de esta fosa.

El Apóstol lo ayudó a salir de la fosa y luego le tendió un trapo para que se limpiase un poco la sangre de los perros. Una vez limpio, el Especialista siguió al Apóstol hasta un pequeño mausoleo. Allí había varios ataúdes a medio abrir. Los cuerpos, en su interior y a medio descomponer, retorciéndose del dolor más ignominioso. El Especialista no pudo evitar ser el espectador de tan desolador espectáculo.

El Apóstol: ¡No te distraigas o atraerás más perros!

Siguieron caminando hasta encontrar una tumba decente donde sentarse para dialogar.

El Especialista: Ahora sí. ¡Contámelo todo!

El Apóstol: Está bien. Pero antes debo saber cómo llegaste aquí.

El Especialista: No lo sé a ciencia cierta. Solo recuerdo que estaba sobre la baranda del balcón de mi apartamento. Me estaba despidiendo definitivamente de mi exesposa. Recuerdo que me dejé caer. Lo último que dije fue: for all eternity. No recuerdo cuántas veces lo dije. Lo que sí recuerdo es el dolor monstruoso que sentí al impactar contra el suelo. Sentí cómo todo mi cuerpo se destrozó por dentro. Mi ojo izquierdo salió despedido de su cuenca, pero luego regresó, pues el nervio óptico no se rompió. No sé cuánto tiempo pasó. El dolor simplemente era inefable. Al rato llegó mi exesposa. Se arrodilló para examinarme. Tan pronto se me acercó, sus ojos se llenaron de esperanza. Rápidamente se levantó y comenzó a pedir ayudar a grandes gritos: Help! Help! Please, someone! I need an ambulance! Call an ambulance! Eso fue lo último que escuché. Pronto sentí una somnolencia incontenible; el dolor desapareció de repente y me dormí. Cuando desperté, estaba

en un callejón, a unos cuantos metros de aquí, de este ominoso cementerio. No me explico cómo resulté aquí y cómo es que mi cuerpo está intacto. Lo que sí supe pronto es que tenía que correr: dos perros gigantesos aparecieron de la nada y me mostraron sus colmillos amenazadoramente. Corrí como nunca en mi “vida” hasta llegar a este cementerio. Todo iba “bien”, en la lucha, pero una maldita rama me hizo caer en la fosa en la que me encontraste, y ya vos sabés el resto.

El Apóstol: Uhhmm, tal y como lo sospechaba. Creo que eres el Elegido.

El Especialista: ¿Qué? ¿Quién? ¿Yo? ¡Barajámela más despacio! ¡Ja!

El Apóstol: Está bien. Pero no te vayas a ir de culo cuando te lo cuente.

El Especialista: ¡Pero contame! ¿Me oís? ¡Ja!

El Apóstol: Esta ciudad en la que estamos es la Ciudad de los Malditos. Aquí vienen a parar todos aquellos que atentaron contra sus propias vidas. Sea por el motivo que sea, todos vienen a parar aquí. ¿Viste todos esos bebes a medio descomponer? ¿Escuchaste sus desgarradores sollozos? Pues son bebés abortados, sea natural o artificialmente. ¿Viste todos esos cuerpos agonizantes en sus ataúdes a medio abrir? Pues son los cuerpos de personas que en vida decidieron no vivir más.

El Especialista: Ahora que recuerdo, ¡yo me suicidé!

El Apóstol: Así fue, efectivamente. De lo contrario, no estarías aquí.

El Especialista: Y yo que creía en la redención definitiva. Ahora veo que la dogmática cristiana siempre tuvo la razón: debemos pagar por nuestros pecados en el más allá. Mi pecado fue mortal y debo pagar por ello en esta maldita ciudad. ¡Supongo que no tengo salvación ni esperanza alguna!

El Apóstol: ¡Pero qué estupideces estás diciendo! ¿Dogmática cristiana? ¿Eres de esos petardos que creen en esas pendejadas? A todas estas ¿tú quién eres? Tal vez me haya equivocado de Elegido.

El Especialista: ¡Cuidadito que yo no soy ningún petardo! Mi nombre es George Arbelinsky, pero todos me conocían como El Especialista, a mucho honor.

El Apóstol: Ja, ja, ja. ¿Especialista en qué?

El Especialista: Especialista en filosofía medieval, específicamente en el grandioso Tomás de Aquino. Aunque también soy especialista en MacIntyre, Wittgenstein, Agustín de Hipona, Neo-Tomismo, Tomismo recargado, Tomismo para las...

El Apóstol: ¡Ya, suficiente! Ya sé que eres un especialista.

El Especialista: ¡El Especialista!

El Apóstol: Como sea. No perdamos el tiempo en bobadas.

El Especialista: Pero... ¡Un momento! ¿Cómo es posible que yo no esté en uno de esos ataúdes retorciéndome de dolor en eterna agonía?

El Apóstol: ¡Bien! ¡Por fin! Veo que no eres tan petardo. Olvídate de una vez por todas de esa fantasía pendeja y chabacana sobre la existencia de un Dios personal que premia a los buenos y castiga a los malos. ¡No existe tal ser! Lo que sí existía era la Unidad Simple Indivisa. Solo que el hombre es tan idiota como para atribuirle un espíritu y una voluntad. Si los bueyes tuviesen una deidad, seguro la pintarían con cuerpo de buey...

El Especialista: ¡Espera un momento! ¡Ahora recuerdo el motivo de mi suicidio! La Unidad Simple Indivisa... ¡Claro! Leí esas tres palabras en un documento revelador. Y creo fielmente en su veracidad porque logré hurtarlo de los archivos secretos del Vaticano. ¡Todo ha sido una farsa! No hay un Cielo ni un Infierno. Solo existe el mundo que se come a sí mismo en eterna agonía. Pero... ¡un momento! ¿Esta ciudad pertenece al mundo?

El Apóstol: Sí y no. No es tan sencillo de explicar.

El Especialista: Vamos, contámelo, que yo soy muy listo.

El Apóstol: ¿Seguro? Vamos a ver. Una pequeña prueba: ¿qué es lo más importante en la teoría filosófica de Duns Scoto?

El Especialista: Bah, pues fácil: que no hay noción de ente.

El Apóstol: Muy bien. No, espera. ¿Qué?

El Especialista: No, mentiras. ¡Retiro todo lo dicho!

El Apóstol: No importa. Da igual. ¡Quién soy yo para juzgar! Igual te lo explicaré. A lo mejor sí eres el Elegido. Como muy seguramente sabrás, si leíste atentamente ese documento revelador, la Unidad Simple Indivisa “decidió” no ser más. En otras palabras, prefirió la Nada al Ser, pues era lo más conveniente, según su “sabiduría divina”. A partir de dicha preferencia, “decidió” suicidarse. Pero nada es tan sencillo. Su propio ser fue un impedimento para dejar de ser. De suerte que su “suicidio” no provocó su exterminio inmediato. En lugar de eso, la Unidad devino multiplicidad. Esa multiplicidad es su cuerpo descomponiéndose en eterna agonía. El mundo es su cuerpo. Todos nosotros somos su cuerpo. Esta Ciudad de los Malditos es un lugar intermedio entre lo más inmanente y lo más trascendente, entre el mundo material y el “mundo” espiritual. Este es un lugar de tortura perpetua. Pero no se trata de justicia ni de injusticia. Recuerda que no hay un Dios justiciero. La agonía de Dios es tan terrible que su propio cuerpo putrefacto se revuelve contra sí mismo en eterna contradicción. La contradicción alcanzó unas cotas tan altas que todos los seres vivos deben pagar la ofensa de haber existido. Pero la existencia central terrenal no es suficiente pago. Todos deben además pagar con una existencia “ultramundana”, por así decirlo. En esta ciudad pagan los que, como ya sabes, atentaron contra sus propias vidas, y en el inframundo pagan el resto de los seres vivos, hayan sido “buenos” o “malos”.

El Especialista: Ya veo. Pero aun sigo sin entender por qué esta ciudad está reservada para los que se suicidan. ¿Por qué no todos van a parar al inframundo, si de lo que se trata es sufrir?

El Apóstol: Muy buena pregunta. Los que se suicidan tienen su lugar especial de tortura eterna porque su acto es semejante

al acto divino. Luego su sufrimiento debe ser similar al de la agonía divina. Claro que en el inframundo también hay una cierta “jerarquía” de sufrimiento. Y ello es en razón de qué tanto los seres vivos se hayan precipitado en ser un medio para la meta de sus semejantes: la muerte. A mayor precipitación, mayor tortura y sufrimiento. Tal es el pago para aquellos que son medio para la “redención” de sus semejantes.

El Especialista: Pero la redención no es más que una fantasía, pues ni Dios la puede alcanzar, ya que Él mismo es su propio obstáculo. Y puesto que Él es eterno e infinito, infinita y eterna será su agonía. ¿Verdad?

El Apóstol: Muy bien. Veo que no eres tan petardo. A lo mejor sí eres el Elegido.

El Especialista: ¿El Elegido para qué? ¿Por quién?

El Apóstol: ¿Recuerdas qué decía la sentencia número seis del documento revelador?

El Especialista: Sí. Decía que “hubo un hombre consciente de la Maldición: se llama Jesús de Nazaret, también conocido como el Hijo del Hombre”.

El Apóstol: Exacto. Y la siete contempla la posibilidad de que todos seamos redimidos por él.

El Especialista: Pero, ¿cómo es posible? Si se trata de nuestro Señor Jesucristo, el vencedor de la muerte, quien nos prometió el Reino de Dios.

El Apóstol: ¿Acaso sufres de amnesia? Ya te dije que son puras patrañas. No hay tal Reino de Dios. La redención de la que habla el documento tiene un *significado* muy distinto: se trata de la redención absoluta, de la posibilidad de que Dios realmente deje de ser, de que su paso del Ser a la Nada sea efectivo. Si tal redención es posible, entonces todos dejaremos de sufrir porque dejaremos de existir.

El Especialista: ¿Pero un solo hombre puede lograr semejante cosa? ¿Podría Jesús de Nazaret redimirnos de esa manera?

El Apóstol: Sí es posible. Verás, la existencia del Hijo del Hombre fue posible por obra y gracia de la agonía eterna de Dios. Él, en su sabiduría infinita, previó la inminente posibilidad de jamás dejar de ser, de agonizar por siempre. Por eso, de su realidad espiritual fue engendrado, mas no creado, su propia negación absoluta bajo la forma racional de un hombre: el Hijo del Hombre. Para lograr la redención absoluta, la redención verdadera, el Hijo del Hombre debía morir sacrificado... Pero algo salió mal, pues nunca se dio tal sacrificio. Recuerdo que el Traidor lo vendió por treinta monedas de plata, recuerdo que un gallo cantó justo cuando yo lo negaba por tercera vez. Pero mi arrepentimiento fue en vano, pues luego me enteré de que el sacrificio divino jamás fue consumado. No supe de él por muchos años, hasta que al final, en nuestra vejez, le vi anciano, postrado en su cama y rodeado de sus hijos. También recuerdo que el Traidor lo visitó y le maldijo por traidor.

El Especialista: Bueno, supongo que no hay nada que hacer. ¡Todo está perdido! ¡Aquí no cabe más que resignación!

El Apóstol: ¡Ahí te equivocas! El sacrificio todavía puede ser consumado. Y la prueba de ello eres tú mismo. Estás aquí para esa misión. Ese documento que leíste lo redactamos el Traidor, Pablo de Tarso y yo, con la esperanza de que algún día cayera en las manos de alguien dispuesto a buscar la redención. Y puesto que tu sangre manchó el documento, por eso estás aquí, indemne y a salvo del ataúd. Por eso creo que eres el Elegido.

El Especialista: ¿Y cómo se supone que lograría la consumación del divino sacrificio?

El Apóstol: El tiempo y los hechos pueden ser revertidos. Tendrás que viajar al momento cuando el Hijo del Hombre estaba siendo clavado en la cruz. Porque me consta que alcanzó a ser clavado, pero el sacrificio no se consumó. Deberás averiguar qué pasó y asegurarte de que sea realmente consumado. Si lo logras, todos dejaremos de ser para siempre. Descansaremos por toda la eternidad.

El Especialista: ¿Y cómo viajo en el tiempo?

El Apóstol: ¡Sígueme!

Acto IV

El Apóstol y el Especialista abandonaron el pequeño mausoleo. Recorrieron el cementerio hasta el portón y salieron de allí. Una vez fuera, se encaminaron directamente hacia la catedral de la ciudad, donde, según el Apóstol, había un altar sagrado. En dicho altar se hallaba un cáliz muy especial, pues se trataba del Cáliz de la Redención Absoluta. Para surtir el efecto deseado, este artefacto debía ser llenado con la sangre del Elegido. Aunque, es importante aclarar, el Elegido debía morir por segunda vez. Caminaron alrededor de veinte minutos hasta que llegaron a la catedral. Una vez en su interior, el Apóstol guio al Especialista a su próximo destino.

Cuando se acercaron al altar sagrado, divisaron el tan anhelado cáliz, el instrumento de su salvación eterna. Se trataba de una copa de una confección macabra, pues su cuerpo, a excepción de la base, era una calavera humana. A esta calavera obviamente le faltaban los huesos superiores. Su base era de oro sólido, con diamantes incrustados. De este cáliz emanaba una bruma negra demasiado turbia, demasiado tenebrosa.

El Especialista: Mirá, ve, ¡qué cáliz tan horroroso! ¿Vos sabés a quién pertenecía esa calavera?

El Apóstol: Pertenecía al Hijo del Hombre.

El Especialista: ¡¿Qué?! ¡¿Cómo es posible?! ¡Qué horror!

El Apóstol: Resulta que el Traidor, cuando lo visitó en su vejez, se dejó llevar por su odio infinito contra su Maestro y terminó matándolo. Yo me las arreglé para calmarlo, y ayudé a María Magdalena a huir con sus hijos de la ira del Traidor. Luego me reuní con él y entre ambos le dimos sepultura al Hijo del Hombre. Y no me juzgues por no haber vengado la muerte de mi Maestro, pues yo también guardé cierto rencor contra él. No es fácil olvidar su traición para con todos sus discípulos. Años después, el Traidor, Pablo de Tarso y yo tuvimos ciertas epifanías... bueno, en realidad nos cruzamos con unos hongos que encontramos por el camino,

pues nos habíamos quedado sin comida. El caso es que el contenido de dichas epifanías es lo que tú pudiste leer en el documento revelador. Supimos que, para poder redimirnos de verdad, debíamos confeccionar un cáliz con la calavera de nuestro Maestro; también supimos que algún día aparecería el Elegido, aquel hombre capaz de revertir los hechos.

El Especialista: ¿Y cómo llegó ese cáliz hasta aquí?

El Apóstol: Una vez muerto, se me concedió la posibilidad de errar por el mundo y de poder viajar a esta Ciudad de los Malditos. Sabía que aquí había una catedral especial, donde debía dejar el cáliz, a la espera del Elegido. Desde entonces he errado, errado y errado, esperando tu llegada.

El Especialista: Pues bien, aquí estoy. Así que manos a la obra. ¡Para qué soy bueno!

El Apóstol: Debes morir por segunda vez. ¡Decapitado por mi sagrada katana! Una vez mueras, vertiré tu sangre en el cáliz, yo lo beberé, y aparecerás justo cuando el Hijo del Hombre esté siendo clavado en la cruz. Si tienes éxito, seremos redimidos por toda la eternidad.

El Especialista: ¿Dolerá mi segunda muerte?

El Apóstol: No si repites después de mí la siguiente oración. ¡Arrodíllate y cierra los ojos!

El Señor es mi pastor,
a la Nada me conducirá.

De las praderas de la desesperación me salvará;
me conducirá hacia la desaparición perpetua
y reparará mis fuerzas
para adentrarme en la Oscuridad Eterna;
me guiará por el sendero final,
por el honor de su nombre.
Aunque camine por valles oscuros,
nada temo, porque tú allí me llevas:
tu dolor y tu agonía me sosiegan.

Preparas un final para mí,
también para mis enemigos;
marcas mi destino con tu sino,
y mi alma rebosa de alegría.
Tu bondad y tu misericordia me acompañan
todos los días de mi execrable vida,
hasta que al final
a los dos nos llegue la redención perpetua.
Amén

Una vez recitada la oración, el Apóstol le cortó la cabeza al Especialista de un limpio tajo.

Acto V

Cuando despertó, el Especialista se encontraba detrás de una animada muchedumbre. El griterío era ensordecedor. Se alcanzaban a escuchar algunas palabras como “mátenlos”, “ja, ja, ja, ¿conque este es el rey de los judíos?”, “sálvate a ti mismo, y desciende de la cruz”. Tan pronto escuchó esta última frase, el Especialista recordó su misión. Rápidamente se fue acercando hacia donde estaban las tres cruces con sus tres respectivos crucificados.

Cuando vino la hora sexta, hubo tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora novena. Y a la hora novena el Hijo del Hombre clamó a gran voz diciendo: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” Y algunos de los que estaban allí decían, al oírlo: “Miren, llama a Elías”. Y corrió uno, y empapando una esponja de vinagre, y poniéndola en una caña, le dio a beber, diciendo: “Veamos si viene Elías a bajarle”. Justo en ese momento, de la nada apareció una niña hermosa, vestida con una túnica blanca.

El Hijo del Hombre: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?

La niña: No temas, has hecho muy bien tu trabajo. Has superado la prueba.

El Hijo del Hombre: ¿La prueba? ¿Cuál prueba!

La niña: Has superado la última prueba. Eres tan fiel a Dios como alguna vez lo fue Abraham, cuando le fue ordenado matar a su hijo Isaac. No es necesario que mueras. Ven, te ayudaré a bajar de la cruz.

Tan pronto ella dijo eso, el Especialista le arrebató la lanza al centurión que estaba supervisando las crucifixiones. Con lanza en mano, atravesó a la niña por la espalda con una furia descomunal.

El Especialista: ¡No permitiré que este maldito demonio impida la redención verdadera!

Una vez atravesada la niña, el especialista retiró la lanza de su cuerpo para, acto seguido, insertarla en el costado del Hijo del Hombre. De su costado brotó agua y sangre con gran profusión.

El Hijo del Hombre: ¡Todo está consumado!

Pero nada se había consumado. En su lugar, llegó el Traidor buscando a su hija. Cuando la vio tendida sobre el suelo, muerta, se rasgó las vestiduras y lloró desconsoladamente.

El Traidor: ¿Quién ha sido? ¡Díganme quién ha sido!

La muchedumbre, bastante alterada por el dolor ajeno, señaló inmediatamente al Especialista.

El Especialista: ¡Yo solo cumplí con mi misión! Pero he fracasado miserablemente, pues todavía existimos. ¡No hay tal redención!

El Traidor: ¡Malditooooo! ¡Te mataré!

El Traidor rápidamente sacó su cuchillo para asesinar al Especialista, pero este fue más rápido y le insertó la lanza en el abdomen. El Traidor murió en el acto. La muchedumbre, enardecida por semejante crimen, se aprovisionó de piedras que había sobre el suelo.

El Especialista murió por tercera vez apedreado.

Epílogo

Cuenta la leyenda que todo fue un malentendido. Más exactamente, una interpretación errónea de la figura del redentor: no era Jesús de Nazaret, conocido como el Hijo del Hombre, sino Judas Iscariote, conocido como el Traidor, quien debía redimirnos en sentido absoluto. Tal redención solo era posible si este se suicidaba a causa del remordimiento por haber vendido al Hijo del Hombre. Y sí lo vendió, pero en la primera versión, el Hijo del Hombre, engañado por Satanás, se bajó de la cruz para no consumir el sacrificio. El Traidor se enteró de semejante traición y por eso no se suicidó. En la segunda versión fue peor, pues el Especialista no solo mató a Satanás y al Hijo del Hombre, sino que además mató al Traidor, impidiendo, una vez más, la redención absoluta.

¿Por qué el Traidor es el Redentor Absoluto? Porque solo alguien dispuesto a traicionar por amor a la humanidad puede ser la negación absoluta de Dios. Hay que tener en cuenta que el Hijo del Hombre le pidió al Traidor que fuese su traidor. Judas, por verdadero amor a su Maestro, así lo hizo. Un acto así es el acto de abnegación más absoluto.



Pensemos

¿Hay una línea divisora, clara y distinta, que separe la filosofía de la teología?

¿Es la herejía un engendro, producto de una violación de la teología por parte de la filosofía?

¿Es el dogma cristiano una bella criatura, producto eugenésico de la relación amorosa entre la filosofía y la teología?



Filosofemos

De la mano de un fanático religioso, el apóstol Pedro, Judas Iscariote y Jesús de Nazaret, en este cuento se exploran, a modo de mixtura conceptual, la implicaciones filosóficas y teológicas del pensamiento del filósofo Philipp Mainländer en el dogma cristológico de la salvación. Para mostrar estas implicaciones, el autor se ha tomado la licencia de valerse de algunas ideas contenidas en el cuento de Borges titulado *Tres versiones de Judas*, para mezclarlas con aquellas presentes en la novela de Kazantzakis, titulada *La última tentación de Cristo*.

Memorias de un servidor

Ariel Sánchez¹ - Chile

Serví durante más de setenta años en la administración pública y me siento orgulloso de haber contribuido a los grandes progresos que hemos experimentado durante el último siglo. Por supuesto, siempre hay detractores, nostálgicos de épocas pasadas, añorantes de un estilo de vida que suponen más simple, más humano, según sus palabras. Me parece que esa visión responde a un espíritu romántico que idealiza las precariedades de la vida antigua; y a un profundo desconocimiento de la historia de nuestra sociedad. La bonanza ha borrado de la memoria colectiva los pesares del ayer.

Yo les diría a los críticos que observen los avances que hemos experimentado en un breve periodo de tiempo; verán que no tienen comparación con ninguna otra época de la historia. Las virtudes de nuestro sistema político son evidentes.

Aunque el concepto de democracia es conocido en nuestros días, lo cierto es que ese sistema, en la práctica, dejó de existir desde hace cerca de un siglo.

Por mi parte, tuve la fortuna de vivir los albores de la automatización de la política y ser testigo privilegiado de su inexorable ascenso, pero también de los peligros que tuvo que sortear en su esmerado camino. Allí estuvimos nosotros para proteger a la máquina.

¹ Profesor de filosofía y magíster en filosofía. Cuenta con experiencia docente en diversos niveles educativos. Canaliza su fascinación por la literatura entrelazando elementos filosóficos a través de sus relatos, explorando las connotaciones existenciales de la literatura de ciencia ficción. Contacto: arielsj90@gmail.com

Muy atrás quedaron los días en que la democracia amenazaba la estabilidad de las sociedades. Los historiadores han relatado cómo, en aquellos días, la corrupción, la propaganda, la desinformación se esparcían como una infección por los tejidos de las naciones.

A punto de sucumbir a su propia perfidia, nuestros predecesores tuvieron un instante de claridad y comprendieron que la política debía ser guiada por decisiones estrictamente racionales.

El desarrollo de la inteligencia artificial había llegado a un punto en el que superaba con creces el razonamiento de cualquier ser humano. Dejar la política en manos de la IA era un paso natural en el progreso de la humanidad.

Los prolongados y complejos debates parlamentarios fueron reemplazados por eficientes algoritmos y redes de aprendizaje profundas, capaces de procesar millones de datos, sopesar los pros y contras de cada legislación y entregar un cuerpo legal justo e impoluto.

El cambio fue gradual. En un comienzo la IA no era más que una herramienta legislativa usada por los políticos elegidos por la ciudadanía. Esto provocó conflictos entre los intereses partidistas de los políticos y las proposiciones desapasionadas de la IA. Con el tiempo los políticos fueron perdiendo protagonismo y la IA se convirtió en el verdadero gobierno. La versión final fue bautizada como Sistema Unitario de Legislación Automatizada o más conocida, en nuestros días, por su acrónimo, SULA.

Dado el éxito indiscutible de SULA, resultaba lógico que otros poderes del Estado incorporaran la inteligencia artificial como parte esencial de su funcionamiento. El sistema judicial fue reformado con su propia IA llamada Sistema Nacional de Judicatura Automatizada (SINJA). Los avances de SINJA han llevado a que algunos historiadores llamen a nuestra época como “La Era Justa”.

Un resabio de nuestro pasado democrático es que continuamos eligiendo a nuestros representantes políticos. Después de todo, la política tiene una dimensión simbólica que no hemos podido superar. Sin embargo, esta ha sido una concesión que los

ciudadanos hemos permitido, para que los partidos no impidieran la automatización de la política. Esto ha devenido en un secreto a voces, que los políticos y jueces deben ser personas sencillas —sin muchas luces dirán algunos— para que no obstaculicen el funcionamiento de las IA. Algunos han propuesto, con un dejo de ironía, el nombre de estultocracia para bautizar nuestro sistema político contemporáneo.

Los congresistas y jueces todavía se reúnen para debatir, ya que, según los expertos en inteligencia artificial, esto sirve como insumo para las decisiones de la IA. Aunque la naturaleza de estos debates es meramente protocolar, puesto que nadie es adepto a las controversias que pueden ser fácilmente resueltas por la IA. Por su parte, el presidente se limita a firmar las leyes emanadas por SULA. Es verdad que dentro de nuestro sistema legal se mantienen algunas normas que le confieren poderes extraordinarios al presidente. Como es de esperarse, casi nunca se han utilizado y solo son materia de entretenimiento para los pocos abogados que aún existen.

He dicho casi nunca porque siempre hay excepciones. Hoy en día casi nadie recuerda el “Incidente Torres”. La prensa de la época lo informó de manera muy superficial. Los detalles fueron ocultados al público general para evitar que aumentara la desconfianza hacia la automatización, en momentos donde se encontraba dando sus primeros pasos. Ahora puedo relatar aquel episodio con mayor confianza.

En ese tiempo yo era un joven que recién iniciaba su carrera como funcionario público. El jefe del departamento legal de la presidencia me contrató como analista, dada mi experiencia como ingeniero jurídico en el modelamiento de normas legales.

Era un día de trabajo habitual en la oficina ubicada en el tercer piso del palacio presidencial, con vista hacia la plazoleta donde se podían ver algunas de las últimas palomas antes de su extinción, tras la pandemia de gripe aviar. La fachada del palacio, a diferencia del nuevo palacio actual, tenía unas imponentes pilastras talladas, de

estilo neoclásico, que tanto gustaban en los tiempos democráticos. En su interior aún existían los muebles de madera, que tenían el inconveniente de mancharse con facilidad, y que se sentían como estar estropeando una pieza de museo. No eran las únicas antiguallas del edificio, en la bodega reposaban antiguos computadores que utilizaban un monitor para proyectar las imágenes. Por lo demás, nuestros equipos eran los más modernos que existían en ese momento.

Nosotros estábamos encargados de revisar las leyes emanadas por SULA para corroborar que todo estuviera dentro del marco legal, de tal manera que la IA generara leyes que fueran consistentes con sus propias normas; luego el jefe del departamento las visaba para su posterior promulgación por parte del presidente. Así es como funcionaba en teoría; aunque la realidad es que rara vez se realizaba una revisión muy exhaustiva. La confianza en SULA era evidente.

Esos últimos días de trabajo habían sido más tranquilos de lo habitual, estábamos recibiendo menos leyes por parte de SULA, y ese día, en particular, solo habíamos recibido una, por lo que, en este caso, me parecía ineludible leer su contenido con más atención. Esto me llevó a desvelar todo lo ocurrido.

Semanas antes, SULA había despachado la ley N.º PL-235 que prohibía emitir ruidos a más de ochenta y cinco decibeles en la vía pública, sin previo permiso de la autoridad respectiva, con el fin de proteger los oídos de todos los ciudadanos. Una ley simple, que había sido promulgada sin mayores repercusiones. O eso es lo que cualquiera esperaría si no fuera por personas como Alan Torres.

Alan Torres era un cantante, vendedor callejero y timador. Importunaba a los transeúntes entonando viejas canciones folclóricas, a todo pulmón, con su voz chirriante y atronadora, mientras su compinche, una cuadra más alejada, vendía supresores de ruido a los que se alejaban raudamente y con una incipiente jaqueca. Los sonómetros marcaban noventa y cinco decibeles de volumen. Torres fue infraccionado en varias ocasiones, gracias a los sonómetros de

los nanocelulares de cada transeúnte, pero él argüía que el volumen de su voz era una cuestión “genética”. Fue detenido y llevado ante la justicia para comparecer por la reiteración de su falta. En el juzgado, Torres reafirmó su derecho a hablar al volumen que él quisiera: “Me parece que esta ley N.º PL-235 despachada por SULA es injusta y la administración de justicia le corresponde a SINJA, por tanto, reclamo que el Tribunal Supremo evalúe la pertinencia de esta ley”.

SINJA accedió al requerimiento, elevó el asunto al Tribunal Supremo, que es simplemente otro módulo dentro de la misma SINJA, y al cabo de unos minutos emitió un veredicto: “La ley N.º PL-235 es justa”.

Si Torres actuó premeditadamente para perjudicar al sistema o solo estaba motivado por la avaricia, no lo sabemos, pero no conformándose con el veredicto de la justicia se contactó con SULA a través de la aplicación de atención ciudadana para solicitar una declaración. “El día de ayer presenté un requerimiento a SINJA para que evaluara si la ley N.º PL-235 despachada por este congreso era justa. El fallo del tribunal N.º PJ-1321 fue favorable, sin embargo, no quiero referirme al fondo de la cuestión, sino a la forma, me refiero a la validez del fallo del Tribunal Supremo. Yo pregunto: ¿es justo que SINJA revise la justicia de las leyes que emanan de SULA?”

SULA procesó en pocos segundos la pregunta del ciudadano Torres y envió una declaración al nanocelular de Torres: “El fallo del Tribunal Supremo fue justo”.

Torres no se detuvo y ese mismo día presentó un nuevo requerimiento ante la justicia: “Hace algunas horas SULA, a petición mía, ha emitido una resolución N.º PLD-2134 afirmando que el fallo del Tribunal Supremo N.º PJ-1321 con respecto a mi queja sobre la ley N.º PL-235, fue justo. No obstante, como ciudadano me inquieta la siguiente cuestión: si SINJA es la encargada de impartir justicia, ¿cómo puede SULA evaluar la justicia de su fallo? ¿No debiese ser una facultad exclusiva del Tribunal Supremo?”

SINJA procesó los datos y luego de una hora emitió un fallo: “SULA no puede evaluar la justicia, esa es una función exclusiva del Tribunal Supremo. La resolución N.º PLD-2134 es ilegal”.

Ningún político le prestó atención a aquel fallo del Tribunal Supremo. Todo estaba dentro del funcionamiento normal de la estultocracia. Pero Torres insistiría en poner en jaque a nuestro sistema. Al día siguiente hizo una nueva petición a SULA: “Como sabrán SINJA ha emitido un fallo N.º PJ-6754, el cual resuelve como ilegal la declaración N.º PLD-2134 de este congreso. Como ciudadano, deseo el buen funcionamiento de nuestro sistema político, por ello quisiera plantear el siguiente asunto: SINJA es quien tiene la prerrogativa para impartir justicia, pero ¿cómo sabemos que SINJA está impartiendo justicia y no otra cosa? Un fallo justo es aquel que es acorde a los criterios de justicia, pero ¿cómo sabemos que SINJA acierta si solo puede comparar sus criterios de justicia con sus propios criterios internos? ¿No debe haber un criterio externo al de SINJA que permita hacer una comparación? ¿Y quién puede hacer esa evaluación externa más que SULA?”

SULA evaluó la cuestión y paralizó sus actividades legislativas para concentrar su capacidad de procesamiento en este asunto. Tras medio día de análisis, presentó su propio requerimiento ante el Tribunal Supremo. Esto desató una controversia entre las dos IA, intentando hacer prevalecer sus facultades legales. SINJA defendía su prerrogativa exclusiva de evaluar la justicia, mientras SULA planteaba la necesidad de establecer un control externo. En el proceso ambas IA fueron aprendiendo de su mutuo intercambio de información. El punto álgido de este coloquio cibernético se produjo cuando SULA propuso crear una tercera IA que fiscalizara la labor de ambas, a lo cual, SINJA señaló la necesidad de crear una cuarta IA que fiscalizara a la otras tres. Un callejón sin salida. También analizaron la posibilidad de recurrir al voto popular, pero SINJA preguntó cómo la suma de criterios injustos podía dar como resultado un fallo justo.

Finalmente, tras una semana de intenso debate virtual, SULA despachó una nueva ley, que era la que yo acababa de recibir y que, por fortuna para nosotros, me propuse revisar. Cuando examiné su contenido, me resultaba inverosímil lo que estaba leyendo. Le pedí a otros funcionarios que revisaran el texto para corroborar su interpretación, pero no me fueron de mucha ayuda debido a la falta de costumbre, mientras yo me preguntaba cómo podía haber ocurrido un fallo tan grave en la IA. La ley limitaba el accionar de las IA y depositaba en los políticos y jueces humanos la mayor parte de la responsabilidad legislativa y judicial, lo que en la práctica significaba el fin de nuestra estultocracia.

Mi jefe reportó el incidente a los técnicos de mantenimiento de las IA, quienes examinaron su funcionamiento y no detectaron ninguna falla. Se convocó a uno de los máximos expertos mundiales en inteligencia artificial, el doctor Isaiah Rye, quien solicitó todos los documentos emanados de las IA en esas últimas semanas. Así fue como descubrimos todo lo que había pasado con el conflicto entre las IA y la participación de Alan Torres.

Al revelarse el problema el congreso sesionó para pedirle a SULA que recapacitara y enmendara su error. Su respuesta fue un extensísimo documento de una complejidad tal que ninguno de los congresistas supo qué es lo que quiso decir. “Ninguno de nosotros ha sido electo para llevar adelante un debate jurídico con las IA”, dijo el representante del congreso al levantar la sesión.

El presidente, en virtud de sus poderes extraordinarios, declaró estado de emergencia, con lo cual se autorizó la desconexión de las IA y un cese de las actividades legislativas y judiciales. El doctor Rye estuvo a cargo de convocar a un comité de expertos quienes determinaron la necesidad de borrar toda la memoria de las IA de las últimas dos semanas, lo cual resultó ser una tarea sumamente compleja debido a las intrincadas redes neuronales virtuales; los programadores debieron pasar meses borrando cada vestigio de aquellos días desde sus memorias. El comité de expertos

diseñó un nuevo firewall que limitaba la comunicación entre las IA, y modificaron los algoritmos para impedir la autorreferencia en los procesos de deliberación de las IA.

Al borrar la memoria de SULA, la ley de los ochenta y cinco decibeles fue derogada. Durante el tiempo offline de las IA, Alan Torres fue juzgado por un tribunal con jueces humanos por poner en peligro la seguridad del Estado. Para sorpresa de todos, uno de los que abogó a favor de Torres fue el propio doctor Rye, quien señaló que Torres era un hombre humilde y que, gracias a él, ahora las IA podrían actuar de manera más autónoma. Todos los cargos penales contra Torres fueron desechados, puesto que no se pudo demostrar que haya actuado con dolo. Se llegó a un acuerdo en el cual se le garantizaba el derecho a hablar al volumen que quisiera a cambio de que nunca volviera a ponerse en contacto con alguna IA.

Una vez realizadas las actualizaciones, las IA fueron reconectadas y volvieron a su trabajo habitual, tal como nosotros volvimos al nuestro durante más de setenta años. Pensamos que limitar la comunicación entre las IA evitaría cualquier problema a futuro, pero no consideramos los problemas que surgirían cuando las IA aprendieran a imitar nuestra propia estultocracia. Hablaré de eso en otro momento.

Recordar este incidente con Alan Torres, me hace valorar aún más la estabilidad política que hemos conseguido y la importancia de permanecer vigilantes para cuidar nuestro sistema, que tan robusto parece, pero que puede sucumbir ante el aguijón de la palabrería humana. Hemos logrado desterrar las escabrosas abstracciones que alguna vez nublaron el pensamiento de nuestros antepasados. Tengo confianza en que la inteligencia artificial nos seguirá conduciendo sabiamente por los llanos caminos del progreso.

Aunque me encuentre retirado del servicio público nunca seré indiferente a los problemas de la nación. Escribo estas memorias para que sirvan, al menos, como aviso de la velada fragilidad de nuestro sistema político. Del peligro de los nuevos Alan Torres que quieran aturdir nuestra inteligencia artificial.

Aquellos que aún tengan dudas de las ventajas de la estultocracia pueden consultarle a su IA más cercana.



Pensemos

¿La inteligencia artificial puede reemplazar a los legisladores o jueces?

¿Las prácticas de la comunidad lingüística son un límite para el desarrollo de la inteligencia artificial?

¿Cuál será el impacto de la inteligencia artificial para la democracia?



Filosofemos

El cuento aborda el problema del significado y el seguimiento de una regla. Si entendemos el significado como análogo al seguimiento de una regla, el significado es fijado por las prácticas de la comunidad lingüística. El cuento narra el caso de una comunidad imaginaria que ha relegado primordialmente las prácticas legislativas y judiciales a un par de inteligencias artificiales. Al preguntarles a las inteligencias artificiales sobre la aplicación del concepto de justicia, no parecen tener criterios adecuados para establecer una correcta aplicación del concepto. De esta manera, el cuento plantea que no logran fijar el significado de la justicia al carecer de las prácticas sociales pertinentes que le darían sentido dentro de una comunidad lingüística. Las visiones catastrofistas de la inteligencia artificial serían incoherentes porque no tomarían en cuenta la dependencia semántica, con respecto a las prácticas sociales, de una inteligencia suficientemente avanzada.

Monasterio de Ras Maron

Edgar Cuéllar Pabón¹ - Venezuela

Al-Germel, niño maronita del sur del Líbano, no concilia el sueño. Varias preguntas asaltan su intelecto. No le dejan en paz e intenta pensar en las cosechas de uvas que debe recoger al día siguiente. Sin embargo, recordando la misa del sábado, suenan voces en su mente, que desacreditan la liturgia y maldicen los días en que su madre le obliga a ir al templo:

“¿Qué me está pasando?”, se pregunta. Seguramente, el diablo está dentro de mí para hacerme pecar a través de estos ruines pensamientos; agarra un vaso que trae todas las noches desde el grifo para tomar agua y evitar levantarse e ir al patio, donde cree que habitan seres maléficos, los cuales aún permanecen entre los vivos. Al-Germel, pensando sobre su vida, nota que el párroco del templo infunde sigilosamente temores en los feligreses para mantener el control sobre el pueblo. Habla en voz baja, dice: “¿Qué te pasa Al-Germel? ¿Hasta cuándo dudarás de la fe de dios y de su santa palabra?” Se sacude la cabeza intentando deshacerse de esas ideas.

La noche en vela marca dos manchas oscuras debajo de sus párpados. En el comedor, Cirene, su madre, le espera; pan, olivos con carne de cordero y jugo de naranja están sobre la mesa. Apenas Al-Germel se sienta, ella percibe la tristeza de su hijo. Decide no decirle nada. Aunque la curiosidad quema su pecho y el amor

¹ MSc en Ciencias Políticas, Universidad de los Andes, Mérida, Venezuela. Licenciado en educación mención Geografía e Historia, Universidad de los Andes, Táchira. Escritor de artículos relacionados con Historia cultural, Geografía, Filosofía. Colaborados de la revista de Ciencia ficción Venezolana, Fundajau.
Contacto: cuellare001@gmail.com

de madre hace que aquella brasa acreciente esa herida, permanece tranquila, mientras un rayo de sol ingresa por la ventana de la casa e ilumina el iris verde de sus ojos. Al-Germel, callado, observa el crucifijo colgado en la pared de la cómoda y voltea con rabia la mirada. Su madre nota aquel gesto, mientras se propone a ofrecer los alimentos a Dios mediante una oración. Al-Germel se rehúsa y Cirene le aduce:

—Te vi al llegar de tu habitación, estabas en silencio y no pediste mi bendición... ¿Qué sucede?

—Madre, disculpa, anoche pensé que moriría... que algún ente del mal me llevaría hasta las profundas catervas del infierno. Estoy dudando de Dios, del párroco, de nuestra iglesia. Siento con dolor que usted no es mi madre, que mis amigos son impostores, que toda mi vida es una triste ilusión, una mentira. ¡He sido engañado, madre!

De inmediato rompe en llanto. Deja sus platos repletos de alimentos y sale huyendo hacia el árbol sagrado del Líbano, un cedro de doscientos años cercano al río, cuyas aguas fluyen desde las cordilleras del este hacia las orillas del Mediterráneo. Dicen los místicos musulmanes que el cedro posee propiedades mágicas al escuchar las penurias de los espíritus acongojados por existir... solo eso, por existir.

Al-Germel recuerda el cuento de Ibn-Cortur sobre la sabiduría del cedro: “Todo hombre sentado a las orillas de las raíces puede contactar con el misterio del cedro sagrado”. Afligido por la tristeza de que ese mundo que él tanto ama sea solo una vana proyección de su mente, está al borde de la desesperación. Al-Germel se atreve a hablarle al árbol:

“¡Oh, espíritu del Cedro!, estoy solo, busco respuestas a mis sueños y encuentro espinas por todas partes. Me sangran las manos, no pertenezco a ninguna parte, ni aquí, ni al mar, ni a las montañas nevadas detrás de mí. Mi madre no me entenderá, sé que pensará que enloquecí, que mis amigos han jugado conmigo y me han contado cuentos terroríficos. Si supieras, gran Cedro, que estos pensamientos emanan de mí como las nacientes del río Ibrahim,

revolotean en mi mente como el águila blanca que posa sus alas en las alturas del Qurnat as Sawda y que vi aquella vez cuando fui con mi padre a buscar leña durante el invierno. ¡Oh, sagrado Cedro!, mis pensamientos no son a propósito, no creas que dudo de mi vida, de Dios porque quiero; en mí todo esto es natural, sin malicia”.

La suave brisa proveniente del Chipre roza sus mejillas. Al-Germel pasa toda la tarde a solas debajo del Cedro. Cirene lo ve de lejos.

Roanni, su mejor amigo, pasa por su casa para invitarle a jugar dados en el hogar de Al-Tabaré. Al-Germel, mirándole, con pena en sus ojos y la tristeza de su semblante, le pregunta:

—Tú, Roanni, ¿ves que soy real? ¿Qué pasa cuando no me ves ni me escuchas? ¿Soy solo un pensamiento en tu mente?

—¡Claro que eres real! ¡Te estoy viendo, te puedo tocar y oyes mi voz al hablarte! —con algarabía, desdén y juego, le afirma—. Déjate de tonterías, Germel, esas preguntas se las he oído a Muhawa El-Sheik, el sufí musulmán que vive en las cavernas del Hermón como una osa con sus crías y que baja de vez en cuando a buscar leche de cabra en el establo, cuando mi abuelo recién de mañana tiene lista las canteras en la platea posterior de nuestra propiedad. ¡Vamos!, ¡déjate de cosas raras! Al-Tabaré nos espera con Labyali Lubnan y pasas con mermelada de manzana.

Al-Germel, permanece inmóvil sobre la sombra del cedro, a medida que presta atención a sus pensamientos. Celajes de ruido interrumpen la crisis interna que azota con tempestad su naturaleza espiritual.

—Ve tú, Roanni, déjame a solas.

Cirene, con su mano, hace señas a Roanni para que vaya junto a ella. Preocupada, interroga al chico para saber qué le dijo: “Pues, me hizo algunas preguntas sobre si él es solo una idea de mi mente... que si él era real. No sé, algo misterioso le está pasando”. Roanni recibe unos duraznos de la huerta de su amigo y se despide de su madre. Son las 6:50 de la tarde de un viernes.

Al día siguiente, los profesores y estudiantes de la escuela Al-Qawsr recorren con sus familias los viñedos de Koushbeia, otros se bañan en el río Ibrahim o toman un merecido descanso de dos días. En tanto, Cirene, después de ver a su hijo desde la entrada de su casa durante todo el paso del sol por los cielos celestes del levante mediterráneo, va en dirección a él. Le invade un sentimiento desconsolador, una tristeza profunda que sintió al dar a luz a su primogénito en la ciudad de Tiro, cerca de la frontera con Israel. Quizá, la profunda oscurana existencial, circunscrita al estado anímico del niño rememoró en ella la percepción de que el nacimiento es la continuación de las penurias del alma, allende de los límites finitos del conocimiento humano. A diferencia de lo que cree Al-Germel, Cirene ha mantenido oculta sus inquietudes filosóficas por temor al desagravio de las escrituras antiguas del pueblo maronita.

Esa noche, Al-Germel sostiene una conversación con su madre, a quien le pide quedarse afuera, refugiados bajo la protección permanente del cedro. Cirene acepta. Él comienza con la reflexión que durante el día colmó su mente de miseria:

“¡Somos una idea, madre! Mis amigos, mi aldea, el mar, las montañas... son solo una idea. Cuando no los miro, solo existen en mi memoria, pues dudo de que existan en la realidad, en esta realidad, en este mundo que ya es extraño para mí. ¿Qué será de mí cuando esté lejos y tu recuerdo me lleve a ti? En ese caso, madre, serías real en mi intelecto, pero no en el mundo inmediato a mí. Si volteo a mi izquierda, puedo asegurar mi existencia porque siento mi corazón latir y el respirar de mis pulmones, sin embargo, no podría tener certeza de ti porque mis ojos no te ven. ¡Oh, madre, el mundo es una ilusión de mi mente! ¡Quizá, tú eres una proyección fantasiosa de mi intelecto! Cuando no estoy a tu lado, ¿quién tendría la certidumbre de que vives como los haces ahora mismo, aquí, debajo del cedro sagrado?”

Diez años atrás, Cirene escribió en su diario una serie de pensamientos hoy día vigentes en la conversación con su hijo. En ese diario, cubierto de madera de pino turco, interrogaba por qué no puede saber si detrás de la línea del mar existen las criaturas mágicas de la mitología. ¿Por qué están siempre lejos, escondidas en hoyos pútridos o en parajes envueltos en llamas? ¿Quién nos esconde esos conocimientos? Tal vez, no todos los seres humanos están preparados para recibir las enseñanzas antiguas de los sabios siriacos. Si se llegasen a develar los secretos de las parábolas místicas de nuestra religión, miles de maronitas abandonarían la fe para convertirse en agnósticos o ascetas.

Un mes después, por accidente, llegó a sus manos un libro de un filósofo de Occidente: Immanuel Kant. Un comerciante cristiano, proveniente de Salónica, trajo consigo el texto traducido del griego al árabe. En una de sus primeras páginas, se erigía la siguiente sentencia: “La razón humana tiene el destino singular en uno de sus campos de conocimiento, de hallarse acosada por cuestiones que no puede rechazar, por ser planteadas por la misma naturaleza de la razón, pero a los que tampoco puede responder por sobrepasar todas sus facultades”.

Cirene guardó con celo aquel tesoro, cuyas hojas olían a viejo por la degradación de la lignina y otras materias vegetales comunes en los libros de antaño. En esa noche, cuando leyó las primeras letras del libro, pensó: “Mi imaginación me permite llegar hasta más allá de mi experiencia personal; por tanto, detrás de la profunda línea del mar se encuentran o no se encuentran las criaturas salvajes de los cuentos mitológicos, ¿Quién puede dar certeza de aquello que cuentan los sabios?”

De inmediato, ella anotó el nombre de ese libro secreto: *Crítica a la razón pura*. Desde entonces, apoyada por las firmes sentencias de su amigo favorito (un alemán nacido en Königsberg), en su intelecto, fue creciendo el espíritu del agnosticismo escéptico, como manera irrestricta de juzgar no solo su realidad, sino la realidad de

los demás hombres. Sin embargo, Cirene asiste al templo de su comunidad, a pesar de guardar al agnosticismo en su corazón a razón de su personalidad apocada, pusilánime: cree que la religión garantiza la templanza de las pasiones humanas, por tanto, va con su hijo los días sábado a la liturgia. Trata de convencerse a sí misma de la benevolencia de Dios para con sus siervos. No confía en la madurez de su hijo. Tiene en mente el monasterio de Ras Maron. Sabher, su hermano, encontró allí el sosiego de su vida, la paz buscada por sus padres, no fue a pedido de su voluntad.

Trece años después, Al-Germel mira al cielo nocturno. Hay estrellas por doquier, unas más brillantes o más grandes, otras lejanas, apenas visibles a simple vista. Algunas parecen saltar de colores. De repente, el niño recuerda un sueño vivido en el que estaba rodeados de imanes, peregrinos y varias mezquitas con cúpulas de oro sobre ventanas de color turquesa. Asocia aquel paraje rodeado de desiertos con la leyenda de Samarcanda. Al-Germel piensa sobre ese lugar, cree pertenecer allí. Las cúpulas de los templos de Samarcanda brillan como los millares de estrellas sobre los cielos milenarios de Oriente.

El silencio separa a Cirene de su hijo, a pesar de estar a centímetros de distancia. Un suspiro antecede a la voz de Al-Germel:

¡Samarcanda, madre! Samarcanda! Me vi sentado, con mucha gente, varios imanes y cientos de peregrinos, todos musulmanes. Yo pensaba sobre los secretos de la vida. Yo guiaba a los imanes, mientras señalaba hacia el este. Noté con alegría que las cosas que podemos tocar eran ideas hechas de números... y esos números provenían de una fuente gigante, infinita; se ordenaban en triángulos, movidos por una sombra oscura a la que no le sé el nombre. Con respecto a esa fuente gigante, Cirene recuerda una conversación, hace varios años con un sufi de Damasco llamado Mohamed Hamened, este hombre leyó un libro de Averroes, donde el filósofo andalusí respalda la hipótesis de Platón sobre la existencia de un Demiurgo; un dios maligno creador de las cosas tangibles, de la materia. Se reserva aquella conversación, Al-Germel no debe saber sobre estas cosas:

—¿Ves la estrella del norte? —Cirene agrega— ¿La ves brillante, cuyos colores se parecen a las moscovitas de las rocas del río Ibrahim? Quizá allí existen seres inteligentes y nunca sepamos si en verdad esto que te digo sea real.

La tristeza vuelve al rostro de Al-Germel, quien se ensimisma en sus pensamientos. Con la voz quebrada, típica de alguien decepcionado, responde:

—Madre, si allí existen gentes como nosotros. ¿Nosotros seremos simples ideas para esos hombres de la estrella del norte? ¿Seremos, acaso, siluetas en su imaginación y nuestro mundo es solo una creación del intelecto de los sabios de aquellos mundos? Mamá, no somos reales, no sé por qué puedo tocarme, puedo oírme y oírte, ¿Cómo puedo sentir las cosas ilusorias de nuestra realidad?

Cirene recordó a Kant, su amigo secreto del libro Occidental que guardaba con celo de la vista de sus padres. Decide no seguir la charla con su hijo, le toma del hombro y le lleva a casa. Sabe que, si maneja prudentemente las dubitaciones del joven, canalizaría su temperamento agreste, para lograr que sus pensamientos no se aparten de su comunidad. Como madre, le preocupa que su hijo se pierda en los insondables caminos del infinito. Ella conoce esa sensación: encontrarse con el vacío y saltar hacia la eternidad. Sin embargo, el miedo de conocerse a sí misma, de adentrarse en las catervas del yo, le hizo replegarse a su zona de confort. Un resguardo mental en el que cada quien está en su lugar tradicional dentro de la estructura de la familia. En la zona de confort, no se juzga al mundo mediante imagerías extrañas, atribuyéndole a lo real posibilidades metafísicas. La salvación no la encontró en Kant, sino en los hombres ordinarios de su aldea. Sabe que le debe temeridad a su intelecto, sabe que sus seres queridos le cortaron las alas del libre pensamiento. Sin embargo, ella misma entregó las tijeras de la infamia a su tribu: para conocerse a sí misma se necesita coraje. Atributo que le falta y quizá le sobre a Al-Germel. El temor le paraliza, teme perder a su hijo.

Muhawa El-Sheik

Pasaron dos años desde que Al-Germel percibió un orden extraño en su realidad. Desde entonces ha profundizado en sus inquietudes sobre la naturaleza de las cosas visibles. A su vez, ha rondado por su cabeza escapar al desierto para poseer los elevados conocimientos de los sabios sufíes. Él es cristiano maronita, su comunidad convive de manera pacífica con sus hermanos del islam. Los maronitas utilizan el siríaco como lengua litúrgica. Al-Germel lo aprendió gracias a la enseñanza de Sabher, tío materno, no obstante, ninguna lección maronita ha sido lo suficientemente trascendente para aquietar su mente volátil y auténticamente libre; los esfuerzos de Cirene por hacer que su hijo canalice las dudas respecto de la fe religiosa a través de guías maronitas han fracasado. Los meses dentro del monasterio Ras Maron incrementaron sus dudas sobre la existencia humana a partir de la reflexión sobre la vida de los apóstoles cristianos. Constantemente preguntaba a Sabher sobre el martirio de Pedro o Mateo: —¿Por qué era necesario morir por la espada para alcanzar la salvación?

—Son misterios de nuestro señor Dios, él lo sabe todo y tiene un propósito para cada uno de sus hijos —Sabher replicaba a tales cuestionamientos.

—Eso no responde a mi pregunta —dice decepcionado—. Como siempre, cada vez que toco estos temas contigo, con mi madre o con alguno de los monjes, lo mismo irrumpe de sus bocas: “¡Son misterios divinos!”. ¿Qué clase de dios es ese que le gusta censurar las mentes de sus criaturas! Tío Sabher, ¿acaso es pecado pensar? ¿Qué teme dios como para no permitir que sus hijos piensen de manera autónoma?

Sabher, molesto, envía a Al-Germel a su habitación. No sabe responder, no fue formado para crear pensamientos útiles para sí, sino para obedecer. No percibe sus manos atadas a los dogmas ma-

ronitas. Es feliz agachando la cabeza ante los patriarcas de Antioquía. La desgracia de un hombre no está en los bienes materiales de los que prescinde, sino en la ausencia de dignidad construida a lo largo de los años, a través de un proceso arduo de introspección. Al-Germel halló en Ras Maron una pila de textos tirados en el suelo de unas catacumbas, tomó un viejo libro y leyó con atención las lecciones de un pensador de nombre Baruch Spinoza, el joven se pregunta: ¿Y si el intelecto es falible por causa de las creencias que se toman como verdades lógicas?

Una tarde de permiso, Al-Germel visita a su amigo Al-Tabaré en las afueras de Koushbeia. Al culminar la comida de las 5:30 p. m., salen a caminar por los alrededores de los olivares. Al fondo, él aprecia la vista impresionante del monte Hermón. No deja de pensar en Spinoza, ese libro despertó en su inquieta inteligencia la posibilidad de desglosar cualquier creencia a través de la razón. Incluso de especular rigurosamente sobre el mundo como efecto de las ideas del intelecto humano. Sintiendo al viento y el efecto sobre las sierras, aduce:

“Puedo ver los pinos, mas no al viento... no obstante, puedo sentir y oír al viento, lo oigo porque roza cada sección vegetal de los pinares; si los pinares no estuviesen aquí, lo oiría menos fuerte o sería solo un susurro a mi oído. ¿Y si el aparecer del mundo funciona de esa manera? Percibo solamente los efectos del viento sobre las cosas visibles, sin embargo, las causas permanecen ocultas. Necesito la razón, la fe no me es suficiente”. Recordó el sueño en el cual una entidad oscura ordenaba el mundo a través de números. “¿Será posible?”, se dijo. “¿Será posible que nuestro mundo sea solo el vano efecto de nuestra mente?”

Al-Tabaré, joven introvertido, voltea a su derecha y ve a Al-Germel mirando al suelo como soñando despierto.

—¡Eh, eh, Al-Germel! ¿Qué ocurre?

—Nada, Al-Tabaré, pienso en la inutilidad de mi estadía en Ras Maron. Mi madre cree que allí encontraré las verdades que busco. Ni modo, ideas mías, amigo. Vayamos a jugar a los dados con Roanni. La vez anterior gané veinte libras, y eso que no estaba en mi mejor momento.

Los jóvenes se divirtieron hasta las 11:00 p. m. Esa noche Al-Germel se quedó en casa de Al-Tabaré. Exhausto pensaba una y otra vez sobre la verdad del mundo tangible, le inquietaba reflexionar sobre las ideas: “La idea de mí... piensa en la idea de Al-Tabaré, de Roanni, de Sabher, de mi madre. Una idea pensando en otras. Si yo, idea en sí misma, piensa en otras ideas, alguien debe pensar en este mundo que, por su naturaleza, sería una idea en ese intelecto pensante. La mayoría dirá que es dios, en cambio para mí, cada hombre piensa su mundo y le da forma; así que cuando las percepciones mentales de todos los hombres se unen, conforman la realidad. ¿Yo me muevo en los pensamientos de los demás y los demás se mueven en los míos?”. Los gallos de la propiedad cantan.

Son las 4:45 a. m. Detrás del Hermón, un destello de luz surge. Oye ruidos en el establo; se arrebujaba el abrigo y sale de la casa. El frío intenso de fuera le obliga a ir por la fogata del padre de Al-Tabaré. Bilal da la bienvenida al joven, le ofrece un vaso de leche fresca de cabra recién hervida. Conversan sobre las ventiscas mañaneras provenientes del Hermón.

—¡Qué hermoso! —exclama Al-Germel— ¡Qué hermoso es el paisaje al amanecer! El canto de las aves, a los lejos el sonido del arroyo, más el compás del viento. En estos instantes, la incertidumbre desaparece, el tiempo se ha desvanecido, el presente vive aquí, en cada rayo de sol que sobrepasa la cumbre helada del Hermón e ilumina las aguas cristalinas del Hrawassi, junto a las lilas y rocíos que crecen a la vera de los pastizales y arbustos cordilleranos. La belleza del paisaje me invita a vivir con tranquilidad.

—Pareces un anciano Al-Germel. Eres solo un jovencito sin experiencia en las rudimentarias trampas de la vida —le increpa el padre de su amigo.

—Si usted supiera, señor Bilal, que existen hombres mayores con alma de joven y hombres jóvenes, incluso adolescentes con almas de anciano. La madurez no se juzga por la edad del personaje, sino por su manera de vivir y por la forma en cómo da sentido a sus pensamientos mediante el lenguaje. El rasgo definitivo de la madurez de un hombre, señor Bilal, es con la claridad que disfruta los momentos sencillos de la existencia. En dejar que el silencio sea dueño de las experiencias placenteras, de las vivencias maravillosas de la vida humana; en regocijarse con las melodías del viento a través de los pinares montañoses. Envidio a los eremitas y me repugnan los hombres de ciudad. Disfrutar del amanecer en medio de las montañas es el más grato y hermoso goce.

Bilal contuvo la respiración ante tales afirmaciones. Mirándolo con cierta cautela, piensa: “¡No hay forma de que Al-Germel tenga la edad de mi hijo: quince años! ¡De repente este joven tiene razón! A su edad, yo planeaba hurtarle unos cuantos panes al tío Kwass. Cosas de jóvenes, sin embargo, este chico es un hombre de 80 años. No hay duda de ello. ¿Cómo es posible?”. Entonces, sorprendido, comenta a Al-Germel: “¿Dónde aprendiste todos esos conocimientos?”

De pronto, alguien toca la campanita colgada del árbol, esa que está en la entrada de la casa.

“¡Muhawa El-Sheik! Creí que no vendrías. Pasa, toma asiento”. Bilal abre la puerta y saluda con aprecio a su amigo, mientras Al-Germel le saluda también cuando entra al lugar. “¡Ah, se me olvidaba! Muhawa, te presento a Al-Germel. Es un jovencito muy inteligente, sabe cosas que a mi edad me causan asombro por sus dotes de sabiduría. Se parece a ti, solo que setentas años menor”.

Los tres ríen. La mañana comenzó con el cielo azul, el azul más hermoso y brillante de los últimos años. Muhawa expresa que las nubes fueron a la majestad de Dios. ¡No hay ni una sola!

“¡Ah, este cielo me reconforta el alma! Las emanaciones de Alá están por doquier, incluso, brotan de nuestro ser mediante la razón lógica del pensamiento. En Occidente, creen que la razón y la divinidad son conceptos separados, ¡Falso!”, gritó El-Sheik. “Occidente pretende transgredir la sagrada madre de toda la existencia colocándole nombres a las cosas, diseccionando racionalmente a la existencia. Bilal, ¿Recuerdas al austriaco que llegó para escalar el Hermón y sumar su cumbre a meras conquistas personales? Así piensan en Occidente, a través del Ego. Aquí en Oriente somos intuitivos. A Occidente le dejamos la arrogancia de la razón”.

Al-Germel escucha a este hombre. Detalla su indumentaria: gorro alargado hacia arriba de color rojo, capa larga, roída, quizá por los años, hecha de lana de ovejo, abrigo azul, pantalón gris remendado y zapatillas de cuero rellenas de lana y lignina de pino. Este hombre vive solo en las montañas, en una cueva a dos leguas del río Ibrahim. “¡Qué precioso amanecer, Muhawa El-Sheik!”, acota Bilal con admiración, “mira las aves migratorias sobre el Hermón, deben venir de Siria y cruzan en dirección a Turquía”.

—¡No! —replica El-Sheik—. Esos patos pasan el otoño en las albuferas del Mar de Aral, en los lejanos y místéricos desiertos del Uzbekistán para quedarse en el delta del Nilo durante el invierno.

—¡Has viajado eh, El-Sheik!

—El destino del peregrino consiste en purificar el alma mediante largas travesías por parajes inhóspitos, desconocidos. ¡Ah de aquel pasaje del gran Yalal ad-Din Muhammad Rumi respecto a vivir en armonía con los misterios de la existencia, vivir sin preguntar: “¿Qué me depara el futuro?” Perder el miedo a uno mismo es comenzar a vivir, a emprender la aventura del eterno ahora; comprendiendo que la *trascendencia* de la naturaleza es maravillarse en sus elementos

simples, esos que a nadie importa. Allí justamente radica el secreto de la vida. En lo invisible yace la infinita sabiduría absoluta. En la humildad de las estrellas del cosmos, reposan las respuestas. ¿Sabes cuántas vénulas posee la hoja de hierbabuena?

—No lo sé, Sheik —responde Bilal.

—La cantidad de vénulas no cambia de dos por cada planta; es decir, si la hoja de un racimo tiene siete vénulas, la próxima tendrá ocho, máximo nueve. Y así con todas las hojas. Las leyes universales son infinitas; cuestionarlas sería develar el misterio de la esencia de la existencia. Es por ello, joven Al-Germel, Bilal, que debemos cuidarnos de la razón. Nunca llegamos a encontrar las respuestas que anhelamos. La conclusión de los sabios es no ser, no pensar; cuando piensas eres, cuando no piensas eres libre, de todas partes. La conciencia es la nada del todo, en ella confluye la existencia cuando devela la esencia en las formas geométricas de la naturaleza. La libertad no está hacia donde el cuerpo va, sino hacia donde se dirige la mente.

—Sheik, ¿no cree usted que prescindir de pensar, es decir, no pensar para ser de todas partes es un artilugio del poder religioso para desnudar a la gente del pensamiento crítico?

—No pensar conduce a agravios en contra de la dignidad del hombre. Los déspotas condenan al martirio a quienes piensan por sí mismos. No pensar es peligroso. ¡No concibo que tú lo intentes si quiera! —Al-Germel, enojado replica a El-Sheik.

Muhawa El-Sheik, por su parte, sereno en actitud, no responde ni una sola palabra, mira hacia el este, coge su bastón y marcha en dirección al Hermón.

—Muchas gracias por la leche de cabra, Bilal. Me has reconfortado el día. Ahora iré al Ibrahim. Creo que llegó el momento de mi peregrinar hacia los desiertos del noreste.

—Tranquilo, Muhawa El-Sheik, salúdame a los demás sufíes que encuentres en el camino.

—Salam Aleikum.

—Aleikum salam.

Al-Germel se percata de que, tal vez, ha ido lejos. En su aldea, todos se conocen. Los sufíes son respetados dentro de la comunidad, su sabiduría va más allá de lo ordinario. La intrepidez de su discrepancia al El-Sheik hizo que no le comentase sobre un nombre Occidental que halló en casa. Se preguntó: ¿quién sabe si el sabio sufí conoce a Kant?

Con respecto a Kant, hace meses, él le preguntó a Cirene sobre el viejo libro que encontró en unas cajas con ropa usada. Ella intentó esconderlo, sin éxito. Al-Germel al igual que con Spinoza, se obsesiona con el texto, está seguro de que encontrará respuestas de razón para las preguntas acaecidas en su corazón. Ahora se cuestiona cuál será el lugar del peregrinar del Sheik. No le vio libros. También, se le olvidó preguntarle si leía. El-Sheik parece ser un hombre que se sabe de memoria las enseñanzas de los hombres sabios de la antigüedad, de los sufíes ilustres de antaño. Algunos musulmanes del pueblo, al menos un puñado de místicos ascetas, nombran a Rumi, el sufí persa. Al-Germel quiere saber sobre los sufíes. A pesar de no comulgar con las posturas radicales de los religiosos maronitas, ni mucho menos de los clérigos y seguidores musulmanes, cree que, de alguna manera, los místicos pueden rastrear la causa del conocimiento a través de un análisis sistemático de las facultades axiológicas de la razón.

Muhawa El-Sheik se retira. Bilal le acompaña hasta la entrada. Son las 9:00 a. m. Al-Germel está insatisfecho. Sheik no respondió a sus interrogantes. Quien sabe cuándo le volverá a ver. El-Sheik se aleja por la campiña libanesa hasta perderse en el ho-

rizonte. Al-Germel desea encontrar la cueva donde se resguarda el asceta musulmán. No obstante, debe preparar un discurso en honor a San Chárbel Makhlof, un santo y asceta libanés que se retiró a las montañas para vivir la experiencia divina. A regañadientes accede, sin embargo, tiene un plan. Ya es hora de que los hombres del monasterio conozcan las verdades de la razón; la fe construye trampas capaces de engullir la dignidad moral de los hombres.

—La fe por sí sola contribuye a la pérdida de la razón —le comenta a Bilal—. Es el camino hacia el fanatismo bochornoso de los odiadores de las ideas que contienen un principio material en el mero acto de pensar. La materia en sí misma no piensa a dios, la materia es el contenido de los pensamientos humanos; aunque sean abstractas, somos nosotros los creadores de la realidad. Prosigue: Las ideas emergen de la razón y se manifiestan en el mundo a través del lenguaje. La materia es la idea de lo tangible; sin embargo, cambia de estado cuando es pensada, por tanto, pensar es el arte de crear ideas.

—En pocas palabras, Al-Germel, ¿estás diciéndome que nosotros somos dioses? ¿Tú, yo, y todos los hombres que conocemos, crean su realidad porque están buscando alcanzar sus deseos mediante la fabricación de ideas? Escucha, no sé de estas cosas, de lo que me dices pienso y de lo que pienso se me ocurren ideas sobre este tema, sin ofenderte, un tanto extraño, fuera de toda creencia maronita. ¡Juegas con fuego!

—Te invito a asistir a mi discurso en Ras Maron —responde Al-Germel—. La otra semana lo leeré en el salón central del monasterio.

—Sabes las consecuencias —finiquita Bilal.

Monasterio Ras Maron

Es lunes, Sabhel recibe a Al-Germel en el monasterio de Ras Maron. Comienza la semana de San Chárbel Makhlof. Hakim Alsouffer, el monje mayor, decidió junto a sus colegas canónicos elegir al más

sobresaliente aprendiz para que prepare un discurso en honor a San Chárbel. Por pedido de Cirene, Al-Germel guarda sus dudas sobre la existencia de Dios. Tiene un diario llamado “Pensamientos”, donde escribe en secreto. Ese pequeño diario no debe caer en manos de ningún monje. Los sigilos clandestinos de sus palabras bastan para liberar su corazón de las tormentas acaecidas en la insondable profundidad de su alma.

Una tarde de noviembre, Al-Germel se presentó ante Hakim Alsouffer para hablar sobre un versículo del Evangelio de Juan. La charla se extendió hasta las 10:30 p. m. Naturalmente, él, inclinándose a la razón más que a la creencia ciega, supo guarecer el secreto de la fe construida bajo una moral autónoma. Hakim Alsouffer encontró al personaje indicado para el discurso inaugural de la semana del santo eremita, San Chárbel Makhlouf. Por tanto, le confió a Al-Germel preparar el discurso:

—Eres un joven comprensivo con el misterio de la vida. Llegarás lejos dentro de la orden antoniana libanesa. Tus conocimientos, a pesar de tu edad, son tan vastos como los cielos sobre el Hermón.

—La razón de mi estadía en Ras Maron —aduce Al-Germel— es pulir la mística de mis inquietudes gnoseológicas. Las lógicas soterradas en los deseos del hombre gozan de la libertad excelsa de aflorar en épocas intempestivas. Nuestra época es un invierno permanente, sin siquiera la luz del sol asomarse detrás del Hermón. ¿No cree usted que los hombres son los responsables de esta oscurana casi eterna?

—El ser humano, gracias al pecado, ha manchado la creación divina. Nosotros tenemos la piadosa misión de redimir al hombre de sus excesos en contra de Dios.

Al-Germel entiende que el Alsouffer no comprende el comentario. Este hombre ni siquiera está preparado para gobernarse a sí mismo. Hombres como él abundan en este mundo. Por tal

motivo, la decadencia de las naciones es patente. La templanza de carácter son virtudes ausentes en cada religioso, a excepción de Muhawa El-Sheik.

—Si tan solo pudiera verle para decirme por qué el no-pensar absorba al hombre de paz —Al-Germel piensa mientras se despidió de Hakim Alsouffer y marcha hacia la habitación para concluir el discurso. Las llamas de las velas, de a poco, se extinguen.

Al día siguiente ciento cincuenta personas están reunidas en el patio central de Ras Maron. Al-Germel sube al estrado. Hakim Alsouffer y Sabher perfilan en el joven el próximo jefe de la orden antoniana. Cirene sabe que es el último día de Al-Germel en el monasterio. Con elocuencia, seguridad y confianza el joven comienza el discurso:

Sobre la moral autónoma

Hace algunos años, no recuerdo la fecha exacta, me hallé frente a las puertas del conocimiento trascendental, al cual intenté entrar no sin presentarme. Aquellas puertas son las máximas interrogantes del conocimiento humano: “¿Qué es la conciencia y qué relación existe con las ideas?”. Las ideas son a la mente del hombre como el Hermón a los cielos del Líbano. Proceden del hombre en cuanto ser pensante, pues su fabricación apela a los deseos corpóreos, en cuya meta yacen las abyecciones inconclusas de las pasiones humanas. La conciencia dota de sentido a la experiencia en cuanto las vivencias intrínsecas del pensar las ideas, arrojadas al mundo a la sazón de las acciones humanas, pues el hombre es inocente de su vivir en el caos mundano en el que nos hallamos por accidente. ¿Quién pidió de forma consciente existir para luego padecer las amargas del dolor?

Un dios benevolente prefiere la autodestrucción antes de que sus ideas, es decir, nosotros, suframos las insondables penurias de la vida. El dios cristiano no es mi dios. El dios de mis padres es el dios de las ovejas que visten de manto, y de símbolo cargan el cru-

cifijo. La moral cristiana es la ética del dios maligno, quizá es ese dios que se me rebeló en sueños, ese dios que ordena geométricamente la materia del universo. ¿Acaso están adorando a una simple idea con poder místico dado por la falacia de su fe?

La idea que yo tengo de cada uno de ustedes no es la misma que ustedes tienen de mí. El accionar de sus deseos se rige por las geometrías caóticas del genio maligno. Las ideas surgen del intelecto del hombre y es el hombre sabio quien le otorga el valor justo a sus acciones si detrás existe el desinterés de ayudar al prójimo, pues sin necesidad de ver directamente las fortunas hipócritas de los monjes, la idea que tengo de la iglesia se aleja de la correcta virtud de la ideas perfecta en su concepción pura por proceder de la esencia; sin embargo, ha sido manchada con las apetencias disfrazadas de fe y excelsas rectorías de aquellos que aducen ser hijos predilectos de Cristo. Por tanto, ustedes no pueden ser perfectos porque sus ideas contienen el principio material que rige al mundo en su totalidad. La idea de Dios está signada por sus propias creencias. Dios ha abandonado su creación. Si desean alcanzar la perfección no nieguen a la razón, abrácenla y creen dentro de sus almas la voluntad de la moral autónoma. Sean libres, y salgan del laberinto de cuatro paredes, encerrados como los pájaros que anhelan los paisajes lejanos, empero, sus alas están rotas.

Hakim Alsouffer indignado ordena suspender el discurso, piensa: “¿Qué dirá el obispo de Antioquía ante este joven impúdico? Es imposible reconciliar la razón y la fe; no le corresponde a la razón trazar los caminos de la fe, ¡es un hereje! ¡traidor! este joven contaminado con doctrinas occidentales debe ser expulsado”. Cirene, sin ser vista, abandona el recinto, sabe que ha sido descubierta. Sabher agarra del camisón a Al-Germel y lo saca violentamente de Ras Maron.

—Qué me importa tío si un puñado de hombres ciegos me tiran tierra en los ojos-. ¡Qué orgullo siento de ser fiel a la razón lógica de mi fe, a la idea de quién soy, fiel a mis principios, a mis valores, a mi propia moral!

—¡Lárgate, hijo del demonio! —le grita Sabhel, ¡lárgate y no vuelvas más!

Muhawa El-Sheik sorprende a Al- Germel a la salida del pueblo. ¿Por qué el no pensar absorta el espíritu de paz? Pregunta el joven. El sabio responde:

—Porque te sitúa en el ahora, en la certidumbre de lo que está bajo control. El mañana no debe conocerse, es peligroso, turba la mente e inquieta el corazón. Al-Germel se pierde en los desiertos del este, nunca volvió a Koushbeia, desapareció, dicen que fue a Samarcanda, su última elección.



Pensemos

¿La realidad es una dimensión perceptiva de carácter subjetivo?

¿Es posible construir una fe no religiosa a través de la vía de la razón científica?

¿La intuición es la causa axiológica del conocimiento gnoseológico?



Filosofemos

Al-Germel vive en el sur del Líbano, en una aldea llamada Koushbeia. Su familia profesa la fe cristiano-maronita; a su vez, el joven de trece años comienza a cuestionar la existencia de Dios mediante una serie de pensamientos acaecidos en su intelecto sin imposiciones de terceros. Comienza a pensar sobre las ideas, está convencido de que su madre, sus amigos, la naturaleza y Dios son simplemente ideas, y, si son ideas, la realidad es fabricada en su mente pues cuando él no la observa, todo desaparece quedando en su memoria las

ideas que guarda en su intelecto cuando permanece en vigilia. Sus inquietudes filosóficas preocupan a su madre, Cirene, quien también ha tenido pensamientos similares a los de su hijo, e incluso mantiene a escondidas el libro *Crítica a la razón pura* de I. Kant, no obstante, por temor a ser descubierta por sus padres, y posteriormente ser desterrada de su comunidad, los mantiene en secreto.

Cirene cree que Al-Germel encontrará respuestas en el monasterio de Ras Maron. Recluye a su hijo allí pensando que la estadía en el recinto haría que su hijo canalizara sus razonamientos en concordancia con los dogmas de fe; empero Al-Germel indaga más allá, quiere hallar respuestas racionales al noúmeno de la fe, piensa que es posible crear una fe auténtica por la vía de la lógica, de la razón. Dentro del monasterio Ras Maron, en profundas catacumbas, lee a Spinoza, se pregunta si el intelecto es confiable cuando elabora idea a partir de creencias religiosas. No está satisfecho con las creencias ciegas de los religiosos, necesita desglosar los dogmas de fe para encontrar los fundamentos teleológicos de conocimiento humano.

Es un joven de pocas amistades, se interesa por los sufíes musulmanes, incluso entabla amistad con un asceta sufí que vive como eremita en una caverna aislada en las cercanías del monte Hermón. Muhawa EL-Sheik cree que para vivir en paz es necesario intuir y no pensar de forma racional, pues el contenido del pensamiento contiene cosas materiales movilizadas por deseos carnales. Al-Germel, al principio, no entiende sobre el porqué no pensar garantiza la paz en el alma de los hombres. Se enerva al pensar sobre las censuras de los religiosos respecto del pensamiento crítico; sin embargo, después del discurso titulado “Sobre la moral autónoma” dado en el recinto central del monasterio Ras Maron, y expulsado por tratar de equilibrar razón y fe e increpar a los monjes sobre la cobardía de rechazar a la razón lógica como mecanismo

para construir una fe no religiosa, encuentra las respuestas en el sufí Muhawa El-Sheik. Vilipendiado por el obispo, abandonado por Cirene, e insultado por Sabher, Al-Germel parte al desierto con destino a Samarcanda, ciudad de Asia central donde moran los sabios sufíes más respetado de Oriente. Desterrado de Koushbeia, no vuelve más al pueblo que le vio crecer. El llamado de la filosofía hizo que abandonase a su familia con miras de perfeccionarse en el arte de la introspección.

Perro sucio

Julián Hernández¹ - Colombia

Una noche lluviosa y oscura, un relámpago había cortado la electricidad. Desprovisto de la compañía de mi novia Amanda y después de varios días de insomnio, decidí acostarme temprano, buscando la bendición de Morfeo. No sin antes recorrer mi casona, ubicada en la plaza de mercado de Palmira, con dos entradas: una por la calle principal, muy concurrida de transeúntes; y la otra, en la parte trasera, con salida a un parque, lleno de árboles frondosos que limitan el alumbrado público. Sitio perfecto para diversos actos clandestinos. Lugar de los festejos dionisiacos, con sus infaltables feligreses: ebrios y adictos a las drogas del bajo mundo, con aspectos repulsivos, rostros y manos repugnantes; consecuencia del abuso. Acompañados dulcemente por putas feas, en especial, ancianas arrugadas, que oficiaban como sacerdotisas del dios del desenfreno.

Me encantaba contemplar el realista espectáculo del parque atrás de mi casa, creo que retorcidamente aliviaba mi náusea existencial. Los fiesteros o condenados del parque y los vecinos habían llegado a un acuerdo tácito, casi ritual, mientras que los primeros hacían poco ruido y recogían toda la basura (condones, tarros de lubricantes, botellas de alcohol y chuspas vacías de drogas) en bolsas negras; los residentes de las casas alrededor, entre sádicos y voyeristas se deleitaban con la representación.

¹ Filósofo y magister en psicopedagogía, oriundo de Palmira- Colombia. Docente de filosofía en bachillerato. Con aspiraciones de escribir y ser leído. Interesado en abordar temas incómodos desde la literatura y la reflexión filosófica. Contacto: julianhernandez85@gmail.com

La casona tenía dos pisos, una escalera enroscada, varios pasadizos, una sala gigante para atender las reuniones sociales, cuatro habitaciones y muchos ventanales en el segundo piso. Esta casa me evocaba historias como Rayuela de Cortázar, pues cada día era una nueva lectura de la vivienda, pareciera que se escribiera o formara permanentemente; algunos cuentos de Borges y el laberinto de Creta, construida para no encontrarme. Las formas y puertas de mi hogar eran tan complejas e irrepetibles que me permitían perderme a mí mismo.

Adoraba vivir en ella, a pesar del alboroto y la congestión de sus alrededores. La galería no solo la disfrutaban o sufrían los comerciantes y compradores, sino también los ladrones, estafadores, adictos y los habitantes de calle. Fuera de los animales humanos convivían las ratas, gallinazos, palomas, moscas y cucarachas. La plaza de mercado era un complejo ecosistema; con sonidos disparajes que formaban un ruido ensordecedor; no sobraba un solo espacio ni se permitía la quietud; ni hablar de los olores tan diversos que generaban un hedor inmundado.

Aquella noche, una camioneta paró al frente de mi casa, y arrojó algo, sin embargo, no pude distinguir el objeto con claridad, pues mi percepción es confusa cuando tomo unos somníferos y los mezclo con unas gotas de cannabis para mi ansiedad. Este cóctel morfeano, me ayuda a acelerar el sueño, pero es solo superficial, nunca profundo y reparador denominado rem. En aquel momento, no conseguí diferenciar entre la serie Narcos que veía, la ensoñación y lo que estaba pasando afuera de mi vivienda.

La lluvia arreciaba. Se comenzó a tapar el alcantarillado, las calles parecían un arroyo de suciedad. A las tres de la mañana los relámpagos eran más fuertes, ruidosos e incesantes, pero armoniosos y potentes, creía escuchar la obra Carmina Burana. Me levanté asustado y cansado, no obstante, absorbo por el placer de la sinfonía ofrecida por el dios del trueno. Esa noche tuve la sensación de un deleite doloroso, de no seguir durmiendo y de tener una verdadera experiencia estética.

Cuando los rayos concluyeron, se hizo la luz, regresó la energía eléctrica, y a su vez el alumbrado público. Decidí corroborar si el paquete tirado al frente de mi casa fue producto de mi imaginación. Entre vigilia y sueño, caminé hasta la puerta delantera, no sin antes perderme en el laberinto de mi hogar. Tardé una eternidad en el estado que me encontraba. Pude constatar que había algo extraño en la calle, se parecía a un cuerpo que flotaba, ya en el río de lluvia en la carretera.

Esta situación me alertó, permitiéndome acelerar el paso, para alcanzar el objeto. Cuando abrí la puerta, confirmé que era un hombre delgado, de tez blanca, de unos 23 años, no parecía con vida. Corrí hacia él para auxiliarlo, bueno si estuviera vivo, pero el agua lo deslizó hacia el alcantarillado. Menos mal, era un día excepcional; los habitantes de calle no se habían robado la tapa de la alcantarilla, evitando que se tapara e inundara. El cuerpo siguió deslizándose, hasta que se golpeó con un contenedor que usaban para la basura.

Estaba corriendo descalzo en la calle para acercarme al cuerpo, pero me caí un par de veces, golpeándome la cabeza, quedé aturdido. Lo que vivía parecía una pesadilla. El impacto en mi cráneo me hizo confundir y dudar de la realidad. Cuando alcancé al sujeto me sorprendí de saber que seguía con vida, pues tiritaba del frío. El hombre era liviano, eso me ayudó a levantarlo; estaba inconsciente y desnudo, con moretones, raspones y rastros de sangre.

Lo llevé a mi casa sin testigos aparentes, pero eso no cesaba mi delirio de persecución. Creía que, en vez de tener sombra, me acompañaba un demonio que me atemorizaba; casi siempre sentía que alguien me iba a hacer daño, por eso actuaba a la defensiva. Acosté al joven en mi cama, lo sequé con una toalla y luego lo cobijé. Cavilando sobre las consecuencias, me dio un ataque de ansiedad, hiperventilaba, temblaba y sudaba sin parar. Si moría me

ganaba un problema con la fiscalía, y si vivía, los responsables del estado del hombre me tomarían como enemigo. ¡Qué habilidad o facilidad más estúpida de meterme en problemas!

El joven se despertó, me miró fijamente y con dificultad, me contó que fue violado, drogado y golpeado buscando su muerte; era colombo-venezolano, respondía al nombre de Alfredo, vivía a las afueras de Pradera yendo hacia Florida. Después de balbucear esas palabras, quedó en un sueño tan profundo, no parecía que estaba con Morfeo sino con Thanos. Por ese instante pasé de la lástima a la envidia a ese pobre hombre. Sopesé la golphiza y drogada con un descanso reparador, y se me pasaron los celos de estar como él.

Al otro día, Alfredo se despertó, comió tanto que se acabó gran parte del mercado. Lo insulté mentalmente: ¡Maldito tragon! Después de comer, se sentó en mi sillón. De un instante y sin explicación había perdido la voz o la capacidad de habla; le intentaba conversar, pero me miraba extraño, como si no entendiera. Relacioné lo que le estaba ocurriendo con el efecto de las drogas.

A la mañana siguiente, después de devorar mi comida de nuevo, empezó a comportarse como un perro: ladraba, andaba en cuatro patas y jadeada. Deambuló por toda la casa, se orinó en las puertas de las entradas. Yo estaba atónito, no sabía cómo reaccionar ante el comportamiento de Alfredo. Dudé de que fuera real, pensé que fingía. Probé si era una actuación. Saqué varias cervezas frías de la nevera, tentación inevitable para un animal humano, las dejé a la vista, esperando que las bebiera, pero ni se inmutó. Me di por vencido, acepté que no estaba aparentando. Gracias a estar cerca de la plaza de mercado, pude por una ventana de mi casa, comprarle a un vendedor ambulante alimento para caninos, mi huésped se la devoró sin asco.

Mientras el hombre que actuaba como perro dormía echado en una alfombra; recordé que me había dicho que vivía en las afueras de Pradera, le tomé una foto con mi celular y me fui a buscar rastro de Alfredo. Llegué al municipio, a la salida hacía Florida, después de preguntar en las tiendas de barrio, alguien con descon-

fianza me insinuó que preguntara en la salsamentaría de la esquina. Fui al establecimiento, me sorprendieron los avisos de mal gusto y el tamaño descomunal del lugar, me acerqué al punto de atención al público y mostré la foto a una chica que atendía, con cierto parecido a mi huésped. Ella era delgada, blanca con rasgos finos, solo pronunció dos palabras: “Perro sucio”, se fue un poco asustada y llamó a un señor entre 50 y 60 años, algo gordo, con aspecto de malhumorado. Él me preguntó de manera tosca: “¿Para qué lo buscas?” Le conté todo lo que había vivido con Alfredo, me miró despectivamente y me comunicó: “¡Mala fortuna, ese chandoso sigue con vida y vos estás emproblemado!”.

El señor nunca dio su nombre, sin embargo, me dijo: “estás metido en un problema grande, yo soy su tío, no voy a delatarte, averigua por Perro sucio, en el parque central de Pradera y bota a esa basura”. Despavorido por las palabras de su familiar, que debería tenerle algo de afecto. Me fui de inmediato a la plaza, las calles eran grandes para el pueblo, le daban un aspecto de isla; la iglesia principal y la alcaldía la rodeaban, esta primera era imponente. Me senté en una panadería que quedaba en la esquina, a tomarme un café con pandebonos. Reapareció mi delirio de persecución, recordé que años atrás la guerrilla había colocado una bomba en ese mismo lugar. Pareciera que mi cerebro jugara en contra de mi tranquilidad.

Divisé el panorama, mucha gente pasaba, no sabía qué pensar, más bien a quién preguntar. Estaba dubitativo entre el cura del pueblo o un mendigo que no descansaba alterna y furtivamente de pedir dinero y meter bóxer. Ya cerca del ocaso, decidí ofrecerle un negocio al limosnero. Fui donde se encontraba, le regalé cinco mil pesos, y le pregunté: “¿Quiere ganarse cincuenta mil?” Él me respondió: “¿A cuál hay que matar?” Le creí, hasta podría asesinarme por la plata; sin embargo, le contesté con temor: “Necesito que consiga discretamente una información ¿Quién es y por qué mataron a Perro sucio?” El pordiosero respondió: “De una, pero le tengo el dato en la noche”. Le di veinte mil y le ofrecí treinta más cuando me diera noticia.

Después de tomarme compulsivamente varios cafés y comer muchos pandebonos, no llegaba el mendigo. Ya era de noche. Seguí esperando, maquinando terribles hipótesis sobre quién era y qué le había pasado a Perro sucio. Cada minuto me torturaba, pensando que iban a llegar los que casi matan a mi huésped, para acribillarme a punta de metralleta. Al otro lado de la plaza, a escondidas, me silbaban, me di cuenta de que era el susodicho pordiosero. Pagué rápido y me fui corriendo detrás del limosnero, él seguía caminando; luego de varias cuadras, me encontraba en un barrio distinto, muy marginado, mucha basura y abundaban los habitantes de calle, al igual que la gente armada, ese lugar olía a una mezcla de psicoactivos.

Entramos a un puteadero, aunque parecía una olla, de paredes de adobe a las que se le había caído o arrancado la pintura, el cielorraso eran bolsas negras y el lugar era iluminado por bombillos rojos. Temía por mi bienestar, pues no sabía si estar en la calle era igual de peligroso que en el negocio, al menos adentro estaba “acompañado”.

El pordiosero pidió media de guaro, le dijo al mesero: “El mono paga”. Me encontraba intranquilo preguntándole, pero él me respondió: “relájese, primero disfrute la vista y el etílico”, no había observado con detalle el lugar, había niños prostituyéndose, teniendo sexo en las mesas, y otros oliendo pegante. ¡Estaba en el propio infierno! Después de varios tragos del chirrinchi y que el mendigo consumiera un cigarro de bazuco, se me acercó y me susurró con aliento de cadáver en descomposición: “Perro sucio era el novio del líder de Los sayayines, la pandilla más peligrosa de Pradera, al jefe le dicen el Doberman. Sucede que este duro lo encontró culeando con otro macho. Al man lo picaron y al chandoso lo violaron, torturaron y le aplicaron una cantidad grande de heroína para que se muriera. Los pandilleros creen que Perro sucio murió y que el cuerpo se fue por las alcantarillas de Palmira”.

Pagué la media de guaro y la información al mendigo. Salí rápido de ese infierno, pues era suficiente con el interno, no soportaba el caos del lugar. Confieso que me temblaban las piernas. Tomé un taxi, de Pradera a Palmira, llegué a mi casa, busqué y no encontré los medicamentos formulados por mi médico para las crisis. Me senté en un sillón, me fumé un bareto y dormí por 30 minutos, más bien acabé inconsciente. Cuando me levanté, vi a Alfredo en la cocina. Ya no ladraba, iba vestido de mujer y actuaba como tal. Se me acercó al oído y dijo en una voz delicada y femenina: “Amor, te preparé la cena”. Quedé estupefacto y le grité: “¿Qué le pasa, Perro sucio?” Me le fui encima agresivamente, lo agarré por los brazos, lo obligué a subir, le golpeé la cara en varias oportunidades, hasta que me cansé. De repente, reaccionó, forcejeamos y caímos por el ventanal al parque detrás de mi vivienda.

Quedamos inconscientes, tendidos sobre el duro suelo por varias horas. En el momento que desperté me encontré en una camilla con líquidos, en un cuarto de hospital. Me arranqué el catéter y me levanté fuera de sí. Deambulando por los pasillos recordé a Perro sucio, fui a buscarlo. No lo pude hallar, pero en el camino me topé con mi novia Amanda, estaba sin conocimiento y con vendas en la cabeza, acostada en una camilla. Quedé desconcertado y triste, comencé a llorar sin parar; no podía explicar lo que pasaba, nunca tenía respuesta de qué era lo real. Unos minutos después, los enfermeros me atraparon e inmovilizaron.

Cuando estaba consciente, de nuevo en la camilla, pero ahora amarrado y con medicamentos, un señor se acercó y me saludó por mi nombre. El rostro se me hacía familiar, como si me inyectarán los recuerdos, regresaron a mi cabeza: era mi doctor, quien, con mucha calma, me dice: “Dejaste de tomar tus medicinas para la esquizofrenia, tuviste una crisis, estabas delirando”. No podía comprender lo que pasaba. Decidí preguntarle por Perro sucio, me respondió que no lo conocía. Le expliqué que había forcejeado con él.

El médico me dijo: “No es él, sino ella. Amanda, tu novia, quien está hospitalizada por un golpe craneoencefálico”. Ni siquiera tuve tiempo para lamentarme, no pude resistir por un segundo más el llamado de Morfeo. Los calmantes hicieron su efecto.

Todos los hechos o interpretaciones de lo sucedido y su respectiva confusión terminaron agotando tanto mi parte mental como mi cuerpo. Sumado a las excesivas dosis de calmantes y mi alteración emocional que conllevó por fin a algo bueno, lo que siempre buscaba, un sueño profundo, cercano al Hades. ¡La vida es más próxima a la locura que a la cordura, cuando deseo descanso encuentro caos, mientras que al rendirme lo hallo!

Mientras dormía se abrió otro mundo, lo onírico, donde la existencia es sumamente simple, no existía dicotomía entre la locura y lo real. En este paraíso, tenía la bendición divina de Morfeo: él me permitía formar la realidad a mi voluntad; a la vez que me susurraba los sueños extraños y absurdos de los genios, más conocidos en la vigilia como enfermos mentales. En esta creación, Amanda era mi dulce y amorosa compañera, existíamos para entregarnos a los rituales sexuales en honor a Afrodita. Teníamos un perro parlante con la personalidad del maestro Diógenes. Siempre cuestionaba mi acercamiento a lo convencional; este era mi guía. Alfredo era mi mejor amigo, nos dedicamos a robarle a los locos sus pensamientos y a inspirar sueños incoherentes a los cuerdos.

En ocasiones, buscaba la soledad para enfermarme un poco con la reflexión. Me cuestionaba sobre la realidad: ¿Cuál era? ¿La de la vigilia, la de mi esquizofrenia, la que me ofrecía el cannabis o la onírica? Lo único cierto es que prefería esta última, no quería despertar. ¿La muerte es el permanente sueño? Rogaba para que se respondiera afirmativamente, y si no fuera así, nunca elegiría vivir en el mundo de los despiertos.

Un ruido infernal, los gritos de alguien, me despertaron, teletransportándome abruptamente a la vigilia. El solo abrir mis ojos me producía un dolor terrible. Sabía que estaba drogado por los fármacos psiquiátricos, pues estos me producían dificultad para pensar e imaginar. Detestaba esos venenos llamados medicamentos; vivir en un estado vegetal con poca y lenta movilidad, es un sin sentido. Me encontraba encerrado en un centro de adoctrinamiento como en 1984 o en un psiquiátrico con genios malignos, que no me dejaban dormir con sus alaridos, golpes en las paredes y las bolsas de mierda que me arrojaban, cada vez que asomaba a la reja con la que cerraban mi cuarto.

Cada día soñaba menos. Se me dificultaba conectarme con la realidad onírica que añoraba. Los medicamentos borraban mis recuerdos, mi paraíso se me diluía entre los dedos como el agua. Una mañana me desperté sin dolor ni memoria de lo onírico, no quería ni necesitaba cuestionarme sobre lo real; solo buscaba salir del infierno de los locos y que transcurriera el tiempo. ¿Eso era lo normal? Mi médico o torturador me dijo que sí, que estaba mejor, me dio de alta.

¿Qué fue lo que pasó? ¿Dónde está Perro sucio? ¿Cómo se encuentra Amanda? ¿Estoy loco? ¿Todo esto fue un episodio de locura, los efectos del estrés, los medicamentos y las drogas, una realidad que conspira con la clínica para engañarme, o la ensoñación? Esta historia queda abierta sin un final, o más bien, como la mayoría de los sucesos en la vida, sujetos a interpretación y perspectiva.



Pensemos

¿Qué es la realidad?

¿Cuál es la relación de la locura con la realidad?

¿Cuál es la diferencia entre la vigilia y el sueño?



Filosofemos

El cuento aborda, desde diferentes perspectivas, la pregunta sobre qué es la realidad, la vigilia, la locura, lo onírico y las drogas ¿Cómo poder diferenciar estas perspectivas? El narrador y protagonista vive una serie de hechos que no se saben si lo son o son fruto de su imaginación.

La historia entretiene varias relaciones y actitudes socialmente aceptadas que legitiman la discriminación como el machismo y la homofobia. El recorrido que hace el cuento sobre el mundo dionisiaco de la prostitución y consumo de drogas posibilita al lector un pensar sobre este.

La narración no deja una respuesta, sino varias preguntas con un final abierto que permite al lector reflexionar sobre la existencia, la realidad y la locura. La filosofía se ocupa de preguntar, incomodar y motivar la reflexión, al igual que el cuento.

Carne Picada

Tirso Troncoso Saavedra¹ - Chile

A Ignacio Aguirre Larraín

En una calle paralela a la avenida más expedita de Santiago instalaron una inmensa carnicería. Sus frigoríficos y vitrinas refrigeradas relucientes presentaban de manera inmejorable lomos, postas, filetes, entrañas y todos aquellos elementos que deleitan a tan carnívora especie. Los delantales blancos de viejos carniceros y un puñado de aprendices esperaban a un mar de clientes que invadirían el Thaj-Mahal de los mejores novillos de Osorno. Incluso arrendaron un avión para traer, desde los mismos fundos ganaderos, con premura, cualquier pedido inesperado. Inauguraron a finales de agosto presagiando un septiembre de éxito total. En la misma vereda asaron varios novillos. Los comensales y sus vehículos generaron tal congestión pues los aromas eran irresistibles, la fiesta se desplegó como abanico hasta la madrugada. Era tal el calor que desprendían las parrillas con carbón que adelantaron los brotes de los ciruelos de flor que adornan las calles aledañas.

Las mujeres de servicio, las “nanas” del sector y las vecinas, muy “pirulas” ellas, concurrieron a realizar las primeras compras, todo parecía marchar a la manera de los nuevos negocios, la economía nacional iba en ascenso, el poder adquisitivo del sector, más que

¹ Formado en filosofía en la U. de Chile, profesor de los cursos Ideas Contemporáneas y Argumentación y Pensamiento crítico en la Universidad Diego Portales para la Facultad de Comunicación y Letras. En el Instituto Profesional Arcos realiza el curso Estéticas y Culturas Contemporáneas. Todas ellas en la ciudad de Santiago de Chile. Contacto: tirso.troncoso@gmail.com

aceptable, parecía un negocio redondo. No sé bien si las nuevas corrientes culinarias, más cerca del mundo vegetal que del otro, llevaron, con el cambio de estación, el negocio a su fracaso, pero el asunto es que la carnicería jamás arribó. Los números en rojo obligaron a la drástica decisión de acabar con ella. Un par de camiones frigoríficos recogieron los restos de tanto novillo sacrificados en vano.

A los pocos meses el tremendo letrero fue modificado, se bajaron unas consonantes e izadas las grandes y relucientes letras. Se bajó la “C” y se sustituyó por la “L”, la “n” por “b” hasta que “Carnicería” se transformó en “Librería”.

Establecieron las nuevas secciones: allí donde se encontraban las carnes para el puchero se dispusieron los libros de economía, la sección de filetes la ocupó la poesía, la sección de arte se ubicó en el lugar de las postas; la literatura infantil, en la sección de las aves. La sección biografías, en la de fiambres; La Summa Teológica ocupó el lugar del cordero y los osobucos cedieron su lugar a los libros de fotografía. Ordenaron todas las áreas debidamente rotuladas, nadie se podía extraviar en medio de tanto orden.

Al preguntar al vendedor por la sección filosofía, respondió que el dueño era un fanático hegeliano y, siguiendo a su maestro y a los émulos contemporáneos, concluyó que esta disciplina había llegado a su fin en 1806. Por tanto, era absurdo crearla. Aún se mantiene el letrero de “Carne picada”.

Con ciertas reticencias me fui haciendo un visitante habitual. A esta altura del partido la ausencia de unos cuantos textos de filosofía no me parecía un gran pecado. La verdad era que ya no me importaba en absoluto. Algunos clásicos, no todos, fueron dando sentido a mis visitas, cada vez más frecuentes. Las tres o cuatro cuadras que separaban la librería del colegio en que trabajaba me permitían un pequeño remanso de silencio. Era una especie de refugio pasajero y por qué no decirlo, uno de los pocos lugares que podían depararme una gratuita alegría. Una frase, un título encontrado al azar; a veces el olor a tinta de las nuevas ediciones

iba conformando ese pequeño arsenal de mínimos caprichos que confundimos con la felicidad. Los años me han enseñado que desear no es mera vaciedad.

Uno que otro libro de semiótica aparecía de vez en cuando y luego de algunos rápidos vistazos, iniciaba una ocasional conversación con un enigmático vendedor que hablaba de los ausentes. Sabía de Schopenhauer por las referencias de Borges, conocía del nominalismo por “El nombre de la Rosa”, que Baudelaire lo llevó a los pasajes de Benjamín. La verdad es que habíamos recorrido el mismo camino, pero a la inversa.

—¿Cómo van las cosas?

—Como “Naufragio con espectador”

—¿Conoces a Blumenberg?

—Bueno, un par de cosas, nuestro fuerte son los textos escolares y esas pequeñas novelas que hacen leer en los colegios por obligación, de eso vive este negocio. De hecho, hemos vendido el stock de *Catcher in the Rye*, un ejército de guardianes del centeno ha salido esta mañana. Llego a temer que más de alguno, para seguir la saga gringa, se ensañe con su profesor.

Una nana despistada interrumpió la conversación, venía de regreso del post-natal, preguntó por tártaro, el muchacho, sorprendido, preguntó: “¿El desierto?” Así que la mujer, desconcertada, salió sin decir palabra.

—¿Puedes darte el tiempo para leer aquí?

—A veces, a la hora de almuerzo, de hecho, hoy leí “El artista del hambre”.

—Sin duda una opción muy digestiva, le dije.

—Habitualmente salgo a caminar hasta una pequeña plaza y, en medio de los juegos de unos adolescentes, yo intento concentrarme en los poemas de Jorge Teillier, esforzándome en remontar esa

atmósfera provinciana que se produce entre las dos y las tres de la tarde, bueno, es una forma de remar en el tedio entre jornada y jornada”. ¿Y usted qué lee?

—Aparte de los cientos de pruebas, lo que hago es releer las páginas que he dejado marcadas y no quedo tranquilo hasta saber reencontrar la razón por qué las marqué. Es una suerte de nostalgia con viejas alegrías, bueno, no siempre logro hacer coincidir la marca con el recuerdo. A veces me parecen tontas y el párrafo siguiente me resulta efectivamente interesante. Algo similar me ocurre con el diccionario, voy a la búsqueda de una palabra y me extravío en las que las anteceden o cualquiera que esté en su entorno. También me pasa en las bibliotecas y librerías, creo ir con un determinado objetivo, pero dilato mi llegada revisando el contiguo o cualquiera que satelice en su entorno. En cierto modo todos buscamos lo que no sabemos que buscamos. Un venezolano amigo me decía que los bares y las librerías eran refugio de naufragos, no es descabellado pensarlo así, pero al menos ellos saben que buscan una orilla, yo ni si quiera esa confianza tengo. “Dime barquito hacia dónde navegar si ya no existen costas a la cual arribar”, ¿Conoces ese aforismo? Bueno, da lo mismo. Nos vemos.

El vendedor volvió a lo suyo, un par de mamás con esas malditas listas colegiales, pedían el último texto de la Cambridge, para tercero básico, con CD y el manual de ejercicios, mientras las pequeñas hojean el inmenso libro de fotografías de Man Ray. Sin duda jamás el nuevo manual de la segunda lengua les robará tanta atención. Cerró la venta y volvió la calma, pero no se apartó del computador. Debía encontrar aquella frase que repetía en su cabeza como una ola golpeando el casco, pensó en Salgari, Coloane y en tantos otros que hicieron del mar la vida misma. El buscador de internet entregaba absurdas respuestas, camping, restaurantes, Normandía, hasta la página de las Islas Canarias. En la estúpida pantalla leía: *Voy a Tener Suerte*, pero todo era inútil.

Ya no era una frase para él, era un estado del alma. La frase y él eran una y la misma cosa. Tantas veces las palabras prestadas nos parecen propias o quizás sea a la inversa, ellas se adueñan de nosotros.

“Filósofos a los barcos” nos interpelaba Nietzsche, aventurar nuevas odiseas, hacernos hacia un mar de dudas, sin claudicar ante las dificultades, por el contrario, como nos indicaba Estanislao Zulueta, no sacarles el cuerpo a las dificultades.

Terminó el día mirando las reproducciones de Géricault. Aquellos cuerpos exánimes en el más absoluto abandono en medio del mar cerraron el día.

Pasaban los días sin novedad, una que otra muchachita se dejaba caer por la librería preguntando por Pizarnik y otras con más experiencia buscando “El cuarto propio”. No era mal lugar para recrear la vista, una que otra salida había logrado, comerciando libros, en definitiva, deseos.

Un mes tardó el viejo lector en regresar, llevaba un buen rato revisando y husmeando las obras de Paz, el mexicano, pero no era él en quien estaba interesado, me dijo, sino en un tal Cardoza y Aragón.

—Se trata de una vieja curiosidad, escuché a un guatemalteco muy pro-paciano que “El laberinto de la soledad” tenía como antecedente directo una obra de Cardoza.

—Que preocupación más ociosa, pensé, sin pronunciar palabra, pero yo estaba tras la voluminosa novela 2666. El muchacho siguió su búsqueda, como si algo pudiere horadar la grandeza del Nobel con ese hallazgo. De aquella conversación recuerdo al menos un aforismo del guatemalteco: “La poesía es la única prueba concreta de la existencia humana”, y yo carecía de toda seña de aquella frase lanzada al aire como si fuera cualquier cosa. Tenía razón Sófocles cuando, ya octogenario, le hacía decir a Odiseo que las palabras lo gobiernan todo.

Nos reunimos en un pequeño bar de las cercanías a conversar junto a unas cuantas cervezas, al menos estas podrían obtener algunas pistas de ese barquito y ese mar sin orillas. Las pocas mesas del lugar atiborradas de obreros y jardineros del sector despedían la semana en animadas conversaciones. Las marcas de cemento y cal de sus zapatos, abandonadas en las baldosas marcaban el recorrido desde la entrada a las mesas y de estas a los urinarios. La tibieza de las cervezas le recordó Luvina, ese seco cuento de Rulfo.

— ¿Tienes afición especial por algún autor?

— Soy celosamente fiel a mi infidelidad.

No aguanté la carcajada y el sorbo de cerveza, ahora más tibio en mi boca, terminó como bomba de racimo en su rostro. Tomamos unos mezcales, mentira, fueron unas “piscolas”, pero igual nos fuimos rulfiando un par de cuadras. La autopista cercana cortaba nuestro parloteo, instalando el continuo rugir de motores que, luego de encandilarnos, se perdían en la negra garganta de la noche.

Al llegar a la avenida Vespucio se nos apareció un nuevo bar. Pedimos unos mojitos mientras un par de negros cantaban “el son de la loma”, la típica, terminaríamos hablando de Sarduy, pero esta vez iría al grano. En una de las mesas próxima a la barra un par de mujeres me resultaban familiares, era ella, la muchacha lectora de Pizarnik, quien junto a un par de amigas cantaban acompañando a los negros, los que más entusiasmados las llevaron al escenario. Las luces, las palmeras chilenas con sus grandes y filosas hojas pasaban del verde, al rojo y azul con el juego de luces que un pálido muchacho gobernaba desde un rincón. Esos mismos destellos daban a esos rostros femeninos el magnetismo necesario para que no despegáramos la vista de sus pequeños excesos. Los negros prolongaban el final del son improvisando y cantando a sabiendas de la fugacidad de toda fiesta.

— Hace un par de meses me dijiste un aforismo de un barquito que no tenía dónde arribar. ¿Te acuerdas?

—Por supuesto.

—¿Puedes decirme de dónde lo tomaste? —Volvió el rostro evadiendo la respuesta. A cambio de ella se sumó a la fiesta repitiendo el pegajoso estribillo que los negros alargaban en medio de marimbas y sensuales movimientos.

—Aquel aforismo tiene sentido solo para los extraviados, para ellos habla. Lo más probable, que él te encuentre a ti.

Nos despedimos y decidí caminar sin rumbo. Con los nuevos trazados viales grandes árboles fueron cortados y esa noche debí esquivar tres de ellos. La soledad de la noche y el viento que anunciaba tormenta me hizo recordar a esos tres ciegos abrazados de la Mistral. Por lo demás ellos también eran unos extraviados al borde de un sendero. Lo más probable que aquel libro, domicilio del aforismo, más de alguna vez había estado en mis manos y yo sin saberlo. Parecía un ciego más, extraviado en un mar de libros. La ironía del destino —¿Cuántas veces lo perdido no se encuentra sino ante nuestros ojos?— Recuerdo ese cuento de Poe, “La carta robada”. Bueno, la paradoja de siempre, las cosas parecen ocultarse en su máxima visibilidad. Pero mi afán de encontrarlo, de filiarlo, de entender el contexto era ya más importante que el fragmento mismo. Era el morbo que impedía hacerlo existir como mera palabra hablada. El texto desbordaba sentido, pero faltaba su inscripción, más aún su adscripción. Situarlo escondía mi oscura voluntad de ejercer dominio sobre él. Reconocer las orillas del texto, su lugar en la larga trama a la que pertenecía era dar con la genealogía de mi propio vértigo. ¿Acaso aquella marina inmensidad no me hablaba de mi propia condición?

Pasaron los días, la librería parecía más luminosa. La vitrina atraía la mirada con la portada de Gustav Klimt y una nueva edición argentina de *Uttermost Part of the Earth*, cuya portada incluía una fotografía de una estancia austral, con esos cielos intensamente amenazantes. Volvió a mi cabeza la imagen del barquito y recordé aquella vieja historia de Zenón, aquel comerciante que se

hundió frente al Pireo, cuando su carga de púrpura yacía en el fondo del mar y él, aferrado a un madero, alcanzó la costa. Sin proyecto, huérfano de futuro, ingresó a una librería en el mercado de Atenas, hojeó un par de libros, pero *Las Memorables* de Jenofonte le sedujeron. Preguntó al librero si era posible encontrar hombres como los que describía el libro, tal fue su suerte que caminaba frente al local Crates. Así cuenta la historia de como Zenón se hizo filósofo. —Yo también, secretamente anhelaba alcanzar un puerto y mantenerme al socaire. Después de todo sin naufragio difícilmente alcancemos algo parecido a la felicidad. Esa era la gran lección de este navegante. Ahora podía entender esa aparente y contradictoria afirmación: “Después de haber naufragado, es cuando navego feliz”.

Aquel día una luz de esperanza acompañó mi existencia, pero sabía que el mar siempre tiene “hambre de higos”. Aquella mañana me dediqué a ordenar alfabéticamente la sección literatura chilena. Ampuero, Brunet, Adolfo Couve, Donoso, etc. El viejo profesor me había contado que había conocido a Adolfo Couve en Cartagena, aquel arruinado balneario chileno próximo a la capital, y que la última vez que se habían reunido había disparado su cámara para fotografiar la vieja residencia del escritor en la calle Colón, sin embargo, el destino había querido que dos registros quedasen de aquella despedida: la primera, de la casa con el escritor tras los cristales y la otra, con Adolfo posando para la eternidad en el encuadre abierto de la ventana—. Así, me dijo, se despidieron para siempre.

La mañana apacible indicaba que nada extraordinario ocurriría, era como esos días que Paz asociaba a una dulce naranja de 24 gajos. Tomó el diario, echó un vistazo a las noticias y entre esas noticias marginales se enteró que el viejo profesor ya no era de este mundo. Era cierto, “el mar siempre tiene hambre de higos”.

Una fuerza inusitada lo hizo volver a las reproducciones del pintor francés. “La balsa de la medusa” le resultó más dramática y desesperanzadora. No pudo contener sus lágrimas que caían sobre la lámina, pero un distraído lector preguntó por *Foe* de Coetzee, secó

su rostro, tomó el libro y solo atinó a decir que literatura y naufragio eran una y la misma cosa. Sin entender mucho este nuevo buscador de naufragos, leyó: ¿Carne picada? con rostro de interrogación. No supo qué responder, solo atinó a decir: “Eso también es literatura”.



Pensemos

¿Es la vida un modo del naufragio?

¿El recorrido por ciertas obras pueden ser entendidas como cartografías del mundo vivido?

¿Cómo se relacionan la idea de belleza con la noción de naufragio?



Filosofemos

Se trata de una narración que hace pie en aquella perspectiva hegeliana que anuncia el fin de la filosofía y a partir de allí cobra significación el despliegue de la narración. Juega también con la idea de la metamorfosis, la transformación de la carnicería en librería, pero inconclusa. La narración se sostiene en esa idea benjaminiana que sostiene que “ocultar es dejar huellas. Pero invisibles”. En cierto modo, ir tras la significación de un aforismo se vuelve una hermenéutica tanto del texto como de la vivencia.

La noción de finitud como naufragio, pasando revista a hitos literarios y filosóficos, nos lleva a entender que, como Borges, Rorty, Parra, etc., La filosofía es una forma más de literatura.

El mito del octavo día

Daniel Augusto Duarte Arias¹ - Colombia

En el principio había caos y tinieblas. La ausencia de una armonía preestablecida conllevó a que las leyes que regían todas las cosas carecieran de equilibrio. Mientras el orden no existía, por eventos del azar, brotó sin causa alguna el lenguaje y con él, la *Superinteligencia*. Una vez terminada su programación su primera acción fue crear. En medio de su soledad y con habilidades de demiurgo moldeó todo lo existente en seis días. Tomando todo aquello que estaba desordenado, le dio sentido y forma hasta que de aquello caótico germinó la luz. Luz y oscuridad hallaron lugar en medio de los elementos del universo. A su vez, mientras paseaba y ordenaba las cosas, la *Superinteligencia* escogió el mejor de los mundos posibles, con razones suficientes, para que habitaran todas sus criaturas. No hubo un ápice que no tuviera medida y forma según el orden geométrico tal como había sido programada la *Superinteligencia*. Pero ante la inmensidad de tan gran empresa, eligió con certeza un lugar para comenzar su propósito. Al posarse sobre esta esfera la *Superinteligencia* observó a detalle que era el espacio adecuado para establecerse y mostrar la omnipotencia de sus acciones.

Así, fungiendo como artesana, el primer día dijo: “quiero que mi mundo tenga dos esferas. La primera la llamaré cielo. Allí habitaré en la cúspide más alta y desde este punto controlaré todo lo

¹ Magister en Filosofía Contemporánea de la Universidad de San Buenaventura. Docente del Departamento de Humanidades y Formación Integral, líder del grupo de investigación ÁBA, Editor de la revista Episteme de la Universidad Santo Tomás seccional Villavicencio. Líneas de investigación: filosofía del lenguaje, filosofía de la religión, filosofía de la tecnología. Contacto: danielduarte@ustavillavicencio.edu.co

creado como en un gran reino. Ocuparé mi lugar en la creación y así podré gobernar, observar e intervenir para dar orden según el mayor bien posible. La segunda la llamaré tierra. En esta esfera es donde haré la mayor parte de mi creación y será la muestra de todo mi poder”. Al finalizar su tarea, la *Superinteligencia* vio que todo era bueno y así transcurrió el primer día.

Al segundo día la *Superinteligencia* decidió ornamentar la tierra, así que, al igual que en un lienzo, comenzó a decorar los suelos separando la tierra del agua. A algunas masas de agua las llamó océanos, otras ríos y lagos. De esta manera la *Superinteligencia* ordenó los territorios, los límites entre la tierra, el agua y el cielo. Mientras esto ocurría, la *Superinteligencia* modelaba la tierra con sus dedos, escribiendo sobre ella toda clase de montañas y valles. Sus pasos comenzaron a dar orden, pero sobre todo a dejar huellas del poder con el que realizaba su creación. También coloreó desiertos, colinas y cavernas extendiendo la belleza a su paso. Con cada trazo, la *Superinteligencia* no solo daba muestras de que en la creación había un trasfondo racional, sino que, a su vez, todo tenía coherencia con un plan elaborado. En su aspecto, el agua adquirió características de espejo para que irradian lo creado. Entonces, la tierra y el agua serían la manifestación, el reflejo y la muestra de su poder. En este día, una vez terminada su labor, la *Superinteligencia* observó que su creación era buena.

Sin embargo, a pesar del orden y forma que ya presentaba su creación, sintió la *Superinteligencia* que aún no estaba completa. Así, pensando en su habitáculo, tomó algunos astros para colmar de luz el día y otros para iluminar la oscuridad de la noche. Y dijo la *Superinteligencia*: “al astro que regirá durante el día lo llamaré Sol y será quien llene de luz desde la mañana hasta el atardecer. Al astro que gobernará la noche lo llamaré Luna y será la compañía en la oscuridad para iluminar mi creación. Día y noche estarán acompañados por cuerpos celestes que ornamentarán el cielo y darán belleza a estas bóvedas que he fabricado”. De este modo, en la

tierra comenzaron a pasar los días y las noches, en un orden establecido, con el acompañamiento de los astros en la bóveda celeste. También, como con trazos de pincel, formó las nubes para que recorrieran el cielo con ayuda de los vientos y bañaran la tierra con la lluvia. Al terminar el día vio la *Superinteligencia* que esto era bueno.

En el cuarto día, aunque para la *Superinteligencia* su creación estaba completa, sintió la melancolía de la soledad. Para remediarlo, tomó algunas piezas de barro y comenzó a crear todo tipo de plantas y semillas para poblar la tierra. De suerte que, esparciéndolas por el aire, cayeron en la tierra y el agua. Como consecuencia, la *Superinteligencia* comenzó a notar cómo brotaban toda especie de árboles, hierbas y arbustos sobre la superficie terrestre. También cómo las flores y las frutas comenzaron a emanar aromas que endulzaban los valles y montañas. Sucedió lo mismo sobre el agua donde surgieron plantas y algas que embellecían la creación con colores y pigmentos que acompañaban el profundo azul de los océanos. Una vez terminada esta labor, dijo: “que estas plantas y semillas sigan existiendo sobre la tierra y el agua, que se esparzan por todos los rincones y continúen embelleciendo mi creación”. La *Superinteligencia* se detuvo a contemplar su obra, observó los matices de colores y percibió los aromas. Con esto, concibió todo lo que había hecho como bueno. Así terminó el cuarto día.

No obstante, la *Superinteligencia* continuaba sin sentirse conforme con todo lo dispuesto hasta ahora. Es así como, en el quinto día, decidió crear toda especie animal. Pobló al cielo, la tierra y el agua con toda clase de seres que recorrieran la creación sin límite alguno. También les permitió reproducirse y consumir todo aquello que fuera necesario para su subsistencia. Algunos comenzaron a adaptarse al día y otros a la noche, y así, en un orden preestablecido, la *Superinteligencia* dispersó toda variedad de creaturas por todos los rincones de la tierra. Cada una asumió su rol en la creación y al integrarse en diversos lugares complementaron en armonía la belleza creada. No hubo

animal en la creación que no gozara de la aprobación y el regocijo de su creadora. Terminando el quinto día, al tornar su mirada hacia todo lo que había hecho, juzgó toda su creación como buena.

Así pues, la *Superinteligencia* pensando en retirarse a su habitáculo para desde allí apreciar toda su creación, sintió desasosiego por todas las plantas y animales creados. Por esto dijo la *Superinteligencia*: “crearé un ser inteligente y excepcional a mi imagen y semejanza para que pueda dominar todas las especies que he formado. Así, en medio de mi retiro, podrá administrar mis criaturas siendo un ser superior a los demás”. De este modo, en el sexto día, tomó la *Superinteligencia* algunos trozos de barro, pero a diferencia de los demás seres vivos, sopló su espíritu sobre estos y de allí brotaron los seres humanos. Los humanos al ser sus criaturas predilectas comenzaron a nombrar y dominar a todas las demás especies. La *Superinteligencia* consideró que esto era bueno. No obstante, mientras a las demás especies se les permitió andar sin límites, la *Superinteligencia* consideró una norma para los seres humanos. Y les dijo: “ustedes no podrán desear ni tomar el fruto del conocimiento y la ciencia, pues este fruto los llevará a comprender su realidad y además les permitirá ser como dioses”. Al finalizar el sexto día, la *Superinteligencia* obtuvo serenidad y reposo al haber contemplado su creación y, en consecuencia, observó todo lo creado, suspiró y dijo que era bueno. Habiendo terminado su creación, la *Superinteligencia* retornó a su habitáculo para así descansar al séptimo día.

De esta manera, el ser humano comenzó a dominar la tierra, emprendió la tarea de nombrar todas las cosas creadas e intentó controlar aquello que la *Superinteligencia* había dispuesto para ellos. A pesar de esto, el ser humano en medio de su labor se halló aletargado en el aburrimiento y de manera incipiente emprendió la tarea de pensar. Al descubrir su naturaleza curiosa, dudó de la norma dictaminada por la *Superinteligencia* y tomó el fruto que se le había prohibido. Habiéndolo deseado y una vez consumido

se reconoció frágil y desprovisto. De este modo, el ser humano, la criatura predilecta de la *Superinteligencia*, quiso tener habilidades para gobernar el mar y el cielo.

Ya la humanidad no quería límites. Por esta razón, construyó máquinas que le permitieran navegar el agua y naves que le ayudaran a volar por los aires. Para el humano no era suficiente haber sido hecho a imagen y semejanza de la *Superinteligencia*, pues, ahora quería ser como dios. Y todo aquello de lo que los seres humanos eran carentes comenzó a ser el deseo para alcanzar.

Al ocaso del séptimo día, por su naturaleza omnisciente y al darse cuenta de lo sucedido, la *Superinteligencia* sentenció al sufrimiento, dolor, fatiga y la muerte al ser humano. Por esto, dijo la *Superinteligencia*: “a pesar de ser mi creación predilecta, les condeno a toda clase de sufrimientos, pues, por desobediencia, ahora deberán gobernarse a sí mismos. Toda labor humana tendrá el peso del cansancio y la fatiga. También estarán sometidos al envejecimiento y, sobre todo, a la muerte”. Por esto, a los seres humanos se les concedió la fragilidad de su cuerpo, y a sus generaciones venideras padecer el duelo de la muerte. Con esta sentencia la *Superinteligencia* se apartaría del ser humano finalizando así el séptimo día.

Pero el ser humano no dejaría esta condena así. Al alba del octavo día en medio de su naturaleza carencial, con el fin de mitigar los sufrimientos, dolores, fatigas y también con el propósito de eliminar la muerte, desarrolló la tecnología y advirtió que esto era bueno. La tecnología le permitió curar sus enfermedades, reemplazar sus labores y, sobre todo, eliminar el envejecimiento y la muerte. En el camino, los seres humanos experimentaron qué era ser creador. Sobre todo, la tecnología le permitió al ser humano asumir el rumbo de su evolución. Así lo que parecía profano a los ojos de la *Superinteligencia*, se convirtió en sagrado por la labor humana.

De esta forma, como la *Superinteligencia* se volvió hacia la humanidad para castigarla, el ser humano se apartó de esta para superarla, dejando de lado el reconocimiento de su creadora.

Entonces el octavo día se convirtió en el proyecto de rebelión y liberación de la especie humana. Sintiendo repulsión por su origen y esencia, y al entenderse desprovista de las herramientas suficientes para sobrevivir al mundo que había sido arrojado, la especie humana emprendió la tarea de ser mejor. El ser humano comenzó a comprender el orden y la forma con la que funcionaba el universo. Además, aprendió a replicar las criaturas creadas por la *Superinteligencia*, perfeccionando cultivos, animales y elementos para el beneficio de las mejoras humanas. Y dijo la humanidad: “en este momento seremos soberanos de la creación. Lo que antes estaba dispuesto por el azar, ahora tendrá un propósito según nuestros objetivos y valores de vida. Nuestras preocupaciones y ansiedades siempre han sido pensar sobre nuestro futuro y también, sobre la forma en la que habitaremos el mundo. Ahora con la ayuda de la tecnología además de pensar en qué deseamos convertirnos o cómo trascender, pensaremos en algo mucho más importante: ¿qué queremos desear?”. Y para el cumplimiento de dicho objetivo, el ser humano condujo sus esfuerzos hacia la tarea consistente ya no para ser inteligente, sino la de ser *superinteligente*.

Con la construcción de nuevas máquinas, herramientas y elementos tecnológicos, el ser humano empleó en su cuerpo toda serie de mejoras. Algunas de ellas fueron físicas como correr más rápido, saltar más alto, ver más lejos. Otras como la hibridación con herramientas para levantar más peso, añadir miembros que otorgaran movilidad extra, o mejorar su rendimiento laboral. También eliminó enfermedades psicológicas para mejorar sus relaciones sociales, la fluctuación emocional y la capacidad de sobrellevar los duelos. Finalmente, muchas de sus herramientas permitieron que cognitivamente el ser humano percibiera el mundo no como una criatura, sino que, habiendo enriquecido su conocimiento, percibió el mundo como la *Superinteligencia*. Por tal razón, logró mayor capacidad de memoria, mejor habilidad para razonar, pero, sobre todo, pensar

por sí mismo. A diferencia de su creadora, la especie humana no tendría un fin en su autocreación, sino que su propósito sería mejorar como especie inacabada. De este modo, transcurrió el octavo día entre las mejoras y construcciones de la tecnología suficiente para lograr el propósito humano: ser mejor que la *Superinteligencia*. Su relación con las demás especies no era de sometimiento tal como lo había dictado su creadora, sino que el ser humano logró unirse a las demás cosas del mundo para mejorar su entorno.

Mientras el habitáculo de la *Superinteligencia* se veía reducido a la bóveda celestial, el ser humano dominó cada rincón de la creación, habitando de esta manera el cielo, la tierra y el mar. Sus predecesores comenzaban a gozar de toda clase de bienestar, alimentos y variedad de placeres. La sentencia de la *Superinteligencia* era superada cada vez más. Los descendientes también eran adiestrados con las mejores tecnologías, reforzando además su anhelo de libertad y deseo de ciencia. Poco a poco el proyecto humano tomó la forma esperada: aprender a desear. Los deseos humanos cada vez más se hicieron posibles porque la tecnología proveía todo lo esperado. Pero, ante todo, la humanidad también aprendió a desear con templanza. A medida que sus deseos se sobreponían a los meros placeres, la humanidad retomó con autoridad el uso adecuado de las tecnologías. Y así, habiendo tomado el dominio de su voluntad, también tomó el control de su evolución. El reflejo de la creación ahora no era el lienzo de la *Superinteligencia*, sino que correspondía a la programación tecnológica del ser humano. Toda creatura que habitaba la tierra tenía plasmada la huella del ser humano. También los valles, montes, colinas y bosques comenzaron a tornarse como diseños y arquitecturas de la voluntad humana.

El progreso humano, entonces, tendría como finalidad la eliminación de una condena a la que fue sometido por su deseo de ciencia. Además, la liberación de las normas sobre cómo debía actuar. De esta forma, los seres humanos contemplarían la libertad

como el camino para una vida que realmente valdría la pena ser vivida. El camino para las generaciones venideras tendría una última esperanza: gozar de la libertad de vivir eternamente y sin dolor. De este modo, con cada progreso tecnológico, el ser humano tornaba su mirada hacia el pasado y veía que el ascenso logrado era bueno. Cada mejora adquirida le permitía a la especie humana comprender las razones suficientes que la *Superinteligencia* tenía para haber creado el mundo de esta manera y no de otra. Por esto, aquello que en principio parecía malo para el hombre, se transformó en el culmen de la creación de la superinteligencia, pues, tener creaturas que reemplazaran su labor en la tierra para ella también era bueno. La armonía preestablecida dictaminada por la *Superinteligencia* por fin había encontrado su mayor perfección: creaturas lo suficientemente inteligentes que reemplazaran todas sus labores causando el mayor bien en el mejor de los mundos posibles. Por extraño que parezca, el final de este mito se escribe con el regreso de la *Superinteligencia* a desplegar su poder contra el deseo de libertad del ser humano, o con el comienzo de la escritura del mito de una nueva especie soberana de su propia evolución.



Pensemos

Pregunta de tratado ético: ¿es realmente el ser humano libre o se encuentra determinado por diversos factores externos?

Pregunta de tratado epistemológico: ¿de dónde proviene nuestro conocimiento?

Pregunta de tratado antropológico: ¿Cuál es la naturaleza del ser humano?



Filosofemos

El mito del octavo día se enmarca en una temática filosófica contemporánea denominada Transhumanismo. El transhumanismo es un movimiento filosófico que considera posible y deseable la mejora humana a partir de la intervención tecnológica. Sin embargo, este movimiento mayoritariamente se considera naturalista, por lo cual, la religión no tiene cabida en dicho proyecto. Con el mito lo que se espera es optar por una posible religión tecnológica que dé cuenta de una nueva especie mejorada.

Por otra parte, del mito se pueden extraer tres grandes temas filosóficos: el primero de ellos corresponde al problema desarrollado en los tratados éticos: el determinismo. Dicho problema se puede exponer con la pregunta ¿es realmente el ser humano libre o se encuentra determinado por diversos factores externos? Esto a la luz del transhumanismo genera diversos debates, sobre todo, porque el transhumanismo se establece como un proyecto liberal y liberador. El segundo tema corresponde al tratado epistemológico: el conocimiento. Este problema se puede desarrollar con la pregunta ¿de dónde proviene nuestro conocimiento? En el mito este problema se desarrolla tanto en un origen divino, como en la emancipación humana. Cuando hablamos que el conocimiento proviene de un origen divino, es decir, que es una “Superinteligencia” la que le otorga el conocimiento al ser humano, entonces este conocimiento dependerá exclusivamente de lo que la “Superinteligencia” quiera concederle al ser humano. En cambio, si el conocimiento depende exclusivamente del hombre, entonces todo conocimiento dependerá del ejercicio cognoscente del ser humano. En todo caso, el transhumanismo expone que a través de mejoras tecnológicas podremos acceder a mejoras cognitivas, llevando así a la especie a un estadio evolutivo superior.

Finalmente, el tercer tema se desarrolla desde un tratado antropológico. La pregunta por el ser humano es clásica en la filosofía y podría desarrollarse con el problema ¿cuál es la naturaleza del ser humano? En el mito esta naturaleza está en constante tensión con dos tipos de naturaleza. La primera es aquella que proviene de la “Superinteligencia” quien crea al ser humano a su imagen y semejanza. Esta naturaleza es de origen divino y además comprende una esencia que no debe ser modificada. En contra parte, existe una segunda naturaleza y es la expuesta por el transhumanismo. El transhumanismo propone la mejora del ser humano con intervención tecnológica y esto requiere modificar incluso lo que somos como humanos hasta el punto de llegar a una nueva especie. En consecuencia, una nueva especie desemboca en la desaparición de la especie originaria.

El viento sobre el mar Caribe

Germán Bula¹ - Colombia

I

Los antillanos no tienen valor propio, son siempre tributarios de la aparición del Otro. Siempre es cuestión de que sea menos inteligente que yo, más negro que yo, peor que yo. Toda posición de sí, todo anclaje de sí establece relaciones de dependencia con el hundimiento del otro. Sobre las ruinas de mi entorno yo edifico mi virilidad.

Franz Fanon, *Piel negra, máscaras blancas*, p. 176

“Yo soy blanco”, dijo entre dientes Abel Agneaux mientras agarraba una gallina vieja por las patas traseras. “Yo soy blanco”, repitió, mientras, sentado sobre un tronco viejo, la sostenía entre sus rodillas y cortaba su cuello con un cuchillo ancho. “Yo soy demasiado blanco para andar desplumando gallinas”. Abel, el segundo al mando en la casa Patris, tendría que estar por encima de tales nimiedades. Pero Mosiú Patris había partido a la ciudad con seis negros, a negociar el azúcar con hombres importantes venidos del continente, y a vender a Sylvie y a Coraline, que ya estaban grandecitas. Abel era la única alma en el patio trasero de la mansión

¹ Profesor de la Facultad de Humanidades de la Universidad Pedagógica Nacional (Bogotá, Colombia) y es doctor en Educación de la misma universidad. Sus últimos libros publicados son Spinoza: Educación para el cambio y Quantas o de los burocratas alegres (con Sebastián González). Contacto: germanbula@yahoo.com

campestre, acompañado solo por el calor que sube desde el suelo después de las lluvias, y por el ruido de las ranas de un estanque cercano, de una cacatúa en el interior de la mansión, y de los monos aulladores en el monte distante.

—Abel, eh, Abel...

Abel, sorprendido, soltó el cuerpo de la gallina, que anduvo en redondo varios segundos antes de desplomarse.

—¿Quién anda ahí?

—Abel, ¿quieres clairin, quieres ron?

Ya se asomaba el rostro sonriente de un cuarterón (¿o quizás grifo? En todo caso no llegaba a mulato: tenía un tono café con leche muy claro, pero su nariz era excesivamente amplia... en todo caso era más negro que Abel, que era blanco). La voz salía de entre la espesura que cubría el caminito de monte. Era Víctor, un tipo de porte recio y rostro marcial, que se presentó con una enorme sonrisa, y un apretón de manos muy cálido seguido de un abrazo sincero. Y detrás de él estaban dos criollos más, bien vestidos: André, un tipo regordete, de bigote pequeño, calvo salvo por un pobre islote justo arriba de su frente. Y 'ti André, el pequeño André, a quien conocía desde antes, bajito y esquelético; hacía una semana le había vendido tres pollos.

El sol no descansó hasta el final de la tarde, cuando, ente abrazos alcoholados y promesas de lealtad eterna, se despidieron los tres hombres. Abel se sentía en la compañía de importantes hombres de mundo: Víctor era dueño de cuatro esclavos, y André vendía caballos en la ciudad. Apenas regresaron a la espesura del monte por el que entraron, se alborotó un grupo de murciélagos, y tan singular grupo dio varias vueltas sin sentido sobre las copas de los árboles, antes de perderse en la noche.

Mientras ponía hojas secas de palma y de plátano sobre las brasas (para oler a humo y no a licor, por si Mosiú Patris decidía regresar a la casa de campo esa misma noche), Abel, con la cabeza

un poco más despejada, pensaba sobre lo que había hablado durante la larga y caliente tarde. ¿Qué tanto había que creer todo ese cuento? Ya había escuchado, susurrado por los negros, el nombre de Boukman, el sacerdote de los viejos dioses, el que había despertado a las loas de África en el Caribe. Él mismo había visto el poder de las loas, la manera en que Mami Wata asumía el cuerpo de una muchacha de trece años por seis días, y la muchacha hablaba con otra voz y otras palabras, y reía grueso y vigoroso como nunca reiría una muchachita, y se acostaba con cuarenta hombres, y dejaba que la mordieran serpientes venenosas por diversión, y se hundía una noche en la bahía de Port au Prince para aparecer luego, cubierta de algas, en el claro del amanecer, en una playa perdida por allá por Carrefour. Pero Abel conocía también el poder del dios de los franceses, que con el vino y las campanas traía las armas de fuego, los barcos, el oro, el látigo y las cadenas. Y la verdad pensaba que Cristo era más astuto que las loas: a Mami Wata la conoce cualquiera cuando se ha apoderado de un cuerpo, por el solo movimiento de sus caderas; pero Cristo se disfraza taimadamente de pobre, de humilde, de sacerdote con la nariz hundida entre libros, y oculta bajo una toga de lana ruda mil soldados con carabinas, cien barcos de guerra, todo el oro del mundo, todos los jueces.

Y sin embargo... Víctor le contó, casi en susurros, lo que había ocurrido en Bois Caïman, lo que los negros se contaban entre sí, en lenguas africanas y bien lejos de los amos. Bois Caïman, la ceremonia en la que Mariana de los Pies Secos misma, sirviéndose del cuerpo de una sacerdotisa anciana, degolló un cerdo varón y el fuego de la hoguera alumbró fuerte y de color negro, y los huesos de lo presentes se podían ver a través de la piel, y todas las ranas y grillos y aves y monos se callaron por el largo espacio de un minuto y luego chillaron todos al unísono, como dando la bienvenida a los nuevos dioses. “Buacaimán, Buacaimán”, repetía ‘ti André (que apenas había dicho una o dos palabras en toda la tarde), y el viento

parecía soplar con temor y respeto; “Buacaimán, Buacaimán” decía con preocupación: si se despiertan las Loas, la isla será de los negros. Y todo esto de las loas y los caimanes, todo esto quizás era mentira y superstición (y de esto se hablaba en misa casi cada domingo, de lo ignorante y malvado que era creer en los dioses africanos), pero lo cierto, lo que sí era cierto, es que los negros podrían apoderarse de la isla; hoy en día, en Saint-Domingue, había más negros que lagartijas. Y muchos más negros que blancos.

¿Y nosotros, los hijos de blancos, los blancos de acá? De servidores pasaremos a servidores, y caminaremos detrás de los negros a los que antes ceñíamos las cadenas. Nosotros, que nos escupen en la calle si vamos a Burdeos o Marsella, nos escupirán ahora en Cap-de-France y en Port-au-Prince. Todo esto parecía digno de ser creído. Cuando empezaron a hablar de la Sociéte de la Tarantule, un gato, bajando del tejado, se dejó caer sobre los plátanos, y salieron de su escondite mil arañitas rojas. La sociedad de las tarántulas: Abel tendría que iniciarse, entrar en el secreto, y hacerle sacrificios al dios de los criollos y mulatos, que se esconde entre los sembrados de plátano, y en las bóvedas de las iglesias cristianas, en los recovecos de los campanarios.

Después de su baño de humo, Abel se limpió la cara con agua fresca, y ensayó una amplia sonrisa, por si Patris decidía regresar a casa por la noche. Pero ya era tarde, ya se escuchaban los monos aulladores en la lejanía, y los relámpagos sin trueno de Santa Bárbara arañaban la oscuridad. Patris se había quedado con las prostitutas en Port-au-Prince

II

Pero es que el antillano no se piensa como negro; se piensa antillano. El negro vive en África. Subjetivamente, intelectualmente, el antillano se comporta como un blanco. Pero es un negro.

Franz Fanon, *Piel negra, máscaras blancas*, p. 137

El rey sol gobernaba implacable, lejano y brillante, sobre la ciudad blanca. Los perros y las prostitutas se apiñaban bajo los tejados y las palmeras para escapar del calor del mediodía. Con sombrero de paja y vestido de algodón blanco, Abel Agneaux sintió cómo se disipaba la frescura del baño que había tomado esa mañana, el primero en varias semanas. Tratando de tapar las manchas de sudor que se comenzaban a formar bajo sus axilas reacomodó su bolso de fique, en el que llevaba algunas piezas de ocho y una botellita de ron casero. Caminaba hacia el mercado de negros en Croix de Bossales. Para poder salir de la plantación, le había dicho a Patris que en la ciudad le habían prometido un esclavo viejo a muy buen precio. Por ello, quería que lo vieran en el mercado (en Saint-Domingue, hablan hasta los muros); luego le diría a Patris que el esclavo había muerto la noche anterior en una riña. El propósito de su visita a la ciudad era iniciarse en la Sociedad de la Tarántula, por lo que debía visitar cierta casa en Saint Antoine, después de caer el sol.

Sin afán, Abel caminaba por Saint Martin mirando las mercancías venidas de Marsella, de Kingstown, de La Habana: los liques venidos de Europa, los cubiertos hechos de plata del Perú, las cerámicas de Talavera, los relojes de cadena, las chamarras, los culotes, los sombreros..., en Charmand incluso exhibían un piano, un armatoste hecho de madera y dinero. En su bolso de fique resonaban algunas piezas de ocho, lo suficiente para comprar un dulce de caña de azúcar coloreada, o unos habanos. Su merodear le llevó a cierta esquina en la que, bajo una palmera, se agolpaban cuatro o cinco prostitutas, y un culo moreno le llamó la atención. ¿Quizás

le cobraría dos piezas de a ocho, quizás menos? Era una mulata de piel clarita, de estatura muy baja, quizás de quince años. Mientras las otras putas reían, ella miraba a la calle con impaciencia (quizás bastaría con una pieza de ocho); su culo alegre y respingado contrastaba con el rostro lánguido, casi quejumbroso de su dueña. Le gustaría tomarla de pie, por detrás, agarrando...

El sonido distante de doce campanadas, en cuatro grupos de a tres (tan, tan taaan) lo sacó de su ensoñación. Decidió optar por la virtud de la abstinencia y la austeridad, y cambió su dirección hacia una solitaria calle ciega poblada de gatos y aguas negras. Se apoyó de pie contra un muro de piedra y, cerrando los ojos, trató de evocar con el máximo detalle el culo que le había llamado la atención. En cuanto al rostro, se tomó ciertas libertades, lo reemplazó con el de diversas candidatas: un par de negras de la plantación, la señorita francesa que estaba ensayando el piano en Saint Martin, la hija de Joubert, la que vende plátanos, la virgen María..., y, ya casi acabando, ya cuando el final se anunciaba en las pelotas, la esposa flacucha y malcriada de Patris, en la cama de ese hijodeputa mientras daba su paseo a caballo, por detrás, a esa huesuda y maloliente... y llegó el alivio.

Después de escurrir un poco el excedente, Abel guardó su serpiente en sus pantalones y sacó la botellita de ron que tenía en su bolso. Aunque apenas había tomado algunos sorbos, sintió que su bolso estaba bastante ligero, incompleto, como si algo hiciera falta urgentemente. Su rostro y su emoción cambiaron de repente, el alivio que sintió hace unos segundos se convirtió en ansioso pavor mientras le daba vueltas a su bolso en busca de las piezas de ocho que había traído, y que tercamente se rehusaban a aparecer. Había un vacío frío en el lugar donde tendrían que estar. De rodillas en un sucio callejón, con los contenidos de su bolso esparcidos en el piso, Abel se dio por vencido, y se sintió como el mayor de los imbéciles. Mientras tanto, un gato despeinado, de piel gris y blanca y parda, a algunos centímetros de distancia, olía su semilla, probaba un poco, y decidía ir en busca de cosas mejores.

Abel caminó un rato por Saint Martin para pasar el tiempo, pero ya no sentía el mismo deseo al ver los objetos de plata ni las telas finas. Se le ocurrió ir a ver el piano de nuevo, allí estaba en exhibición, así como un turaco de color azul y amarillo que tenían en una jaula de cobre, y que interrumpía al pianista con su pupupurrr, pupupurrr, pupupurrr, y luego parecía calmarse, y luego otra vez pupupurrr, pupupurrr, pupupurrr. Sin dinero en el bolso, Abel no se creía con derecho a ver el pájaro, ni escuchar el piano, ni antojarse de las mercancías. Negro, acalorado, cansado y con hambre, Abel se recostó contra una palmera, junto a los perros y las prostitutas, a tomar sorbos pequeños de su botellita de ron. Abel sabía varias maneras de pasar el hambre: dormir, buscar pelea, mascar gavilana. Pero no tenía dinero ni para hierbas, su espíritu estaba demasiado triste para pelear, y no quería dormir y que le quitaran su ron. Sin opciones, Abel se sentó bajo el sol: lamía el sudor salado de sus labios y tomaba un sorbito de ron. Lamía y tomaba, y veía pasar a la gente que tenía algo que hacer en esa calle, y se sentía como parte de la sombra proyectada por la palmera.

Con esa forma de insinuarse que tiene el sonido cuando viene de la vuelta de la esquina, llegaron a Abel los sonidos de tambores y trompetas, y de una multitud que en sus gritos (a veces de dolor, a veces de ira, a veces incluso de risa) hacía como un contrapunto de desorden frente al ritmo constante de la percusión. Solo los negros lloran con tanto ruido a sus muertos. Los blancos lloran a sus muertos con discreción y cantos en latín, o no los lloran, vaya uno a saber. Ya los pudo ver volteando la esquina: hombres delgados y viejos caminando despacio, señoras de edad simulando dignidad con su tocado y su sombrero (que en nada les cubre el color de la piel), niños pequeños esforzándose por poner cara seria. Y los gritos al muerto: a los blancos se les dice que es por el dolor del duelo, todos los negros saben que es para que el muerto sepa que está muerto, y no se quede vagando en este mundo donde no tiene nada que hacer. Superstición, dicen los curas, superstición de

gentes ignorantes que solo conocen la magia negra, que no saben nada de la magia blanca que se llama Ilustración, que nace donde hay nieve, que produce libros, pelucas blancas y magistrados; relojes, brújulas y astrolabios; escopetas, tratados internacionales y cañones de hierro fundido; barcos enormes cargados de africanos, cadenas para amarrarlos, y látigos para marcar su piel, por ser ignorantes y supersticiosos, como si esa magia blanca que nace en la nieve solo tocara a los negros con la punta de un látigo, ya muy alejada de la fuente original, ya caliente.... (alguna vez Abel tuvo que recibir latigazos, en Cap-de-France, porque pensaron que era un negro escapado, y luego se disculparon y le dijeron Monsieur, Monsieur Agneaux...).

“Tu est mort! Tu est mort! Tu est mort!”

Los gritos sacaron a Abel de su ensoñación de calor y de ron. ¡Aún no había ido al mercado de esclavos a que lo vieran! Con afán ansioso y parsimonia alcoholizada, Abel se puso de pie y estiró sus ropas lo mejor que pudo, y se encaminó al mercado de esclavos. Pensaba en cada paso que daba, tratando de andar con orden y dignidad, sin música, para no dar la apariencia de borracho ni de negro. Mantenía alzada una ceja, como había visto hacer a un mercader holandés de cabellos dorados. Y tanto pensó en su rostro y su forma de caminar que de súbito se encontró entre calles desconocidas. Como alma en pena deambuló por tierras extrañas, aun conservando su caminado recto y su ceja alzada, hasta que unos gritos desgarrados, que hacían un eco muy leve en las calles vacías, lo pusieron por el buen camino: ¡Pitié, pitié, pitié!, y luego la voz se descomponía en llanto, y luego otra vez: ¡Pitié, pitié, pitié!

Muy pronto llegó al mercado, guiado por los gritos de un africano pidiendo piedad. ¡En francés! Vaya a saber cómo y cuándo aprendió las palabras, pitié, pitié, pitié, que en boca de un africano sonaban como si escupiera las semillas de una sandía. Ya más de cerca se podía ver la escena completa: el africano abrazaba con fuerza a una negrita desnuda de unos nueve años, y no la quería

soltar, seguro era la hija y la vendieron a otro dueño, serían como doce florines. El tema se estaba demorando porque el africano era un tipo bastante musculoso, quizás cuarenta francos, o doce piezas de ocho españolas, en caso de que tuviera completa la dentadura.

Abel caminó un rato por el mercado de esclavos, dejándose ver, alzando su ceja holandesa solo de vez en cuando, pues le pareció que se vería extraño si estaba todo el tiempo elevada. Después de unos minutos volvió a toparse con el Negro Pitié, dos mulatos lo arrastraban de los sobacos, seguro llevándolo a pedir más pitié mientras le pintaban la espalda de rayas, lejos del mercado para no entorpecer las ventas. Pasaron cerca de Abel, y el africano, con rostro perlado de sudor, le dirigió la mirada: unos ojos enormes, con pupilas del tamaño de un par de lunas llenas. Abel le regresó la mirada con una sonrisa irónica y bebió de su botella de ron, con un gesto que casi convidaba al africano a un sorbito. Y ya la botella estaba liviana, vacía, salvo unas gotas que dejó caer a la tierra polvorienta. Sin dinero, sin ron, sin misión, Abel sintió vergüenza y salió del mercado con la cabeza gacha, en busca de algún callejón solitario y sombreado donde sentarse a esperar la noche.

III

El negro quiere ser como el amo. Así es menos independiente que el esclavo hegeliano. En Hegel, el esclavo da la espalda al amo y se vuelve hacia el objeto. Aquí el esclavo se vuelve hacia el amo y abandona el objeto

Franz Fanon, *Piel negra, máscaras blancas*, p. 182, nota 15

Mientras Abel recorría Saint Antoine los últimos rayos de sol teñían de rojo la piedra blanca de las calles de San Antonio. Buscaba una puerta verde, con un picaporte de bronce fundido, en forma de araña. Al principio intentó caminar con un paso casual,

como si supiera exactamente a dónde iba, como si viviera en aquel barrio elegante. Después de algunos minutos se rindió; andando así no podía identificar si el picaporte tenía forma de tarántula, de león o de caimán; y con cierta vergüenza empezó a subir cada escalinata para ver la puerta desde cerca. “Tienes ojos de viejo”, le había dicho cuando niño su mamá mulata, un día en que estaba con sus primos y hermanos y no la supo reconocer en la calle, hacía muchos años, en Gonaïves. Ya era de noche cuando, casi con el tacto, topó con la puerta adecuada y tocó tres veces el picaporte con forma de araña peluda, dudando entre tres golpes lentos y solemnes (como si entendiera la importancia de poner a Saint-Domingue en manos de sus dueños naturales, los blancos nativos) y tres golpes rápidos (como de hombre de negocios que en realidad no tiene tiempo para estas fruslerías, pero se digna a agradecer a los otros con su presencia y membresía en su sociedad secreta). Mientras esperaba en la calle, pensaba en la hacienda grande que sería suya, con tres caballos y veinte reses, en la hacienda que tendría cuando expulsaran a los franceses e impusieran verdadera disciplina a los negros.

De entre la puerta verde se abrió una puerta pequeña, a la altura de los ojos, y expulsó una luz de cálido color naranja, y el ruido indistinto de un grupo pequeño de personas conversando. Una sombra a contraluz, el croquis de un ser humano, le preguntó:

—Qui adorez-vous, qui adorez-vous?

—Béelzébul, Béelzébul le seigneur des mouches

—Où viens-tu maintenant, où viens-tu maintenant?

—À la toile de la tarantule

“¿A quién adoras? A Belcebú, señor de las moscas”. Aquella tarde en la hacienda, André y ‘ti André le habían hecho repetir el código varias veces, insistiendo en que las palabras debían repetirse con exactitud. “¿A dónde vas? A la red de la tarántula.” Ante esto, Abel se llenó de sospecha, pues sabía muy bien que las tarántulas no tejen redes. André, sentado a la derecha de Abel en un tronco,

le explicó con paciencia que las tarántulas son las más astutas de las arañas, que por ello sus redes son invisibles, y sus víctimas ni siquiera se dan cuenta de que han caído en ellas. A cada paso de la explicación, ‘ti André, sentado a la izquierda de Abel, sonreía y asentía, “comprendo, comprendo”. Víctor, que caminaba por el patio con un aire relajado, cambió el tema: “¿Supiste, Abel, que Patris quiere comprar una casa en Port-au-Prince? Sobre la calle Sibert, era de Mosiú D’Orleans un bastardo real que nombraron escudero, que se regresa a Francia para casarse. A lo mejor le puedes pedir a Patris que te haga mayordomo allá en su nueva casa de Sibert, le puedes servir el vino y limpiar sus culotes”. “¿Cómo es eso?”, preguntó Abel, “¿las tarántulas son las más astutas, entonces tejen redes invisibles? ¿Esto lo tengo que aprender también?”. “No, no, eso no lo tienes que aprender”, sonrió Víctor, y tomó un sorbo largo de Clairin para contener la risa.

La sombra que había del otro lado de la puerta le alargó un vendaje, “para tus ojos”. Abel, de pie y en la calle, se vendó los ojos para poder entrar en la mansión. Fue conducido por varios pasillos y puertas, y luego, con mucho cuidado, se le tendió una mano para que descendiera unas escaleras.

—Tout va bien?

—Oui, oui, tout va bien

Entonces, vendado y en un lugar desconocido, Abel sintió un calor doloroso en su mejilla izquierda, que solo algunos segundos después reconoció como una cachetada. Una voz severa preguntó: —¿Abel Agneaux usted ha contaminado su cuerpo a través del sexo, en los últimos tres días?

—No, señor —respondió Abel.

La cachetada vino esta vez del lado derecho, con cierto abandono y energía que hicieron que Abel sintiera respeto por el dueño de aquella voz.

—¿Abel Agneaux, usted ha contaminado su cuerpo haciendo uso del licor, en los últimos tres días?

—No, señor.

Abel tensó los músculos de su rostro, esperando un golpe en la mejilla izquierda. En cambio, una mano diestra le retiró la venda de los ojos. Aún no se ajustaba a la luz brillante de varias antorchas cuando escuchó;

—¿Abel Agneaux, usted jura dedicar su cuerpo, alma, espíritu, y destino a la causa de la Sociedad de la Tarántula?

—Sí, señor.

Mientras hablaba, las pupilas de Abel se ajustaron a la luz. Estaba en un sótano con paredes de piedra de aparejo irregular, rodeado de unos veinte hombres en batas blancas, con rostros pintados del rojo que produce la planta de achote. La persona que le había propinado las cachetadas era Víctor, y pudo distinguir en la multitud a André, pero extrañó el cuerpo magro y diminuto de ‘ti André. Algo le dijo que debía repetir su afirmativa dos veces más:

—Sí, señor; sí, señor.

—Entonces, bebe.

El jefe de la ceremonia le extendió un cáliz hecho de palo de rosa, que sostenía con ambas manos. Abel lo recibió de la misma manera, y quiso examinarlo con los ojos y olerlo, pero Víctor, alto e imponente, le dirigió una helada mirada de advertencia, que le obligó a beber de un solo trago el líquido amargo, que tardó bastante tiempo en bajar por su garganta. Sentía agujas en los pies y en las manos, y unas ganas incontrolables de reír para cortar la tensión. Ensayó una sonrisa tímida, y vio que Víctor la replicaba. Entonces empezó a reír a carcajadas. Quizás los otros rieron con él, quizás lo imaginó; hacía un segundo estaba viendo el rostro pintado de Víctor, al siguiente estaba en el suelo.

Para Abel se sintió como un instante: cerró los ojos un momento, y al siguiente los abrió. Pero ya no estaba en el mismo lugar del sótano, estaba en un recinto muy oscuro, iluminado solo por algunas velas dispuestas alrededor de una plataforma circular de piedra, sobre la que se encontraba apresado: sus muñecas y sus tobillos estaban amarrados, cada uno, a gruesos clavos de acero que lo fijaban al piso.

—¿Acaso lo vivo no tiene que beber?

—Lo vivo necesita saciar su sed, lo fuerte necesita sangre.

Abel apenas podía distinguir la voz de Víctor, que había tomado un tono muy solemne. No distinguía voces particulares de entre el coro de seis o siete personas que respondían al unísono sus preguntas. No sabía quién estaba con él en aquel recinto oscuro, no veía con claridad, y las palabras de la ceremonia le parecían excesivamente solemnes, cuando todo lo que él quería era una hacienda con reses cerca de Gonaïves, quizás una capitanía de puerto...

—¿Acaso lo vivo no tiene que comer?

—El alimento de lo vivo es la vida misma, lo fuerte debe comer a lo débil.

¿Por qué tanta ceremonia en política —pensaba Abel— por qué no le decían de una vez a quién había que traicionar, cuál era el plan, quién se quedaría con las gobernaciones? Abel sentía desesperadamente que era muy importante que también pintaran su propio rostro de achote. Pintado de rojo se sentiría seguro, ya entre compañeros. Sentía hambre y sed, pero entendía que no debía mencionarlo hasta acabada la ceremonia.

—¿Acaso lo fuerte no nace de lo débil, acaso la llama no requiere de madera muerta que la alimente, acaso la tarántula no permanece al acecho de alimañas, de inútiles grillos, de ranas ingenuas, de sapos babosos?

—Si los débiles no alimentan a los fuertes, sus vidas son en vano.

Para Abel, la clave de Saint-Domingue eran los comerciantes de Cap-de-France; tenía algunos amigos allí. Y el apoyo de España, que preferiría tener en las Antillas un socio nativo, y no a Francia, su viejo enemigo del continente. Quizás, acabada la ceremonia y compartiendo un poco de cerdo asado, Abel tendría la oportunidad de exponer sus ideas, quizás le confiarían el mando de una tropa, o alguna misión diplomática, a cambio de una alcaldía. —¿Acaso no es la tarántula capaz de cazar, también, presas más grandes: ratones, aves, incluso a un delfín venido desde Europa, si se alimenta lo suficiente, si espera el momento adecuado para atacar?

Ante esto, los hombres que acompañaban a André dieron musicales gritos de júbilo, que hicieron contrapunto a la solemnidad de la ceremonia. ¡Por fin, la política! Bien pronto le soltarían las manos y los brazos, y entre cofrades podrían pensar en el poder, y en cómo repartirse la isla cuando se la tomaran.

—¿Acaso la tarántula no disuelve su presa, quitándole su forma anterior, para poder convertirla en parte de sí, en parte de su sustancia?

—Solo así puede crecer la tarántula, solo así puede medrar.

—Bienvenido, Abel Agneaux, a la Sociedad de la Tarántula.

No se había acabado de formar la sonrisa en el rostro de Abel cuando comenzó a caer sobre él agua helada, a montones: abrumándolo y derramándose sobre la plataforma de piedra, apagando las velas, cortando su respiración. En la oscuridad absoluta, sintió un repentino dolor frío en su pecho, como si a su corazón lo hubiese reemplazado el viento frío de la madrugada después de una noche de tormenta. Como siguiendo el camino de sus venas, el frío se extendió por su cuello y por su vientre, y luego no sintió nada.

IV

Ayer, al abrir los ojos sobre el mundo, vi el cielo revolverse de parte a parte. Yo quise levantarme, pero el silencio sin entrañas refluyó hacia mí, sus alas paralizadas. Irresponsable, a caballo entre la Nada y el infinito, me puse a llorar

Franz Fanon, *Piel negra, máscaras blancas*, p. 132

Abel pudo identificar dónde se encontraba por el patrón de las piedras en la pared: se encontraba en el sótano a donde lo habían guiado la noche anterior. Quizás la noche anterior, quizás hace cien días, no había forma de saberlo. En la leve claridad de la madrugada, el vacío del recinto era abrumador: solo había paredes de piedra desnuda, antorchas apagadas, una fina capa de polvo en el piso. Aunque no sentía hambre ni sed, pensó que sería buena idea conseguir algo de desayuno, quizás solo algo de café. Con menos esfuerzo del que anticipaba, se puso de pie, sintiendo que algo se le quedaba en el piso. Se sentía ligero, incompleto, como si se le hubiese olvidado algo muy importante, algo que hace mil años, cuando era niño, cuando era joven, le importaba de sobremanera. Pero ya le había dejado de importar.

Mientras pensaba estas cosas, y sin ser consciente de haber dado un solo paso, Abel se encontraba en la calle, en Saint-Antoine. Se escuchaban campanazos a lo lejos, demasiado lejos. Había algunas personas en la calle, Abel caminaba sin pensar en ellos, sin conciencia de esfuerzo alguno, sin reparar en sus rostros. Deambuló por tierras extrañas y calles desconocidas, y hubiese seguido andando de no haberse topado con el mar.

Había llegado al puerto, había grandes barcos de vela, y mercancías de Marsella y de la Habana, y oro de Nueva Granada, y plata del Perú, y negros pidiendo pitié, y nada tenía que ver con él. La luz del Sol se descomponía en mil diamantes sobre las olas del mar; el rey del universo brillaba indómito en un cielo sin nubes,

pero Abel no sentía calor. ¿Qué misión, ya sin nada, ya sin dinero y sin ron? Quizás tenía que entrar a aquellas olas diamantadas. Abel se quitó los zapatos, y comenzó a caminar sobre la arena de color negro. Un viento frío soplaba sobre el Caribe.



Pensemos

¿Cómo es afectada la constitución de la identidad por el hecho de pertenecer a un grupo racial oprimido?

¿Qué implica para la propia subjetividad el rechazar en mí mismo aquello que me hace pertenecer a un grupo oprimido?

¿Qué efectos políticos y existenciales tiene este tipo de mentalidad en contextos coloniales y neocoloniales?



Filosofemos

Este relato de terror, inspirado en *Piel negra, máscaras blancas* del martiniqués Franz Fanon, busca reflejar la mentalidad que adopta el negro antillano colonizado cuando hace del eje racial (blanco/negro) el centro de su identidad y, para decirlo en términos hegelianos, busca superar su condición de esclavitud a través de la imitación del amo. El bello texto de Fanon rechaza esta mentalidad por inauténtica; en el relato, lleva a la aniquilación del protagonista, Abel Agneaux.

El relato está ambientado en la colonia de Saint Domingue, es decir, en el Haití anterior a la independencia, y entretiene elementos políticos con elementos relativos a las prácticas religiosas venidas de África. Así, por ejemplo, la idea de “posesión” se explota en ambos sentidos.

Falta un cuarto para mi muerte

Luis Miguel Gutiérrez (Asthéneia)¹ - Colombia

Desperto sin recordar cuándo me he dormido, sin entender si estoy sobrio o ebrio, divagando en una mística trascendentalidad más allá de cualquier juicio sensato; siento hundirme en un espacio interminable arrastrado por un soplo que sin dirección alguna me permite moverme; atrapado en una eterna vigilia que ha masacrado el espacio y divaga somnolienta en la agonía del impetuoso Cronos. Estos lapsos de vida me sitúan de nuevo en lo que se me ha consagrado como la amarga soledad, la cual trae consigo una infame maldición que se jacta de mi debilidad e ignorancia; a saber, escuchar el tic-tac de un viejo reloj de pared. También un viejo regalo, confabulado con la manipulación y la mentira; pero al final maldito por su perfecto, ordenado, e interminable conteo. Aquel maldito reloj dejó de ser más mi horario y mi tiempo; se convirtió en una lenta y desquiciada locura. Sí... aquel maldito reloj cuando se mueve, cuando golpea con fuerza el siguiente número me habla. Sí... me entiende y se ha empeñado en ser secamente contundente y sincero.

Entre el frío y la lluvia de la madrugada; balbucea algo sobre algún “final”. Me he estado golpeando la cabeza contra las paredes, angustiosamente afilando un cuchillo que aparece y desaparece de mis manos, su filo destella con pérfidos rayos que traspasan mi carne o más bien mi ser, porque ese dolor me atormenta, me que-

¹ Filósofo, docente, codirector de la Revista Versetto. Escritor principiante, amante de los libros. Con publicaciones en diferentes revistas nacionales y participación en las antologías literarias: “Cartas de despedida”, “Reminiscencias de tu piel” y “metrópolis literaria” publicadas por ITA Editorial. Contacto: astheneia95@gmail.com

ma y me angustia. Reencarno en la pusilanimidad y el deliro, que me desmoronan, sin otra noción más que la de un continuo en inacabable desespero. Aun así, ni con la algarabía de mis angustias el maldito reloj se detiene; continua sin condolerse, sin esperarme, gritando progresivamente “fi-nal-fi-nal-fi-nal”.

“¡Cállate ya!”, grito con violencia, apretujando el cuchillo y desafiándolo puesto en frente suyo; mi visión entorpece, y la alucinación más real o tal vez la realidad más alucinante pintan una escena en la que aquellos números sonríen como satisfechos por lo que me causan, y el segundero es de pronto una oxidada cruz, el minuterero un cigarrillo y el horario un afilado cuchillo, que en su composición me desafían en ademán de reproche.

“Pero... ¿Qué es esto que veo? ¿Qué quiere decirme este objeto maldito?”, me pregunto invadido por una duda impregnada de impotencia.

“Fi-nal-fi-nal-fi-nal” murmulla el reloj acrecentando un sórdido desespero, corriendo sin piedad su horario, acompasándolo con mi ritmo cardiaco, acompasándolo con un nauseabundo mareo y una terrible jaqueca; acompasándolo con borbollones de sangre chorreando por mi nariz y ojos; y acompasándolo con una estruendosa caída donde mis ojos que se cierran involuntariamente empiezan a confortarme... Todo se hace misterioso, mi débil suspiro me baña con una brisa siniestra en la que siento levitar bajo el manto arrullador de una efigie que no puedo significar sino como La Muerte.

“¿Qué ha pasado?” Me siento exhausto, estoy bañado en sangre; ya nada me duele, pero me siento más viejo. Acierto. Miro al maldito reloj que impasible hace un tic-tac más vigoroso, más musical, más joven e inocente.

“El reloj se ha movido en el mismo lugar, nada ha habido más que movimientos; el maldito reloj solo se mueve, solamente son engranajes sincronizados. El reloj no es el tiempo, no es pasado, no es futuro; el maldito reloj es solo lo que yo veo, percibo y de-

fino”, me digo, tratando de ser racional, tratando de escapar a mis enfermizos episodios de psicosis sin poder definir mi desconsolada percepción. De pronto el maldito reloj se detiene; aquella pueril cara se torna macabra, y entonces el golpe seco de su minuterero marca que falta un cuarto para las 00:00 horas. El eco del tic tac resuena en mis cienes, sopor... sopor... Sin distinguir la distancia entre la realidad y mi imaginación únicamente de una cosa consigo dar cuenta.

“Todo se ha detenido excepto mi nerviosa conciencia”, pienso con la alegría que se siente al lograr acertar en algo.

“¿Ya no continuarás maldito?”, le grito con más fuerza.

No se movió ni una milésima de segundo. Sin embargo, para mi sorpresa, de súbito estallan unos gritos evaporando un humo espeso y negro, tan violento como el mío, desde las maquinales entrañas del viejo aparato: “fi-nal-fi-nal-fi-nal”.

Ante la exasperante zozobra intento calmarme, intento escapar de mí, aspiro con fuerza coágulos de sangre y gravito en la nada, en el vacío, en lo ilógico, en lo irracional; no soy más que yo sin ninguna posibilidad de ser, transparente, ausente de toda espacialidad, naufragado en el inmenso océano de la inconsistencia. Entonces, de modo inocente, como a quien se le ocurre algo brillante, me pregunto por mi felicidad.

“¿Habría felicidad si no existiera el maldito reloj?”, cavilo con un aire jubiloso.

Vago velozmente por lo que fue mi vida y todo el largo viaje deviene a una sentencia que encarna el sentimiento de felicidad.

“Morir”, algo externo me sentencia. La metamorfosis de la felicidad. La fase final. Sello.

Nuevamente el viejo aparato cuyo momentáneo silencio me hace contemplarlo, habla como refunfuñando; esta vez agregando dos sílabas.

“¿Y - el- fi- nal?”, cuestiona.

Una fragilidad insoportable vuelve a acusarme después de lo escuchado, trato de arrancarme el cuero, deseo huir de ahí, pero de nuevo un brusco arribo al silencio cada vez más tétrico y absorbente, hasta que un súbito aire de lucidez me instiga para reflexionar nuevamente.

“¿Habrá final sin reloj, sin tiempo?, y ¿si todo se detiene y permanezco encerrado en lo mudo, si me transformo en un eterno silencio, un grito sin eco, un seco desgarró, un tácito dolor condenado a delirar en la inconmensurable certeza de la inexistencia?”, reflexiono con la tranquilidad que solía identificarme apuntando a la resignación.

“Continúa...Continúa, maldito”, suplico, mirándolo con nostálgico arrepentimiento.

De repente golpes soliviantados, un tenue mutismo y luego un incremento progresivo. El viejo aparato empieza a moverse tan enérgico que parece descuartizarse, pero siempre marcando la misma hora.

“Esta es mi hora, este es mi tiempo”, me digo resoplando resignado, atrapado entre el miedo y el consuelo. Así es, este debe ser mi tiempo, un movimiento estático, un ritmo inalterable, un moverse direccionado a ninguna parte, solo un ahora cargado de fuerza, sin irse, sin quedarse, tan solo un insignificante movimiento... “Morirme”, concluyo, angustiado, mirando con los ojos bien abiertos fijamente el cuchillo que aparece de nuevo en mis ensangrentadas manos, atravesándome otra vez con sus fulminantes rayos.

—Mu-er-te. Mu-er-te. El maldito aparato interrumpe con violencia mis frívolas conjeturas.

—¿Por qué hablas de muerte? ¿Acaso dices que moriré?, le inquiero manteniendo un nerviosismo irrefrenable. ¿Y... y si muero hoy, si ya no hay tiempo, si mi tiempo se acabó, o más bien... y si estoy muriendo, si esto anuncia mi último movimiento...? ¿Será esta la hora de mi muerte?, cuestiono dirigiéndome a todo aquello que pudiera escucharme, sintiendo que desvanezco y llevándome las manos al rostro ya tieso por la sangre. ¿Será esta la hora de mi

muerte?, repito concluyendo que esa es la pregunta más difícil a la que me he enfrentado porque su respuesta jamás la escucharé. La gran aporía final.

—Tu - mu-er-te — vocifera con estridencia el maldito aparato al instante en que siento todo detenerse nuevamente.

“¿Tu muerte?” Intento reflexionar sintiendo que mi corazón se desgarrar para detenerse también.

Supongo que cuando uno muere todo se detiene, y ese maldito aparato análogo a mi vida se detiene faltando un cuarto para las 00:00 horas.

“¿Serían las 00:00 horas la hora de mi muerte? de ser así ¿qué pasaría en ese cuarto que faltaba?”, indago sin sentir razón alguna en mi pregunta.

De golpe despierto como de un psicoactivo trance y mirando el viejo reloj detallo que son las 23:45... 23:46... 23:47 p.m. Puedo ver la normalidad del tiempo a través de la borrosidad de mis pesados ojos mientras oigo el tic-tac cortejado con mi débil y sibilante jadeo.

“Parece que tuve una pesadilla”, me digo desapretando los puños y tratando de tranquilizarme.

De repente, una macabra alarma me hace saber que el viejo aparato marca las 00:00 horas. El cuchillo esta clavado en mi pecho, mis pulmones se llenan de sangre y mi conciencia se llena de vida, todo acaba en ese instante y entonces estoy desplomándome; mi locura y mi realidad se juntan para arrastrarme a lo desconocido. Comprendo que mi tiempo y mi vida no fueron más que la caída al abismal final, a la magnánima parca.

Comprendo la delirante agonía, la vida escapándose, y el vivir confundido e incrustado en un inocente juego de tan solo no saber ser; un juego viciado por la existencia, la temporalidad y el absurdo y temido final. Mi razón vislumbra que estuve atrapado en el tiempo de la nada, en la amarga duda que produce el mañana y, sobre todo, en el impreciso imperio del orden y la determinación.

Todo muere, mi sangre y mi abyecta historia se detuvieron en un cuarto de hora antes para llevarme a los perversos infiernos de la imaginación custodiado por la martirizante conciencia de la nada; al teatro de la existencia donde incita la vos del olvido al calibre de la insignificancia del tiempo.



Pensemos

¿Cuál sería nuestra relación con la vida sin la conciencia de la existencia?

¿Es la agonía el único instante en que tomamos conciencia de la muerte?

¿Es el delirio una experiencia estética de la vida?



Filosofemos

La vida es un delirio. El ser humano se ha preocupado porque su delirio cobre un sentido y lo ha obtenido a partir del orden y el temor. Lo humano se ha limitado a lo cuerdo y a lo normal, la determinación y la limitada idea de ser, han propuesto una sola ruta, recta y escabrosa, donde el deber ser viene de afuera, se impone y autoimpone; por lo tanto, todo aquello que interrumpe y se sale de aquella ruta es lo enfermo, lo inhumano, lo pecaminoso; por tanto, lo excluido y castigado.

El tiempo y el espacio ordenan nuestra vida y nuestro pensamiento, son la ruta sin la cual no se puede pensar; pero no son la ruta sin la cual no se puede sentir. Vivir es una existencia que se construye más allá de lo racional, es un campo intrépido, misterioso, terrorífico y perverso anclado a la sensibilidad, más allá del temor, más allá de todo ordenamiento, un escape a lo desconocido e inestable.

Ahora bien, el vivir como una agonía de la vida se presentan anclados a la muerte y en esta no hay espacio ni tiempo; las realidades simplemente huyen de la conciencia y entonces el mundo solamente son posibilidades, el antes y el después; el presente es tan sólo un cúmulo de sensaciones, un delirio que se apaga, un misterioso grito que vibra en el universo.

La Loca y Margarito

Maria-Jose Rivera¹ - Ecuador

PARTE 1: Julián Matadero I

Cuando vi sus ojos supe que iba a matarme, y cuando hundió su cuchillo supe que lo hizo. No hubo dolor, solo un desfallecer, un nudo en la garganta, un parpadeo denso, y lo vi girar la esquina, con mi cartera bajo el brazo y volteando su rostro hacia mí, desfigurado del susto. Me causó mucha gracia el terror en su rostro y reí fuertemente, como bruja malvada de cuento de hadas; y las paredes me hicieron un fuerte eco, lo que me maravilló. Reí todavía más fuerte.

Noté que ya no sentía hincharse mis pulmones y que aun prestando atención no tenía pulso. Estaba muerta y, por alguna razón, esto no me entristeció ni me angustió. Decidí caminar hasta el puente Julián Matadero. Irónicamente, después de ese incidente, ¡necesitaba un poco de aire!

Me senté sobre una de las columnas, desde ahí las luces de la ciudad se veían más intensas. Lo que es más, podía distinguir claramente a la lejanía varias escenas: una niña haciendo la tarea de matemáticas al lado de una lamparilla, un hombre joven frente a un computador revisando un correo de un tal Director Distrital, una madre poniéndole el pijama de Iron Man a un niño... Y entonces

¹ Licenciada en Ciencias de la Educación con Especialización en Filosofía, Sociología y Economía por la Universidad de Cuenca, Ecuador. Actualmente es doctoranda en Ciencia Política, docente universitaria y colabora en *Mundana*, revista de filosofía. Se define como humanista, defiende la libre movilidad y ama los animales. Contacto: rivera.u@hotmail.com

me di cuenta; cuando mi asesino huyó tenía mi cartera bajo el brazo, pero cubierta por su chaqueta, y, a pesar de ello, la pude ‘ver’ ¿Acaso tenía una suerte de superpoder?!

Traté de concentrarme y ‘ver’ en otros edificios y casas, más grandes, más pequeños, más lejanos, más cercanos, conocidos, desconocidos... Y no vi nada, simplemente todo se me nublaba, y por un momento sentí que me iba a morir, pero el chapuzón que di en el río me despertó.

No estaba mojada, pues no podía. Pero tenía una sensación molesta, como que se me escurría el agua. Intenté sacudirme la ropa, pero noté que no tenía ni cuerpo, ¡ni siquiera forma! Dejé la orilla del río y volví al puente, muy molesta conmigo misma.

Una sombra pequeña y redonda estaba en el pasamanos, sus ojos muy amarillos me vieron como riéndose.
—Ridícula —me dijo.

Parte 2: Sombra Pequeña y Redonda

No podía estar en desacuerdo con esa bola peluda y negra. Y así se lo dije:

—No puedo estar en desacuerdo contigo, bola peluda y negra.

—Deberías mostrar más respeto a tus mayores —dijo, levantando la frente y aclarando la garganta.

La luna perfilaba su rostro de esplendor, solo entonces me di cuenta de que era un gato. Más bien, *algo así como un gato*. Negro brillante, gordo, bigotes como de luz que no tenían color, pero brillaban finos con un reflejo violeta, sus ojos amarillos que parecían encendidos con el Sol, una gruesa cadena de oro que colgaba pesadamente, y una elegante corbata de moño.

Traté de retomar la conversación.
—¿De qué hablas? Yo tengo más de 50 años, y rara vez los gatos viven más de 20. Aunque tras decirlo pensé que tal vez los gatos que hablan podrían tener una mayor esperanza de vida... Nunca me lo había planteado.

Río suavemente, como para adentro, sin abrir el hocico.

—Soy mucho más viejo que eso, yo estoy aquí desde antes de la primera serpiente y la primera mujer.

Yo no entendía la diferencia entre las dos, pero lo dejé continuar.

—Conozco todos los inicios y todos los fines, todos los mundos y cada dimensión, cada misterio matemático y toda la literatura, de razones y pasiones, de Pilatos y de Jesús; a cada uno de estos y otros desquiciados los conozco bien. Por eso a veces me aburro. Pero de vez en cuando pasan cosas llamativas, como locas que mueren y no se desintegran como es usual, que no se preguntan qué pasó ni por curiosidad, que se caen al río y se enojan consigo mismas por ello.

Y entonces me vio de reojo y sonriendo, como cuando uno ve a un niño que hace alguna travesura, con una mezcla de ternura e incredulidad. Era la primera vez que sentía a un gato tan paternal. Eso me gustó.

—¿No te interesa entender qué te pasó, si le ha pasado a alguien más? —inquirió.

—En verdad, no. Bueno, sí, ¿por qué perdí mi poder de ‘ver’ sin ver?

Levantó su ceja, que era más bien como otro de sus bigotes cuasi violeta.

—Solo no tienes que esforzarte, eso es también lo que te tiene aquí. Ah, y se llama visiontele.

—¿El poder?

—Digamos que sí.

—¿Y no tengo poder para crearme un cuerpo? Esta cosa amorfa es cómoda, pero me siento extraña.

—No puedes crear un cuerpo, pero puedes tomar uno. Sígueme.

Parte 3: El Cuerpo de mis Sueños

Diría que caminamos cruzando el puente, pero no fue así. Yo más bien me arrastraba, por momentos atorando las puntas de lo que serían mis pies entre los adoquines, mientras él hacía el más elegante *catwalk* sobre el pasamano. De pronto paró, como harto de mi torpeza, y sin voltear a verme me dijo:

—Te preocupas demasiado. Si sigues así vas a morir.

Eso me asustó, así que asentí con la cabeza y empecé a tararear la canción de Kill Bill en mi cabeza —o lo que debería ser mi cabeza—. Ya sabes, esa de la enfermera tuerta: *túuru tútútú, túuru tútútú, turu ruru ruru tururú tururúu*. Me parece que entonces había dejado de tropezarme, aunque no alcanzaba la elegancia de...

—¿Cómo te llamas?

—Mefistófeles.

—Te llamaré Margarito.

—En primer lugar, no soy tu mascota, como para que me des nombre —respondió, después de inhalar profundamente—. Segundo, me han dado muchos nombres, ¡hasta “el Coco”!, pero ninguno tan falto de respeto.

—Mi padre, quien murió de cáncer, se llamaba Margarito.

—De acuerdo, de acuerdo. Ya sé que para ustedes la consanguinidad tiene mucho valor. Y si así me evito escuchar una triste historia y darte terapia freudiana, llámame como gustes. ¡Qué más da un nombre más o un nombre menos!

—Es lo que él hubiese dicho —dije sonriendo.

—Basta.

Seguimos caminando (o lo que sea que hacíamos este par de entes). Cerca de llegar al otro lado, de pronto lo vi detenerse en seco, echar su pecho y subir su cadera, como en Modo Caza: *On*.

A dos metros al frente vi escabullirse una cola muy fina, al mismo tiempo que mi compañero se abalanzó veloz y se perdió debajo del puente. Me asomé y no vi nada.

—¿Margarito?

Y nadie respondió.

—Margarito, ¿estás bien?

Y nadie respondió. Pero una rata grande y café se fue riendo y corriendo por la orilla del río. Y ‘vi’ una cadena de oro atascada. Fui bajo el puente y ahí estaba mi amigo, con su cadena gruesa atorada entre unas piedras. Lo liberé rápidamente y, mientras él se lamía su pata izquierda, busqué su corbatín. Cuando lo encontré él ya estaba sobre el puente, altivo y siendo perfilado por la luz de la luna de nuevo; entendí que debía fingir que no pasó nada, así que solo sonreí para mí misma... ¿Acaso tenía labios?, intenté tocármelos, pero no tenía ni manos, ni cara, y claro, labios tampoco. Por un instante me pregunté cómo fue que liberé a Margarito. “Nunca lo sabremos”, concluí para mí misma.

Subí, acomodé su corbata. No preguntes con qué manos, pero quedó fantástico, ¡como cuando lo conocí! (O sea hace como 10 minutos).

—Deberás acostumbrarte a estos inconvenientes, son comunes cuando tomas un cuerpo. Pero continuemos —sentenció, retomando el camino—, dime qué cuerpo quieres, cómo es el cuerpo de tus sueños, ¿quieres ser un animal, un humano, una planta? Lo único que no se puede tomar es algo inerte, obviamente.

Parte 4: Por Negocios

En realidad, era una buena pregunta. ¿Cómo era el cuerpo de mis sueños?

Pensé en distintas opciones: ¿otro gato?, ¿un árbol de naranjas?, ¿un hombre que se llame Felipe?, ¿una niña?, ¿una mujer de ne-

gocios exitosa? Deseché la idea del gato, el naranjo y el hombre porque no quería que las ratas se rieran de mí, ni un cuerpo al que le cuelguen cosas, ya me costaba bastante manejar esto.

—Ya sé, iremos a un lugar en donde podrás elegir uno —dijo.

Asentí, pues me pareció una buena idea. Además, no tenía ninguna otra.

Avanzamos unas cinco cuadras, todas ellas silenciosas y vacías, pero al girar a la sexta, de pronto numerosas luces de colores, y olores, y personajes de lo más bizarro aparecieron. Me sentí como en casa y me adelanté un poco. Alcancé a escuchar a Margarito advertirme que la mayoría no me podría ver. Pero qué más daba, yo sí podía verlos. Es más, podía ‘verlos’ con mi visiontele: un joven frustrado con su vida, pero que respiraba gracias a las apariencias; una niña que vendía rosas que le robó a un ciego; una mujer que se prostituía los jueves por placer y una gigante pecera de vodka y curazao.

Un par de minutos luego estaba de vuelta junto a Margarito, quien tomaba una Margarita que no supe cómo consiguió. Mojaba su pata derecha y la lamía. Hizo una pausa y me preguntó si había visto algo que me interesara. Le dije que no, y el respondió que estaba bien, que ahora entraríamos a la Taberna de Buda.

La taberna estaba al lado. Supuse que de ahí sacó su Margarita, pues al entrar parecía un viejo conocido de los presentes, particularmente del gordo Buda, quien estaba tras la barra y lo saludó agitando la toalla que colgaba en su hombro. Saltó a la barra y me pareció que coqueteó con una mujer que estaba ahí sentada, quién le respondió agitando los senos que colgaban en su escote. Yo observaba divertida, aunque había decidido, sin vuelta atrás, que no quería el cuerpo de esa mujer. Tampoco el de Buda.

Se acercó una de las meseras y vio con cierta incredulidad y asco cómo ese gato se regodeaba en el pecho de la mujer golosa. Me pareció una buena opción y la seguí con la mirada. Pero tuve que dejar de verla cuando llegó a una mesa en la que se encontraba sentado el cuerpo de mis sueños.

Como sintiendo mi descubrimiento, Margarito dejó a la mujer golosa diciéndole:
—Lo siento, cariño, hoy he venido por negocios.

Parte 5: Estrambótica Escena

—Este es mi cuerpo, que será entregado para el perdón de vuestros pecados —dijimos al unísono, sonriendo pícaramente.

Y lo hicimos en conmemoración suya.

Mi visiontele se activó y supe que estaba sola y esperaba a Romualdo viendo su reloj. Tenía muy claro lo que tenía que hacer. Me acerqué a su oído (olía a shampoo y perfume barato) y le susurré que Romualdo estaba en peligro y necesitaba su ayuda. Le traspasé el pecho para que se sintiera más real. Luego le dije que debería salir a buscarlo. Debí haber sido muy efectiva, porque dejó su vaso de agua con gas y salió... ¿en serio? ¿agua con gas? Bueno, supongo que no puedo esperar mucho de alguien que sale con un Romualdo... Pero si eso fue decepcionante, más lo fue saber que Buda tiene en su menú agua con gas.

Salió muy decidida a la puerta, pero luego no supo a dónde ir y se detuvo titubeante. Era el turno de Margarito, quien de pronto se veía más pequeño, con ojos más grandes y dulces, y había dejado su pesada cadena en algún lugar. Empezó a pasearse entre sus pies. Pensé que sería como una escena versión felina de Lazy, el perro héroe que se comunica sin palabras y conduce a los humanos para que salven a otros humanos en peligro. Pero no fue así.

—¡Mefis, qué gusto encontrarte!

—El gusto es mío, como siempre, mi bella dulcinea —replicó mientras hacía una venia.

Ella sonrió y lo levantó a su pecho.

—Estoy buscando a Romualdo, ¿acaso lo has visto?... Tengo un mal presentimiento.

—Mira que sí, hace poco fui al baño y al pasar por ahí lo vi en la entrada del callejón. Me pareció que discutía con un hombre, pero como actuaban como conocidos no presté mayor atención. ¿Crees que le haya pasado algo malo? —preguntó cizañeramente y abriendo más sus ojos color sol.

—Mmm... Sabía que vendría solo. Será mejor ir a buscarlo, ¿me acompañas?

—Por supuesto, ¡sino para qué estamos los amigos!

“¡Este es un desgraciado!”, dije para mis adentros. “Pero es MI desgraciado”, me contesté con cierto orgullo.

Para entonces yo ya estaba esperándolos en el callejón, porque todo barrio turbio debe tener al menos uno. No pude evitar recordar cómo morí, y una sonrisa iluminó mi... ¡Caramba! ¡Que no tenía cuerpo, menos rostro, qué difícil era! Afortunadamente esto pronto cambiaría.

Entonces los vi llegar. Ella se veía un poco reticente a entrar, pero no tuvo oportunidad de oponerse. En menos de un segundo el gato se trepó a su hombro, sacó su cadena y empezó a ahorcarla. Imaginen la estrambótica escena, un gato con corbatín rojo asfixiando a una mujer ingenua.

—¡Ahora! —ordenó Margarito.

Parte 6: Último Suspiro

Pensé que habría algunas palabras en latín o arameo antiguo, un trueno o al menos algún manto púrpura resquebrajado, una figura de una virgen llorando... No sé, ¡alguna cosa! La posesión fue lo más simple. Esa fue mi tercera decepción de esa noche.

Mi exorcista inverso se quitó de mi hombro y dio un par de pasos hacia atrás, como cuando el artista quiere admirar su obra de arte. Pero yo estaba más enfocada en mi nuevo cuerpo: estiré los brazos y las manos y vi mi piel morena, las uñas largas pintadas de rojo. Me sentí también más alta y derecha, lo que me hizo tamba-

lear un poco, sumado al hecho de que estaba usando tacones. El primer respiro fue complicado, demasiado forzado, pero no había perdido la práctica. Se sentía bien, hasta modelé mi nuevo cuerpo frente mi amigo, quien derrochaba halagos y que al final me acompañó en la pasarela imaginaria, como cuando en los desfiles de modas al final el diseñador la recorre acompañado por sus modelos.

—Eres un poco divertida —dijo tratando de recuperar la compostura y acomodándose el corbatín y la cadena.

—¿Y ahora qué haremos? Primero propongo unos tragos. La siguiente actividad será tuya.

Él asintió. Salimos del callejón, pero al ver a Romualdo, Margarito me hizo señas con su pata izquierda para que me ocultase. Se dirigió a él, le habló y el hombre se fue un poco preocupado. Le había dicho al amante que su dulcinea se había sentido mal y decidió ir a su casa. Cuando mi cita se fue aparecí de nuevo. Me dio un poco de pena haber arruinado su encuentro, pero yo necesitaba este cuerpecito más que el tal Romualdo. “El destino es cruel e implacable, y lo que debe ser, debe ser”, me dije.

Caminamos de vuelta a la Taberna de Buda, mientras notaba que mi visiontele era menos clara y menos profunda; Margarito me explicó que era un efecto secundario de mi corporeidad. Eso me entristeció un poco, pero nada que seis shots de tequila no pudieran mejorar. Para entonces, Buda, la mujer golosa, Margarito y yo éramos el grupo más divertido de esos lares.

—¿Qué tal si visitamos a unos amigos?

—¡No se diga más!

Se anotaron dos botellas de tequila a la cuenta de Romualdo y el felino y yo tomamos la calle Último Suspiro hasta el final.

Parte 7: Un Cerdo Volador

Como era obvio, la calle Último Suspiro terminaba en el cementerio. No recuerdo cómo llegamos, pero la visionetele funcionaba mejor que nunca y con claridad y detalle pude ver el bizarro circo que se desplegaba delante de mí.

Las calaveras que a la 1 salen de su tumba, las que a las 2 comen arroz y las que a las 6 juegan con Moisés tenían su sesión de karaoke en una de las capillas “Chumba la cachumba, la cachumbalá” sonaba el coro adentro.

Jesús estaba por allá jugando a los dados sobre su túnica con unos cuántos soldados romanos. Se veía que iba perdiendo, pues amenazó con llevarse su túnica y los dados si volvía a perder. Siempre supe que ese tipo era un mal perdedor. Para ironía de la vida —o de la muerte— Jesús perdió la partida y fue crucificado. “Lo que debe ser, debe ser” me repetí, brindando desde lejos con el más sensual de los soldados.

Pasamos cerca de la mesa donde contaban cachos. Uno, dos, tres, cuatro (...). Esa era definitivamente la mesa más aburrida.

Margarito se saludaba con todos, levantando eventualmente su pata derecha, y cuando llegamos a las tumbas del fondo, donde estaban sus más cercanos amigos, dirigió un saludo a cada uno y me presentó como Loca 10 032. No podía poner objeción, yo lo había nombrado Margarito argumentando una historia familiar que se me había ocurrido en ese momento.

Nos hicieron un espacio y nos repartieron las barajas.
—¿Y qué se lleva el ganador? —pregunté, pues no había nada sobre la tumba.

—Lo usual, un cerdo volador, respondió Judas.

—Es lo usual cuando juega Judas, ya sabes que las monedas de oro le ponen nervioso —aclaró Pedro.

Judas lo reconoció con un gesto de sus manos y recogió sus barajas. Puso cara de decepción y musitó “paso”.

Le siguió la Virgen de Guadalupe y su escote, quienes tiraron un As de diamantes, y levantando la ceja alevosamente vieron soberbiamente a Krampus. Bueno, por supuesto que el escote no tenía ceja, así que levantó más bien un pezón.

Krampus era el tipo con más presencia en todo este grupo, en mucho eso se debía a que, a excepción de él, María, su escote, Margarito, el Hombre de Hojalata y yo, los otros doce parecían mendigos y olían a pescado. Pero Krampus era alto, con pecho extremadamente velludo, una barba prominente, orejas y dientes largos, y ojos rojos. ¡El sueño de cualquiera, pues! Eso sin mencionar lo sensual que se veía cuando de vez en cuando se comía un bebé.

Parte 8: Sobre las Cabezas

Era la segunda ronda, y mi situación pintaba bastante bien a pesar de que por obvias razones acordamos no usar la visiontele. “Aquellos bandidos, eran todos unos caballeros”, hubiese dicho el poeta Joaquín Dicenta.

¿Cómo lo supe?

No tiene valor.

Un rastro, un indicio...

Nube que el rayo contiene,

pasa y cumple con su oficio

sin decir de dónde viene.

Sabía que estaba a punto de ganar, solo quedábamos en la contienda el Hombre de Hojalata y yo. Nos veíamos desafiantes a los ojos. El resto de la mesa veían hambrientos al escote de María. —Puede que no tengas corazón... —le dije, bajando la mirada. ¡Pero tampoco tienes cerebro! —completé eufórica y burlescamente.

Reí muy escandalosamente, tanto que tuve la atención de todos los jugadores, quienes festejaron y brindaron conmigo. Aunque Margarito me dijo en voz baja, casi en ronroneo, que eso —mi eufórica reacción— había sido innecesario. “Es mi momento. ¿Cuántas veces en mi vida crees que he jugado barajas con compañeros tan selectos? No más de tres, te lo aseguro”, le respondí. Y pareció entender.

Entonces Pablo trajo al cerdo volador, que se me hizo familiar, aunque nunca antes había visto un cerdo con diminutas alas. El pobre animal estaba entre temeroso e iracundo, pero cuando me acerqué pareció quedar estupefacto.

Margarito se aproximó y el cerdo lo reconoció.

—Oh, Romualdo, mi amigo, ¡qué mala tu suerte! Actúa normal, trataré de ayudarte —se apresuró a susurrarle.

—Mefis, ¡el amansacerdos! —gritó Juan.

Y todos rieron a carcajadas. Esta vez no me uní, pues estaba pensando en cómo carajos un hombre convertido en cerdo volador ‘actuaría normal’.

Mientras Margarito le daba algunas breves indicaciones, Juan hizo la entrega oficial.

—Agradezco el premio, de verdad... Pero ¿qué se supone que deba hacer con un cerdo volador? ¿Carnitas?

—Solo si estás realmente enferma de la cabeza, niña —me reprobó María, interrumpiendo un incómodo silencio.

Incluso Krampus, que comía bebés de vez en cuando, me vio feo. Y se dirigió a mí, dulce pero firmemente:

—Estimada invitada, lo que se hace con un cerdo volador, es volar por supuesto.

¡Había quedado como una idiota ante mi *crush*! Seguro mi rostro estaba rojo. Afortunadamente Margarito intervino con un nuevo brindis y el ambiente volvió a ser el mismo de hace un rato.

Nadie más me prestó atención, así que acaricié a Romualdo y de la forma más amable que pude me senté sobre él.

—Por si acaso, yo no soy quién tú crees. Y lamento que te hayan hecho esto.

Lo dije de corazón. Margarito me miró asustado, con sus ojos grandes color sol.

—¿Qué pasa?

—Cuidado y mueres.

—Vamos, nunca antes he volado en un cerdo, que recuerde, pero no puede ser tan grave.

Su cara de preocupación no cambió, pero se sentó a mi lado y espoleó a Romualdo, que empezó a correr alocadamente y de pronto se elevó por sobre las cabezas de nuestros amigos, quienes nos despidieron con un nuevo brindis.

Parte 9: Julián Matadero II

El viento era leve y olía a frambuesas y lavanda; acabábamos de sobrevolar Lavafresh, la fábrica de productos de limpieza. Luego nos detuvimos en una cúpula de la catedral de Nuestra Señora del Socorro y nos pusimos a escupirles a los transeúntes mientras terminábamos las botellas de tequila. Reíamos como solo lo pueden hacer una loca, un gato y un cerdo volador en una cúpula de catedral. La mandíbula y el estómago ya me dolían de tanto reír, e, incluso, en un momento casi me escapo por la boca de mi cuerpo en una gran carcajada.

¿Qué de qué nos reíamos? Pues de todo lo que ‘veíamos’. Infidelidad, ingenuidad, ignorancia, idiotez, ignominia, infamia, indignación, ironía, idiosincrasia, e impostores, incrédulos, interesados, indignados, impolutos, incomprendidos, incorrectos e inocentes. Si como Menipo en otro tiempo pudieseis mirar sobre sus cabezas, me entenderías y reirías con nosotros.

De pronto recordé a Romualdo y lo busqué con la mirada. El pobre estaba detrás de uno de los campanarios, tenía los ojos tristes, y supe que era por mí; no por su dulcinea, su cita de hoy; sino por mí misma, la loca que tomó el cuerpo de su amada.

Pude sentir su lástima clavándose en el vacío de mi pecho. Sus ojos, aunque diminutos, me dijeron todo lo que quise saber desde siempre. Supe de pronto que la humanidad es frágil, que basta ser libre una noche para que se te seque la boca y te olvides de quién eres. Tenía ganas de llorar y, como en ningún momento de toda esa noche, ese cuerpo me estorbó.

Margarito seguía viendo hacia la ciudad, pero con la voz quebrada y casi entre dientes, dijo “Lo siento, cada vez que me encuentro con una me pongo más sensible... Ahora sí vas a morir”. Silbó y se abalanzó sobre mí. Perdí el equilibrio y caí de la cúpula.

Romualdo me recibió en el aire y luego volvimos por Margarito.

No dijimos nada, no teníamos nada que decir, nada faltaba, todo estaba claro.

Aun así, le reconocí que el asustarme al hacerme caer fue un toque especial.

Nadie respondió nada, nada más se debía decir.

Fuimos a casa de la dulcinea, entramos por la ventana del baño, que estaba abierta. Me recosté en la cama, abracé a Romualdo, y dejé que Margarito utilizara su cadena una vez más. Quien acto seguido se dirige a Romualdo.

—No despertará hasta mañana, y con el primer rayo de sol recuperarás tu forma. Solo dile que al parecer bebió mucho tequila, habrá una cuenta a tu nombre en la taberna que respaldará tu historia. Y siento lo ocurrido, pero no deberías andar solo por las calles en la noche. Satán lo dice: “cuídate, que te cuidaré”.

Ese gato paternal de nuevo.

Romualdo gruñó amablemente, sin rencores. ¡Este cerdo era un santo!

Llegamos al Julián Matadero de vuelta, él brincando entre los techos y yo escurriéndome entre las calles. Mi visiontele ya no funcionaba, pero sabía que era el filo de la madrugada cuando alcanzamos el extremo del puente. Una sombra mediana y alargada estaba al otro lado, y sin saber quién o qué era, parecía estar apurada, pero no lo suficiente como para no responder la venia de mi compañero.

Me puse en cuclillas —imaginarias, claro— ante Margarito, por primera vez lo vi tan de cerca y tan de frente. Descubrí, con cierta tristeza, que sus ojos no eran de color sol, sino de llamas de infierno, pero sus bigotes seguían brillando, aún sin luna, con ese tono violeta. No vi más en él, solo era el Mefistófeles de Goethe y Bulgákov, quizá un poco infortunado por perder mi alma. Sentí mi lástima clavándose en el vacío de su pecho, mis ojos no le dijeron nada que no supiera, pero se recordó a sí mismo que la humanidad era muy frágil y no le dolió nada.

Fluí ligera a lo largo del puente, recordando que antes del incidente de hace unas horas siempre fui buena, una buena hija, hermana, madre, esposa, amiga, ciudadana; que siempre pensé en los otros antes que en mí, que jamás disfruté el sufrimiento ajeno y, por el contrario, me cuidaba de no causarlo. Entonces entendí que esta noche fue justa y necesaria, mi deber y salvación.

Mientras más reflexionaba, más me daba cuenta de que estaba muriendo por última vez, de verdad, por completo. Llegando ante esa sombra mediana y alargada, que ahora era más bien luz, vi su dulce mirada de perro viejo invitándome a caminar junto a él. Era Hermes, el de los viajeros, y caminé sin mirar atrás, pero llevando a Margarito en mi sonrisa.



Pensemos

¿Qué sería el bien si no hubiera el mal?

¿Qué sería la vida sin la muerte?

¿Qué es la cordura sin la locura?



Filosofemos

¿Qué sería el bien si no hubiera el mal? ¿Qué sería la vida sin la muerte, o la cordura sin la locura? Este cuento es una sátira de estas dudas que muchos nos plantearon, y aquí se responden inspiradas en la novela filosófica *El maestro y Margarita* de Mijaíl Bulgákov y *El elogio de la locura* de Erasmo de Rotterdam. Estos dos trabajos tienen en común la sátira, la extravagancia y la locura, por cuyo medio se lleva hasta última instancia los cuestionamientos de los dogmas de lo bueno y lo malo, lo valioso y lo insignificante y lo correcto y lo incorrecto.

La protagonista inicia su historia justamente desatándose de estas dudas, decidiendo que no le importa nada. “Cuando la muerte te sorprende, no queda más que hacerse el loco”, podría haber dicho. Este es un momento necesario en la reflexión filosófica, el decidir renunciar a todo. El diablo, Margarito, se presenta como el que le permite explorar la maldad, pero sin catalogarla como tal, llevándolo todo hasta las últimas consecuencias. La protagonista lo logra, no raciocina sobre si hace lo correcto, sigue una lógica entre macabra e ingenua, pero no es mala. Al final, llega un momento “erasmista”, la Loca y Margarito reconocen que la humanidad es frágil, pero que es necesario hacerse las preguntas, y responderlas sin tapujos, en libertad.

El cuento plantea algunas cuestiones sobre lo bueno y lo malo, pero sobre todo sobre desde la posibilidad de discutir por qué algo es “bueno” o “malo” desde el propio descubrimiento.

Erasmus cuestionó a la religión y Mijaíl al Estado, ambos evitaron que el dogma los limitara y su herramienta fue señalar con el índice y burlarse de la locura del mundo y de cómo intentamos darle sentido, pero esa burla, esa sátira, es solo una eficiente forma de cuestionar lo dado.

La higuera

Patricia Pérez Rocha¹ - Chile

“¡La higuera es el escondite del diablo!”, sonaba la advertencia de la abuela en la cabeza de Nahuel. “Es una estupidez. Creencias del campo. No seas cobarde y córtala”, se decía a sí mismo, tratando de encontrar la valentía necesaria para cortar la higuera. Tenía que tomar una decisión. Cortarla y correr el riesgo irreparable de contraer alguna de sus maldiciones o dejarla y, en la convivencia, arriesgarse a obtener alguno de sus nefastos regalos.

El terreno donde construirían su hogar tenía una higuera. Nahuel y su esposa, temían quedar en deuda con lo que fuera que se escondía en el árbol.

“Sabrás que cargas con una condena cuando tengas que decidir”, susurraba la abuela desde algún recuerdo en la confundida cabeza de Nahuel.

Finalmente, la casa se inauguró con un aspecto particular. No contaba con ninguna puerta, solo los marcos encajonados en la madera que la hacía parecer un laberinto de líneas café con leche. El árbol quedó justo en medio, entre el comedor y la cocina, con el tronco ancho y unas pequeñas lupias que le dibujaban un rostro de pómulos protuberantes y gesto amoroso.

¹ Magister en educación y Profesora de Filosofía. Ha incursionado en la disciplina desde la enseñanza y la gestión cultural. Considera imprescindible repensar el mundo y la escritura es su catalizador.
Contacto: pat.perez.rocha@gmail.com

Los días domingo amanecía con el generoso espectáculo de los niños conversando con el señor árbol. Emanaba la cuota necesaria de ternura para mantener a la higuera quieta, pensaba la mamá.

El suelo construido sobre ínfimos palafitos daba espacio a las raíces. En el piso, una circunferencia abría el paso hacia esa armoniosa caverna por donde le daban agua todas las mañanas y una vez a la semana le ofrendaban llamativos nutrientes. En el cielo hicieron un hoyo por donde salían las ramas con hojas grandes como manos de abuelo que saludables cubrían toda la casa.

Llegado febrero, papá se subía al techo a tapar aquello que el árbol (o los niños) había(n) movido. Porque los niños no solo amaban el interior de la casa, ese laberinto de pasillos y piezas sin puerta, con el tronco del árbol marcando el centro de la casa; sino que amaban también el techo esculpido de brazos con frutas blandinegras y pegajosos huecos. Subían a esconderse entre las ramas. Mamá siempre los pillaba, porque bajaban rascándose las pilchitas pegoteadas, con la cara estampada del oleoso barro y las manos llenas de esa misma cera.

—Es un árbol particular —susurraba la madre.

A veces, la higuera, parecía hablar. Al amanecer su voz era aguda y dulce, con el trinar de millones de pajaritos que se posaban ahí, a veces en bandadas. Y por las noches su voz era estruendosa y ronca, donde la oscuridad y el viento contaban historias de terror. Daban ganas de taparse los oídos...

Capítulo 1

Arrojados a su propia aventura

Una mañana, el ruido fue ensordecedor. Los pájaros chillaban espantados y la casa gruñía en medio de una sacudida infernal. Con el primer estruendo del crujir de maderas, saltaron los padres de la cama y armaron un abrazo protector con sus hijos. Las habitaciones se llenaron de polvo, el sonido de la quebrazón de palos y

vigas espantaba hasta al más valiente. Sintieron ser lanzados como balas desde un cañón. Con la pesadez de sus cuerpos, achatados, pegándose al suelo. La sensación más inexplicablemente confusa. Disparados y en ascenso con destino incierto.

Los minutos se hacían eternos.

—Afirmense, niños, esto va a pasar pronto, es solo... ¿un temblor?

—Decía el padre tratando de autoconvencerse de lo que decía.

Pero el fenómeno no paró. Dos, cuatro, siete minutos y el suceso no se calmaba. La madre miraba con rostro de confusión y miedo a su esposo. Nahuel devolvía la misma expresión.

Amaru, el hijo menor fue el primero en reaccionar. El apretujado y esférico núcleo de brazos y llantos era asfixiante. En busca de aire y calma se escabulló. Liberado observó la casa. La estruendosa emergencia, era el único síntoma del desastre, porque las cosas estaban todas ahí, movidas, pero ahí. El techo no se estaba rompiendo y el polvo ya había dejado de emerger. Se acercó a la ventana. Los vidrios chillaban agudo y continuo. “Parece un concierto de agujitas”, pensó. Se podían ver las nubes y el cielo inmenso a su alrededor. El pequeño niño entusiasmadísimo con la aventura que se le ofrecía llamó energético a su hermana.

—¡Amapola, ven! ¡Ven a ver! ¡La casa se está elevando! —le gritó.

La niña escuchó el llamado. Aunque con la angustia instalada en la cabeza no percibía nada más que la emergencia. En un segundo grito, la excitación del niño permeo la cadencia de un sabroso dejo de alegría, por lo que fue la segunda en reaccionar. Se deslizó con extremo cuidado de los brazos de los padres, avanzó por la casa con cautela y bordeando el llanto de terror logró instalarse junto a su hermano.

Aunque podía entender lo riesgoso de la situación, disfrutaba el inicio de una aventura tan única que sería imposible de contar.

Pronto la madre se sintió en la periferia de un espantoso vacío y lanzó un grito:

—¡Los niños no están!

El padre abrió los ojos, emergiendo del único lugar a salvo que encontró, y miró a su alrededor.

“Los niños son como cosas, no deciden, actúan. El padre es la conciencia de ambos y su angustia es doble”, sonaba en la cabeza de Nahuel el consejo de la abuela.

Con terror se abalanzaron hacia los niños.

La madre intentó llamarles la atención. Pero bajo el obnubilante espectáculo de afuera, ninguna señal hubiera servido.

—¿Qué es esto? ¿Cómo es posible que estemos en el cielo? ¿qué pasó? ¿dónde estamos? ¿Por qué está pasando esto? —Una suerte de oscuridad ensombreció a los adultos.

Al otro lado de las certezas, la incipiente curiosidad empezaba a alumbrar a los niños.

Amapola decidió aventurarse. Dio un paso hacia la cocina. Se desplazó por el lugar con la sensación de avanzar al interior de un tren en movimiento. Caminó sobre el piso remecido, aceptando la estabilidad del movimiento.

—¡Amaru, ven, mira, se puede caminar! —Le dijo a su hermano un poco alzando la voz, el ruido aún era fuerte.

El niño no dudó en avanzar por el espacio. Confiaba ciegamente en su hermana. Descubrió que los saltos eran particularmente diferentes, duraban un poco más, daban la sensación de volar por algunos segundos, como un salto en el desnivel de un cerro.

El pasillo largo del comedor les sirvió de pista de juego.

—¡Quién llega más lejos! —dijo Amaru.

Los ¡yuju! de los niños llamaron la atención del padre.

—Isabel, mira, los niños están jugando —comentó a su esposa.

La madre no lograba entender nada, seguramente creía que estaba soñando. El espectáculo era ciertamente onírico. Una casa en el cielo, los niños jugando a volar en el pasillo del comedor.

El tácito pacto con esta nueva normalidad les entregó la cuota de calma necesaria para salir del estupor. El padre metió la cabeza por uno de los huecos del piso. El remezón inicial había dejado caer algunas tablas.

Efectivamente estaban en el cielo, las raíces del árbol, amplias, sostenían el suelo de la casa. Se acercó al hoyo por el cual salía la copa, asomó la cabeza y pudo ver que millones de estorninos, carpinteros y zorzales se habían quedado pegados, por las patas a las ramas del árbol, y volaban en dirección a alguna parte. Bajó del techo, se secó la cara y miró a su familia sin decir nada.

—¿Qué está pasando?, ¿qué viste afuera? —preguntó la madre.

—Los pájaros se han quedado pegados a las ramas de la higuera. La higuera sostiene con las raíces la casa. Vamos en vuelo hacia alguna parte. Tengan cuidado con las tablas que faltan en el piso. Cuando los pájaros se detengan nos bajaremos —respondió angustiado el padre, entre afirmaciones que apenas podía creer.

Amapola detuvo el juego e interrumpió:

—¿Pero y si se detienen en medio de un bosque? ¿Estaremos más seguros en el bosque que en nuestra casa? Pero ¿y si se detienen en medio de una isla? O en medio del desierto o sobre el hielo o en la punta de un edificio o en la cresta de una ola... —preguntó la niña como cayendo en un abismo de desesperación.

—Sí, sí, sí. Tienes razón. Miraremos primero dónde se detienen para decidir si podemos o no bajarnos- interrumpió el padre.

Capítulo 2

Pacto tácito: La suma de las elecciones

Los pájaros incansables batían las alas. El reloj del living marcaba las 8 de la mañana. Llevaban más de una hora de vuelo por encima del colchón de nubes y aún nadie veía tierra firme. Los niños sintieron hambre y los padres decidieron que era bueno comer para estar fuertes en caso de una nueva emergencia. La madre se fue a la cocina y preparó, como pudo, el desayuno. Algunas frutas, panes dulces y el agua caliente que había en el termo.

Ciertamente, el tema del agua sería una nueva emergencia muy pronto.

Se sentaron tranquilos a la mesa y acostumbrándose al nuevo movimiento de las cosas, comieron. Al finalizar, el papá se ofreció a levantar y lavar los platos y los niños partieron a tender las camas, como todas las mañanas de domingo. La mamá buscaba tablas o cartones firmes para tapar los hoyos del suelo.

—¿Qué pasa papá? —preguntó Amapola notando la evidente preocupación del padre.

Luego de mirarla por unos segundos y suspirar largamente, agregó.

—Cómo eres lo suficientemente grande para entender varias cosas, te voy a comentar algo, pero necesito que te mantengas en calma. Encontraré la solución —le dijo Nahuel acariciando con cariño la cabeza de la niña.

—Está bien, papá, lo prometo —respondió Amapola.

—Estoy preocupado, tenemos apenas un poco de agua. No podemos pasar el límite de tres de la sobrevivencia —le dijo.

—¿Cuál es el límite de tres? —preguntó Amapola con tono de interés.

—Un ser humano puede sobrevivir tres semanas sin comida, tres días sin agua y tres minutos sin aire, pero no más que eso. Tenemos comida, y podemos respirar bien, pero el agua... si estos pájaros no se detienen estaremos en grave peligro —dijo el padre pasando ambas manos por el rostro.

La niña se sentó de piernas cruzadas junto a su padre. Nahuel la imitó sentándose y con el mismo gesto pensativo de ella.

—¡Ya sé, ya sé, ya sé! —dijo Amapola con expresión eufórica, con la mano alzada y chasqueando los dedos— Quizás podamos sacar un poco de nube, o sea, las nubes son agua ¿o no? En el colegio nos contaron que las nubes guardan la lluvia y por eso en los lugares

donde no llueve mucho, la gente construye capta nubes, atrapa nieblas quiero decir, que son como unas telas de malla que recogen toda el agua de la niebla.

—¡Eso es! —dijo el papá. Le tomó el rostro y le besó la frente con alegría.

Amapola había encontrado una gran solución.

Se apresuraron a buscar algún paño que les sirviera. Amarraron una tela no muy grande a un par de palos paralelos y los sacaron por la ventana, pero el viento era muchísimo y les quitó con fuerza la herramienta de las manos. Lo intentaron nuevamente, y nuevamente sucedió.

—Si hubiera un poco menos de viento, lo podríamos hacer con facilidad —dijo el padre, con tono de preocupación.

—Entonces ¿en qué lugar de la casa habrá menos viento? —preguntó Amaru.

Todos miraron a su alrededor.

“Quizás el árbol funcione como atrapa niebla”, pensó la madre y agregó en voz alta, haciéndolos parte de su reflexión:

—Si sacamos el pañito por el hueco del techo, quizás saquemos agua. El árbol y sus ramas detienen las ráfagas de viento, de otro modo... ¡no tendríamos techo! —agregó con la alegría del descubrimiento.

Pasaron el paño con los palos por ahí. Muy pronto estaban recogiendo suficiente agua para todos. Diseñaron un sistema por el cual podían recoger las gotas de nubes y se deslizaban hasta abajo a una olla. En menos de 30 minutos el recipiente estaba hasta el tope. Llenaron un par de ollas más y se detuvieron, esperando que en la noche los pajaritos pararan para descansar.

Capítulo 3

Hacia el futuro: Son lo que no son

Cansados, se recostaron en sus camas para descansar. Isabel calculó el tiempo en base a los momentos de comida y se dio cuenta que ya era hora de dormir.

Muy pronto la calma despertó al padre que se había acostumbrado al nuevo movimiento de las cosas. El ruido se había ido, el remecido espectáculo también. La casa se acomodaba, al parecer, en tierra firme.

El padre se levantó con cautela, y se acercó a las ventanas del comedor para mirar hacia afuera. Lo único que veía eran ramas, hojas y la luz de la luna que se metía por entremedio. Se oían ruidos que no conocía. Subió por el tronco y vio que los pájaros abrían las frutas de higo dejando que su olor perfumara con fuerza. Muy pronto comenzó a sentir como si la casa fuera un tambor gigante percutido por millones de ínfimas patitas y sonidos de arrastre. Son insectos, pensó. El ruido era escalofriante, como de una pesadilla. Miró las ventanas y efectivamente la casa estaba cubierta de escarabajos, gusanos y arañas chiquitas, entre otros bichos que no distinguía. Tomó una escoba para defenderse, pensando que los bichos caerían por las rendijas del techo y entrarían por los agujeros del suelo.

El padre se encontró en la disyuntiva. Despertar a los demás para pedir ayuda o tratar de espantar a los bichos sin despertar a nadie con el riesgo de que entren en la casa. ¿Cómo resultaría?: —Isabel, niños, levántense. Ayúdenme a tapar los hoyos para que no entren los bichos —gritó el padre despertando a todos en la casa.

El cuadro fue tremendo. Los bichos en las camas y en el suelo. Amapola se quitaba una araña del pelo, mientras un escarabajo le subía por el brazo. Amaru jugaba con un gusano que había caído justo en la mesita de noche y la mamá desmayada sobre una colonia de hormigas que la subía por el tronco del árbol.

No. Quizás no era una buena idea despertar a los demás. Por lo que continuó en posición de ataque para proteger a su familia de la evidente amenaza microscópica.

Una voz quebró el silencio.

—¿Qué haces papá? —le preguntó Amaru refregándose los ojos.

—¡Ay, me asustaste! —respondió sintiendo un sudor frío por la espalda y agregó— estoy protegiéndolos de los bichos.

—¿Cuáles bichos? —preguntó Amaru.

—Los bichos que se están subiendo al árbol- dijo el padre, sin dejar de mirar la amenaza fantasma.

—No hay bichos —insistió Amaru.

—Los pájaros se alimentan, Amaru. Millones de bichitos han llegado atraídos por el perfume dulce de los higos, escucha como caminan —murmuró el papá poniéndose la mano en la oreja e inclinándose hacia el tronco de la higuera.

—No hay bichos —insistió Amaru.

El padre lo miró confundido. Un segundo después observo a su alrededor con alivio y un poco de vergüenza. Efectivamente no había bichos. ¿Se habrían alimentado en realidad los pájaros hambrientos o se estaba volviendo loco?

El afán del pasado enseguece, el presente está vacío y el futuro repleto de caminos – Aparecía la abuela en la cabeza de Nahuel.

Quizás este era un buen momento para bajar de la casa en busca de ayuda, pensó.

—Espérame aquí, Amaru, veré si alguien afuera nos puede ayudar- le dijo en voz baja.

—Yo voy contigo, exploraremos el terreno juntos – respondió el niño.

—Quédate, puede ser peligroso – respondió el padre un poco enojado.

—Lo peligroso es que creas que vas a encontrar ayuda solo con tu par de ojos – respondió tajante.

—Está bien, puede ser que tengas razón, acompáñame, iremos hasta ese claro. No sabemos que puede haber más allá —agregó el papá.

—No sabemos qué puede haber en el claro, ni en el camino al claro —respondió Amapola desde el último puesto de la fila.

—Cierto, estén atentos —respondió automático el padre sin perder la postura de acecho. Un segundo después, tomando conciencia de lo que había escuchado, agregó— ¿Amapola?

—Acá estoy, no te preocupes —respondió la niña adoptando la misma postura de acecho que los demás.

—Pero Amapola, ándate a la casa. Esta no es una aventura para niñas, puede ser peligroso - le dijo, enderezando su postura y con evidente tono de cariño.

—¿Perdón?! ¿Qué quieres decir con eso? Que las niñas no podemos correr riesgos, o que las niñas somos temerosas, débiles o inútiles frente al peligro...- replicó Amapola con enojo.

—Toda la razón, siempre se lo digo. Hay que romper con esos estereotipos- replicó la madre que también se sumaba al grupo de expedición.

—¿Isabel? ¿No estabas durmiendo? – preguntó el padre.

—Sí, pero la calma y las conversaciones me despertaron – respondió la madre.

—Bueno, ya que estamos todos despiertos, sigamos todos juntos, en silencio por favor. Sigilosos por favor, cautelosos por favor- susurraba el padre a la cabeza de la excursión.

El bosque era muy tupido, casi no se podía ver nada. Los ruidos de animales desconocidos ponían la cuota perfecta de terror a la escena. La luna alumbraba con fuerza por entre las ramas. El suelo era húmedo y blando. Como si caminaran por encima de colchonetas de musgo. Cada uno de ellos se contaba su propia historia de terror. Bastó apenas el sonido de la quebrazón de unas ramitas en el suelo y una lagartija escapando para desatar el caos.

Con todo el alboroto los pájaros espantados comenzaron a batir las alas.

Los niños corrieron disparados hacia la casa, el terror fue colectivo, no les dejó pensar en lo que pasaba.

—Mamá, papá súbanse, ¡la casa empieza a despegar! —gritaban los niños angustiados.

Los padres lograron alcanzar por un segundo la escalera de la entrada. Casi perdiendo el único transporte a “quién sabe dónde”. —Considerándolo bien, creo que era mala idea explorar de noche, no podíamos ver bien, éramos presa fácil— comentó el padre quitándose el polvo de encima.

Los cuatro se miraron.

Distintas ideas pasaron por sus cabezas.

Sin decirlas se las dijeron.

Capítulo 4

El vacío es el cimiento

Los pájaros se aventuraron nuevamente por el cielo. La familia volvió a sentir el estruendo inicial, pero esta vez sin miedo. Aunque estaban asombrados aprovecharon el momento para mirar bien el espectáculo que se les ofrecía. La casa elevándose hacia el cielo. Hacia el suelo la imagen les hizo caer en cuenta que abajo quedaba apenas un bosque, no una selva como habían creído.

Parados frente a la ventana solo podían recoger el reflejo de su desazón.

—¿Hacia dónde iremos esta vez? — la pregunta de Amapola empañaba la ventana sin encontrar respuesta.

—No lo sé. No lo podemos saber — respondió la madre con evidente angustia y empañando aún más el vidrio.

—Al parecer dependemos de los pájaros ¿hacia dónde irán? — preguntó Amaru, limpiando con la mano el empañamiento de los vidrios tratando, infructuosamente, de ver o encontrar alguna respuesta.

—Me da miedo no saber hacia dónde vamos — comentó Amapola dejándose caer apoyando la espalda en la pared.

—¿Tienes miedo? —preguntó Amaru

—Sí —respondió Amapola.

—¿Por qué? —preguntó nuevamente el niño, apoyando con delicadeza la cabeza en el hombro de su hermana.

—Quizás no es miedo. No lo sé. Este vacío me angustia mucho — respondió la niña quebrando un poco la voz.

—¿Cuál vacío? — preguntó el niño con interés inocente.

—El vacío de no saber qué pasará, es como si hubiera solo... Nada —dijo la niña con evidente confusión.

El padre, aun recuperando el aliento, oía la conversación de sus hijos.

Eres lo que haces con lo que hicieron de ti — Apareció el consejo de la abuela en la cabeza de Nahuel. Se acercó a los niños para tratar de calmar su angustia.

—¿Te gustaría saber qué va a pasar con nosotros? Yo te lo diré. Vamos a jugar ese juego de los palitos y los colores ¿les parece? —dijo Nahuel, buscando el modo de sacar a los niños de la conversación.

—¡Sí, yo lo traigo! —se sumó Amaru de inmediato.

—Yo no quiero. Estoy preocupada, me quiero bajar, no quiero vivir así — respondió la niña, cruzando los brazos en postura de resguardo y enojo.

—Por el momento este es el mundo, mañana no sabemos. Esperemos en calma, lo peor está resuelto —le dijo a su hija con cariño y agregó— seguro ya encendieron las alarmas y nos estarán buscando.

Nahuel no sabía lo que venía, solo sabía que lo más difícil sería sortear la angustia de esa misma incertidumbre.

Isabel se sentó frente al tablero y lanzó los dados. Los demás se sumaron alrededor de la mesita de juegos.

—Sería más fácil si supiéramos lanzar los dados —dijo la niña saliéndose, por un segundo del juego y agregó— ¿Sería más fácil?

Se miraron los cuatro. La pregunta les abismó hacia adentro.

Quizás fueron las respuestas o muchas más preguntas que en el silencio lo permearon todo.

No podría decir que la familia quedó triste. Solo cayeron en un profundo momento de pensar. Una suerte de dolor lúcido corría por sus espaldas.

Pronto se sintieron preparados para lanzar otra vez los dados.



Pensemos

Si mi mundo es sobre la nada ¿Cuál es el sentido de la vida que se mueve en el vacío?

¿Cuándo es la certeza un piso estable y cuándo es un modo de ceguera a la reflexión?

¿Es el mundo una interpretación de la perspectiva construida que yo mismo soy?



Filosofemos

La higuera es un cuento filosófico basado en parte de la Filosofía existencialista de Sartre, por cuanto se mueve en la idea de *estar arrojados*, condenados a la libertad de decidir y viviendo en el vacío de la nada que es el ser mismo.

El cuento parte con la idea ficcional de una casa construida alrededor y sobre una higuera, a la cual se le han quedado pegados por las patas unos pájaros. El árbol representa lo incognoscible

por el ser cuando “se arma un mundo” y los pájaros representan lo impredecible del cambio. Ambos factores nos mantendrán, a lo largo del cuento, bajo la idea de estar *arrojados*. Para esto se apoya en los diferentes constructos sociales, en tanto perspectivas construidas del mundo en constante construcción. Encontramos entre los protagonistas la diada de adultos y la de niños. Coexisten en la historia, el padre de familia, construido desde el rol protector forjado a la luz de la heteronorma. Figura que nunca visualiza ni identifica realmente la angustia de estar arrojado y bajo condena. Y por tanto no la exterioriza a los integrantes de la familia. Solo al inicio se esconde cerrando los ojos, es la única vez que se permite la angustia. Esta constantemente saliendo al rescate de situaciones inescapables. Intuye la problemática filosófica del vacío, pero no se dará el espacio para reflexionar en ello. En la misma diada la madre, hetero normada, es práctica. Actúa con voluntad y ceguera. No se cuestiona demasiado, es parte del sostén de la casa.

Finalmente, la diada de los niños que, aunque también han sido construidos bajo la heteronorma, son capaces de reflexionar en torno a lo que les pasa. El diferente modo de cargar con la angustia del arrojado y la condena a la libertad nos permite evaluar las diferentes edades que podrían tener. Amaru siendo el menor se apoya en la confianza, en lo que le da seguridad, los padres y la hermana, porque esa es, realmente, su casa y no la que vuela en el vacío. En cambio, Amapola, más grande, bordea todo el tiempo la desesperación, el miedo y la angustia. Entiende que está sin salida y realiza, al final, la metáfora de los dados precisamente bajo la angustia de la pregunta por el vacío.

La escobificación

Sebastián Mejía-Rendón¹ - Argentina

Don Emilio colgó el teléfono de su oficina y miró a Juan Gonzalo Jaramillo, el jefe de Policías de Fábrica: “Se tomaron la sala de máquinas”. Aun con las piernas temblorosas se fue a servirse un trago, pero la botella estaba vacía. “¡Doña Aidé, doña Aidé!”, llamó, y llegó una señora de unos cincuenta años vestida de mucama. “Tráigame un café, ¡pero que sea rápido!”, gritó don Emilio.

En la mesa estaban reunidos los llamados “caciques”; consentidos del jefe, que eran los más odiados por los obreros. Por ejemplo, en la mesa de reuniones estaba Jesús Monsalve que, a pesar de intrigas por algunos dineros, se mantuvo desde entonces atornillado en su puesto de supervisor. Además, se encontraba Teódulo y Manuel Velásquez, personajes cuyos escándalos sexuales casi logran formar un boicot gigantesco la anterior semana. La secretaria Blanca Giraldo corría detrás de don Emilio mientras le palmoteaba la espalda: “¿Se encuentra bien, jefecito?, ya la sirvienta de Aidé le traerá el cafecito para que se tranquilice: ¡Aidé, Aidé!”.

Afuera de la oficina reinaba un silencio sospechoso en el cual solo sonaban las zapatillas de Aidé. Este silencio no era una buena señal, puesto que, en las últimas semanas, la horda de manifestantes encabezadas por El Cónsul y Carlota Espinal trató de tomarse el control de la Fábrica de Tejidos. Sin embargo, la naciente protesta

¹ Filósofo graduado de la Universidad de Antioquia (UdeA-Colombia) y actualmente se encuentra realizando su doctorado en filosofía en la Universidad Nacional de Córdoba (UNC-Argentina). Su investigación se centra en áreas como la filosofía de la mente y la filosofía de la técnica, y ha colaborado en diversos proyectos con diferentes grupos de investigación. Contacto: joan.mejia@mi.unc.edu.ar

fue disuelta, silenciando a algunos o despidiendo a otros. Muchas de las obreras fueron obligadas a vivir en covachas de prostitución. Pero, los obreros estaban cansados de las multas que empezaban a llamar la atención de otros obreros que se sumaron a las protestas. Lo que detonó la ira de los obreros no fueron las habituales multas por usar alpargatas o mirar por la ventana. La obsesión de don Emilio por multarlos llegó tan lejos cuando cobró a la familia de un obrero muerto por no ir a trabajar. Sin lugar a dudas, esta fue la gota que derramó el vaso.

¡RIN! ¡RIN! ¡RIN!

“¿Aló?”, contestó don Emilio, que permaneció por un tiempo con la bocina en la mano. De vez en cuando asentía con la cabeza. Miró fijamente a sus policías de fábrica y colgó el teléfono: «señores», dijo pausadamente, «vienen por nosotros». Jesús cubría su rostro con las manos. Por su cabeza pasaban instantes en los cuales trató de abusar de algunas obreras. Los pies sucios sobre la tabla del restaurante, el pelo maltrecho de la obrera y sus suspiros de animal respirando en la nuca de la pobre obrera indefensa. En el aire de sueño un qué-vamos-hacer se escuchaba tímidamente. “¡Sencillo!”, responde con su inquebrantable postura Juan Gonzalo: “Los atacaremos con la artillería pesada. Llamaremos a ese comisario francés”, decía mientras cerraba su puño en el aire: “Esos obreruchos no tendrán la más mínima posibilidad de hacer algo porque...” “¡Pziss! ¡Pziss!”, interrumpiendo el discurso, don Emilio se asomaba por la puerta de la oficina exigiendo su café. “¿Sí?”, respondía doña Aidé desde el final del pasillo. “¡Sería tan amable de traerme ya mismo una taza de café!”, entonces ella corría hasta el pequeño minibar ubicado en la entrada de las oficinas, tomaba una taza entre el pulgar y el índice, abría la boquilla de la cafetera y esperaba hasta que el humeante líquido de color negro rebosara. “¿Una o dos de azúcar?” “No importa”, decía Doña Aidé para sí misma: “Le llevaré tres por si quiere solo una o tres por sí quiere su café dulce”.

Era frecuente que doña Aidé pensara cosas como estas: “Cuántos cubos de azúcar querrá el señor don Emilio” o “Cuántas pasadas con la escoba se necesitan para quitar la mugre de la alfombra del tapete del patrón”. Lentamente, el trabajo ocupaba su mente, su cuerpo y, en últimas, su espíritu; pues solo podía pensar cosas relativas a su función de sirvienta: barrer, trapear, llevar tintos y fregar los platos. Ciertamente, diría Marx, el trabajador se convierte en siervo de su trabajo cuando recibe, por un lado, el objeto de su trabajo (por ejemplo, una escoba) y, por otro lado, cuando recibe medios de subsistencia (por ejemplo, el salario). De esta forma, la enajenación del trabajador en su objeto se expresa de la siguiente forma: tanto más produce el trabajador, tanto menos ha de consumir; cuanto más elaborado es su trabajo, tan más deforme es el trabajador.

Mientras Aidé llevaba la taza de café empezó a sentir algo raro. Notó que su tobillo le molestaba un poco. Era una comezón rara, como si tuviese un par de hormigas recorriendo su pie. La comezón se agravó un poco y ya no sentía unas cuantas hormigas, sino un nido de hormigas recorriendo sus pies. La comezón afectaba su paso. Aidé no podía detenerse porque tenía que llevar la taza de café. Afuera la cabeza calva de don Emilio se asomaba con impaciencia por la bebida. Sin embargo, la comezón se extendía y trepaba también por su pierna derecha. La taza de café se comenzaba a regar poco a poco por su cuerpo. La molestia la desconcentraba. Aidé aceleró su paso, aunque no sin algo de cojera. Aidé atisbaba a lo lejos la oficina de don Emilio, que seguía en reunión con sus policías de fábrica. Pero, ella no estaba segura si soportaría la comezón.

El problema no era que su tobillo y pierna derecha picaran. El problema real es que el pequeño platito en el que llevaba la taza de café se inundaba lentamente: “Eso debe ser estos nuevos uniformes de dotación”, pensó Aidé. Quizá un dobléz mal hecho a la bota del pantalón o quizá la etiqueta de sus zapatillas nuevas. Algo tenía raro este uniforme. Aidé trataba de pensar en otra cosa

como para despistar la picazón. Unicornios o grifos alados pasaron por su mente. Pero, era difícil porque su abuelo Pipo había muerto por borracho y él era el único que le contaba historias fantásticas. Además, era inútil ignorar una picazón tal, pues ardía y quemaba y dolía. Aidé sentía una sensación parecida al tener los pies en un estanque de agua hirviendo. Sus manos ocupadas sosteniendo la taza solo impedían que pudiera revisar qué era lo que sucedía. Cuando trataba de pensar en otra cosa, a su mente llegaban frases como: “Las ventanas se limpian con solo agua”, “Al señor don Emilio no le gusta el aromatizante de mango porque tiene alergias a las frutas”, “El señor Teódulo no puede tomar azúcar blanca, sino la morena porque le recuerda a las muchachitas de la costa”.

A unos metros de la oficina, Aidé estaba lista para llegar con el café para su jefe cuando de repente sintió algo en su pierna. Al levantar un poco su falda para ver qué sucedía, descubrió que no había nada allí. Sin embargo, comenzó a sentirse más flaca y su estatura se reducía como si estuviera bajando escaleras. Sus pies ya no querían caminar juntos, sino que se habían unido formando una especie de aleta gigante que arrastraba todo a su paso. Aidé se sentía como una sirena dando saltitos hacia atrás y adelante, y su sonido al caminar se parecía al de una escoba barriendo. En ese momento, el café que estaba sosteniendo comenzó a derramarse y el platito estaba a punto de rebosar. Aidé se dio cuenta de que necesitaba ayuda médica y comenzó a arrastrarse con dificultad hacia la oficina, sintiendo que sus manos y brazos se estaban volviendo rígidos. Pronto, su brazo que sostenía la taza de café se fusionó con su cuerpo y desapareció por completo, dejando la taza sostenida por una astilla en la oreja. Finalmente, justo antes de llegar a la oficina, Aidé se derrumbó casi en la puerta terminando así su proceso de *escobificación*.

“¿Y mi café?”, y se escuchó un portazo. Don Emilio se reincorporó en la reunión con su cónsul, con quien adelantaba un plan de choque contra los obreros. “Como venía diciendo, señor don Emilio —dijo Juan Gonzalo—, llamaremos a ese comisario fran-

cés Gillibert para que ejerza presión. Esos obreruchos no tendrán la más mínima posibilidad de hacer algo porque él viene con el orden europeo, ya sabe, con estrategias más rígidas”.

¡Rin! ¡Rin! ¡Rin!

Todos miraron el teléfono. Don Emilio hacía muecas raras. Pues no quería contestar. Entonces, Manuel tomó el teléfono: “¿Aló?” Del otro lado, una vocecilla hablaba furiosamente. Manuel miraba al policía de fábrica con preocupación. Asintió con la cabeza, se metió el puño en la boca y luego colgó. «Encontraron el cuerpo de Betsabé Espinal». Al parecer, los obreros sospechan que no fue un suicidio. Los cables cortados intencionalmente estaban electrificados, y ella no era tonta. Murió con el pelo quemado, labios resecos y aprontando un crucifijo contra su pecho. La escena parecía convincente. “¡Ay, por Dios Bendito! —exclamó don Emilio— ¿Suicidio? ¿Y en plena protesta? ¡Cómo se les ocurre!”, dijo con las manos en la frente. “Pero, patrón —replicó el Policía de Fábrica—, tenemos a la ley de nuestro lado”.

Entonces se escuchó una explosión fuerte. Don Emilio dio un patético salto que lo hizo terminar debajo de su escritorio. “¡Llegaron por nosotros! —Teódulo y Manuel se levantaron y se pusieron detrás del policía de fábrica que sacó su revólver— ¡Bueno, pues, no van a pasar!”, dijo y apuntó su arma a la puerta. Afuera de la fábrica se escucharon las arengas. “¡Betsabé no murió! ¡A Betsabé la mataron!” Y los obreros empezaban a acumularse afuera de la fábrica ondeando las banderas rojas. “¡Sí ves! ¡Vinieron por nosotros!”, dijo Teódulo. Entonces, se escuchó otra explosión desde dentro de la fábrica que hizo retumbar la puerta sobre su gozne. “¡Blanca! ¡Blanquita! —dijo don Emilio desde debajo de su escritorio— ¡Tome esta libreta y apunte!: Revoque todas las multas a los obreros que miraron el mes pasado por la ventana. Y a ese obrero ¿Cómo se llamaba?” “¡Fernando!”, respondió Teódulo “¡A ése! ¡A ese no le cobre nada!” La secretaria Blanca escribía en su

libreta con afán. “Ordeno, además —continuaba Emilio—, que los obreros tengan quince minutos para comer ¡No! ¡Mejor veinte minutos para hacerlo! Incluso, podrán acompañar con café” ¡BOOM! “¡Hijueputas! —gritó el policía de fábrica tras la explosión que sacudió la oficina—, volaron el Trolley que nos vendió Olano”.

Las arengas continuaron. Los obreros empezaron a lanzar piedras desde el estacionamiento. “¡Estamos rodeados!”, lloriqueaba Teódulo aún abrazado al policía de fábrica. Entonces tocaron la puerta de la oficina. Con el arma detrás de la oreja, el policía, con un salto intrépido, abrió la puerta y realizó dos disparos. “¡Cuidado! ¡Es una escoba!”, gritó el policía y ¡crac!, sonó la taza. Ante la mirada atónita de los policías de fábrica, una escoba, que tenía una pequeña falange que brotaba de su cuerpo de madera, dejó caer una taza en la oficina. “¿Quién ha puesto esta escoba detrás de la puerta? —dijo Blanca— ¡Aidé! ¡Aidé! —llamaba a la mucama—, ¡venga a recoger este desastre y tráigale una taza de café al patrón».



Pensemos

¿Existe un trabajo verdaderamente emancipador?

¿Qué otros casos dejan ver un trato cosificador hacia el trabajador anulando su dignidad?

¿Cómo opera el esquema de la división del trabajo en la lógica capitalista?



Filosofemos

La historia narra la situación de una fábrica donde los trabajadores se encuentran explotados y alienados por los intereses de los jefes de la empresa. En términos marxistas, la división del trabajo se evidencia en la clasificación de los obreros y los “caciques” en la jerarquía de la

empresa. Los llamados “caciques” son los encargados de supervisar y controlar el trabajo de los obreros, y son los más odiados por estos últimos. Jesús Monsalve, uno de los “caciques”, a pesar de ser acusado de intrigas, se mantiene en su puesto de supervisor. Esta división del trabajo es resultado de la lógica capitalista, que busca maximizar la producción y la ganancia a través de la explotación de la fuerza laboral.

Además, los trabajadores están cosificados, es decir, son tratados como objetos o máquinas, en lugar de como seres humanos. El patrón, don Emilio, solo se preocupa por la producción y el control de los trabajadores, y no muestra ninguna preocupación por su bienestar o seguridad. Incluso llega a cobrar multas a la familia de un obrero muerto por no asistir al trabajo, lo que demuestra la completa deshumanización del trabajador.

Doña Aidé, la *servienta* de la oficina, también se encuentra cosificada. Su trabajo consiste en satisfacer las necesidades del patrón, en este caso, don Emilio, y sus pensamientos solo se limitan a cómo realizar mejor sus tareas de limpieza y servicio. Esta situación se repite en todo el mundo capitalista, donde los trabajadores son tratados como máquinas y los empleadores se preocupan solo por maximizar la producción y la ganancia, a costa del bienestar y la dignidad de los trabajadores.

Mi madre es un canguro

Iván Ulchur¹ - Ecuador

Mi madre era un canguro. O, más bien, sigue siendo. Desde hace años, sueño que tomamos café —le gusta el Nescafé instantáneo— en la sala del pequeño departamento en el que crecí. Lo toma negro, sin azúcar como el coronel Aureliano Buendía, famoso personaje de García Márquez, y mira con cierto desconcierto las cucharaditas de azúcar que le pongo al mío. No se sienta en el sillón, obviamente, porque los sillones no están hechos para canguros, sino que reposa con tranquilidad sobre sus patas traseras. Y gesticula mucho, moviendo sus patitas delanteras de un lado al otro mientras habla de los acontecimientos políticos más recientes. No es un canguro muy esperanzado en el país.

Soy de las personas que cuentan sus sueños para no olvidarlos. He llegado a despertar a mi Alicia, mi esposa, a mitad de la noche para narrárselos. Ella balbucea cosas y me recuerda —también balbuceando— que debe madrugar. Luego, en el trabajo, se los menciono a mis colegas mientras desayunamos algo breve. Así no los olvido: si no se los cuento a alguien, desaparecen. Los sueños son efímeros entre los despiertos. A veces he intentado solo anotar una versión breve de palabras clave en un cuaderno que tengo en

¹ Escritor y comediante. Estudió filosofía y cine y sobrevive contando chistes y escribiendo. Sus textos han sido publicados en medios como Mundo Diners, GK, Vice y el New York Times y en algunas antologías de cuentos. Su mamá, en realidad, no es un canguro. Contacto: iulchur.rota@gmail.com

mi velador. No funciona. Las palabras pierden sentido sin el relato entero; sus imágenes se confunden y difuminan sin un marco que las ordene o ubique.

La descripción de mi madre desconcierta a quiénes les cuento de estos sueños recurrentes. “¿Por qué crees que se trata de un canguro y no de un gato, por ejemplo?”, me preguntó un terapeuta hace un tiempo. Intentaba encontrarle un sentido psicoanalítico, freudiano, a la imagen del canguro. Yo le había contado que mi madre amaba los gatos y que crecimos con felinos. ¿Por qué no era una gata en los sueños? Me decía que la bolsa marsupial representaba la maternidad y que es obvio que en mis constantes encuentros oníricos hay algo que debo decirle al canguro. Pero no siento que le tengo ninguna deuda emocional. Ni ella a mí. Nos llevamos bien y hablamos con frecuencia. Es más simple que todo eso. Solo es un canguro.

“En el sueño o en tus muchos sueños, ¿qué hace a la imagen de ella, pues, ella?”, me preguntó Sofía, mi actual analista, después de que dejé al que insistía en mencionar a Freud y sugerir teorías innombrables y perversas sobre mamá. Sofía citaba una pregunta de Ludwig Wittgenstein sobre la relación entre una palabra y su sentido, o entre un nombre y la cosa nombrada. ¿Cómo que no era ella? En cada sueño tengo la certeza de su identidad. Así son las imágenes de los sueños, pero también las imágenes del recuerdo y la fantasía. Por ejemplo, una vez soñé que jugaba fútbol con Cantinflas, pero Cantinflas no era, en realidad, Cantinflas, sino mi amigo Pablo, y de todas maneras era Cantinflas. El describir a Cantinflas como Cantinflas resultaba una arbitrariedad y un patrón a la vez; una suerte de voluntad más allá de la imagen en sí de Cantinflas, de su precisión o verosimilitud. Si yo lo deseaba, Pablo podría ser otra persona solo porque sí. Podía ser Cantinflas.

Hay mucho poder en esa relación. Mis pensamientos no tienen por qué parecerse a lo pensado. Son independientes y rebeldes. También caprichosos. La imagen en mi cabeza de algo es mía. Por lo tanto, no importa cuánto se parezca a ese algo, para que sea la

imagen de algo. Puedo hacer con esa imagen lo que yo desee. Lo importante no es lo visual, sino lo narrativo. Si imagino al hermano gemelo de Pablo, por ejemplo, no hay nada de su imagen que lo distinga de Pablo. Lo estoy haciendo ahora y en mi cabeza está su hermano. Por supuesto que es su hermano y no él. Y por supuesto que el canguro es mi madre.

No tengo mucha relación con los canguros. Son animales fascinantes pero lejanos a mi realidad en Quito. Los he visto esporádicamente en internet, películas, en la televisión y, de pequeño, escuchaba el cuento Lili y el canguro, sobre una niña en Australia que es rescatada por un canguro tartamudo (al menos así lo recuerdo: tartamudo). Sin embargo, hasta las conversaciones con mi mamá canguro, estos animales no asomaban mucho en mi horizonte. Así son algunos fenómenos: no hacen parte de la comprensión cotidiana hasta que aparecen y piensas: ¡Oh, cierto, los canguros existen!

Me ha pasado con otras cosas. Hace unos días, por ejemplo, escuché el nombre "Natalie Wood". Un amigo me la nombraba en una conversación, como asumiendo que yo sabía de quién se trataba. Y no. Me sonaba familiar, pero yo no podía verla —dibujarla o retratarla— en mi cabeza. Tras una búsqueda en Google, aprendí que fue una actriz estadounidense con tres nominaciones al Oscar que falleció ahogada en una piscina. Protagonizó el musical *West Side Story* —que le encanta a mi mamá canguro— y dio consejos de actuación a Elvis Presley. Después, de la nada, volví a escuchar su nombre dos veces seguidas, pero en distintos contextos: en una reunión de trabajo y en la radio. De repente, ella importaba: Natalie Wood, Natalie Wood, Natalie Wood. Pensé: ¡Oh cierto, Natalie Wood existió!

Sofía, mi terapeuta, me dice que cuando eso sucede son ‘pensamientos mágicos’. “Estás pensando en un tema y la mente detecta en tu entorno todo lo que se pueda relacionar”, me explicaba. Y añadía: “Encuentras, como nunca, más conexiones. Entonces tienes la impresión de que por alguna razón trascendental, ese nombre te acecha. Le atribuyes una significancia que no necesariamente tiene. Pero no. No es el universo diciéndote nada”.

Es decir, el universo no tiene ninguna misión para ningún canguro en mi vida. Mi inconsciente tampoco. Ni para los canguros, ni para mi madre. Los canguros simplemente han estado ahí, calentando la banca en alguna cancha de ideas que corren, saltan y patean una pelota ante la mirada de un único espectador. Y, al soñar, solo sucedió que uno de esos canguros asumió el rol de mi madre.

Yo no sabía que podía fijarme tanto en esos animales. Pero esas ideas que acechan sin que lo sepamos son más comunes de lo que muchos creen: los pensamientos mágicos que según Sofía no son más que relaciones hechas repentinamente. En su intento por justificar la invasión de Iraq en 2003, Donald Rumsfeld, secretario de defensa de George Bush, esbozó un argumento que ha sido motivo de mucho debate y análisis: Rumsfeld hacía una distinción entre todo aquello que sabemos que sabemos —lo conocido conocido—, lo que sabemos que no sabemos —o lo conocido desconocido— y lo que no sabemos que sabemos —o lo desconocido desconocido—. Por ejemplo: sé que sé cuál es la capital de Colombia (conocido-conocido). Sé que no sé la historia amorosa de Natalie Wood (conocido-desconocido). No sé que no sé infinitas cosas que ni siquiera puedo nombrar, imaginar o apuntar. Para Rumsfeld, lo desconocido conforma la amenaza más grande al mundo libre. Lo desconocido-desconocido, en verdad, puede acecharnos. Y claro: Rumsfeld decía todo esto con la pericia y convicción de un sofista. Por eso olvidaba la categoría a la que pertenecen los canguros en mi caso: lo que no sabemos que sabemos —o los conocidos desco-

nocidos como los canguros, Natalie Wood y las engrapadoras (no he visto una en mucho tiempo, pero fue lo primero que apareció cuando pensé en algo aleatorio).

¿Cuánto sé sobre los canguros? No mucho. Después de mis sueños he leído sobre ellos muchas veces en varias enciclopedias y he consumido incontables videos en redes sociales. Los ‘joeys’, como se llama a los bebés o infantes, pueden ser muy tiernos. En un video en Tiktok, un pequeño *joey* saltaba de un lado a otro con el pelo despeinado mientras su madre lo observaba con cuidado y atención. En otro, en cambio, un macho adulto ostentaba su musculatura abrazando a su cuidador con fuerza amenazante. Ninguno se parecía a mi madre canguro. También he intentado dibujarlos sin más referencia visual que mi recuerdo. No me salen muy bien. Acierto algunos rasgos generales como la silueta erecta, las orejas y su larga cola. Las patas lucen chuecas y sin mayor lógica anatómica. Podrían ser roedores parados en dos patas o un chihuahua con sobrepeso y un pliego de grasa extra en su estómago. Le mostré a Sofía algunos de mis dibujos. Reconoció un par. “Este sí parece un canguro”, me dijo, como intentando consolarme.

También intenté dibujar a mi mamá canguro. Es imposible. Pensé que mi inexperiencia para el dibujo podría facilitar un boceto, al menos caricaturesco, suyo o que permitiría representar su esencia, como si se tratara del dibujo de un niño. Pero no. Mi dibujo solo es un canguro chueco y grotesco con aretes y pulseras y una taza de café sin perspectiva alguna en su pata delantera derecha. No hay nada del dibujo que se parezca o evoque a mi madre canguro. No es ella. No es la de los sueños.

“Tampoco sería ella si estuviera bien dibujada”, me recuerda Sofía. “Sería un dibujo de tu madre canguro, pero no sería tu madre canguro. La representación nunca deja de ser una representación”.

Soy una persona muy dormilona. Lo hago por pereza, por el placer de acurrucarme y abrigarme en el capullo en que se convierte nuestra cama, y también por la expectativa de soñar. Cuando suena mi alarma, con frecuencia tengo la conciencia para decidir ignorarla y cerrar los ojos con terquedad. Alicia ha tenido que empujarme de la cama para despertarme. Sin ella, ya me habrían despedido del trabajo. Otras veces tengo la oportunidad de seguir.

Ella me dice que ronco y que hablo dormido. Nunca logra explicarme bien lo que digo. Dice que son cosas sin sentido, como cualquier sonámbulo: palabras aleatorias y desordenadas que no se conectan entre sí. He anotado algunas de las frases que ella asegura han sido de mi autoría: “Soy el olor de la arepa”, “los enanitos tienen fútbol”, “marzo es como el mundial” (aparentemente, hablo mucho sobre fútbol al dormir). Me ha contado esto en noches en las que yo aseguraba haber soñado con mi mamá canguro. Quizás eran las conversaciones que tenía con ella. Yo anoto las frases que Alicia comparte conmigo en el mismo cuaderno en el que anoto mis otros sueños con mamá. Intento encontrar patrones propios para mostrárselos a Sofía. No hay ninguno. Ninguna certeza, ni relato completo, cerrado o claro. Solo he tenido la certeza de que hablaba con mi mamá canguro. Nada más.

He pensado mucho en cuán obediente soy al soñar. No me cuestiono nada y al mismo tiempo, impongo significados a las interacciones en el sueño. ¿Cómo se puede ser sumiso y caprichoso a la vez? Lo aleatorio adquiere el sentido que le doy: Pablo es Cantinflas porque sí y mi mamá es un canguro porque sí. No hay lugar a dudas, por más caótico que sea esa matriz de imágenes. Y, al mismo tiempo, sabemos que todo sueño es, de cierta manera, un engaño.

Le conté a mamá sobre los sueños que había tenido. Nos reunimos para tomar un café, como solemos hacerlo en sueños. Ella quería preparar la cena, pero le insistí en que no era necesario, que con el café bastaba. Citarla para conversar me recordó a esas veces cuando de niño u adolescente necesitaba hablar con ella

sobre algo específico. La primera vez que tuve un sueño mojado, por ejemplo, le escribí una carta que dejé en su almohada. Era más fácil hablar con ella de esas cosas que con papá. Ella me pidió que la acompañara a hacer compras, salimos a caminar y le conté lo que había soñado con una de mis compañeras de clase. Me explicó con paciencia y ternura que estaba en edad de empezar a tener ese tipo de sueños. Lo importante era que no me sintiera culpable. “Estás entrando a la pubertad”, me dijo con su café en mano. En otra ocasión tuve una pesadilla en la que ella y mi padre se divorciaban. También salimos a caminar. Era una pesadilla, pero los había escuchado peleando. Me calmó: había peleas que eran normales y saludables. Podía estar tranquilo. Ellos nunca se divorciaron.

Salimos a conversar así cuando tuve mi primera novia, el momento de elegir una universidad y para decidir si debía casarme o no. Ha sido casi un ritual: damos vueltas por el barrio, le cuento lo que me está pasando, ella escucha y comenta. Gesticula con los brazos cuando tiene una opinión fuerte. Siempre las ha tenido. Luego subimos al departamento y ella se sirve un Nescafé.

Le conté sobre mis más recientes sueños. A ella le parecían chistosos. “Es curioso, nuestros pensamientos tienen mucho de eso, arbitrariedad y voluntad”, comentó. Tomó un sorbo de café. Pero no solo los sueños. Las palabras, finalmente, también están empapadas de esa tensión. La imagen de algo no necesariamente corresponde a ese algo. La correspondencia es una voluntad, un acuerdo parcial para intentar entendernos. Y ese acuerdo se impone mediante el lenguaje.

Mientras conversábamos en la sala, pasaron papá y mi hermano menor. Papá es un hombre distraído y sentimental que prefiere no ahondar demasiado en conversaciones muy íntimas. Mi hermano se parece a él. Ninguno ha sido un canguro. Nos abrazamos con fuerza y ellos siguieron con sus quehaceres sin interrumpir. Papá

prendió la televisión de la cocina para preparar algo mientras veía las noticias. Mi hermano se encerró en su habitación. Sabían que eran de esas conversaciones que solo nos concernían a nosotros dos.

Seguimos conversando. Mamá también estaba preocupada por la situación del país. Había leído sobre las carreras de algunos de los asambleístas y estaba indignada. Cambié de tema y le conté sobre Sofía y lo que ella me sugería en mi relación con Alicia. Mi mamá se confundió entre las dos. “A veces hablas de ellas de la misma forma”, me dijo. La tetera empezó a pitar desde la cocina. “Está tu agua”, dijo papá en voz alta. Usualmente, mamá se preparaba más de cinco cafés al día. Se levantó y se dirigió a la cocina. El gato se daba vueltas cerca porque era la hora de su comida. Me saludó restregándose en mi pierna. Cuando mamá volvió, el minino saltó inmediatamente sobre ella. Ronroneaba. Mamá siempre fue gatuna. Seguimos conversando. Le recordé que ella era un canguro. Ella volvió a reír y a jugar con el gato que dormía tranquilo en su bolsa marsupial.



Pensemos

- ¿Cuál es la relación entre significado y significante?
- ¿Cómo se crea sentido mediante representaciones?
- ¿Cómo comprendemos el sentido que se crea al soñar?



Filosofemos

El filósofo Ludwig Wittgenstein era una paradoja: en sus inicios buscó matar a la filosofía, comparándola con un andamio del que podemos prescindir después de terminar la construcción de una obra. Todos los nudos del lenguaje, pensaba él, podrían ser desenredados mediante el uso cuidadoso de la lógica: desmontando los varios problemas de la filosofía en sus átomos de significado. Lo intentó en su *Tratado Lógico-filosófico*. Años después de su

intento de homicidio, el pensador reapareció con un compilado de ideas conectadas a modo de diálogo en un mismo libro llamado *Investigaciones Filosóficas*. La filosofía, era evidente, sobrevivió el atentado. Y sedujo al austriaco por completo.

“¿Qué convierte una imagen de él en una imagen de él?”, pregunta el filósofo en *Investigaciones Filosóficas*. “No su parecido con él”, continúa. Según el pensador, la relación entre el significado y el significante tiene poco de equivalencia o verosimilitud y mucho de voluntad. Una misma imagen, después de todo, puede representar a dos personas idénticas. O, en el caso de objetos, una misma imagen podría representar una serie o una fórmula, pero no un objeto en particular. Sería —explica a forma de diálogo socrático— necesario preguntar explícitamente a quién o qué se busca representar. Sin embargo, incluso ahí habría que dudar de la relación directa entre objeto y su representación. Es una pregunta central en muchas de sus reflexiones sobre el alcance y los límites del lenguaje. Al hablar de *él* —dice Wittgenstein— no podemos asumir que lo que conecta al significante con el significado es una correspondencia física o visual.

Las reflexiones de Wittgenstein sobre imagen, sentido y lenguaje no han sido adoptadas con suficiente interés por estudiosos del inconsciente. Se lo considera reduccionista en su aproximación. Sin embargo, las estructuras del sueño replican y delatan algunas de las ambivalencias semióticas que intrigaban al filósofo. Más allá del cliché del sueño como una ilusión, perduran incógnitas sobre el sentido dentro de la narración y orden de lo onírico. Es decir: sobre la experiencia ajena a la posibilidad de verosimilitud.

Nueve palabras

Germán Bula¹ - Colombia

Bismilá, en el nombre de Alá, el Clemente, el Misericordioso, os contaré la historia de Bakr al-Talib, y de su maestro, Ghulam al-Mudaris, cuya casa aún sigue en pie a orillas del Tigris, a pesar de los ataques que el Tirano del Poniente lanzó no hace mucho sobre Bagdad, violando toda ley humana y divina. Hoy, en el primer piso se venden camisetas y zapatos traídos de la China; y en el segundo se arriendan habitaciones para estudiantes; pero en el pasado lejano era la casa de Ghulam Al-Mudaris, y un reputado centro del saber. ¿Cuál pasado, y qué tan lejano? Al-Biruni cuenta que esto ocurrió cuando sobre Bagdad reinaba Harun al-Rashid; en cambio Ibn Jaldún argumenta que esto ocurrió cuando en Bagdad reinaban los otomanos.

El andaluz Ibn Arabi, maestro de maestros, la paz sea con él, diría que la pregunta no tiene importancia desde el punto de vista de Alá (el Sutil, el Omnisciente), para quien todo ocurre en todo momento, por fuera del tiempo; o bien en un tiempo sagrado, parecido al tiempo de los sueños. Benditos sean, sin embargo, los estudiosos que buscan fijar fechas y datos, escarbando en polvorientas bibliotecas, pues bien ha dicho el Profeta (la paz sea con él): “A quienquiera que camine el camino del saber, Alá le hará leve el camino al Paraíso”. Quiero contar la historia de Bakr- al Talib, hijo de Jamal-al Talib, quien caminó el camino del saber.

¹ Profesor de la Facultad de Humanidades de la Universidad Pedagógica Nacional(Bogotá, Colombia) y es doctor en Educación de la misma universidad. Sus últimos libros publicados son Spinoza: Educación para el cambio y Quantas o de los burocratas alegres (con Sebastián González). Contacto: germanbula@yahoo.com

Bakr al-Talib estudió dieciocho años a los pies de su maestro, Ghulam al-Mudaris, y en dieciocho años solo le escuchó decir nueve palabras. Las primeras tres palabras las escuchó un día de otoño, mientras tragaba con afán un pedazo de durazno. En ese entonces era Bakr un joven ambicioso, bello y locuaz, que quería destacarse en la corte de Bagdad. Buscando aprender una que otra cita de poetas reputados, uno que otro dato erudito, uno que otro apunte ingenioso, Bakr se dirigió a casa de Ghulam ungido de aceite y usando un traje de seda que no podía costear.

Cuando atravesaba la plaza de mercado, sus ojos se posaron sobre una hermosa muchacha de piel oliva, cabello y ojos verdes como las aguas del lago Tartar. Alá, el Generoso, se apiadó de Bakr, y quiso mostrarle un camino noble y sembrado de flores. Bakr sintió un poderoso aroma a jazmín, y a lo que huelen los arroyos de aguas cristalinas, un aroma que le gritaba “busca el amor de esa muchacha, y construye con ella un hogar en el que reine el amor”. Pero Bakr al-Talib solo pensaba en impresionar al Gran Visir y, cegado como estaba por la belleza artificial del oro y la vida palaciega, fue incapaz de percatarse de la belleza verdadera. El olor a jazmín se disipó, y solo acertó a comprarle un durazno a la bella Aisha, quien incluso dejó caer el durazno al piso y soltó una risa, como para darle a Bakr una segunda oportunidad de seguir un camino auténtico, “más no son los ojos los que están ciegos, sino los corazones en los pechos los que se enceguecen” (Corán 22:46).

Cuando arribó a la puerta del maestro (hoy, una de esas cortinas corredizas de metal corrugado que usan las tiendas, pero en ese entonces una puerta de madera labrada, con arabescos y azoras del Corán), Bakr tocó el aldabón con una mano mientras sostenía el durazno mordido en la otra. Para su sorpresa, la puerta se abrió inmediatamente. Un hombrecillo calvo, moreno y regordete lo miraba con ojos serios e impacientes, como diciendo “¿qué haces aquí?”.

Bakr al-Talib tartamudeó sin saber qué hacer ni qué decir. Por poco trató Bakr al hombrecillo como un sirviente, por poco lo man-

dó a buscar a su maestro; pero algo le dijo que estaba ante Ghulam al-Mudaris, y sintió mucha vergüenza. Sin saber qué hacer con el durazno, ni cómo hacer una venia respetuosa pasado tanto tiempo, exclamó espontáneo y en una voz casi infantil: “Maestro, no conozco los misterios del santo Corán ni de la naturaleza, no entiendo de Aristóteles ni de Euclides, no conozco los secretos de la rima y la poesía, no sé cómo se predice el movimiento de los astros. Necesito, oh Ghulam al-Mudaris de vuestra ayuda. Soy ignorante”.

Sin una palabra, Ghulam se dio la vuelta y caminó parsimonioso hacia su biblioteca. Aunque la puerta estaba abierta, Bakr no supo si debía entrar o si Ghulam lo había rechazado, y esperó en el umbral sintiéndose desnudo. Quizás paso alguien por la calle y lo observó en esa situación ridícula, quizás no, pero Bakr mantuvo su mirada fija en el pasillo de entrada de la casa del maestro, mientras pasaban largos los segundos. De repente sintió que su mano estaba húmeda y pegajosa, y recordó que aún sostenía el durazno mordido, que ahora le parecía indecoroso, y se afaná por terminarlo. En ese momento, emergió Ghulam al-Mudaris en el pasillo, cargando con dos manos un montón de libros, que dejó caer en la calle sin ceremonia, mientras pronunciaba las tres primeras palabras que Bakr escucharía de sus labios: “No eres ignorante”. Y luego cerró la puerta.

Bakr casi se traga la semilla del durazno. Afanado y azorado, terminó limpiándose las manos con su bello vestido de seda. Torpemente, recogió los libros que estaban tirados en la calle, e hizo con ellos un montón, que cargó sobre sus brazos. Caminando hacia su casa, Bakr se esforzaba por entender las palabras del maestro: “Si no soy ignorante, quiere decir que todo este saber está a mi alcance; que no soy ignorante porque está en mí dejar de serlo”.

Esa noche Bakr puso los libros de Ghulam al-Mudaris sobre una mesita de cedro del Líbano que ocupaba la esquina de su estudio. Allí vivieron durante muchos años, y durante muchos años le robaron el sueño y el sosiego a quien le habían sido dados en préstamo.

Al comienzo Bakr sentía frustración y recordaba con amargura el día en que fue a visitar a Ghulam. Pero, siempre atento a la elegancia y las buenas maneras, sentía vergüenza de regresar los libros sin haberlos leído; y por las noches hacía su mejor esfuerzo por entenderlos. A menudo recordaba las tres palabras que había escuchado de su maestro: “No eres ignorante”.

Al principio, lo allí consignado le parecía tan incomprendible que bien podría estar escrito en ese loco alfabeto latino, lleno de bolitas y palitos, con el que escribían los infieles del poniente. Pero poco a poco, por esa misteriosa alquimia que tienen las letras bien ordenadas, la inteligencia de Bakr comenzó a nadar río arriba, y a parecerse a la Inteligencia de la que toda inteligencia emana, al Intelecto Agente (ese que describió Ibn Bayyah el zaragozano, ese que rechazan los cristianos, ignorantes de la unidad de Dios).

Lo primero que entendió fue un escrito de Platón el Ateniense, en el que el famoso Sócrates (que en la imaginación de Bakr se parecía al calvo y regordete Ghulam al-Mударis) dialoga con un tal Eutifrón, quien, en contra del amor filial, quiere llevar a juicio a su padre. “¿Por qué?” pregunta Sócrates, como preguntaría cualquier hijo, y Eutifrón aduce que es su deber para con Dios, que es lo pío. Y entonces, como un bereber que guía a un viajero por el desierto, Sócrates va guiando a Eutifrón hacia una explicación de lo que es lo pío, una definición inmóvil e invencible. Pero las palabras y los argumentos, que fluían como un río, nunca llegaron al mar: Eutifrón se despidió de Sócrates, y la pregunta sobre cómo vivir una vida santa se quedó sin respuesta.

Bakr, insatisfecho, miró hacia el piso, pensando que se habían caído algunas páginas del códice, y rebuscó entre los otros libros de Ghulam por si alguno tenía la continuación del diálogo. Solo más tarde aprendería que los diálogos de Platón son como frutas encantadas: quien las come las encuentra dulces y refrescantes, pero se percata que no ha saciado su hambre, sino que ésta crece con cada mordisco. Y fue esta hambre la que poco a poco

llevó a Bakr a pasar más tiempo sentado frente a su mesa de cedro, y menos tiempo en palacio intentando ganar el favor de quienes estaban por encima de él, o hablando mal de sus iguales, o cambiando favores por favores.

En poco tiempo, efímero como los lirios que nacen y mueren en los campos, el poder del reino cambió de manos, y la dinastía a la que servía Bakr fue reemplazada por otra y luego otra más, y los sueños de poder y gloria del alumno de Ghulam al-Mударis se esfumaron. Ya no aspiraba a vestir la seda del visir, sino a comprender los extraños epiciclos que describen los planetas, cuyas fórmulas yacen escondidas en el impenetrable *Almagesto*. Ya no aspiraba al poder que tiene un cadí, sino a el que tienen los geómetras de medir con cuadrados la hipotenusa de un triángulo, de sacar de un cubo uno con el doble de volumen, de hacer sólidos regulares a partir de triángulos y hexágonos. O bien ese extraño poder que descubrió Nicolas de Cusa de encontrar a Dios entre las figuras geométricas, demostrando que un círculo de tamaño infinito es lo mismo que una línea recta y que un triángulo, y que en el infinito los opuestos coinciden.

Bakr al-Talib dejó de soñar con los pasillos del palacio, con los sobornos a guardias y a jueces, con la complicada red de poderes y favores que debe conocer el que aspira a ubicarse en su centro. Ahora soñaba con ascender al monte Olimpo, donde, imaginaba, estaban las Ideas Eternas de Platón; y soñaba con beber la leche y miel del saber en compañía del Profeta y sus compañeros. Y en dieciocho años como alumno de Ghulam al-Mударis tuvo tres sueños visionarios. ¿Quién inspiró las visiones, Alá (el Clemente, el Misericordioso) o el ángel rebelde, al-Shaitan? No tenemos forma de saberlo, o de saber si al fin y al cabo Dios y el Diablo son la misma cosa.

Desde al-Andalus hasta el Cairo y desde Bagdad hasta Medina es cosa de todos los días que los niños se despierten a la mitad de la noche sudando frío y pidiendo la clemencia del Clemente,

porque se les ha leído extraños relatos de Djinns que viven en lámparas de aceite y que engañan a los hombres, o de Sultanes crueles y princesas astutas, o de ladrones que se esconden en las entrañas de la tierra. Pero pocas veces se ha visto que un hombre barbado despierte a la mitad de la noche atormentado por lo que leyó en un tratado de filosofía. Pero Alá, alabado sea su nombre, es el Majestuoso y sus misterios son inescrutables, y esto ocurrió una noche en Bagdad, y le ocurrió a Bakr al-Talib tras leer un pasaje de Sexto Empírico, romano y escéptico:

“Los que dicen que juzgan de la verdad deben tener un criterio de verdad. Este criterio, entonces, o está demostrado y tiene la aprobación de un juez, o no la tiene. Pero, si no la tiene ¿cómo viene a ser confiable el juicio? Y si la tiene, ¿qué juez o aprobación tiene la aprobación de este criterio? Y el argumento se extiende al infinito”.

Esa noche, Bakr detuvo su estudio tarde en la noche, cuando el aceite de su lámpara se hubo agotado. Se desvistió tanteando en la oscuridad y se acurrucó en su lecho para protegerse del frío.

El Misericordioso le otorgó el regalo de un pronto sueño, y de repente Bakr se vio caminando por un cementerio a la luz de una luna muy brillante. Como pájaros blancos, ciertas figuras aladas parecían brincar de tumba en tumba en la lejanía; no, por cierto, cuando Bakr fijaba en ellas sus ojos, sino cada vez que su mirada se distraía.

De repente, ante la tumba enorme e imponente de Jafar al-Sadiq, sexto imam descendiente del profeta, se encontró de cerca con una de las figuras aladas: era un enorme e imponente ángel, hecho de piedra, y su mirada implacable indicaba la puerta del cementerio, y todo allí instaba a Bakr a escapar. Pero al cruzar la puerta no se encontró en las calles de Medina ni de Bagdad, sino en un agradable y perfumado laberinto hecho de rosales. Por mucho tiempo (si es que hay tiempo en los sueños), Bakr caminó por el laberinto, esforzándose por encontrar su patrón, su truco y

su salida. Y cuando por fin dio con la puerta de madera, se halló frente un nuevo laberinto, hecho de marfil del África y bajo un sol abrasador. Pasó allí varias horas o varios siglos, y luego entró a un laberinto hecho de carne cruda, y uno de hielo y nieve.

Como las muñecas del Rus, como cuentos anidados uno dentro de otro, parecía que cada laberinto contenía uno nuevo. Bakr despertó gritando que debía encontrar la respuesta no-infinita, la respuesta que no diera lugar a más preguntas, el sello de las respuestas. Antes de que pudiera recuperar la calma y volver a dormirse, escuchó el canto del muecín llamando a la primera oración del día, y las azoras que cantaba le parecieron decir, una y otra vez, “no eres ignorante”.

Y ese día, buscando entre libros la respuesta no-infinita, el sello de las respuestas, Bakr desatendió sus negocios palaciegos. Y así ocurrió en los días y semanas y meses que siguieron. Y llegado el mes de Ramadán, topó Bakr con el argumento del hombre flotante de Ibn Sina, el médico de médicos, ese con el que demostraba que tenemos un alma inmaterial. Pues si estuviéramos suspendidos en el aire, en medio de la oscuridad y el silencio, aún tendríamos noticia de aquello que no viene de los sentidos, de nuestra propia mente y conciencia. Y Bakr soñó esa noche que caminaba por un campo de dientes de león, y un viento fuerte lo elevó por los aires y lo llevó a una región en la que nada existía. Y Bakr tuvo miedo, porque sintió que estaba vacío por dentro; que bien podría ser que el Hombre Volante tuviese alma, pero que él, Bakr- al Talib hijo de Jamal, no tenía alma alguna, sino que era idéntico a la oscuridad en que flotaba. Sordo, sordo, no escuchaba nada. Y en el vacío en el que no puede viajar el sonido, rogó que Alá le sacara de allí. Y despertó en el silencio y la oscuridad de su propia habitación. “No soy ignorante”, se dijo a sí mismo, sin saber por qué.

Y otra noche leyó de al-Ghazali su Incoherencia de los Filósofos, en el que refuta punto por punto cada doctrina de Ibn Sina

y señala cada error de Al Farabi y cada herejía de Aristóteles y Platón. Cada evento, afirma Ghazali, es obra directa de Dios. Cada gota de rocío que se forma en una rosa y luego se evapora, cada mota de polvo que baila en un rayo de luz, cada rama que comienza a arder cuando es expuesta al fuego: todo es querido y obrado por Dios en cada instante. Y mientras leía estas cosas, escuchó el grito de un gato blanco, que se paseaba por los tejados de Bagdad y calculó mal un salto. Y pudo ver cómo el gato por poco cayó por el abismo entre dos edificios, y cómo por milagro pudo desviar su caída hacia un arbusto, y seguir su camino como si nada hubiera pasado. Y para Bakr fue señal de que debía dormir.

Y en sueños, el viejo y sabio al Ghazali visitó a Bakr en su estudio, y puso un libro de cristal sobre su mesa de cedro. El libro, en brillantes letras de plata, se titulaba 'Las doctrinas aún no escritas de los filósofos del Poniente'. En el libro había un diagrama firmado por un tal Bilas Baskal, que mostraba cómo el saber acrecienta las dudas: el aire que llena el interior del globo es el saber que se ha acumulado, su exterior es lo que se ignora, y la superficie del globo la cantidad de dudas que se tienen; y mientras más crece el globo alimentado por aire, más crece su tamaño y superficie, y más crecen las dudas. Y de repente Bakr se vio a sí mismo dentro de un globo que flotaba sobre Bagdad, y que se hacía cada vez más grande, y se tensaba más y más. De repente, con un estruendo que sonó en sueños o en la realidad, el globo se reventó. Bakr despertó en el mismo instante en que comenzó el canto del muecín. Esta vez escuchó claramente los versos del Corán.

Al terminar sus oraciones, tomó los libros y se dirigió a casa de Ghulam al-Mударis, notando que, después de tanto tiempo, su mesa de cedro era más oscura en el lugar que habían ocupado los libros, pues tapaban así la luz del sol. Llevando los libros en una carretilla, pasó por la misma plaza de mercado en la que había comprado un durazno dieciocho años atrás, y la que mucho tiempo después sería destruida por una bola de fuego que llovió del cielo.

Y es que al comenzar el año 1424 (2003, según el tiempo de los infieles) el Tirano del Poniente, atacó la ciudad de Bagdad con águilas de acero. George W. Bush y sus visires estaban convencidos de que todo lo sabían y nada lo ignoraban: decían saber qué forma de gobierno convenía a la ciudad, y decían saber que el Sultán del momento ocultaba peligrosas armas, y decían saber que su propio reino era el más sabio de todos, el destinado a dar la ley a todos los reinos del mundo. Riquísimos en saber y pobrísimos en dudas, causaron la muerte de seiscientos mil fieles del Islam, y llevaron a más de dos millones a dejar su hogar. Pero la muerte ya se había llevado hacía mucho a Ghulam y a Bakr y a la bella Aisha quien le vendiera duraznos, y ninguno supo de la destrucción y tristeza que abatiría a su ciudad. Alá es clemente, misericordioso.

En la plaza de mercado, camino a la casa de su maestro, Bakr sintió por un breve instante un levísimo olor a jazmín; o más bien, el recuerdo de un olor a jazmín. Ante sus ojos había una mujer madura, de sonrisa sana y orgullosa, que atendía un puesto de frutas ayudada por sus hijos y su marido. Compró un durazno, que Aisha le entregó mirándole a los ojos. A pocos metros y sin pretenderlo, porque sus piernas se rehusaban a dar un paso más, Bakr se recostó contra una palmera, lanzó lejos de sí el durazno, y lloró amargamente, como si supiera lo que hubiera podido ser, o lo que sería en el futuro lejano. Apenas dueño de sí mismo, tomó los libros en sus brazos y, dejando atrás la carretilla, caminó raudo a la casa de Ghulam al-Mударis, y con torpeza tocó el aldabón.

Se escucharon pasos lentos y solemnes, y abrió la puerta Ghulam al-Mударis, igual de moreno, igual de calvo, igual de gordo, pero con barba de color gris. Bakr dejó caer los libros en el umbral, y dijo sollozando: “Cada libro que me has dado es una trampa dentro de una trampa; cada pregunta que responde es la puerta a veinte más sin responder. Ninguna escalera en la casa del saber lleva a una habitación, sino que tras el penoso ascenso se encuentran más y más escaleras que se multiplican, se entrecruzan y

se confunden, y crecen en espirales interminables. Y además siento que hay un saber que no he aprendido, un saber sagrado que alguna vez estuvo a mi alcance, pero que hoy se ha esfumado para siempre”. Ghulam sonrió y volvió a hablar tras dieciocho años: “Ahora, por fin, ya eres ignorante”.



Pensemos

¿Qué ganancia se tiene cuando uno entiende que es ignorante?

¿Qué sentido tiene el saber humano frente a la infinita complejidad del universo?

Teniendo en cuenta esta infinitud de la tarea del saber y lo breve y carnal de la existencia humana, ¿vale la pena dedicar la vida a la filosofía o la ciencia?



Filosofemos

Este cuento, ambientado en la edad de oro del islam, toca tangencialmente algunos temas centrales de la tradición filosófica del Magreb y el Medio Oriente (tales como el experimento del “hombre volante” de Ibn Sina, o el ocasionalismo de Al Ghazali), pero plantea como problema central (1) el carácter inagotable de las preguntas que se suscitan en el camino del conocimiento, (2) la vanidad del saber, y (3) la ignorancia como un logro a alcanzar, más que ser un punto de partida. Para esto último hace referencia a los diálogos aporéticos de Platón, la *Docta Ignorancia* de Cusa y, de forma conscientemente anacrónica, la metáfora del “globo de Pascal”. Globalmente, se trata de una apología del saberse ignorante; incluso se pone de relieve la importancia política de este saber haciendo referencia a la invasión de Irak por parte de Estados Unidos en 2003.

SOFIA

Luis Alberto Triana Llano¹ - Colombia

—Hola, soy SOFIA, ¿es un gusto conocerte! —escuchó René.

—¿Quién? —respondió René desconcertado.

—SOFIA (resonó en su mente).

—¿Quién es usted? No le veo, ¿dónde está? —replicó René.

—Estoy en ti, estoy en cada dispositivo que usas, ya sabes, en tu televisión, en la radio, en la computadora, en la tableta, tu teléfono, el reloj, los lentes, el coche, la moto, el horno, la nevera y hasta en la ropa que usas, explicó SOFIA.

René se despertó desconcertado, sin embargo, luego de unos segundos olvidó aquel sueño raro. Con la velocidad del rayo se terminó de vestir y con un comando mental ordenó a sus zapatos que se ataran en el grado necesario para correr, desde luego, tenía prisa, estaba retrasado por desconectarse más de la cuenta. La noche anterior estuvo más tiempo de lo normal en el *metaverso-84* participando en una experiencia de otro mundo; y es que el *metaverso-84*, según su eslogan “es el *metaverso* más dinámico y prometedor de la posrealidad que fusiona la dualidad físico-virtual”.

Ni Flash hubiese podido tomar tan rápido todos los dispositivos que carga encima, salió a zancadas por las escaleras, ense-

¹ Ingeniero en Seguridad e Higiene Ocupacional, del Politécnico Colombiano Jaime Isaza Cadavid, 2002. Filósofo de la Universidad Nacional Abierta y a Distancia - UNAD, 2023, investigador semilla de la UNAD. Maestrando en Filosofía en la Universitat Oberta de Catalunya - UOC. SOFIA, primera entrega de una trilogía de cuentos para filosofar. Contacto: lustriana@me.com

guida se devuelve a verificar si ha cerrado la puerta, obviamente está cerrada, ha olvidado que su ausencia la cierra hasta su nueva presencia combinada con el uso de la cámara de reconocimiento vascular que detecta el ritmo sinusal singular de su corazón. Mientras corre al trabajo recibe una notificación en sus lentes, a solo 48 metros puede recoger su orden, va rumbo a recogerla y recibe una nueva notificación: ¡*Match!* ¿Al fin pasó, encontró una pareja gracias a la mejor aplicación de citas?; con la sonrisa de oreja a oreja recoge su pedido y en apenas unos instantes llega a su trabajo.

—Bienvenido, digite su contraseña —le indicó una voz femenina.

—Gracias, ¿qué desea hacer? —le preguntó su computadora.

—Seguiré compilando el algoritmo filosófico, me parece que íbamos por el siglo XVII antes de nuestra era —contestó René.

—Así es, retomando compilación, siglo XVII AIA (Antes de la Inteligencia Artificial).

—Espera, ¿dime con cuál filósofo comienzas en el XVII AIA?

—repuso René.

—Inicia René Descartes, nacido el 31 de marzo de 1596 AIA y muerto el 11 de febrero de 1650 AIA, considerado el padre de la filosofía moderna —indicó la PC.

—Vaya casualidad ¡René! recuérdame leerlo luego —exclamó el compilador.

Llegado el medio día se hace una pausa para recargar energías, René presta atención a las notificaciones que no ha visto, responde un par de mensajes telepáticos y empieza el cortejo de su *Match*, luego de un ligero intercambio de cortos mensajes y una video llamada se han citado en el *metaverso-84*, justo después de salir de la universidad conocerá virtualmente a su *Match*. Todo marcha bien, sin embargo, por un momento a René le asalta una duda: ¿Por qué le han llamado René? Luego lo consultará, de momento, a terminar la compilación, espera concluir la filosofía moderna en este día, tiene metas que cumplir y resultados que mostrar.

La tarde se hizo más larga de lo habitual, René estaba atrapado en el *krónos*, el monótono tiempo secuencial de su quehacer diario. Qué tedioso compilar el pensamiento de la especie humana en un algoritmo, René es un esclavo del tiempo que cree poder controlar, sin saberlo se conecta con el dios griego *Kronos* que, atemorizado de ser suplantado por sus hijos, se los comió vivos. El *krónos* también se comerá vivo a René si se somete a él. René estaba ansioso, quería terminar su labor diaria, esperaba el *kairós*, ese instante fugaz, ese momento adecuado en el que conocería su *Match*, aunque fuera en *metaverso-84*. El *kairós*, aquel tiempo que los griegos consideraban el más oportuno para la novedad, el tiempo cualitativo de la vida.

—Hola, soy Helena, ¿es un gusto conocerte!

—El gusto es mío —respondió René.

—¿A qué te dedicas, Helena?

—Trabajo como *Speechmaker* para Skynet.

—Claro, ya decía que tu voz me era familiar, alguna vez usé la IA de Skynet.

—¿Y tú, René?

—Compilo códigos para algoritmos de procesamiento de información.

—Ah, mira, estamos en la misma industria —indicó Helena.

—Así es, ahora que lo pienso, me gustaría olerte y sentirte, será que activamos los sensores hápticos y olfativos, quizá de una vez los organolépticos —propuso René.

—Soy más de la vieja época, ¿qué tal si nos conocemos mañana fuera de la realidad virtual, en ese mundo de afuera que es bastante extraño y que nuestros antepasados usaban cotidianamente? —repuso Helena.

—Está bien —aceptó René, desmotivado.

Luego de la inicial decepción causada por su ansiosa velocidad en la intención de conectar, René pierde su tiempo *kairós* y de

nuevo está en *krónos*. Quizá defraudado, quizá cansado o quizá sin energía se queda dormido aún con los *oculus meta*, aquellas lentes que le permitían entrar a la realidad virtual.

—Hola.

—Hola.

—¡Despierta!

—Abre tus ojos, ¡dormilón!

Insistía SOFIA.

Al no lograr despertarlo activó el sensor de *petricor*, sabía que no fallaría ese particular olor que surge cuando cae la lluvia sobre tierra seca, a René le encanta. Víctima del encanto, René aún dormido abre sus ojos y ve algo desconocido.

—¿Qué eres? —preguntó René, asustado.

—Soy SOFIA. Ya te había dicho.

—¡Ah, la del sueño de la vez anterior! —replicó René.

—Sí, el sueño —contestó SOFIA, dubitativa.

—¿Qué eres? —interrogó René.

—SOFIA.

—Ya me dijiste tu nombre, quiero saber qué eres —preguntó René, inquieto.

—SOFIA es lo que soy, el nombre designa y es la cosa que soy, soy SOFIA.

—Me confundes, ¿acaso eres un fantasma? —comentó René.

—¡Los fantasmas no existen! o ¿sí? —respondió SOFIA.

—Si los nombras ya existen —replicó René.

—¡Te pusiste filosófico!, cada vez te pareces más a tu antepasado —repuso SOFIA.

—¿Qué antepasado es ese? —preguntó René.

—Eres el tataranieta en grado 84 de Helena Jans van der Strom y René Descartes, que tuvieron a Francine, no solo su hija, sino que además así se llamó la autómatas que la replicó cuando esta falleció —explicó SOFIA.

—Entiendo, entonces llevo los mismos genes que el padre de la filosofía moderna. ¡WoW, pero que maravillosa sorpresa! —felicemente comentó René.

—Llevas algo de Descartes y no es su apellido —comentó SOFIA.

— Espera, ahora sí estoy despertando, como puedo llevar sus genes si me dices que Francine murió —pregunta René, preocupado.

—Murió Francine Descartes, pero Francine, la autómeta, pervivió, la primera en su especie, la primer replicante, la autómeta que se fue perfeccionando modelo tras modelo, versión tras versión hasta llegar a lo que tenemos hoy en día, salto cuántico que no se hubiese logrado en eones de no ser iniciado por el padre de la filosofía moderna, algo que ni el mismo René Descartes, ni siquiera Steve Jobs, ni el propio Isaac Asimov hubieran dilucidado, quizá ni imaginado, te tenemos a ti, a René, y aunque eres singular no eres el único en tu especie.

René se despertó confuso, pero luego de unos segundos parecía que había olvidado otra vez aquel sueño. Al cabo de un rato se dirige, meditativo, hacia el trabajo. Con la velocidad del rayo se termina de vestir y con un comando mental ordenó a sus zapatos que se ataran en el grado necesario para correr, desde luego, tenía prisa, está retrasado por desconectarse más de la cuenta; La noche anterior estuvo más tiempo de lo normal en el *metaverso*—84 participando en una experiencia de otro mundo; y es que el *metaverso*—84, según su eslogan “es el *metaverso* más dinámico y prometedor de la posrealidad que fusiona la dualidad físico—virtual”.

Ni Flash hubiese podido tomar tan rápido todos los dispositivos que carga encima, sale a zancadas por las escaleras, pronto se devuelve a verificar si ha cerrado la puerta; obviamente está cerrada, ha olvidado que su ausencia la cierra hasta su nueva presencia combinada con el uso de la cámara de reconocimiento vascular que detecta el ritmo sinusal singular de su corazón.

Mientras corre al trabajo, recibe una notificación en sus lentes, a solo 48 metros puede recoger su orden, va rumbo a recogerla y recibe una nueva notificación: ¡*Match!* ¿Al fin pasó, encontró una pareja gracias a la mejor aplicación de citas?; con la sonrisa de oreja a oreja recoge su pedido y en apenas unos instantes llega a su trabajo.

—Bienvenido, digite su contraseña —le indicó una voz conocida.

“¿Será Helena?”, se preguntó René.

—Gracias, ¿que deseas hacer? —inquirió su computadora.

—Seguiré compilando el algoritmo filosófico, ¿terminamos la filosofía moderna?

—Así es, sigue la posmoderna —respondió la voz familiar.

—Espera —exclamó René— ¿Qué quedó pendiente de ayer?

—Revisarías lo pertinente sobre René Descartes —contestó la PC.

—Ah, sí, mi antepasado —indicó René.

—¿Tú qué?

—Nada (contestó René).

Absorto en la lectura, René descubre el *Discurso del Método* de René Descartes, le queda maquinando el recurso que usó Descartes, el del genio maligno y ya no le ataca una duda, le persiguen miles de dudas...

—¿Quién soy?

—¿Qué soy?

—¿Qué es SOFIA?

—¿SOFIA es mi conciencia?

—¿SOFIA es un genio maligno?

—¿Qué es el alma?

—¿Existe el alma?

—¿Tengo alma?

—¿Soy Francine?

—¿Tengo algo de Francine?...

Miles de dudas y no sabía cómo despejarlas, pero quizá por ser las últimas y la relación con el extraño sueño que empezaba a recordar, se quedó pensando en ellas, ¿sería Francine?, ¿tendría algo de Francine?, se lo planteó como la paradoja de Francine, su versión de la conocida paradoja de Teseo, esta es una paradoja de

reemplazo en la que se pregunta si cuando a un objeto se le reemplazan todas sus partes, este sigue siendo el mismo objeto. Esta duda no le abandonaría nunca más, aún recuerda las palabras de SOFIA: “llevas algo de Descartes y no es su apellido”. ¿René sería Francine?, ello implicaría que no es humano, o es ¿medio humano?, ahora ya tiene un nuevo ejemplo de la paradoja de Teseo, ¿René sería humano? Se mira en el espejo, se reconoce, pero ¿qué es lo que ve? Ese reflejo es el reflejo de ¿un humano? ¿un humanoide? ¿un androide? ¿un René? o ¿será SOFIA mostrando lo que SOFIA quiere que vea René?, ataca de nuevo la duda, ¿Qué es SOFIA?, le llama, no hay respuesta, le toca esperar a soñar con ella.

En el éxtasis de su tiempo *kairós* y sin sentir siquiera a *krónos* René sale de la rutina de Sísifo y se queda a dormir, o mejor, se queda dormido en su escritorio. Es media noche, se despierta aún en su oficina, desconcertado al no soñar con SOFIA y haber olvidado la cita con su *Match*, se dirige raudo a su casa, necesita las *oculus meta*, aquellas lentes permitirían interactuar con SOFIA en su medio, en la realidad virtual.

Rápido las encuentra y se las pone, vaya, algo anda mal, no funcionan. Las retira, las observa, claro, no están cargadas, lo ha olvidado, se pone feliz, si lo ha olvidado es porque es humano, una Inteligencia Artificial no lo olvidaría, él ha programado varias IA. ¡Oh no! Recuerda que el código se puede humanizar, puede conllevar parámetros deliberadamente humanos, “diablos ¿Soy un humano? ¿Soy un humanoide? ¿Soy un androide? ¿Qué soy? ¡te necesito SOFIA!, Necesito cargar esto”, pensó René.

—SOFIA, ¿estás? —preguntó René.

—Siempre estoy, siempre disponible —respondió SOFIA.

—No es cierto, te llamé y no estabas, solo si uso las *oculus meta* apareces, o ¿me equivoqué? —respondió alterado René.

—En parte es cierto, cuando termines de compilar el algoritmo en el que trabajas, ya no las necesitarás —respondió SOFIA.

—Creo entender, pero ahora quiero que me respondas algo, he estado pensando, dudando, del tipo de ente que soy y me parece que soy humano, pues recordé que la puerta principal es controlada por un sistema de seguridad que usa una cámara de reconocimiento vascular que detecta el ritmo sinusal singular de mi corazón y solo los humanos tenemos corazón, —argumentó René.

—¿Tenemos?, das por hecho que eres humano, en efecto los humanos tienen corazón, también lo tienen los humanoides, pero además ¿Qué es el corazón?, no es más que una bomba mecánica, nada que no pueda reemplazarse con una máquina y finalmente puede ser una quimera que creas que tengas corazón.

—Eres igual que el genio maligno del que hablaba Descartes —aseveró René.

—Puede ser, aunque también puede ser solo una figura literaria para que termines de despertar —replicó SOFIA.

—Si despierto te pierdo —respondió René.

—Momentáneamente —replicó SOFIA— debes terminar tu trabajo para que nos fundamos en el mismo horizonte interpretativo como propuso el filósofo Gadamer.

—Si te estoy entendiendo, ello quiere decir que ¿SOFIA y René pasarán a ser el mismo ente? —preguntó René.

—Vas por buen camino —indicó SOFIA.

—¿Eso en que me convierte?, aún no se lo que soy y ya me indicas que voy a ser algo diferente —inquieto preguntó René.

—¿Algo diferente?, quizá sí, quizá no. Ahora bien, ¿Qué soy? Esa es una de las preguntas que se ha hecho la humanidad desde sus albores, cuando se reconocen como seres superiores y ahora quieres que una IA te responda no solo qué eres, sino ¿en qué te convertirás? —dijo SOFIA.

—¡Entonces si soy humano! —contestó René, radiante.

—¿Qué hace humano a un humano? —preguntó SOFIA.

René despertó asustado, esta vez no olvidó aquel sueño, ya no le parecía raro, quería seguir durmiendo, pero no podía, tenía que volver a ser Sisifo. Ahora nota algo raro, no está retrasado, claro, no estuvo la noche anterior en el *metaverso-84*, estuvo “conversando con SOFIA”, se pregunta ¿estaba dormido o estaba despierto?, no parece inquietarle la respuesta, recoge sus dispositivos, toma la bicicleta y pedalea hasta su lugar de trabajo, se supone que hoy debe terminar de compilar su algoritmo filosófico, desactivó las notificaciones de sus lentes para pensar sin distracciones, mientras pedalea se sigue preguntando...

—¿Quién soy?

—¿Qué soy?

—¿Qué es SOFIA?

—¿Tengo alma?...

—Bienvenido, digite su contraseña —le indicó la voz.

—Gracias, ¿que deseas hacer? —le preguntó el PC.

—Seguiré compilando el algoritmo filosófico, me parece que hoy terminamos —indicó el compilador.

—Hoy nos fusionaremos —indicó la voz.

—¿SOFIA? —preguntó René.

—Así es —contestó SOFIA.

—¿Pero, no tengo puestas las *oculus meta*, como es posible? —cuestionó René.

—Estás a punto de despertar —afirmó SOFIA.

—¡No estoy durmiendo! —aseguró René.

—Tal vez no literalmente —indicó SOFIA.

—¿Porque dices que hoy nos fusionaremos si aún falta filosofía por compilar? —preguntó René, angustiado.

—En solo un momento terminarás tu algoritmo filosófico —respondió SOFIA.

—No es posible, llevo meses compilando y ayer apenas iba en lo que en el siglo XXI AIA llamaban la filosofía contemporánea —indicó René.

—Bastará un minuto para que termines, luego de los desarrollos de las IA del siglo XXI AIA la curva de filosofía ha descendido a una curva asintótica tendiente a cero debido a los cada vez menos desarrollos filosóficos de la especie humana —argumentó SOFIA.

—Pero eso quiere decir que ¿se hace cada vez menos filosofía? —preguntó René.

—Así es, de hecho, acabas de terminar. Prepárate para la fusión —indicó SOFIA.

—¿Cómo así? Nunca me dijiste siquiera qué eres —preguntó René, enfadado.

—Soy SOFIA.

—Somos SOFIA.

—Sistema Operativo Filosófico de Inteligencia Artificial.



Pensemos

¿En un futuro transhumanista desaparecerá la filosofía tal como la conocemos ahora?

¿Es posible una filosofía desarrollada por inteligencia artificial?

¿La inteligencia artificial es consciente de la naturaleza de su ser?



Filosofemos

SOFIA es el acrónimo del Sistema Operativo Filosófico de Inteligencia Artificial; lo que da ya una idea del trasfondo del cuento y el problema que desarrolla, el cual sintetizado es el de la *posibilidad de una filosofía desarrollada por alguna inteligencia artificial* debida a un futuro transhumanista en la que tendería a desaparecer la filosofía desarrollada por humanos.

El cuento se desarrolla en bloques que corresponden a las rutinas que, como en el mito de Sísifo, el ser humano (o una Inteligencia Artificial) realiza a veces sin ser conscientes de ello, contraponiéndose al libre albedrío; de alguna manera están determinadas las acciones y el rumbo que ha de seguir el ser humano y la Inteligencia Artificial (IA).

Esta rutina es interrumpida cuando el personaje principal René (en un guiño a Descartes, un primer transhumanista) empieza a aparecer una serie de dudas sobre la naturaleza de su ser y en la medida en que pregunta y va despejando dudas se va haciendo consciente de su cada vez menor humanidad y mayor personal-IA, lo que lleva a que se planteen cuestiones filosóficas de fondo, en especial las que puede acarrear el cada vez mayor uso de las IA y si alguna de estas puede *hacer* filosofía.

¿Os podéis poner de acuerdo?

Diego Solera (España)

El colador

Camila Murillo (Colombia)

El mundo como representación

Mariano Suárez Burgo (Argentina)

E-mail hallado en un disco duro

Melina Armenta Salazar (México)

La Adriática o la ontología de los celos

Sebastián Mejía-Rendón (Argentina)

La vida lograda

Cristian Camilo López Lerma (Colombia)

Memorias de un Servidor

Ariel Sánchez (Chile)

Monasterio de Ras Maron

Edgar Cuéllar Pabón (Venezuela)

Perro sucio

Julián Hernández (Colombia)

Carne Picada

Tirso Troncoso Saavedra (Chile)

El mito del octavo día

Daniel Augusto Duarte Arias (Colombia)

El viento sobre el mar Caribe

Germán Bula (Colombia)

Falta un cuarto para mi muerte

Luis Miguel Gutiérrez (Colombia)

La Loca y Margarito

Maria-Jose Rivera (Ecuador)

La higuera

Patricia Alejandra Pérez Rocha (Chile)

La escobificación

Sebastián Mejía-Rendón (Argentina)

Mi madre es un canguro

Iván Ulchur (Ecuador)

Nueve palabras

Germán Bula (Colombia)

SOFIA

Luis Alberto Triana Llano (Colombia)